

Roberto Querejazu Calvo

José María Alvarado

Adolfo Costa du Rels

-el hombre,

-el diplomático,

-el escritor.



EDITORIAL LOS AMIGOS DEL LIBRO

COCHABAMBA - LA PAZ

1982

José María Alvarado

1982 Roberto Querejazu Calvo
Registro de la Propiedad Intelectual
D. L. Nº 349/81.

1982 Derechos Reservados de la Edición
Editorial Los Amigos del Libro
La Paz - Casilla 4415
Cochabamba - Casilla 450

*A Gladys.
devota hija del protagonista,
hermana espiritual del autor.*

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia.

Impresores: Editorial Canelas S.A.
Cochabamba.



José María Alvarado

A MANERA DE PROLOGO

“París, 18 de abril de 1971

*Señor don
Roberto Querejazu Calvo
Londres*

Querido Bobby,

Tu proposición de escribir mi biografía me ha conmovido. No creo que la participación que vengo teniendo en la “comedia humana” sea digna de convertirse en tema de uno de tus libros. Pero, si tú piensas lo contrario, me siento halagado y no puedo menos que ofrecerte todos los datos que necesites. Mi memoria ha sido y sigue siendo muy buena. Te abriré mi corazón de par en par. Puedes venir a París cuantas veces quieras y por el tiempo que lo desees. Compartiremos pan y techo en amable compañía.

Tu carta me ha hecho pensar en la extraña ligazón que mi vida ha tenido con tu familia, en tres generaciones. A la muerte de mis padres, tus abuelos Canuto y Amalia fueron mis tutores y protectores. Desde mi juventud tus tíos Julio y Alfonso han sido como hermanos míos. Ahora tú te ofreces, espontáneamente, a ser el depositario de mis confidencias. Siempre he creído que mi madre, desde el más allá, ha seguido velando por mí como un ángel guardián. A intercesión de ella atribuyo la ayuda que recibí de tus abuelos, mi hermandad con Julio y Alfonso y el que tú, en mi atardecer, me acompañes a hacer una revisión del pasado y sacar un balance.

Serás el depositario de todos mis papeles. Los de mayor valor son las cartas de Alberto Ostria Gutiérrez y Alfonso Querejazu Urriolagoitia. Ambos son mucho más dignos que yo de figurar en una biografía. Por eso, si algo he de pedirte de especial, es que en tu libro des el relieve que merecen esos dos hombres, tan semejantes en su nobleza y tan diferentes en su manera de encarar la vida: el uno con un sentido trágico y el otro armado de alegría.

Te espero. Ven en cuanto puedas, hijo mío.

Un fuerte abrazo

Adolfo

Debido a la vinculación existente entre las familias, el autor de este libro tuvo frecuentes contactos personales con don Adolfo Costa du Rels desde muchos años antes y lo conoció íntimamente. Entre 1971 y 1975, aprovechando de la invitación consignada en la carta que se ha transcrito, lo visitó muchas veces en su domicilio en París, conviviendo con él y grabando sus recuerdos en cinta magnetofónica. Aunque la grabación es extensa y de mucha importancia, no ha constituido la fuente principal de información para esta biografía. Se ha dado preferencia a los papeles, por considerarse que reflejan de manera más auténtica lo que fueron sus sentimientos y pensamientos en las diferentes circunstancias de su vida. Son de particular interés las minúsculas libretas de apuntes, más de cincuenta, en las que, en forma intermitente, hizo anotaciones muy íntimas desde 1926. Asimismo, las cartas a su esposa y sus amigos.

Además de la documentación facilitada personalmente por don Adolfo Costa du Rels, el autor ha estudiado en las colecciones de periódicos y otros documentos de la Biblioteca Nacional de Bolivia las características de la vida en la ciudad de Sucre que sirven de fondo a los hechos que

se mencionan en el relato y en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, los documentos diplomáticos pertinentes.

Después de las entrevistas de París, el autor mantuvo constante correspondencia con el escritor y fue el destinatario de su última carta escrita pocos días antes de su muerte.

El libro respeta la verdad en todo, excepto en los nombres de cinco damas que, por razones obvias, han sido substituidos por seudónimos.

José María Alvarado

José María Alvarado

CAPITULO I
LOS ANTEPASADOS

Adolfo Durrels era el segundo de los nueve hijos (siete varones y dos hembras) de un abogado francés. Nació en 1824, en la finca "Urbelsía", solar de los Durrels, próximo al pueblo Helelle, en la región vascongada de Francia. El apellido original había sido D'Urrels. Se le dio la forma más democrática de Durrels en la época del Terror de la Revolución Francesa, para librar a la familia del peligro de la guillotina.

Al cumplir su mayoría de edad Adolfo Durrels abandonó los Bajos Pirineos, donde no veía ningún porvenir. Viajó hasta la ciudad que había oído mencionar con los caracteres legendarios de un El Dorado. Llegó a Potosí en los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX. Abrió una casa comercial a medias con su primo y coterráneo Juan Ibarnegaray. Durrels tomó la gerencia en Potosí e Ibarnegaray la de una agencia en Sucre. Potosí no era ya la fabulosa metrópolis argentífera de los siglos precedentes. La explotación minera de su cerro estaba en decadencia. Servía de centro de distribución de mercaderías extranjeras. Por ser la ciudad más próxima al solitario puerto de Cobija era la única en la que estaba permitido el establecimiento de almacenes mayoristas de productos del exterior.

Durrels, inteligente, laborioso y audaz, prosperó. En sus frecuentes viajes a Sucre conoció a Isabel Medeiros Segovia, joven viuda de Ciriaco Arana. Era nieta de don Juan José de Segovia, cuyas peripecias como rector y profesor de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier, abogado ante la Audiencia de Charcas, prisionero de las autoridades españolas durante siete años en una mazmorra de Buenos Aires, rehabilitación por el rey y fallecimiento en vísperas del grito libertario de 1809, ha relatado Gabriel René Moreno en su libro "Bolivia y Argentina". Se casó con ella. Nacieron dos hijas dentro del matrimonio: Amelia, trigueña y vivaz, y Adelaida, rubia y apacible.

José Avelino Aramayo, importante minero a quien Adolfo Durrels proveía de mercadería, quebró. Durrels, como el más afectado entre los acreedores, tomó la representación de todos y entabló juicio. Después de años de "constancia y sufrimientos" (carta a Agustín Morales, de septiembre de 1869) llegó a una transacción por la que quedó de dueño de algunas de las acciones que Aramayo tenía en la mina de Huanchaca. Asociado a Aniceto Arce, socio-director de la misma, lo colaboró en mecanizar y dar gran impulso a los trabajos de explotación de plata, con ayuda de capital conseguido en Chile.

El gobierno de Mariano Melgarejo concedió a Durrels el monopolio de exportación de pastas de plata, por dos años. Como prueba de su agradecimiento por el favor recibido Durrels obsequió a Melgarejo dos hermosos caballos encargados a Chile. A uno se lo llamó Holofernes y al otro Durrelis. Un día Holofernes arrojó al suelo al soldadote presidente, rompiéndole un brazo. Con este accidente comenzó el ocaso de la estrella del tirano. No pudo vencer a sus enemigos levantados contra él en una nueva revolución, en enero de 1871. Escapó al Perú. Durrels, señalado como melgarejista, huyó a Cobija. Su esposa y sus dos hijas se refugiaron en el Convento de Santa Teresa. Su almacén fue asaltado. En el puerto de Cobija los revolucionarios pusieron en peligro su vida. Fue salvado por la

providencial llegada del Arzobispo de Chuquisaca, Pedro Puch, que regresaba de una visita a Roma. Puch era tío de la esposa de Juan Ibarnegaray. Retornó a Potosí en compañía del ilustre e influyente prelado. Pudo reanudar sus actividades comerciales gracias a ser antiguo amigo del nuevo presidente de Bolivia, General Agustín Morales.

Isabel Medeiros de Durrels falleció en 1879. Al año siguiente, cumplido el período de estricto luto, Adolfo Durrels decidió abandonar definitivamente Bolivia, después de una permanencia de más de veinte años. El país estaba en guerra con Chile y su porvenir tenía un aspecto sombrío. La mina de Huanchaca, de donde provenía una buena parte de sus ganancias, por tener mayoría de accionistas chilenos estaba intervenida por el gobierno. Su principal promotor, Aniceto Arce, desterrado por cuestiones políticas. Las importaciones para su casa comercial tenían que hacerse por la Argentina, por causa de la guerra, con encarecimiento de los costos. Vendió sus acciones de Huanchaca. Liquidó la firma comercial. Recibió su mitad en efectivo y giros sobre Londres. Juan Ibarnegaray quedó con los inmuebles y la mercadería.

Durrels y sus dos hijas, Amelia de 18 años y Adelaida de 16, se embarcaron en Buenos Aires rumbo a Europa. Los cantos de la travesía marítima tuvieron un inesperado y fatal contratiempo. Durrels sufrió una apoplejía que dio súbito fin a su vida cuando sólo contaba 56 años de edad. El capitán de la nave dispuso que el cadáver fuese arrojado al océano. Las hijas rogaron y suplicaron que se les permitiese llevar los restos hasta Francia para que fuesen enterrados en la finca de los Pirineos. El capitán se mostró inflexible. Debía cumplir las leyes del mar. El viaje iba a durar todavía tres semanas y el cadáver entraría en descomposición. La patética ceremonia funeraria se celebró en medio del desesperado llanto de las dos huérfanas y la conmiseración del resto de los pasajeros.

Domingo Costa era un ingeniero francés, descendiente

de campesinos de Córcega, nacido en Vivario, pequeña población ubicada en la región central de la isla. Su abuelo fue soldado de Napoleón y cayó herido en la batalla de Ligny. Su padre fue combatiente en la guerra de Crimea. El, a su vez, participó en la defensa de Francia contra la invasión alemana de 1870, como teniente de artillería. Cayó prisionero en Salzburgo. Escapó disfrazado de cura. Se lo ascendió a capitán a los 22 años, siendo el oficial más joven de este grado en todo el ejército. A raíz de un violento altercado con el comandante de su regimiento se vio obligado a emigrar de Francia para no ser fusilado. Emigró a Sud América. Fue contratado para trabajar en la instalación de una usina de gas para el alumbrado de la capital uruguaya. Años más tarde, supo que había sido amnistiado por su delito de indisciplina militar. Resolvió volver a su país. En el barco entabló amistad con las jóvenes Amelia y Adelaida Durrels. Fue el más solícito de los pasajeros en consolar su duelo. Se enamoró de la mayor.

Aniceto Arce, Vicepresidente de Bolivia, expulsado de la república por ser partidario de un acercamiento a Chile, sufrió su destierro en París. Se trasladó a Burdeos para recibir a su ex-socio y amigo Durrels. Grande fue su sorpresa al ver desembarcar únicamente a las dos hijas y enterarse de la desgracia ocurrida. Llevó a las muchachas a París y las alojó con su familia. Domingo Costa siguió cortejando a Amelia. El alsaciano Alfredo Schwirtz cayó rendido ante los encantos de Adelaida. Las dos parejas contrajeron matrimonio simultáneamente, bajo el patrocinio del señor Arce, en la iglesia de la Magdalena, en diciembre de 1881. Ofició la ceremonia el abate Louis Faure. Estaba conectado con la familia Arce desde que fue profesor de francés de los hijos en Bolivia, los años 1878 y 1879. Fue el promotor principal de las dos bodas. Era amigo íntimo de Domingo Costa desde que ambos sirvieron en el mismo regimiento en la guerra franco—prusiana de 1870, el cura como capellán y el ingeniero como oficial.

La liquidación de la testamentaría de Adolfo Durrels

arrojó un activo de dos millones de francos oro. Una fortuna substancial en esa época. Se la dividió por igual entre las dos herederas. Los esposos Costa Durrels pasearon su luna de miel por varias capitales de Europa.

Aniceto Arce, llamado por el Congreso boliviano de 1883, convenció a Domingo Costa que fuese a trabajar a la mina de Huanchaca. Su especialidad en la construcción de túneles y socavones podría ser de gran utilidad. Suscribieron un contrato. Hasta entonces, el mineral de plata extraído de la mina de Pulacayo tenía que ser transportado más de diez kilómetros dando la vuelta al cerro Tata Paisano, para ser beneficiado en el ingenio de Huanchaca. Costa se comprometió a hacer un túnel enriado que uniese en línea recta la mina y el ingenio. Encargó la maquinaria a Chile. La perforación de la montaña demoró tres años. El túnel de Pacamayo, de 3.100 metros de longitud, fue entregado por Costa en 1886.

La gran altitud de Huanchaca, más de 4.000 metros sobre el nivel del mar, y el intenso frío, fueron desfavorables para la salud de Amelia Costa de Durrels. Tres embarazos terminaron en aborto. En cada ocasión su vida estuvo en grave peligro. Al hacerse evidentes los síntomas de una cuarta gravidez los esposos Costa decidieron abandonar la puna e instalarse en el benigno clima de Sucre.

La ciudad atravesaba por el período más próspero de su historia. Su extensión no alcanzaba a más de seis cuadras (600 metros) a cada costado de la plaza central. Sin embargo, la riqueza generada por las minas de plata de Huanchaca, Guadalupe y Colquechaca, se gastaba allí a manos llenas, al haberse convertido en residencia de sus dueños y en centro de sus actividades mercantiles y sociales. Tal vez nunca, en ninguna otra parte del mundo, se concentró tanto dinero en un espacio tan reducido. Mineros rentistas como Aniceto Arce, Gregorio Pacheco y los Argandoña, cuyas inmensas fortunas podía permitirles darse los gustos que mejor les viniese en gana en ciudades como

París, Londres, Roma o Madrid, preferían vivir en la pequeña ciudad cautivados por su misterioso encantamiento. Poseía un gran orgullo heredado de su pasado colonial, cuando fue sede de la Audiencia de Charcas, centro administrativo del enorme territorio que la rodeaba y domicilio de los acaudalados mineros potosinos. Entonces, su situación tan distante de Lima o Buenos Aires, a las que estuvo sucesivamente subordinada, dieron a sus oídos y otras autoridades independencia de acción y los hizo caer en la tentación de imitar costumbres y ceremonias de las cortes virreinales. Lograda la independencia, se cambió el nombre colonial de Chuquisaca por el de Sucre, pero se conservó el puntillo cortesano en las costumbres, aunque dándoseles ribetes republicanos.

La riqueza de los mineros propició la fundación en Sucre del primer banco de Bolivia, el Banco Nacional (1876), con el derecho de emitir papel moneda. Esto, a su vez, favoreció la instalación de numerosos almacenes comerciales. Casi todas las familias se hicieron accionistas del Banco Nacional. Resultó la mejor forma de invertir ahorros y asegurarse una renta confortable. Los dividendos que pagaba el banco eran siempre superiores al diez por ciento, habiéndose llegado hasta veinticuatro por ciento en 1883, más un bono extra, el mismo año, de diez por ciento!

La bonanza económica transformó la ciudad. Hasta 1870 conservó un aspecto típicamente colonial, con casas chatas, aleros y ventanas enrejadas. A partir de ese año nació la competencia de las familias acomodadas de tener residencias de estilo moderno, de dos pisos y hasta de tres en la plaza principal. La rivalidad pasó luego al embellecimiento de las casas con alfombras, cortinajes, lámparas, espejos, pianos, cristalería, porcelana, cuchillería y adornos pedidos a París. La plaza principal, las plazuelas, el parque y aún el cementerio, se convirtieron en jardines.

Si los franceses tenían los balnearios de Biarritz, Cannes y Dauville, los chuquisaqueños no quisieron quedarse

atrás. En la ribera de las quebradas alledañas, especialmente en la de Yotala, buscaron todos los espacios planos o los hicieron cavando cerros, y allí construyeron fincas de recreo para el verano con jardines, huertos de árboles frutales y residencias que también rivalizaban en confort.

CAPITULO II

LA CUNA EN LOS ANDES

Un día él daría gran significación en su obra literaria a la fuerza cósmica del universo expresada en la influencia telúrica de la Cordillera de los Andes sobre el destino de los seres humanos.

Nació en medio de ellos, el 19 de junio de 1887, en la ciudad asentada entre colinas, a 2.750 metros sobre el nivel del mar. El mismo describió así Sucre en su libro "Les Croisés de la Haute Mer" (Los Cruzados de Alta Mar): "Es una pequeña ciudad boliviana ignorada por los viajeros. Famosa en los anales de su pasado colonial por su espíritu levantisco. Fue la primera, en 1809, en revelarse contra el rey de España. Y lanzó su grito de independencia con tanta fuerza que se le quedó en la garganta, para siempre... Otrora fue docta y se venía desde Buenos Aires hasta su célebre universidad donde germinaban las ideas explosivas de los enciclopedistas franceses. Convertida hoy en más sacerdotal, tiene orgullo de sus veinte iglesias y de su catedral, de sus conventos, monasterios y capillas privadas, en las que 30.000 habitantes, en su gran mayoría de la raza blanca, entrenan su fe bajo la conducción de frailes españoles de verba dudosa. En ella las tormentas de la na-

turalidad son tan frecuentes, violentas y breves como las de las almas y se teme tanto la furia de las pasiones como la de los elementos. Aislada, incomprendida, exasperada, esta ciudad vive sobre sus nervios desde hace años. Es vivero de místicos, de oradores, de poetas... de seres apasionados, un tanto extravagantes. Se agotan, todos, en sueños generosos y tratan, los más, por un golpe genial, atraer la piedad de Dios sobre su destino. Dicen que el "Inisterio", pequeña fuente célebre, da a los habitantes, cuando beben sus aguas en la edad atormentada de la pubertad, una buena porción de inteligencia y una gran parte de fantasía. Pero nadie dice que los protege contra el infortunio..."

La criatura era tan raquítica que el médico, don José de la Reza, declaró que no podría vivir más de dos días. Se la bautizó apresuradamente, con el nombre del abuelo materno, en la iglesia más próxima, la Capilla de la Virgen de Guadalupe, para munirlo de la credencial que lo hiciese pasar del Limbo al Paraíso Celestial. Contradiendo todos los temores y pronósticos, el niño sobrevivió, aferrándose desesperadamente a su precaria existencia. Como la señora Costa había quedado muy débil con el alumbramiento, se contrató una robusta mozueta del rancharío de Charcoma, llamada Eulalia, para que lo amamantase. ¿Fue la leche de la raza india, raza que subsiste venciendo toda clase de circunstancias adversas, fue el clima suave y el aire puro de la ciudad o fueron la ternura y los constantes cuidados de la madre, los que hicieron el milagro?. ¿O acaso la alquimia del cruzamiento de sangres de diferentes razas y latitudes?. ¿De la sangre española y portuguesa de los Segovia y Medeiros, la vasca de los Durrels y la francesa o italiana de los Costa?.

Cuando el niño cumplió los seis meses sus padres celebraron el hecho como un gran acontecimiento. Invitaron a una fiesta a sus numerosos amigos. Después, no hubo ya dudas sobre la supervivencia del vástago. Adquirió robustez en los miembros y vivacidad en la mirada. Su desarrollo físico y mental fue precoz.

La casa adquirida por el ingeniero Costa en Sucre y donde nació su primogénito había sido, junto con la vecina ocupada por el Cónsul de España, señor Canuto Querejazu, la sede de la Audiencia de Charcas. Se la modernizó y embelleció al contagio del afán que impulsaba a las familias de la sociedad chuquisaqueña a competir en lujos y refinamientos.

Un día en que se precipitó una de las granizadas que al comenzar los veranos azotan furiosamente la ciudad, el ingeniero Costa subió a los tejados para revisar una gotera. Resbaló y cayó en el patio de la casa vecina. Los médicos diagnosticaron conmoción cerebral. Hubo de quedar inmóvil por varias semanas en el lecho en que los esposos Querejazu lo habían recogido. La amistad entre los matrimonios Costa Durrels y Querejazu Urriolagoitia se hizo íntima. Los primeros amigos de Adolfo Costa fueron los niños Querejazu.

Domingo Costa no tuvo mayor provecho en la construcción del túnel de Pacamayo. El alza en el costo del combustible con el que operaba la maquinaria absorbió casi todo lo que debió ser utilidad. El millón de francos oro heredado por la esposa se agotó en los viajes por Europa, en la compra de la casa de Sucre, su mejoramiento, mobiliaje y en juegos de azar. La pinta, con dados, era entonces un vicio generalizado en cierto grupo de los señores que concurrían cada tarde al club social. La apuesta común de Costa se hizo famosa: "Mil en punta y mil en cola". Una noche ganó 12.000 bolivianos a don Daniel Alvarez y 1.000 a don Lisímaco Gutierrez. La partida fue comentada en la sociedad con caracteres de escándalo.

Aparte del juego, Costa buscó otros medios de rehacer la fortuna familiar. No le faltaban ideas ni ambición. Se consideraba capaz de grandes empresas. Remitió a la "Compañía Universal Interoceánica" de Panamá un proyecto de construcción del canal por medio de un túnel de siete kilómetros a través del macizo cordillerano central para

reemplazar el proyecto a cielo abierto, mediante esclusas, de Fernando de Lesseps. No tuvo respuesta. Intentó vender en la Argentina y el Uruguay un nuevo sistema de fabricación de pólvora de su invención. Su agente José Escudero le avisó que no encontraba acogida favorable. Especuló con acciones mineras. Refiriéndose a las que para atender los gastos de sus campañas políticas pusieron a la venta Aniceto Arce y Gregorio Pacheco, dijo en una carta a un amigo: "Yo he conseguido recoger algunas migajas de los festines de estos caballeros". Aniceto Arce, cuya amistad y patrocinio eran un factor importante en su destino, estaba de Presidente de la República. La política le había hecho perder mucho de su fortuna y desatender sus negocios. No quiso darle la contrata de construcción del ferrocarril de Huanchaca a Oruro, prefiriendo que fuera la misma compañía, de la que era virtual dueño, la que lo construyera. Costa escribió al abate Faure, a París: "Antes del viaje del señor Arce a La Paz hemos hablado de varios proyectos (ferrocarril, imprenta, banco). El parece aprobarlo todo, pero sin el entusiasmo de antes. Hemos discutido la construcción de un túnel en Andacaba. Me dijo que no podía ya llevarlo a cabo por el mal estado de su fortuna. He tenido que decir amén a todo. El pobre Luis Soux también ha sido víctima de la situación del patrón... Estoy resuelto a salir del país. Llevaré a París varios negocios. Una concesión aurífera en Chiquitos. El viaje hará bien a Amelia y al pequeño Adolfo. Si no triunfo allí tendré el regreso preparado y Dios hará el resto. Habré perdido dos años, mas habré hecho provisión de salud para mi familia y para mí y habré recuperado fuerza moral y física... Debo a Devrés 30.000 francos. Usted sabe la gran pérdida que he tenido en Huanchaca en vez de beneficios. El ferrocarril de Huanchaca a Oruro lo hará el mismo Arce por su cuenta. No ha querido darme el contrato. Lo mismo con nuestro proyecto de un banco. Pero tengo otra negociación en estudio. Obtener derecho de emisión en París de un millón y medio de bolivianos. Mis negocios serán en París, Londres y Amsterdam. Tengo confianza en que podré resolverlos con buen éxito en un tiempo prudencial".



Adolfito a los seis años.

La falta de recursos impidió el viaje. Las deudas aumentaron con préstamos obtenidos de los bancos (110.000 bolivianos) y de Canuto Querejazu (7.500 bolivianos). Debía también dinero al abate Faure por la compra de acciones mineras que hizo por cuenta de él como su apoderado general en Bolivia. Costa se distanció de su con cuñado Alfredo Schwirtz, que trabajaba como agente de la firma Devrés en Tacna, por no haber empleado a tiempo el dinero que este le envió para la compra de acciones de Huanchaca.

Logró obtener el contrato de captación de aguas de Aritumayo para Sucre. El 23 de junio de 1893, el Presidente de la República, don Mariano Baptista, otros altos dignatarios y numeroso público se concentraron alrededor de una de las fuentes de la plaza principal para conmemorar la llegada del precioso líquido. El ingeniero Costa era el héroe del momento. Estaba al lado del presidente, acompañado de su esposa y su pequeño hijo. Pasaron minutos, pasaron cuartos de hora, pasó una hora sin que nada ocurriese. El ingeniero, vestido de chaqué y sombrero de copa, montó un caballo y partió en veloz galope para descubrir la causa del contratiempo. Un indio, sin darse cuenta de que interrumpía una ceremonia histórica, había detenido las aguas para irrigar su parcela ubicada a la vera del canal. Se hizo la inauguración del uso de las aguas de Aritumayo con varias horas de atraso.

Adolfito jugaba un día al lado de su madre, mientras ella tocaba el piano en el salón. Lo fascinó el movimiento de las manos sobre el teclado y los sonidos melódicos que salían de la gran caja de madera. Doña Amelia llevaba un anillo de brillante en el anular derecho. Adolfito creyó que los cambios de tonalidad musical estaban relacionados con las variaciones de la luz sobre la piedra preciosa. Luz y música se asociaron en su imaginación infantil. De pronto observó otros brillos más apagados. Eran gruesas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de su madre. Adolorido y atemorizado sintió deseos que buscar refugio en el regazo

maternal, pero se contuvo. El recuerdo de esta escena quedó gravado para siempre en su memoria. Mas nunca supo el por qué de las lágrimas. ¿Doña Amelia lloraba por su juventud que se marchitaba rápidamente?. ¿Por la madre que perdió en la adolescencia?. ¿Por el padre arrojado al mar?. ¿Por la desaparición de la fortuna familiar?. ¿Por los devaneos bursátiles y profesionales del esposo?. ¿Por lo incierto del porvenir para el hijo idolatrado?.

Nació un segundo hijo al que se bautizó con el nombre de René. Domingo Costa consiguió el puesto de administrador de la empresa "Aullagas" de Colquechaca, con un sueldo de 14.000 bolivianos anuales y uno por ciento de participación en las utilidades. Se fue a vivir al mineral con su familia. En sus libros "El Embrujo del Oro" y en sus artículos de prensa "Crónicas Anacrónicas" Adolfo Costa du Rels relató, muchos años después, lo que fue su infancia en Colquechaca. "Escapaba de la vigilancia de Eulalia, su aya, para ir a jugar con los hijos de las *palliris*, revolcándose en las escorias de carbón y en los residuos de metal. Volvía de allí cubierto de lentejuelas, escamas de plata, luz de la puna, luz de su niñez... Su padre pasaba muchas noches dentro de la mina con la *tunta punta*. Vestía saco de cuero y calzaba altas botas carcomidas por la *copajira*. Oía a lodo, a azufre, a sebo, a noche subterránea y a desengaño, el *alter ego* del minero. Era a su modo un poeta de la mina. La quería por ella misma, por la voluptuosidad de conquistarla, de revelar sus ocultas y peligrosas prendas y, como a una bella princesa, arrancarla de los maleficios de un monstruo cavernícola. Llegaba a la casa al amanecer, después de pasar la noche en la noche perpétua del interior de la tierra. Iba hacia su primogénito y lo levantaba en sus brazos, muy alto, como a un juguete sorprendido por un gigante. Luego lo besaba. Entonces la gravedad desaparecía de su rostro. Era alto, rubio, de ojos claros, con una barba de sarraceno del norte. Sus ojos eran reilones y luminosos. Su sonrisa era como un préstamo suave otorgado por la mirada a los labios... Extraía de los bolsillos guijarros erizados como castañas y los alineaba meticulo-

samente sobre la mesa: azules, verdosos, rojizos, bronceados o plateados, despedían emanaciones químicas y destellos extraños. La luz del día, junto a la mano del minero, solía acariciar con cierto deleite esa pedrería subterránea que sólo entonces parecía adquirir existencia real. Adolfo no se atrevía a tocarla, temeroso de algún insospechado encantamiento..."

Por entonces, la minería boliviana de la plata estaba en proceso de decadencia, por la competencia de otros países. La "Compañía Aullagas" clausuró labores. La familia Costa volvió a Sucre. El Banco Nacional había tomado posesión de la casa de la calle Audiencia a cuenta de la deuda. Se alquiló unas habitaciones en la residencia de doña Filomena Urriolagoitia, viuda de su primo Antonio Urriolagoitia. Adolfo fue puesto a aprender las primeras letras y los números en una escuelita particular abierta por el español Pascual Limiñana. La estricta disciplina impuesta por el "Cojo" Limiñana hacía fuerte contraste con los enreimientos del hogar. Adolfo, imaginativo y travieso, sufrió como el que más los palmetazos y el castigo de arrodillarse en un rincón de la clase sobre carozos de durazno.

De vuelta a la casa de la calle San Alberto (hoy Instituto Médico), su compañero de juegos era Pillín, un indiecito huérfano, de su misma edad, que la bondadosa doña Filomena había recogido de su finca de "Yululu" para criarlo bajo su protección. Cada atardecer, Adolfo y Pillín eran llamados a juntarse con doña Filomena, su hija Josefa, doña Amelia y las sirvientas para rezar el rosario, mientras el ingeniero Costa y el joven Antonio Urriolagoitia, hijo de doña Filomena, iban en busca de sus respectivos amigos a la plaza o al club.

Al amanecer del 11 de septiembre de 1895, doña Amelia falleció al dar a luz una niña. Tenía 32 años. Adolfo se aturdió con la extraña agitación que surgió a su alrededor y al principio no comprendió su trágico significado. Todos lloraban. La casa se llenó de coronas de flores

y de gentes con trajes negros. El y Pillín fueron confinados al segundo patio, con orden de jugar allí. A la mañana siguiente, ocultos detrás de unas macetas, observaron a señores de rostro adusto, vestidos de leva y sombreros de copa, llevar ceremoniosamente sobre los hombros un cajón largo, herméticamente cerrado. ¿Los fuertes golpes de martillo que se escucharon esa noche serían los que clavarón la tapa? La casa quedó vacía con un extraño olor de flores marchitas. Esa tarde su padre lo estrujó entre sus brazos y, con voz ronca, le dio una explicación. Su madre, su "mamacita querida", se había ido. Se había ido al Cielo. Desde allí seguiría cuidando de él, del hermanito René y de la recién nacida Blanchette. Desde ese momento, Adolfo se aferró a un pensamiento que iba a mantener vigente el resto de su vida: "Mi madre ha muerto, pero no me abandonará jamás. Desde allí, donde está, seguirá velando por mí, cada hora, cada día, ¡siempre!".

CAPITULO III

EL DESPERTAR DE LA IMAGINACION

Domingo Costa abandonó la casa de doña Filomena Urriolagoitia y se instaló con sus dos hijos, su hija, Eulalia y otras sirvientas, en la quinta "San Rafael", a algunos kilómetros de Sucre. La finca consistía en una casa vieja y una pequeña huerta, con alfalfares y durazneros, rodeada de un muro, en medio de cerros, en un lugar solitario y agreste. Instaló allí una curtiembre. En una carta de noviembre de 1896, a un amigo de Chile, expresó: "Me he quedado con tres criaturas. Tengo sólo un deseo, una ambición, después de la desgracia de haber perdido a mi esposa: educar bien a mis hijos fuera de aquí. Mi curtiembre comienza a marchar apenas. Hace tres meses que hemos producido los primeros cueros. Tuve que despachar al capataz español por incapacidad y mala fe. No contando con mucha ayuda, yo trabajo como un negro. Produzco cueros de cabra, pero la fabricación de suela es el negocio principal. Mis hijos aprovechan del campo, mientras yo lucho en la trinchera..."

Los cuatro años de residencia en "San Rafael" fueron los más dichosos en la infancia de Adolfo. El bananal con sus árboles frutales, las acequias de agua cantarina, las aves, los insectos y hasta la fea curtiembre con sus calderos, toneles y malos olores, constituían un mundo que

exploró con avidez. Un pequeño caballo que le obsequió su padre completó su felicidad.

En las tardes, concluida la jornada de trabajo, don Domingo Costa despedía a los peones, montaba su caballo y se iba en busca de sus amigos. Las sombras avanzaban por los montes y quebradas. El crepúsculo se desvanecía sobre "San Rafael". Los pájaros acompañaban con sus trinos el lejano llamado a la oración de las campanas de la ciudad. René y Blanchette eran puestos a dormir. Adolfo se unía en el corredor de la casa a la tertulia de la servidumbre. Era la hora del misterio que esperaba todo el día. Eulalia, la fiel aya, Fernanda, descendiente de una esclava del tatarabuelo Segovia, la nodriza de Blanchette, la lavandera y la cocinera, cambiaban chismografía y a pedido del niño contaban cuentos. Cuentos de los duendes, enanos con sombreros grandes de paja, que salían de los desagües para asustar a los niños traviesos. De los tesoros ocultos por los españoles y los jesuitas, como el del "Tanga-tanga". Del "Yana-mocko" (Domingo Benavides), el cholo petiso y moreno al que el pueblo de Sucre quiso linchar y fue fusilado, por haber sido declarado culpable de haber matado a su mujer, a pedradas, en la ladera de "Guerra-loma". Que resultó inocente muchos años después, cuando un indio, al momento de morir en el hospital, confesó haber sido el verdadero autor del crimen. Desde entonces, el "Yana-mocko" fue el cuco de los niños chuquisaqueños. "Voy a llamar al "Yana-mocko" era la amenaza de rigor para dejar quietos a los más díscolos. Se decía que el alma del cholo vagaba incansablemente por la ciudad, clamando venganza contra todos los habitantes. A la terminación del cónclave doméstico, Adolfo, con la imaginación excitada, se paseaba por el corredor dialogando con su sombra. Inventaba historias en las que él era un personaje y su sombra otro. Eran los primeros balbuceos del futuro novelista y autor teatral. Desde esa edad nunca estuvo solo y satisfizo su permanente deseo de conversar llamando a su lado a seres imaginarios si le faltaban contertulios de carne y hueso capaces de un intercambio de ideas.

Domingo Costa invitó a un ágape al prior y frailes del Convento de la Recoleta. Necesita su ayuda para convencer a diputados, senadores y al Presidente de la República de que se le concediese el contrato de construcción de un ferrocarril de Arica al interior de Bolivia. Mientras se desarrollaba el convite Adolfo, oculto bajo la mesa, anudó uno a otro el cordón del hábito de cada fraile. Grande fue el desconcierto de los comensales al levantarse de la mesa y verse amarrados entre sí. El anfitrión aplicó una sonora bofetada a la mejilla del chistoso, como castigo y en señal de desagravio a sus reverendos convidados.

El ingeniero contrató los servicios de Margarita Villaflor, una mujer treintañera, que había vivido en París con la familia de don Gregorio Pacheco. Chapurreaba algún francés. Como la distancia impedía a Adolfo seguir asistiendo a la escuela del "Cojo" Limiñana, Margarita quedó encargada de proseguir con su educación. En las noches tormentosas del verano, cuando los rayos chasqueaban como latigazos de fuego y el trueno retumbaba en las encañadas, Margarita Villaflor, asustada y exacerbada, llevaba al chico a su cama, lo estrujaba contra sí y le hacía besar sus senos. Adolfo gustaba inocentemente de las excursiones al lecho de Margarita. La ausencia de su madre se le hacía menos penosa. Dormía feliz en los brazos de su amiga y preceptora.

En vista de que el primogénito no mostraba ningún progreso académico al lado de la señorita Villaflor, don Domingo Costa la substituyó por una matrona con amplia experiencia docente. Doña Nieves Muñoz había regentado una escuela de niñas en su juventud. A la sazón se defendía bravamente de los deterioros de la edad. Se pintaba las mejillas con airampo y se lavaba los cabellos con una receta de su invención: agua tibia mezclada con orines de un inocente. Adolfo se convirtió en el proveedor de la segunda materia prima. Cada desahogo de su vejiga era recolectado cuidadosamente por doña Nieves en una vasija especial.

Carta de Domingo Costa a un primo de Córcega, de junio de 1897: "Tengo un proyecto importante. Al fin he podido obtener del gobierno del presidente Fernández Alonso la concesión de construir un ferrocarril desde el puerto principal que poseerá Bolivia en la costa del Pacífico, según un tratado que se suscribirá con Chile, hasta Oruro, continuación a Cochabamba y de aquí hasta el río Mamoré. Yo creo que el negocio es excelente y el capital necesario fácilmente obtenible en Europa. Estoy ya en contacto con la casa Després de París. A fin de asegurar la cosa he decidido partir rumbo a Francia, sin pérdida de tiempo, llevando los planes e informes. Aprovecharé del viaje para llevar a mis hijos a Córcega. Dejaré a Adolfo en el colegio de Ajaccio, al cuidado de Luciano, y a René y Blanchette en Vivario, en la casa de Ambrosio. De Córcega me dirigiré a París, donde espero formar una sociedad que tome a su cargo la gran empresa, reservando para mí el dirigir la construcción de la línea férrea. No hay sacrificio que no esté dispuesto a hacer para llegar a mi meta, que espero alcanzar esta vez. Te ruego que hagas lo posible por conseguir el equivalente de 12.000 bolivianos para los gastos de mi viaje. Así asegurarás mi fortuna y la tuya. Respóndeme a vuelta de correo. Tu colaboración será propia y generosamente recompensada".

El primo negó la ayuda. Costa se dio modos de obtener algunos fondos entre sus amigos de Sucre. El 15 de abril de 1897 partió de "San Rafael" una pintoresca cabalgata. Adolfo, a quien faltaban dos meses para cumplir los diez años, montaba orgulloso un caballo, vestido de poncho y polainas, al lado de su padre. René, de 5 años, y Blanchette, de 3, ocupaban angarillas en los costados de una mula. Otras mulas llevaban colchones, petacas, ollas y comestibles. En una última viajaba el arriero. Eulalia, Fernanda, doña Nieves Muñoz y otras gentes amigas los despidieron con abundante llanto.

El viaje por etapas fue largo y penoso para los niños. Y no exento de peligros. El río Tumusla estuvo a punto de

arrastrar en sus crecidas aguas al ingeniero Costa y su cabalgadura. Tuvieron que ser rescatados a lazo por el arriero. En Jujuy se tomó el tren hasta Buenos Aires y aquí el barco rumbo a Europa.

Todas las incidencias del viaje desde Sucre, el tren, la gran metrópoli bonaerense y ahora el navío, proporcionaron a Adolfo una borrachera de impresiones. Su imaginación tuvo un acicate más con el obsequio que le hizo su padre de los cuentos de "Las mil y una noches". Era el primer libro que tenía entre manos que no fuera uno de sus elementales y aburridos textos escolares. Lo devoró. Cayó cautivo de las narraciones de la Sultana Scherezada. Alí Babá, Kanmakan, la esclava Zumurrud y sobre todo Simbad, el Marino, fueron sus íntimos compañeros de viaje.

CAPITULO IV

PRISIONERO EN LA CASA DEL CARDENAL

Córcega, historia de guerras, paludismo y pobreza, en la que sucesivamente desfilaron etruscos, cartagineses, griegos, romanos, bizantinos, sarracenos, italianos (durante siete siglos) y franceses (desde 1769).

En 1897, lo francés era todavía como la caparazón de una tortuga cubriendo un cuerpo italiano. Italianos eran la mayor parte de los habitantes. Italiano el idioma dominante en el pueblo. Italianas las principales raíces del dialecto corso.

“¡Corsica!, ¡Oh, Corsica, carissima isola!” - exclamó Domingo Costa en la cubierta del barco, al lado de sus hijos, al ver que se aproximaban al puerto de Ajacio. Luciano Costa, hermano menor de Domingo, su esposa María, su hija Lilline y su hijo Pierre, acogieron cordialmente a los viajeros en su pequeño departamento de un edificio de seis pisos de la calle Roma. Al día siguiente se tomó el tren hasta el villorrio de Vivario, en el centro montañoso de la isla. René y Blanchette fueron dejados allí al cuidado de Ambrosio Ballesti, agricultor italiano, y de su esposa Francisca Costa.

Domingo Costa y Adolfo se despidieron en el puerto de Ajacio. El ingeniero tenía urgencia de llegar a París. Adolfo vio alejarse el barco con la garganta bloqueada por la congoja. Dominó las lágrimas que pugnaban por inundar sus ojos. Se sintió solo, muy solo, en un mundo extraño en el que nadie hablaba su idioma y él no comprendía el de los demás. Sintió miedo, mucho miedo. Necesitaba comunicarse con alguien. Escribió la primera carta a su padre. La ortografía mostró cuán escasa había sido su educación hasta entonces: "Ajacio, 28 de abril de 1897. Monsieur Dominique Costa. Paris. Mon cher papa temando estas dos líneas porsaver de ti no me gusta Ajacio aquí sin tranquilidad porque teestraño mucho vuelve pronto".

A los pocos días fue vestido con sus mejores ropas. El tío Luciano lo llevó de la mano al colegio. El trayecto era corto, pero don Luciano se desvió para mostrarle la casa donde había nacido Napoleón Bonaparte. Explicó al sobrino lo heroico e importante que era el genial corso en la historia de Francia. Adolfo no entendió nada, excepto el repetido nombre de Napoleón. Supuso que sería el de algún personaje de mucha categoría que habitaba allí, posiblemente un arzobispo, puesto que el tío, al pasar delante, se destocó el sombrero con gran reverencia.

Don Luciano le dejó con el portero del colegio susurrándole al oído: "*Coraggio, figliuolo*". Fue conducido a la Sexta Clase (equivalente al Primero de Secundaria). Los cursos habían comenzado siete meses antes. La aparición del niño boliviano causó sensación entre los cincuenta alumnos. Era el primer extranjero que se veía en el plantel. Lo que llamó más la atención fue su vestimenta. Traje de mariner inglés blanco (comprado por su padre en la "Casa Harrods" de Buenos Aires), con cuello azul volcado sobre la espalda y un silbato colgado sobre el pecho. En la mano llevaba una boina con la inscripción "Trafalgar" en letras doradas. El profesor avanzó sobre él, le arrebató la gorra y la arrojó al canasto de basura. Le señaló un asiento al fondo de la clase. Adolfo no comprendió el por qué de la

rabia del maestro contra él y su ropa sino mucho después, cuando se dio cuenta del sacrilegio que involuntariamente cometió al presentarse con un uniforme que recordaba la batalla en la que fue aniquilada la flota de Francia en un colegio en el que se veneraba la memoria de Napoleón.

El muchacho cayó en más ridículo cuando avisó que había nacido en una ciudad llamada Sucre (azúcar, en francés). Se hicieron bromas de que debía tener miel en las venas en lugar de sangre. Se buscó Bolivia en el mapa y se descubrió que estaba próxima a la línea ecuatorial. Esto quería decir que, además, era oriundo de una tierra caliente. En la noche, en el dormitorio del internado, cuando se desnudaba, se ubicó el escapulario con la leyenda "Detente, el Corazón de Jesús está conmigo", que Eulalia le había dado para que lo protegiera de todos los males. Dio motivo a más burlas.

Todavía más hilaridad a su costa cuando el profesor, los días siguientes, le hacía repetir en voz alta estrabillos sin sentido, para aflojarle la lengua y acostumbrarlo a los diferentes sonidos fonéticos de las vocales en el idioma francés: "*Le coucou et sur le mur... Le pantin va clopant, clopant... Le turlututu du pere Lustucru...*" Comenzó a sentir odio contra una lengua, que a diferencia del castellano, no se pronuncia como se escribe. Le fue difícil entender que las letras "a" e "i" tenían sonido similar en sílabas como "ant" e "int", que "gn" equivalía a la "ñ" española, que "eau" se pronunciaba "o" y que la "e" era muchas veces muda. Tuvo que aprender de memoria las fábulas de La Fontaine. Cada vez que las recitaba, su pronunciación y su tartamudeo, causaban enorme algazara en la clase. Muchos años después escribió: "Fábulas de La Fontaine, mascujadas con paciencia y con terror, nunca dejo de recordarlas sin que se me cierre un poco el corazón. ¡Oh, cuervo, oh, zorro, oh, cigarra, oh, hormiga, símbolos de la vanidad y la astucia, de la crueldad y la imprevisión, cuantas veces os he bañado con mis lágrimas redentoras de niño!"

¿Habría algo más cruel que las burlas de todo un colegio contra el más indefenso de los alumnos?. ¿Habría tristeza mayor que la de un niño que siente que el destino se ha ensañado contra él y que no hay una sola mano que se tienda en su ayuda?. ¿Habría algo más penoso para un muchacho que ser puesto en ridículo a la edad en que la personalidad quiere dar los primeros aleteos?.

Adolfito se recogió sobre sí mismo, como un caracol dentro de su concha. "Su espontaneidad se amustió". "Fue el alquimista de sus propias lágrimas". La única persona a cuyo lado se sentía reconfortado era Lilline, su prima, cuatro años mayor que él. Los días de salida del internado, un domingo por mes, iba con ella a caminar por el puerto y los alrededores de la ciudad. Lilline era buena y alegre. No se burlaba nunca de sus errores en la pronunciación del francés. Se los corregía afectuosamente. El tío Luciano tenía un asma crónica que lo hacía sufrir mucho. No tenía paciencia con él ni con nadie. La tía María era severa y adusta. Su vida se dividía entre los quehaceres domésticos y las visitas a la iglesia.

Pierre, hermano de Lilline, dos años mayor que Adolfito, no congeniaba con él. En el colegio lo ignoraba, no queriendo demostrar ninguna conexión, para que el ridículo del primo boliviano no lo salpicara en lo más mínimo. Era pendenciero y díscolo. Un día tuvo una reyerta en la calle con otro alumno del plantel. Este, más débil, sacó el coraplumas "con el que tajaba lápices" y al defenderse, accidentalmente, hundió la afilada hoja en el pecho de su contrincante llegando hasta el corazón. Los otros muchachos, que habían hecho un círculo para esperar la pelea, "se desparramaron como gorriones aterrados". Adolfito fue sacado del colegio para asistir al velorio y al entierro de su primo. El féretro estaba en el pequeño salón del departamento de la calle Roma, rodeado de parientes llegados de diferentes puntos de la isla. Adolfito se sentó en un rincón, al lado de Lilline. Ella le explicó quiénes eran los circunstantes. El tío Toussaint, hermano de la tía María, jefe de la

familia, hosco y fuerte como un roble, con rostro de campesino tostado por la intemperie, barbilla blanca. El tío Carlotti, desvencijado y flacuchento, cojo por una herida recibida en la guerra de Crimea. El tío Paolino, maestro de escuela, con largos bigotes rubios. Las esposas, con "dolor trasnochado y exhausto". Otros hombres y mujeres desconocidos. El tío Luciano estaba en la habitación contigua, inmóvil y silencioso, con los ojos muy abiertos. El asma lo tenía "sojuzgado, humillado, inutilizado para todo, salvo para chisguetearse la garganta con un sahumador que lo envolvía en un olor de farmacia".

La tía María, como las demás mujeres, había agotado el manantial de los ojos. Sentada cerca del hijo muerto, parecía petrificada por el dolor. "De repente, como sacudida por una especie de calofrío y cual pitoniza inspirada, lanzó un grito, un alarido más bien. Luego, con voz de más en más enronquecida por la cólera y la desesperación, empezó un canto. Era un *lamentí*, sobrevivencia de los antiguos coros funerarios de Grecia, cantinela salmodiada como un responso".

Al día siguiente Pierre fue llevado al cementerio y enterrado con acompañamiento de más *lamentí* de las mujeres. A partir de esa fecha la tía María no tuvo sino un solo objetivo para su vida: vengar la muerte del hijo. Una venganza corsa. Conseguir que el año de reformatorio al que se condenó al niño culpable se convirtiese en condena a prisión perpetua. El ambiente del hogar, con el asma del tío Luciano y el permanente rencor de la tía María contra todo y contra todos, habría sido del todo insoportable de no mediar la dulzura y las bondades de Lilline.

El Colegio Fesch, fundado por el Cardenal de ese apellido, tío carnal de Napoleón, "era una gran construcción rectangular, de líneas severas". "Tres pisos. Fachada des-pintada, que se reflejaba con vergüenza en el espejo más bello que Dios puede ofrecer a una morada humana: el golfo de Ajacio. La Casa del Cardenal era espaciosa, sucia con

esmero y alegremente antihigiénica. La austeridad y la vetustez de las habitaciones, en su mayoría malolientes -aulas, enfermerías, refectorio, dormitorios- eran compensadas por la luz del Mediterráneo". Los naturales malos olores del edificio se mezclaban con las exudaciones de los alumnos en el clima caluroso de la isla. Sobre todo las de los internos que, según el reglamento, sólo tenían la obligación de "un baño de cuerpo entero una vez al mes y un baño de pies cada ocho días".

Los 600 alumnos (120 internos), eran hijos de funcionarios públicos, comerciantes, tenderos, artesanos y agricultores. Un conglomerado heterogéneo de infantes y adolescentes de 6 a 16 años, en su mayoría rústicos y rudos. Todos franceses con excepción del boliviano Costa.

Los jueves en la tarde había asueto. Los internos salían de paseo, bajo la estricta vigilancia de los *pions*. Atravesaban la ciudad de dos en fondo, de los más pequeños a los más altos, como presidiarios, uniformados (chaqueta azul con botones dorados, cerrada hasta el cuello, pantalones hasta la canilla, medias negras, botines y gorra con vicera de charol). Llegados al término del radio urbano, "bastaba el estremecimiento del follaje al influjo del viento, la resaca de las olas o el canto de las cigarras, para darles una sensación de libertad y holgura física". "Ajacio, blanco y dorado, con un cinturón de huertos y jardines. Paseos a la vera del mar por el bulevar hasta la Capilla de los Griegos. Paseos hacia Barbicaja, cuyas naranjas de corazón carmesí eran como frutos del jardín de las Hespérides. Paseos a las alturas de Salario, cuajadas de arbustos fraganciosos". Adolfo Costa tenía en esas excursiones una íntima comunicación con la naturaleza. "Alargaba las manos a la belleza que lo rodeaba, buscando una forma de felicidad con el mariposeo de sus sentidos, con una voluptuosidad precoz, que se abría como la rosa de los vientos".

El director del colegio era Monsieur Calcatoggio, que los alumnos apodaron "U Crocú". De origen muy modesto.

Su madre, enorme maritornes enlutada, vendía fruta en el mercado público. Calcatoggio tenía aspecto severo. Calzaba gafas con monturas de oro que le daban un aire docto, reservado y distinguido. Hablaba en apotegmas, con suma sobriedad. A sus órdenes estaban dos inspectores generales. "Francioni, mefistofélico en sus dichos y en sus actos, mezclaba dentro de un temperamento despechado la astucia y la intriga". Tenía una camarilla de adulones. Se decía que su esposa lo había abandonado, fugando con un farmacéutico. El otro inspector general era Monsieur Nesa. Un vejete con traza de campesino. Solterón, maniático, medio filósofo, medio dispéptico. Pequeño, chueco, seco, con ojillos maliciosos. Debajo de Francioni y Nesa estaban ocho *pions* o bedeles. Carceleros odiados y temidos por los alumnos, particularmente por los internos. Los principales: Sanibaldi, cascarrabias rubio, bizco y adusto. Ferrari, juerguista empedernido, romo, moreno, destruido por los excesos. Símula, jorobado, inteligente, ambicioso, con alma tierna. Salicetti, alto, fornido, taciturno, librepensador. Los profesores de las diferentes materias integraban un grupo no menos abigarrado. En su mayoría provenían de la Francia metropolitana. Estudiantes universitarios fracasados o postulantes a escuelas normales ganando experiencia en una provincia.

Al año justo de haber entrado al colegio (abril de 1898), Adolfo fue llamado a la portería. Era su tía María. Lo abrazó y besó como nunca solía hacerlo. "Han llegado muy malas noticias de Bolivia" -dijo. Malas noticias sobre tu papá. No tuvo suerte con su proyecto de construir un ferrocarril. Los señores Batignol de París no le quisieron dar capital. En sus cartas nos contó también que Chile no quiso ceder un puerto a Bolivia, donde debía comenzar la línea férrea. Todo esto afectó mucho su estado físico y moral. Se enfermó del hígado. La familia de un señor Bertin, que tiene parientes en Bolivia y que vive en Ajacio, ha recibido un cablegrama de un señor Canuto Querejazu. En él pide que se nos avise a nosotros y a tí que tu papá ha muerto. Tienes que tener resignación. Es una pérdida terrible Como

la de mi querido Pierre. El señor Querejazu dice en su mensaje que tú tienes que seguir con tus estudios, que él ha prometido a tu papá en su lecho de moribundo, que se haría cargo de la educación de tí, René y Blanchete..."

Adolfito volvió a su clase como un sonámbulo. De todo lo que su tía le había dicho atropelladamente sólo entendió una frase: "Tu papá ha muerto". Una gran angustia inundó su pecho. Los latidos de su corazón retumbaron en su cabeza. Perdió el conocimiento. Fue llevado a la enfermería. El viejo barchillón, de origen griego y corazón de oro, lo atendió solícito. Monsieur Calcatoggio le manifestó su pésame. Le dio permiso para quedar en la enfermería varios días. Adolfito pensó mucho en su padre. Lo recordó como siempre lo hacía, como a "Simbad, el Minero", el gigante de Colquechaca, que salía del fondo de la tierra trayéndole piedrecillas de todos colores. Había llorado mucho en los meses precedentes, mas encontró nuevas lágrimas en lo más profundo de su corazón. Como en ocasiones anteriores, cuando la pena era muy grande, recordó a su madre, con la imagen con la que estaba gravada en su alma, de Mater Dolorosa. Además del amor filial se sentía unido a ella por las lágrimas, por la solidaridad del dolor.

El fallecimiento de su progenitor lo hacía ahora huérfano de padre y madre. No tenía a nadie en el mundo. Su horfandad era total. Su soledad inmensa y absoluta. Pero, así como lo más oscuro de la noche es presagio de la claridad del alba, el ahondamiento de su tragedia aproximó un amigo a su vida. Ricci, profesor suplente, "con barba erizada, ojos de mirar profundo, bondadoso, amante de la paradoja, amigo de la verdad y la justicia". Erudito y modesto. Casi todas las noches se juntaba con Mardoqueo, el barchillón, para tomar café y conversar. Supo de las tristes circunstancias de Adolfito. Se le aproximó. Se sentó al lado de su lecho y le hizo mil preguntas, con tono suave, afectuoso. Provocó sus confidencias. El muchacho le abrió su corazón. Le contó de la muerte de su madre y de su padre, de la hostilidad general que encontró en el colegio,

de sus dificultades en los estudios, de su soledad.

"*L'exotisme, voilà votre ennemi*" -le dijo Ricci sentenciosamente. Le explicó la necesidad de mimetizarse en el ambiente en que se encontraba. De dejar de ser una persona exótica, un extranjero. De hacer el mayor esfuerzo posible para completar el aprendizaje del francés, para poder comunicarse con sus compañeros, ser uno más entre ellos, participar de sus bromas, de sus juegos. Tendría que olvidarse del castellano. Borrarlo completamente de su mente. Nunca podría aprender francés si continuaba pensando en español. El profesor Ricci prometió ayudarlo y cumplió su promesa. Muy temprano en las mañanas y en las demás horas libres de cada día le dio clases particulares. Le hizo leer trozos escogidos. Le habló de la riqueza, de la musicalidad del idioma de Voltaire. Le hizo conocer páginas de Pascal, Bossuet, Chateaubriand, Barrés, versos de Chénier, Víctor Hugo, Baudelaire, Verlaine. Un día Ricci, al advertir movimiento en los labios del muchacho mientras escribía un dictado, le preguntó si hablaba o rezaba. Adolfito, antes de escribir en francés, deletreaba cada palabra mentalmente. "Si, era una plegaria, una plegaria constante para no volver a caer en errores. Sería por eso que, más tarde, en su obra literaria, escribir para él fue una forma de orar".

La amistad e influencia del profesor Ricci fueron decisivas para el adolescente Costa. Le hicieron recuperar la fe en sí mismo y en los demás. Lo reconciliaron con la vida. Ricci le enseñó a amar el francés. Lo convenció de que desterrase de su mente el castellano. El castellano era su verdadero enemigo, el culpable de su exotismo, algo así como la túnica de Neso, adherida a la piel. Lo que hacía, pensar en castellano y querer expresarse en francés, era como empujar la roca de Ifiso hacia una cumbre a la que nunca podría llegar.

Adolfito comprendió que el francés era la tabla de salvación que le alcanzaba Ricci para que no se ahogase en la desesperación. Se aferró a ella con todas sus fuerzas. Ricci,

como un mago, lo llevó de la mano hacia las fuentes más puras y más bellas de la lengua de Francia. El muchacho cayó bajo su encantamiento. Fue una entrega total.

El castellano, aprendido superficialmente con el "Cojo" Limiñana, Margarita Villaflor y doña Nieves Muñoz, mezclado con las expresiones folklóricas del quechua que escuchó a Pillín, Eulalia y Fernanda, quedó enterrado en el subconciente. Sólo mantuvo su vigencia en una breve oración, en el Ave María que le enseñó su madre. Lo musitaba en su lecho, cada noche, antes de dormir. Era un medio de comunicación con ella y con la Virgen María, que en su mente estaban confundidas en un solo ser sobrenatural que velaba por él desde el más allá.

El trauma del trastrocamiento del castellano por el francés tuvo efectos definitivos en su vida. El francés se convirtió en el medio de expresión con el que se sentía más seguro, en el que era más versado, con preparación más académica. Por eso, más tarde, lo utilizó como el instrumento principal de su obra literaria, con preferencia al castellano en el que nunca tuvo un maestro tan inteligente como Ricci.

El dominio del francés permitió a Adolfito salir de su misantropía. Su carácter recuperó la alegría de vivir y el deseo de compartir conversaciones y juegos con los demás. Se distinguió en sus estudios. "Como un abejorro ebrio en medio de un panal, revoloteó saboreando literatura, historia y geografía. Un simple dístico de Racine, una frase de Michelet, un soneto de Ronsard, nombres de comarcas lejanas como Palmira, Labrador, Ceilán, las gloriosas hazañas de Alejandro, Carlomagno o Napoleón, eran un deleite para su espíritu".

El primer año de colegio fue el del dolor. El segundo, de la muerte del padre, el de la desesperación. El tercero, el de la reacción. El cuarto, el del dominio del francés. Al ingresar al quinto, era ya una figura popular en su clase.



De colegial en Córcega.

Había dejado de pertenecer a la categoría de los "peques" o menores para ingresar a la de los mayores. Fue incorporado al círculo de los bonapartistas que acostumbraban reunirse en el Patio de Honor, cerca de la estatua del Cardenal Fesch, en las graderías de la Capilla Imperial. "En el interior de la capilla estaba la tumba del cardenal fundador del colegio, de su hermana Leticia Remorino, madre de Napoleón, la del esposo de ésta, Carlos Bonaparte, la de José, que fuera rey de España, y la de otros retoños amortiguados de la famosa estirpe cuyo tumulto sacudió el mundo durante un siglo". En el cenáculo de los bonapartistas se devoraba a troche y moche la literatura napoleónica: Vandal, Coret, Masson, las memorias de la Duquesa de Abrantes, las memorias del General Marbeuf, los "Cuadernos" del Capitán Coignet. El "Memorial de Santa Elena", las proclamas del héroe y "L'Aiglon" de Edmond Rostand eran su evangelio. Se odiaba a Fouché, Tayllerand y Metternich. La juventud del grupo "ardía al influjo de una figura epónima a la que todo recordaba en Ajacio, desde la humilde casa natal hasta la capilla de mármol".

Un día, en la clase de historia, el profesor, ardiente republicano, de quien se afirmaba que era descendiente directo de uno de los diputados que votó a favor de la muerte de Luis XVI y María Antonieta, sorprendió a un alumno leyendo a hurtadillas el libro "El Emperador y las mujeres" de Federico Masson. Lo lanzó al canasto de basura al mismo tiempo que emitía "una carcajada que semejó un graznido ronco". Exclamó: "¡Ese es el destino que merece el gran cornudo imperial!". El grupo de los bonapartistas se sintió humillado y colérico. El alumno Folacci, "clorótico, pecoso, enjuto, taciturno, un tanto retrasado a causa del paludismo que lo aquejaba periódicamente", se levantó y avanzó hacia el profesor. Este creyó que venía a consultarle algún punto de la lección del día. Folacci dio un salto y dio una puñalada en el cuello del profesor con su cortaplumas. La sangre saltó a borbotones. Folacci escapó por la ventana y desapareció para siempre. "Alguien aseguró después que estaba enrolado entre los

bandoleros del lado de Casamozza". Los bonapartistas rindieron secreto culto a su memoria como a la de un héroe. El profesor curó del profundo tajo en una semana.

Día de la salida mensual de los internos, Símula, el jiboso *pion*, llamó a Adolfito a un aparte. Le dijo de sopetón:

— "Tienes una prima formidable". En seguida le dio una misiva para que la entregara a Lilline, añadiendo con tono apasionado que en su concepto ella era la "made-moiselle" más linda de Ajacio.

En el trayecto hasta el hogar de su tío Luciano las palabras del bedel siguieron resonando en los oídos del muchacho. ¿Lilline, formidable?. ¿Lilline, la chica más bella de la ciudad?. La encontró sola. Se turbó al verla. Hasta entonces había sido para él nada más que su prima, su compañera de juegos y excursiones. Por primera vez la observó como a mujer. Por primera vez se dio cuenta de las curvas de su silueta, de la tonalidad de sus cabellos, del brillo de sus ojos negros, de la carnosidad de sus labios, del abultamiento de sus senos. ¡No sólo era bella, sino bellísima! A los 19 años ella estaba en la flor de su edad. Sintió que su corazón latía apresuradamente. Sintió deseos ardientes de tomarle las manos y besarlas, de besar sus labios, unir sus dedos entre sus cabellos, estrechar su cuerpo en un apretado abrazo.

Lilline adivinó en la mirada y en el rojo de las mejillas el secreto de su primo. No tenía delante al niño de antes, sino a un adolescente turbado súbitamente por el amor y el deseo. Se sintió halagada, pero trató que sus relaciones mantuvieran la inocencia del pasado. Adolfito le entregó la carta de Símula. —"Es un *pion* jorobado y viejo"— explicó dominado por los celos. Ella leyó la carta y un verso que la acompañaba. Soltó una carcajada nerviosa y en seguida quedó silenciosa. Doña María entró en ese momento en la sala. Tomó las hojas de papel de manos de su hija y tam-

bién las leyó. "¿Desde cuándo te has convertido en alcahuete?" -espetó al sobrino. Dirigiéndose a la hija, añadió: "No contestarás esta carta. Hablaré primero con tu papá".

La epístola de Símula declaraba profundos sentimientos de admiración por Lilline y el ferviente anhelo de que un día no lejano pudiesen ser consagrados delante de un altar. El señor Francisco Canesi, uno de los principales comerciantes de la ciudad, pretendía la mano de Lilline desde hacía un año. Ella no lo quería. Don Luciano y doña María lo consideraban el mejor partido para su hija. La diferencia de edades quedaría compensada con las comodidades que, gracias a su fortuna, él podría ofrecer a su esposa. A la hora del almuerzo se discutió el problema. Las pretensiones de Símula demostraban que sería muy peligroso aplazar más tiempo los propósitos de Canesi. Era aconsejable apresurar los acontecimientos.

— "Lilline" -sentenció doña María-, tu padre hablará con don Francisco y le dirá que aceptamos su proposición matrimonial. Te casarás con él a la brevedad posible. Tu padre responderá al señor Símula diciéndole que evite hacer llegar a tus manos mensajes impropios, porque estás de novia de otro hombre". Lilline quiso argüir. "No hay tiempo que perder -declaró doña María-. Tu padre está cada vez más enfermo. Yo tengo el corazón muy débil desde la desaparición de Pierre. Podemos morirnos cualquier momento. Nuestro deber es asegurar tu porvenir. No importa si no estás enamorada del señor Canesi. El amor vendrá después..."

Lilline se encerró en su habitación. Adolfito volvió al colegio cargando una cruz. Otra vez se sentía muy desgraciado. Esta vez su dolor se confundía con el amor. Amor por Lilline cuya esplendorosa imagen no podía apartar de su mente. En su amor se mezclaban los deseos carnales de la pubertad despertados por la lascivia de Símula y la belleza de su prima. Hacía un año que había comenzado a escribir versos simbolistas, imitando a Verlaine, Baudelaire y Mallar-

mé. Pero recién ahora tenía una musa y el acicate del amor y del dolor.

A los pocos días Lilline llegó hasta la portería del colegio y le dejó una nota en la que le avisaba que su boda con el señor Canesi había sido fijada para el mes siguiente. Acompañó el mensaje con unos crisantemos. Adolfito pensó en Hamlet de Shakespeare: "Mi corazón se destroza y me siento morir".

Escribió versos en francés inspirados por su amada:

*¿Por qué estas blancas flores, estos pálidos crisantemos?
¿Por qué al irte me extiendes todavía la mano?
¿Acaso crees consolar con estos tristes emblemas esta alma
toda tuya que morirá mañana?
¿Por qué estas blancas flores, estos pálidos crisantemos?"*

Otro, titulado "Plegaria":

*"Yo no he pedido, Señor, sobre la tierra
Nada más que una pequeña parte de la bienaventuranza
humana.
Nada más que un pequeño lugar donde descanse mi alma
solitaria.
Nada más que un corazón lleno de amor que palpita junto
al mío.
Empero, Señor, cerrando los oídos a mi ruego,
Has matado en mi corazón toda esperanza,
Toda esa fe que me dio mi madre..
Y ahora, Señor, ya no creo en nada"*

Cuando se marchitaron los crisantemos conservó los pétalos en un pequeño sobre. Setenta años más tarde el autor de este libro los encontró entre los objetos íntimos que don Adolfo Costa du Rels guardaba en su escritorio.

Hizo otras poesías. Un total de cincuenta. Las copió cuidadosamente en una libreta. Las dedicó a Alfredo Mus-

set, Sully Prudhome, Anatole France, Pierre Loti, Maurice Maeterlink, Frederic Mistral y René Chateaubriand. Envió el verso "Melancolía" a un concurso de Juegos Florales de Languedoc. Publicó otros en los periódicos de Ajacio, junto con artículos en prosa que llamó "Tierra Corsa" e "Impresiones de un soñador".

Supo que el esposo de Lilline tenía por "hobby" diseccionar toda clase de pájaros. ¡Sin duda el corazón de Lilline estaba como uno de ellos al vivir al lado de un hombre que tenía veinte años más que ella!. Experimentó un deseo muy grande de salir de Córcega. Se dedicó con más ahínco a los estudios para alcanzar el bachillerato. Obtuvo primeros premios en Composición en Francés y en Historia del Arte, más dos citaciones en Gramática. En 1904, a los 17 años, consiguió el título de Bachiller en Humanidades con la mención "A-B, Assez Bien".

(Las citas de este capítulo han sido tomadas de la colección de cinco artículos que don Adolfo Costa du Rels publicó en "La Nación" de Buenos Aires, entre julio de 1944 y abril de 1945, con recuerdos del internado en Ajacio, bajo el título general de "Crónicas Anacrónicas".)

CAPITULO V

HUESPED DEL PRINCIPE DE LA GLORIETA

En una de las cartas que Adolfito recibió de don Canuto Querejazu alentándolo en sus estudios fue informado que el buen señor había asumido las responsabilidades legales de tutor y curador de él, René y Blanchette. Don Canuto le avisó también que su papá había dejado muchas deudas y que para pagar la principal de éstas, al Banco Nacional, se había tenido que poner en remate "San Rafael" y la curtiembre. No hubo postores y el banco se quedó con todo a cuenta de su crédito.

El inventario de los pocos objetos personales dejados por su papá y que don Canuto guardaba en su poder para entregárselos cuando volviese a Sucre, era patético: dos alfileres de corbata, un par de navajas de afeitarse, un retrato a daguerrotipo de las hermanas Amelia y Adelaida Durrels, tres botones para camisa de etiqueta, un monedero con siete pesos argentinos, veinte reis portugueses y tres monedas de plata feble chilenas, un rosario de metal (recuerdo de Lourdes), un dedal de oro, dos cucharillas de plata para café y papeles truncos.

Al saber que había terminado sus estudios con muy

buen éxito y que era bachiller, el señor Querejazu felicitó a Adolfo y le dijo que le tenía reservado un puesto de auxiliar en la firma comercial "Urriolagoitia y Compañía" de Sucre, de la cual era gerente. Le instruyó viajar a París y recoger el pasaje hasta Bolivia de la firma "Devrés et Huchet".

El joven Costa fue recibido en la Estación Lyon de París por el abate Louis Faure, con quien había cambiado correspondencia mientras estuvo en Ajacio. El sacerdote, alto, delgado, de barbilla blanca, sotana y teja negras, lo acogió con mucha cordialidad. Lo alojó en su vivienda de la calle Washington, número 36. Los quince días siguientes le mostró la ciudad. Comparado con la vetustez y rusticidad de Ajacio todo le pareció grandioso y bello al muchacho. París vivía entonces uno de los períodos más prósperos de su historia.

El abate Faure aconsejó al joven Costa que, antes de tomar el vapor para América, fuese a saludar al representante diplomático de Bolivia en Francia, don Francisco Argandoña, Príncipe de la Glorieta. Adolfo (no se usará más este nombre en diminutivo, pues, a los 18 años, era un adolescente de buena estatura, delgado, finas maneras, rostro de expresión amable y risueña, ojos grandes y observadores, nariz regular, labios sensuales, mentón discreto) pensó en los príncipes de los cuentos de "Las mil y una noches". Se sorprendió al ser recibido por un caballero bajo, enjuto, tímido, de hablar mesurado, con un rostro marcado por la viruela en el que sobresalía un par de bigotes en forma de manubrio de bicicleta. Don Francisco Argandoña era nacido en Potosí. Se casó con Clotilde Urioste de la sociedad chuquisaqueña. En 1874, cuando las acciones de la "Compañía Huanchaca" tuvieron cotizaciones altas en las bolsas de valores de Santiago y Valparaíso, su hermano Manuel, su hermana Candelaria de Rodríguez y su cuñado Aniceto Arce, vendieron buena parte de los títulos que habían heredado de su padre. El retuvo el total de lo que poseía. En los años siguientes vino la "boya" de la mina y

las acciones se cotizaron a precios aún más altos. Francisco Argandoña resultó millonario. Paseó con su esposa por los Estados Unidos, Europa y llegó hasta Tierra Santa. El matrimonio no tuvo hijos, pero como don Francisco y doña Clotilde tenían mucho cariño por los niños, dedicaron parte de su fortuna a socorrer a la infancia desvalida, particularmente a los huérfanos. Fundaron y sostuvieron dos hospicios en Sucre. Por esta su obra humanitaria y por una importante contribución pecuniaria a las arcas del Vaticano, el Sumo Pontífice, León XIII, los condecoró y les otorgó el título romano de Príncipes de la Glorieta, por bula de 28 de diciembre de 1898. Ese mismo año don Francisco fue nombrado Ministro Plenipotenciario de Bolivia en París. En 1903 fundó el "Banco Francisco Argandoña", con oficinas en Sucre y Potosí. "La Glorieta" era el nombre de un pequeño predio rústico que hizo construir cavándole terreno a un cerro, al borde de una quebrada y a poca distancia de "La Florida", finca de Aniceto Arce. Para superar a su cuñado, don Francisco hizo levantar un palacete amoblado con todo lujo. A su lado construyó un lago artificial rodeado de hermosos jardines.

Don Francisco Argandoña recibió afectuosamente al huérfano Costa. Simpatizó de inmediato con sus modales distinguidos, su sencillez y la viveza que reflejaba su rostro.

—“¿Con qué proyectos vas a Bolivia?” - preguntó el millonario.

—“Mi tutor, don Canuto Querejazu, me espera con un puesto en la firma "Urriolagoitia y Compañía" - repuso el muchacho.

—“No vale la pena que vayas a Sucre a vear tu tío. ¿Por qué no te quedas en París para hacer estudios universitarios? Yo te puedo ayudar. He conocido a tu abuelo Durrels en Potosí y he sido amigo de tu padre en Sucre. Soy también amigo del señor Querejazu. Le escribiré de inmediato o, mejor aún, le haré un cablegrama pi-

diéndole autorización para que te quedes a mi lado y entres a la Sorbona. Vivirás conmigo y con mi esposa. Ahora mismo te quedas a almorzar para que conozcas al resto de la familia”.

La respuesta de Sucre llegó en una carta firmada por doña Amalia Urriolagoitia de Querejazu: “Estimado Francisco: Le respondo yo porque hace pocas semanas he tenido la gran desgracia de perder a Canuto. No obstante que he quedado viuda con tres hijas y cinco hijos, menores de edad, tenía el propósito de seguir atendiendo a los niños Costa hasta su mayoría. Uno de los últimos encargos de Canuto, minutos antes de morir, fue: “No te olvides de los Costita”. No puedo oponerme a la oportunidad que tan bondadosamente quiere usted brindar a Adolfo, pero ¿qué será de René y Blanchette?. ¿Usted y Clotilde se harán también cargo de ellos?. Si no es así, gustosa mantendré respecto a ambos las responsabilidades de tuz y curatuz que he heredado de Canuto”.

Don Francisco replicó a la viuda de Querejazu que él y su consorte habían resuelto tomar a su cargo a los tres huérfanos. Don Francisco viajó de inmediato a Córcega y trajo consigo a René y Blanchette para que se juntasen con su hermano mayor.

La casa de los Príncipes de la Glorieta, en el número 33 de la Avenida Víctor Hugo, estaba llena. Don Francisco y doña Clotilde compartían su techo y mesa con una hermana de ella, doña María Urioste y su esposo Cupertino Arteaga, con una cuñada, doña Adela Arana de Urioste y sus tres hijas, y con una huérfana alemana. Además, vivían allí un portero y tres sirvientes. La casa contenía también las oficinas de la Legación de Bolivia. Adolfo y René Costa fueron instalados en un altillo del pabellón de sirvientes. Blanchette y la huérfana alemana ocuparon un mismo dormitorio.

El ambiente de la pequeña corte era lleno de colorido.

Don Francisco era el más humilde de sus miembros. Vivía dominado por la exuberante personalidad de los demás. Don Cupertino Arteaga disimulaba su posición de parásito en un hogar ajeno haciendo valer su condición de médico. Vigilaba la salud del millonario controlando su consumo de comidas, de vino y de cerveza y tomándole el pulso en diferentes horas del día. Era farsante, pomposo y dominaba las conversaciones con sus comentarios sobre las últimas noticias o pontificando respecto a la situación política de Francia y de Bolivia. Doña Clotilde, bondadosa matrona, aficionada al canto y los pasteles, alegre, bromista y sociable, se sentía feliz al verse rodeada de parientes y huéspedes que participaban de su prosperidad. Su hermana María y su cuñada Adela la acompañaban y halagaban constantemente. Las tres muchachas Urioste Arana, los tres Costa y la niña alemana constituían una bulliciosa comparsa.

Don Francisco congenió mucho con Adolfo. Le gustaba escapar con él de la incesante cháchara de las mujeres y de la dominación de Arteaga, e ir de paseo, en coche o a pie. Le causaba placer su carácter atento y respetuoso, así como su conversación amena y sus comentarios llenos de sutileza. Adolfo ingresó a la Facultad de Derecho de la Sorbona. Cuando llevaba seis meses de estudio don Francisco le planteó una alternativa para su porvenir: “Mi joven amigo -le dijo-, para graduarte de abogado necesitarás siquiera unos cinco años. Con Clotilde hemos resuelto volver a Sucre para participar en los festejos del centenario del grito de independencia de 1809. Los chuquisaqueños se están preparando para echar la casa por la ventana en esa ocasión y nosotros queremos ayudarles. Tú, René y Blanchette tendrán que venir con nosotros. Tal vez no volvamos más a Europa o lo hagamos después de bastante tiempo. Por todo esto pienso que tú deberías cambiar tus estudios de leyes por algo más rápido y práctico. Estoy haciendo construir un ferrocarril eléctrico que se instalará entre mi propiedad de “La Glorieta” y Sucre. ¿Qué te parecería que tú aprendas algo de ingeniería mecánica para ayudar a la instalación del ferrocarril y dirigir su manejo?”.

Por respeto y gratitud a su protector Adolfo Costa no pudo negarse. El primer día que asistió a la Escuela de Electricidad Industrial del bulevar Ornano, cerca de la Puerta Gignancourt, el capataz le dio unos fierros para que los torciera con ayuda de una fragua, un yunque y un martillo. Nada podía ser más extraño a sus inclinaciones y habilidades. No obstante, puso el mayor empeño en esa tarea y las siguientes. El afecto que le demostraba don Francisco se iba acrecentando con el transcurso de los meses. En vez de "joven amigo" lo llamaba ahora "hijo mío". Sabía que don Francisco y doña Clotilde tenían intenciones de adoptar un hijo, eligiéndolo entre sus numerosos sobrinos. No se decidían a ello por el temor de causar celos y resentimientos entre los parientes no favorecidos. Con él no existía ese problema. ¿No sería que don Francisco, al llamarlo "hijo mío" y al hacerle aprender algo que le sirviese para trabajar en "La Glorieta", estaba preparándolo para que fuese su hijo adoptivo?. ¡Los indicios eran de que él iba a ser el elegido, el futuro Príncipe de la Glorieta, el heredero de la gran fortuna!.

Cometió la imprudencia de confiar esta ilusión a su amigo José, el portero de la casa. La confidencia pasó de la portería a la cocina y de aquí a las habitaciones de los patrones. Se convirtió en la comidilla de la corte. Don Cupertino Arteaga nunca tuvo simpatía por el muchacho. Había sido el médico que atendió a su padre en su última enfermedad. No le gustó que el albacea de la testamentaría le pidiese una rebaja en los honorarios que cobró. Cuando se refería a él en conversación con otras personas no usaba otro calificativo que "el hijo del pobretón Costa". Lo consideraba un intruso. Al saber que tenía pretensiones de ser heredero del título y la fortuna de los príncipes se burló de él. Influyó en el ánimo de don Francisco y doña Clotilde para que no lo tratasen con tanta intimidad. La cordialidad y afecto con que Adolfo era mimado por todos se convirtió en frío glacial. Su asiento en la mesa, que desde un principio había sido a la diestra de don Francisco, fue movido, con un pretexto baladí, a uno de los extremos.

El doctor Arteaga era muy aficionado al teatro. Una noche concurre con su esposa a la "Comedie Francaise" para ver una representación de "Edipo Rey" de Sófocles, con el famoso actor Mounet-Sully como protagonista. En la parte culminante de la pieza, Mounet-Sully, maquillado como si le hubieran arrancado los ojos, entró en escena lanzando gritos de dolor y maldiciones y se apoyó en uno de los guardias para dialogar con el Corifeo. Don Cupertino y su esposa no pudieron ocultar un gesto de sorpresa al observar que el guardia con casco y coraza de latón, blusa blanca, faldellín rojo, sandalias doradas y larga lanza en la diestra, tenía una fisonomía muy parecida a la de Adolfo Costa. Enfocaron sus anteojos de teatro sobre él. ¡No cabía duda!. ¡Era Costita en personal.

La mañana siguiente el muchacho tuvo que comparecer ante un consejo de familia integrado por los príncipes, don Cupertino y doña María. ¿Cómo se atrevía a salir de noche sin permiso siendo todavía menor de edad?. ¿Cómo era posible que trasnochara en medio de gente tan peligrosa como los artistas de teatro?. ¿Cómo podía figurar, aunque sólo fuese de comparsa, en una pieza tan inmoral como "Edipo Rey", que trataba de las relaciones incestuosas de un hijo con su madre?. ¿No se daba cuenta de que esa conducta podía llevarlo por el camino de la perdición?.

El agosto tribunal presionó para que el muchacho explicase cómo pudo llegar hasta el escenario de la "Comedie Francaise" e hiciese una confesión completa de toda otra actividad realizada sin conocimiento ni autorización de sus protectores. Adolfo relató que había encontrado en París a tres de sus condiscípulos del Colegio Fesch. Con uno de ellos consiguió ser una especie de reportero del pequeño periódico "Le Rappel". Su misión era visitar la "morgue" para recoger datos de los muertos guardados allí y hacer una reseña de su tragedia. Su mejor amigo era Lenz-Gabrielli, otro condiscípulo, que quería ser actor y estaba estudiando en el Conservatorio de Arte Dramático. Gracias a él obtuvo trabajo como miembro de la "clac" del "Teatro

Renaissance", para ganar unos francos por aplaudir desde la galería a los actores, fuese buena o mala su actuación. Lentz-Gabrielli también le consiguió entrar como figurante en la "Comedie Francaise", donde le pagaban cinco francos por noche en las funciones de "Edipo Rey".

Los esposos Argandoña y Arteaga se escandalizaron. Decididamente el joven Costita tenía malas inclinaciones. Resultaba peligroso preocuparse porque tuviera una buena educación. Lo mejor sería que siguiese su camino hasta Sucre, una ciudad apacible y conservadora, lejos de las tentaciones de París. Hasta don Francisco, vencido por los argumentos de los otros, llegó a la conclusión de que debía irse a la capital boliviana aunque sea a varear tocuyo.

El señor Luis M. Solá, llegado hacía poco como secretario de la Legación de Bolivia en Francia, dio otra orientación al futuro de Adolfo. Había sido muy amigo de su padre en la "Compañía Huanchaca" en la que fue Secretario General durante varios años. "Es mejor que dejes la casa de la Avenida Víctor Hugo y vuelvas a tu patria, pero no a Sucre -le aconsejó-. Has sido un tonto al pensar que algún día el príncipe te adoptaría como hijo y heredero. Los Urioste nunca lo permitirían. Anda a Huanchaca. Allí trabajaron tu abuelo y tu padre. Allí puedes hacerte rico por esfuerzo propio. Esto es más digno y meritorio que buscar fortuna por herencia. Soy miembro del directorio que la empresa tiene en París. Te conseguiré un puesto y el pago de tu pasaje. El puesto de Secretario General que yo ocupaba lo tiene ahora mi cuñado, Julio Harriague. Te daré una carta de recomendación para él".

La luna de miel de Adolfo Costa y París terminó en septiembre de 1906, después de un año de duración que le pareció muy breve. Su hermano René, el abate Faure, Lentz-Gabrielli y los otros dos condiscípulos, estuvieron en la Estación Montparnasse para despedirlo. Cuando el tren comenzaba su marcha sus amigos gritaron: "Un homme a la mer, un homme a la mer, prie pour lui!" (Un hombre al

agua, un hombre al agua, rezad por él!). Tenían el presentimiento de que nunca más lo volverían a ver. Y fue así, pero no porque Adolfo Costa no volviera a París, sino porque los tres jóvenes franceses fueron muertos en la Primera Guerra Mundial, ocho años después.

"La alta figura del abate Faure fue lo último que Adolfo vio desde la distancia. Después, poco a poco, París se borró en sus ojos". Se juró a sí mismo que volvería. Tan pronto como hiciese fortuna en Huanchaca.

Por temor a que René siguiese los pasos de su hermano se lo devolvió a Córcega, como interno en el Colegio Festch. Blanchette se quedó con los príncipes.

CAPITULO VI

CATEADOR DE CARACTERES HUMANOS

El viaje en barco, aparte de un agitado cruce del estrecho de Magallanes, y por tren en la lenta subida de Antofagasta hasta Uyuni, transcurrió sin incidentes de importancia.

El administrador de la "Compañía Huanchaca", un ingeniero francés, recibió a Adolfo Costa con marcada frialdad. ¿Cómo podían los señores de París enviarle un empleado de aspecto tan tímido y frágil?. ¿Su palidez era miedo, anemia o efecto de la altura?. Su elegancia y modales refinados le servirían mejor en un salón de baile que en la puna boliviana.

Le dio el empleo de apuntador de mitas para que tomase inmediato contacto con la realidad. Su obligación consistía en levantarse al amanecer, en el frío glacial de Pulacayo, cuando el viento cortaba rostros y manos como afilada cuchilla y el sol no se había levantado aún detrás de los cerros para mezclar un poco de tibieza en la gélida atmósfera. En el galpón próximo a la bocamina controlaba que los obreros recogiesen sus herramientas y ponía un tilde al lado del nombre de los que iban entrando por el

socavón. Enseguida iba a la oficina de contabilidad donde, delante de una vetusta máquina de escribir, tecleaba con golpes inseguros de un solo dedo, la lista de los hombres que habían entrado a la mina. Al atardecer repetía la operación para el turno de la noche.

Los primeros meses, la monotonía y el aislamiento de su existencia se le hicieron difíciles de sobrellevar. Una gran nostalgia inundaba su corazón. En las noches, cuando el frío y la soledad eran mayores, en la pequeña habitación que le había sido asignada como vivienda, junto a una pequeña estufa, con los diarios y revistas de Francia que llegaban a la empresa, anhelaba el retorno a París. Desde Antofagasta todo el paisaje que fue surgiendo ante su vista le pareció hostil. Le hizo la impresión de que la cordillera oponía barreras de montañas a su avance, como aconsejándole retroceder. "En los atardeceres, cuando el cielo exhibía sus resplandores diurnos con un repentino oscurecimiento, durante unos minutos experimentaba la punzante necesidad de volver a encender con un grito todos los soles apagados, de matar el viento y con él los demás monstruos. Se aproximaba a la ventana y contemplaba ansioso la barranca, que cerrándose como se cierra una herida, parecía ahogar para siempre al pueblo. ¡Qué terrible era entonces la sensación de que estaba condenado a permanecer allí por siempre!" (De la novela inédita "Huanchaca").

Si algo había aprendido Adolfo hasta entonces era la rápida adaptación a cualesquiera circunstancias que le presentaba la vida. Su insaciable curiosidad y su sensibilidad de poeta comenzaron a gustar del paisaje, el ambiente humano y los caracteres que tenía a su alrededor. La impresión que recibió de ellos iba a resultar indeleble. Décadas más tarde, todavía fuertemente gravados en su alma, servirían de inspiración para su obra literaria en las novelas "La Montaña de Plata", "Huanchaca" y "Los Andes no creen en Dios". Pulacayo, un campamento minero suspendido a más de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, era un pequeño mundo, extraño y lleno de contrastes. Contras-

te entre la grandiosidad de los Andes y las miserias humanas. Contraste entre el sol y la nieve. Contraste entre la codicia de la empresa y la pobreza de los trabajadores. Contraste entre la maravillosa luz de fuera y las tinieblas de los socavones.

Los primero que atrajo su interés fue el "Tata Paisano", el cerro que fuera perforado por su padre para unir la mina de Pulacayo con el ingenio de Huanchaca. El recuerdo de su padre y de su abuelo, cuyos nombres recordaban algunos empleados y obreros, fue el mejor aliciente para su adaptación. Algunos altos empleados como don Juan Granier Proias, don Belisario Saenz, don Rafael Muñoz, don José María Calvimontes, y otros de menor rango como Félix Echeverry (el "Chaplito" de "Huanchaca", "Montaña de Plata" y "Los Andes no creen en Dios"), fueron buenos amigos suyos. El hogar de las familias Saenz y Calvimontes eran verdaderos oasis en medio del páramo. En uno Esther Saenz y en otro Eloisa Calvimontes, añadían el encanto de su belleza juvenil para hacer aún más gratas las tertulias y las veladas musicales.

Adolfo Costa penetró en los socavones cuantas veces le fue posible. "Frente a la ruda realidad de la vida minera, su espíritu incauto e iluso, retrocedió espantado. ¡Qué lejos estaba Pulacayo de la armonía ordenada -piedra, agua y verdura- de París!. En medio de una humanidad doliente y maloliente, ¡qué lejos estaban los cursos de Bergson, los deliquios poéticos, los debates estudiantiles, las conferencias de Molé-Tocqueville!. Pero se fue familiarizando con los seres humildes que a diario se soterraban en las profundidades de la tierra. A veces, acompañado de don Rafael Muñoz, que fue ayudante de su padre, bajaba por los *chiflones* a niveles inverosímiles, donde reinaban temperaturas infernales. Allí se inició en el misterio de las profundidades, en la religión de la tierra materna, tanto más bella cuanto más inaccesible. Compadeció y admiró a esos seres huraños, acurrucados en el fondo de alguna galería húmeda, que obedeciendo a alguna ley bovina, rumiaban su coca,

desnudos, sudorosos, el rostro a veces barnizado por el destello insólito de un mechero! Comprendió su resignación casi animal, sus infantiles supersticiones, su soledad mortal, precursora de la del sepulcro". Admiró su coraje para burlarse de las tinieblas y del silencio, del gas y los derrumbes, de la dinamita y las inundaciones. Observó su tristeza, tristeza total de la tierra. "A fuerza de laborar cada día en sus entrañas acababan por semejarse a ella. Se le entregaban íntegramente, haciendo votos de perpetua sumisión. No tenían sentido de rapidez. Para ellos diez metros de avance a través de la roca valían más que diez kilómetros al aire libre. Su sentido de las distancias se deformaba. Nunca habían escuchado el llamado de los horizontes lejanos. El silencio subterráneo ahogaba su garganta. Su alma tenía la impasibilidad de los grandes bloques de metal. No temían la muerte. ¿Acaso ella no era hermana de la tierra?. La mina era una presencia permanente. Se amaba y se odiaba esta diosa. Se le consagraba los mejores años de la vida, el entusiasmo de los jóvenes, el músculo de los fuertes, la inteligencia de los unos, el valor de los otros. La mina, coqueta como una mujer que se sabe deseada, jugaba con sus perseguidores mostrando a veces un filón que avanzaba en zig zag y se esparcía en forma de un árbol con ramas de plata. Cortesana experta, se complacía exasperando los apetitos y la concupiscencia. Bruscamente, luego, hacía desaparecer el filón como un hilo de agua insumido en la arena..." ("Huanchaca").

Llegó el Carnaval, Súbitamente, todas las miserias y todos los silencios explotaron en cuatro días de música, bailes, borrachera y sensualidad. Para Adolfo Costa fue una sorpresa y una revelación. Lo observó todo con intensa curiosidad. Las rondas, en las que se mezclaban los colores más contradictorios, se engranaban las unas a las otras en la pampa pedregosa expuesta al viento. Música de zampoñas y cadencioso palmeteo de manos. Polleras rojas, moradas, ocres y verdes, se habrían y cerraban como corolas de flores al conjuro de las danzas. Pañuelos blancos se agitaban sobre las cabezas. Zampoñas, bombo y tam-



Con el ingeniero Bida, la señorita Esther Saenz y Félix Echeverry, en Pulacayo (1906).

boces repetían dos o tres tonadas sin cesar. Medias calabazas con chicha escanciaban bocas y corazones incitando a la lujuria. El cuarto día todo calló, todo se detuvo, como había comenzado, súbitamente. El Cristo crucificado, que fuera sacado del interior de la mina y guardado en la capilla, para que no fuese víctima del demonio, que anda suelto los días de Carnaval, volvió a su nicho subterráneo. Con él volvieron los mineros a los socavones, a la rutina, a la humedad, al sudor, al silencio... hasta el siguiente Carnaval. "Los ojos que habían sonreído a la luz dorada de los mediodías tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Los pechos, que habían aspirado el aire puro de la cordillera, se oprimieron con los efluvios sulfurados".

Pocas cosas llamaron tanto la atención de Adolfo como el cementerio. "Estaba en una altura, a la vuelta de un promontorio, frente al azul de las colinas. Con sus cuatro muros tenía el aspecto de una caja sin tapa, donde el viento depositaba nubes de polvo. Las trombas de tierra nueva hundían los cadáveres más y más. Era un entierro incesante. Había pocas cruces. Las nuevas extendían sus brazos en un gesto simbólico de protección. Las otras, desvencijadas, lavadas por las lluvias, perdían los nombres y las fechas. Cubiertas cada vez más con el polvo que se acumulaba a su alrededor seguían el destino de sus muertos" ("La Montaña de Plata").

Adolfo Costa se trasladó un día a Uyuni a saludar a doña Adela Arana de Urioste y sus tres hijas, con quienes había hecho tan buena amistad en París y que se encontraban de paso a Sucre. Con ellas viajaba el jefe de la familia, don Atanasio Urioste. Al volver a su escritorio, encontró un memorándum del administrador en el que se le notificaba que se lo había destituido por abandonar su puesto sin permiso. Se le daba un plazo de 24 horas para desocupar el campamento. Un amigo le avisó la verdadera razón del úcase. En la "Compañía Huanchaca" se consideraba a don Atanasio Urioste un enemigo desde los tiempos en que fue adversario político de don Aniceto Arce. Se

sospechaba que Costa había ido a su encuentro en Uyuni para proporcionarle datos reservados de la empresa. No quiso entrar en explicaciones. Aunque su destitución era completamente injusta, la aceptó de buen grado. Después de un año de permanencia en Pulacayo, donde parecía condenado a una permanente mediocridad, era tiempo de buscar un trabajo más promisorio.

Se embarcó en el primer tren rumbo a la costa. Dudó entre volver a Europa o quedarse en América. Para ganar tiempo ofreció sus servicios a la empresa salitrera chilena "Lastenia", que tenía oficinas en Antofagasta. Se le dio el empleo de pesador de caliche en las instalaciones de la pampa, a varios kilómetros del puerto. Los bruscos cambios de temperatura entre el día y la noche, el tipo de alimentación y el aislamiento resintieron su salud. Particularmente la de sus ojos, que se hincharon con el polvo salitroso. Temió perder la vista. Renunció y volvió a Antofagasta. Aquí tenía algunos amigos. Discutió con ellos su porvenir. Su primo Gustavo Medeiros Reynolds (nieta de un hermano de su abuela Isabel Medeiros de Durrels) le aconsejó ir otra vez a Bolivia. Fernando Fernández de Córdova opinó que nada podría ser más halagüeño que el retorno a las maravillas de París. Una inesperada carta de don Atanasio Urioste definió la disyuntiva: "La resolución arbitraria del administrador de la "Compañía Huanchaca" me dejó confundido, tanto por el hecho mismo como por la situación en que ha quedado usted. La infidencia que se le atribuye, de haberme dado datos sobre el estado de los trabajos en la empresa, no puede ser más falaz y malévol. En este mismo correo escribo a don Manuel Arnal, en Antofagasta, para que ocupe a usted en la casa comercial que tiene en Uyuni y de la que soy socio. También escribo a don Tiburcio Recacochea, que gerenta el negocio y necesita un colaborador, para que le asigne un sueldo de 120 bolivianos al mes, dándole alojamiento en la misma casa, más desayuno. Sus comidas podrían costarle unos 60 bolivianos mensuales, de modo que le sobrarían los otros 60 para sus gastos pequeños. Si usted se acostumbra, puede ser que allí labre

su porvenir. Si no, tendrá algo para pasar el tiempo hasta que encuentre otra cosa mejor".

Don Tiburcio Recacochea, vasco, alto, delgado, anguloso, lleno de bondad, acogió a Costa con mucha afabilidad. Le explicó el negocio: "Somos proveedores de herramientas, dinamita y conservas de las minas de la región. Usted será el cajero y cobrador de las deudas". "Pero no sé nada de contabilidad" -confesó el joven. "Con que sepa sumar y restar es suficiente" -repuso el viejo- Lo único que tiene que cuidar es que entre a la caja más dinero del que sale..."

Uyuni tuvo en el espíritu de Costa un efecto tan permanente como Pulacayo. Era una población fundada apenas poco más de una década antes, como etapa del ferrocarril que venía de la costa y se prolongaba al norte. En su cuento de la "Miski-Simi", escrito 12 años después, describió: "Tocadas de zinc acanalado, como luciendo sombreros de plata, casuchas pintarrajeadas se agazapan a la vera de las calles sin rumbo. Uyuni, ni pueblo, ni aldea, es apenas un conglomerado de tierra, sol, sin esbozo urbano, sometido al vaivén de los vientos. Estos, dueños y señores del paisaje, salmodian día y noche el monótono lamento de la puna... En su novela "Los Andes no creen en Dios", de medio siglo después, añadió: "Uyuni, 3670 metros sobre el nivel del mar. Capital del viento y de la provincia de Porco, límite con Chile. Mercado negro de carne blanca, por donde el vecino país suele exportar sus excedentes de cuecas y de prostitutas. Centinela sin armas, pueblo sin alma, gente sin ángel, tierra sin agua, sol sin calor... Minas de nombre legendario... se escalonan de ladera en ladera, a lo largo de las cordilleras... ¡Plenilunios de Uyuni, los más luminosos y glaciales del altiplano!. ¡Paisaje de los primeros días de la creación, nacido de la conjunción de los astros y la pureza del aire!. Proyectada sobre un muro, la sombra del ser humano es tan nítida que parece tener tres dimensiones. Al caer la noche, la piel de las mujeres y el pelambre de los gatos despiden destellos extraños. Las uñas se quiebran, los

labios se agrietan, el viento del sur levanta inmensas tolvaneras sobre la pampa pelada. Para proteger los ojos hay que embozarse hasta la frente con bufandas y los viajeros que llegan se encuentran en presencia de personas sin rostro y sin voz”.

La actividad laboral se dividía entre las pocas oficinas públicas (subprefectura, alcaldía y policía), las tiendas de abarrotes y los boliches, la estación del ferrocarril y el mercado público. Al término de la jornada de trabajo, las mujeres continuaban sus quehaceres domésticos o su comadreo. Los hombres buscaban solaz observando la llegada de los trenes, jugando o bebiendo en el bar del hotel o visitando la casa de prostitución o las chicherías de la Calle del Peligro.

Pancha Hueso, “cabrona” de la casa de prostitución, maritornes con corazón de oro, beata que dejaba casi todas sus ganancias en el cepillo de la iglesia o las manos de los pordioseros, tenía una ética profesional muy singular. No consideraba pecaminoso que ella y sus cinco compañeras, todas oriundas del bajo pueblo chileno, prestasen sus cuerpos a hombres mayores, casados o solteros. En cambio, tenía impuesta la regla de proteger la virginidad y castidad de los menores de edad. Los adolescentes eran recibidos en las primeras horas de la noche sólo para jugar “casino” o “ludo”. A las veintidos, doña Pancha los invitaba con firmeza y cordialidad a desocupar el local y volver a sus viviendas “a hacer pis y dormir como angelitos”. A esa hora comenzaban a llegar los verdaderos clientes, las autoridades, los comerciantes, los empleados del ferrocarril, los cateadores, o los mineros.

Una noche de invierno Adolfo Costa volvía a su habitación en casa de don Tiburcio Recacochea por la Calle del Peligro, después de la habitual sesión de tertulia y ludo con las chilenas. Escuchó que alguien lo llamaba. Era Juanita Gómez, una chola chuquisaqueña, apodada “La Bicicleta”. La mujer lo invitó a entrar en su domicilio. El

aceptó más por curiosidad que por interés. Era una sola habitación, una “tienda redonda”, mitad boliche de expendio de pan, cigarrillos, bebidas gaseosas y chicha embotellada y mitad vivienda con un camastro de madera, un cajón haciendo las veces de velador, jofaina y jarra sobre una mesa desvencijada, bracero que servía de cocina y estufa y un balde como receptáculo de aguas servidas y orina a ser vaciado en media calle a ocultas de los rondines. Juanita era menuda, con rostro agradable. Labios pintados de carmín y una pizca de rosa en las mejillas. El la encontró simpática. La espontaneidad de su acogida lo había sorprendido. Ella atizó la lumbre del brasero. El observó sus movimientos. Todos sus gestos, hasta los más simples, tenían cierta gracia. “Ahora vamos a dormir juntitos” -declaró ella, apagando de un soplo la vela. Se hizo un gran silencio. El sintió un cuerpo cálido pegado al suyo, una boca que buscaba su boca. Dejó actuar a la mujer, sin poner freno a la acción de sus reflejos sexuales. Era la primera vez que se acostaba con una mujer. La abrazó con avidez. Ella se le entregó, aunque en el fondo fue más bien ella quien lo poseyó (“Los Andes no creen en Dios”).

Al día siguiente, cuando comentó la aventura con sus amigos, estos se le burlaron. “Eres más ingenuo que un gringo. ¿Por qué crees que a la cholita en cuestión se la llama La Bicicleta?. Lo mejor que puedes hacer es ir de inmediato a lo del doctor Villegas, para que te haga un lavaje y te evite una enfermedad venérea”. Así lo hizo. Desde entonces tuvo una norma de conducta que obedeció toda su vida: “Hasta para pecar hay que tener refinamiento, para que el remordimiento no se agrave con el asco”.

Entre sus obligaciones en la casa Arnal tenía la de hacer visitas periódicas a las minas de la región para cobrar deudas. Las excursiones, armado de un croquis, un catre de campaña, frazadas y algunos víveres, montado en mula, eran duras, pero reveladoras. Absorbía la belleza y grandiosidad del paisaje que atravesaba. “Al morir el día, un velo morado cubría llanos y serranías. El viajero, lejano aún de su pa-

radero, se atemorizaba y asombraba de su sombra, única compañera, que crecía, crecía, crecía, alargándose y abandonándolo para ir al más remoto confín. Insinuábase entonces, como un reproche, el señuelo de una añoranza que tendía la tarde a sus pies. A medida que se oscurecía se sublimaba la tierra. La penumbra poblada de fantasmas tornábase diáfana. El trataba de mantener su ánimo enhiesto frente a las asechanzas de la oscuridad. El cielo, bruscamente agujereado, se convertía en un inmenso harnero que derramaba plata. El jinete intuía una secreta aveniencia entre aquel firmamento con hechizos metálicos y la tierra mustia de la puna. ¿Qué hacía la puna en esas noches luminosas?. ¿Oraba, rezaba, protestaba, acusaba?. ¿Quién podía comprender lo que ella expresaba en su silenciosa terquedad?. La luz era cielo, la noche era tierra..."

"Noches del altiplano boliviano. Es quizás porque en semejantes alturas el cielo parece más cerca de la Tierra que se tiene la sensación de que la noche no es la ausencia del día, el reino de la sombra. Es como un rostro de mujer cubierto por un velo. La esfera celeste deja filtrar una dulce claridad de basílica, como tamizada por muselinas. Las estrellas más ínfimas titilan como minúsculas linternas, parecen a veces aproximarse y a veces alejarse como luciérnagas que han perdido su camino. Y el polvo de oro de viejos astros apolillados esparcido en el espacio, a través de millares de siglos, salpicando el éter pálido. Y la Vía Láctea y las nebulosas como esos luminosos chales que manos invisibles desanudan en los cuentos escandinavos. Y la Cruz del Sur como soportando, ella sola, el firmamento cual inmenso crucifijo. No son verdaderamente noches las noches del altiplano boliviano. Se asemejan al día, pero a un día atenuado, una especie de alba tímida, toda matizada en medias tintas y reflejos, un alba indecisa, tal como Dios debió verla, en las primeras horas del mundo, cuando terminaba apenas de crear la luz" ("La Montaña de Plata").

En este y posteriores viajes, Adolfo Costa aprendió a tener una gran admiración por los cateadores. Sintió en sí

mismo que los hombres, en medio de la inmensidad de las llanuras y las montañas, eran como insectos subordinados en su destino a la fuerza telúrica de toda esa magnificencia. "Admiró a los cateadores porque desafiaban a los Andes cara a cara. La búsqueda de metales era su religión. Amaban y odiaban la cordillera. Montados en sus mulas petisas, ceñido el talle con hebillas de plata, deslizado en la bota un puñal con mango de cuero, semejaban conquistadores de otros tiempos. Sabían que las orugas pueden tener sueños de águilas. Su cotidiana labor en la paz de las profundidades telúricas confirmaba la concepción cósmica de sus destinos. Para ellos los Andes eran Dios, el Erdgeist, el genio de la tierra" ("Los Andes no creen en Dios").

Al pasar por los salares, Adolfo Costa se dejaba excitar por los espejismos. El milagro se consumaba en un silencio sobrecogedor. La imagen dominante era la de una arboleda verde gris, inmensa, que en contraste con el páramo circundante, poblaba el horizonte de perspectivas tropicales. "Se hubiera dicho la floresta primigenia resurgiendo del fondo de los tiempos, el alma de una vegetación extinta, resucitada al conjuro de la luz... ¿Qué árbitro de las ilusiones humanas dirigía de ese modo aquellos cambiantes juegos de colores, para ofrecer promesas que no se cumplían jamás?".

De entre los ejemplares humanos que Costa conoció en sus peregrinajes de cobrador de la firma Arnal, con el que más simpatizó fue con Sir Henry Charles. Un inglés excéntrico, que vivía en un modesto rancho, al lado de su mina, en San Cristóbal. "Llevo rastreando un filón, como se rastrea una importante pieza de caza, desde hace diez años -le contó el gringo-. Por ahora la veta es minúscula, pero no la suelto. La vida es un cuento sin sentido, contado por un idiota. Fue Shakespeare quien lo dijo, mas el idiota soy yo". En las ocasiones en que Costa se tenía que quedar a pasar la noche en el rancho de Sir Charles, a la hora de la cena se cumplía siempre la misma ceremonia. El inglés

desaparecía momentáneamente detrás de una cortina de arpillera que dividía la habitación en dormitorio y oficina. Reaparecía vistiendo un "smoking" que ya tenía tonalidades verdosas. La primera vez explicó: "Ceno todos los días así, aunque esté solo, por dignidad personal, por respeto a las costumbres de mi patria". La comida consistía generalmente en un plato de "chuño" con sardinas o chalonga.

Poco o nada podían pagar los dueños de minas al cobrador de la casa Arnal. Generalmente volvía a Uyuni con las alforjas vacías. La minería de la plata y la del estaño atravesaban una crisis. Al regreso de uno de sus recorridos fue confrontado por el señor Recacochea con la noticia de que los dueños habían dado orden de clausurar el negocio. "Hemos quebrado, querido amigo -le avisó-. No hay dinero ni para pagarle su sueldo de los últimos dos meses. Lo compensaré con mercadería. Elija el equivalente de 250 bolivianos en lo que más le convenga. La tienda cerrará sus puertas hoy mismo". Costa deshechó la dinamita por peligrosa, las carretillas, picos, barrenos y palas por pesados, el agua Apolinaris y las sardinas por temor a que estuviesen ya descompuestas. Se decidió por algunas docenas de tubos de lámpara. Agradeció a don Tiburcio todas sus bondades y abandonó la casa. Tomó en alquiler un cuartocho. No le fue muy fácil vender los tubos de lámpara. Finalmente, se los compró el comerciante don Cosme Luksic, a precio de liquidación.

Se aisló de sus amigos del hotel y dejó de frecuentar las tertulias en lo de Pancha Hueso, para no incurrir en gastos innecesarios. Buscó sus comidas en el lugar más económico, en el mercado público, al aire libre, junto a los que él llamaba "los agachados", los cargadores, los desocupados y otros elementos de la hez humana de Uyuni. Recibía la "lagua" o el "chupe" en un plato de barro y mezclado entre los otros desheredados de la fortuna, engullía el alimento de cuclillas, apoyado contra una pared entibiada por el sol. Estaba en un punto muy bajo de su existencia. ¿Se hundiría aún más?. ¿Sería su destino de-

generar, vencido por la vida, como sus compañeros de infortunio?. ¿Desaparecer en el inmenso anonimato de la puna boliviana, consumido por el frío y la miseria?. Pensó que Uyuni era como describiría años más tarde en la "Miski-Simi": "Un lugar sin alma, una cárcel sin murallas que convierte a sus habitantes en cautivos, y cuyas esperanzas, por fervorosas que sean, se pierden en la oquedad de la llanura".

Sus amigos le extendieron la mano. Particularmente don Pablo d'Alcochet, un comerciante francés. Lo había visto allí, en un lugar que no correspondía a su educación y clase social. Un grupo de negociantes, que había obtenido por licitación el cobro de los impuestos municipales, lo nombró su cajero y cobrador. En vez de recorrer los desfiladeros de la cordillera, a mula, visitando minas, recorría ahora las calles de Uyuni, a pie, visitando casas comerciales, tenduchos y chicherías. Este trabajo sólo duró unos meses, pero le sirvió de estímulo para reaccionar contra el desaliento. La ambición renació en su espíritu. Planeó una sociedad con su amigo Félix Sarmiento, para proveer de carne a las minas de Huanuni y Llallagua. Sarmiento tomó el rol de socio industrial. Viajó a Oruro para hablar con Simón Patiño y otros propietarios de minas importantes, a fin de asegurar mercado para el ganado vacuno que se compraría en los valles de Cochabamba y Aiquile o se importaría de la Argentina. Costa se comprometió a conseguir capital. Escribió al Príncipe de la Glorieta, que se encontraba en Sucre, y a su tutriz, solicitando le ayudaran con un préstamo personal o garantizándolo para un crédito bancario. El secretario del príncipe le contestó: "Mi don Francisco me encarga decirle que siente mucho no poder colaborar para un préstamo del banco, pues en sus costumbres está no dar nunca su garantía". Doña Amalia de Querejazu le mandó el producto de la venta de unas acciones del Banco Nacional, que era lo único que su esposo había podido salvar de los acreedores al liquidar la testamentaria de Domingo Costa. Esto era muy poco. La sociedad "Costa-Sarmiento" tuvo que disolverse.

La instalación de una agencia del Banco Nacional en Uyuni fue una providencial circunstancia que permitió a Adolfo Costa salir de esta nueva encrucijada. Ofreció sus servicios. El agente, señor Luis Caballero, no titubeó en contratar a un joven que parecía tan serio y animoso. A poco, el señor Caballero fue substituído por don Luis Calvo. Calvo compensaba su aspecto menudo y magro con una gran vitalidad física y mental. Sumamente cordial, con la mano extendida a todos para un apretón fuerte que atraía al interlocutor hacia él. Político enérgico y valiente, opositor del gobierno liberal. Popular entre los artesanos por su afición a compartir y competir con ellos partidas de pelota en los frontones. Honestidad a toda prueba. Disciplina de vida. Enemigo de todo vicio. Convenció a Costa, con quien congenió rápidamente, que era mejor evitar las tentaciones de la Calle del Peligro y del bar del hotel, dedicando las horas libres al deporte. Cada uno compró una bicicleta. En las tardes, después del trabajo en el banco, los dos amigos salían a pedalear en la pampa, deleitándose en largo y ameno paseo y en animada conversación. De vuelta y después de la comida, los cuerpos fatigados por el ejercicio no tenían otro deseo que el de un sueño reparador.

Cuando Calvo supo que Costa estaba cortejando a la esposa de un empleado de la aduana, le llamó la atención severamente: "Su actitud es desdolorosa para usted mismo y para el Banco Nacional". Era la primera vez que Costa escuchaba la palabra "desdolorosa". La asoció con oro. Repuso airado: "No tiene usted ningún motivo para poner en duda mi honradez. ¡No he tomado un solo centavo del banco para halagar a esa dama!".

Emilio Fernández Molina, prominente senador del Partido Republicano, amigo de don Luis Calvo, se detuvo un fin de semana en Uyuni en su viaje a las sesiones parlamentarias de 1909. Una tarde, Calvo, Fernández, Costa, el Coronel Medinaceli y otros amigos, compitieron en tiro al blanco. Fernández Molina, eximió tirador, llamó la atención por su pñtería. Al poco tiempo llegó la noticia de su

muerte. La prensa trajo los detalles. El diario "La Epoca", en un artículo titulado "Plumas y Pajas", haciendo la crónica de una sesión del Senado, comentó que el señor José Trigo Achá había extremado su adulación al ex-Presidente de la República, don Ismael Montes (para quien el gobierno gestionaba su ascenso a general). "Habló de plumas y de pajas, de odios, de amores masculinos y de muchas tonterías, que había acumulado en su pobre caletre, tan desprovisto de substancia gris, declarándose enamorado de Montes". Trigo se dio por muy ofendido. Reclamó que el autor del ex-abrupto le diese una satisfacción verbal, escrita o en el campo del honor. Fernández Molina aceptó lo tercero. Instruyó a sus padrinos, señores José Manuel Ramírez y Carlos Núñez del Prado que concertasen un lance con cuatro disparos por lado y una separación de veinte pasos. Los padrinos de Trigo, señores José Carrasco e Isaac Aranibar, propusieron un solo tiro a treinta pasos. Se optó por el término medio: dos proyectiles por contendiente, con 25 pasos de intervalo. El día señalado, a las 5,20 de la tarde, cuando el sol descendía sobre el horizonte, Fernández y Trigo se enfrentaron en el montículo de Sopocachi de la ciudad de La Paz, al lado de la capilla, armados de revólveres Smith Wesson, calibre 32. En el cambio de los primeros disparos ambos resultaron ilesos. Don José Carrasco quiso dar por terminado el encuentro haciendo una proposición en tal sentido a don José Manuel Ramírez. Este, conoedor de la belicosidad de su ahijado, repuso: "Adelante con lo pactado". El segundo tiro de Trigo se incrustó en el lagrimal izquierdo de Fernández, derribándolo, sin darle tiempo a que, a su vez, volviese a usar su arma. Los médicos Cleómedes Blanco Galindo y Claudio Sanjinés Tellería constataron que había fallecido instantáneamente.

Costa iba a tener ocasión de recordar esta tragedia muchos años después, cuando un marido celoso lo retó a ponerse frente a él en otro lance de honor.

CAPITULO VII

MATRIMONIO EN LA CIUDAD DE LAS CAMPANAS

Con los años y las experiencias del internado de Ajacio Adolfo Costa pasó de la niñez a la adolescencia. Con los tres años y experiencias de Pulacayo y Uyuni el púber se hizo hombre. Como prueba exterior de su nueva condición y a fin de dar algo de seriedad a un rostro, que aún parecía el de un adolescente, adornó el labio superior con un minúsculo bigote.

Día de llegada del tren internacional. La población de Uyuni se concentra en la estación para observar y envidiar a los viajeros que llegan de Europa. Costa viste lo que todavía conserva de sus elegancias parisinas: Sombrero embarquillado negro, puesto con lijera inclinación a un costado, con el ala delantera volcada hacia abajo casi cubriéndole el ojo derecho, bufanda de seda blanca, abrigo entallado de casimir azul con cuello de terciopelo, traje plomo oscuro y botines de charol. Está avisado que ese día pasarán, rumbo a Sucre, Lucía Querejazu, hija de doña Amalia, y su esposo Félix Argandoña, sobrino del príncipe, de regreso de su luna de miel. Hace nueve años que no se ven. No les fue difícil reconocerse.

Una vez en Sucre, Lucía buscó a don Mamerto

Urriolagoitia, que ese año ocupaba la presidencia del Banco Nacional. "Tío, -le dijo- tienes que hacer algo para que Adolfo Costa salga de Uyuni. Ese arenal no es lugar para él. ¡Si lo vieras!. ¡Parece un *mannequin* de París!. El ambiente debe ser terrible allí. Se echará a perder. ¡Tienes que salvarlo!".

Costa, que ignoraba esta gestión, recibió con sorpresa y mucho agrado la noticia de que era promovido a las funciones de ayudante de caja de la agencia del Banco Nacional en Oruro.

Oruro, entonces, principios de 1910, era una ciudad importante en la república por ser centro de la industria minera del estaño. No tenía pretensiones urbanas, pero estaba orgullosa de su actividad comercial. Sobre todo de su espíritu cosmopolita, que se diferenciaba del localismo y regionalismo de las otras ciudades de Bolivia. Comparada con Pulacayo y Uyuni, Oruro se presentó a los ojos de Costa con visos de metrópoli.

Tuvo mucha suerte con el jefe de su nueva oficina. Lo recibió como a un pariente y le brindó alojamiento en el mismo edificio del banco. Don José Mendieta tenía a mucho orgullo ser también descendiente del ilustre personaje colonial don José de Segovia. Costa, sociable por naturaleza, ganó rápida popularidad en Oruro. Entabló muchas relaciones de amistad. Se dejó seducir por los encantos de Sofía Barrón Sánchez García, una señorita de sociedad, algunos años mayor que él, en peligro de quedarse solterona. Era de temperamento apasionado. La sensualidad del joven, frenada hasta entonces por las restricciones de Pancha Hueso, la mala experiencia con la "Bicicleta" y la vida deportiva al lado de don Luís Calvo, se desbocó con Sofía. Las relaciones de los dos amantes dieron motivo a muchos comentarios. La murmuración llegó hasta Sucre. Lucía de Argandoña habló nuevamente con don Mamerto Urriolagoitia: "¡Tío, por sacar a Costita de la sartén lo hemos metido al fuego!".

La presidencia del Banco Nacional dispuso el traslado del ayudante de caja de la oficina de Oruro al puesto de ayudante de la secretaría en la oficina central de Sucre.

Los cinco hijos varones de doña Amalia Urriolagoitia de Querejazu salieron en coche hasta "El Tejar", a un kilómetro de la ciudad, para dar alcance a la diligencia en la que venía el que fuera compañero de sus juegos infantiles. Doña Amalia no permitió que se fuera a vivir a un hotel. "Te quedarás con nosotros. Tu habitación está lista. Serás un hijo más para mí". La familia Querejazu había dejado la casa de la calle Audiencia y ocupaba la que don Canuto había comprado al señor Gregorio Pacheco y éste utilizó como palacio de gobierno cuando fue Presidente de la República. Hoy es propiedad de la Universidad de Chuquisaca. Posiblemente, una de las más bellas mansiones de Sucre. Espaciosa y alegre. Dos pisos unidos por una elegante escalinata doble. Dos patios y una huerta. Llamaba la atención de propios y extraños una enredadera. Nacida humildemente al pie de uno de los pilares del primer patio, extendía sus ramificaciones, su follaje y sus flores por casi toda la casa, incluyendo el huerto, abrazando pilastras, barandillas y zaguanes con su verdor y sus campanillas rojas.

El ambiente de la casa no podía ser más grato. Doña Amalia vivía rodeada de una prole afectuosa, juvenil y alegre. Lucía, casada con Félix Argandoña; Amalia, que poco después contraería enlace con Gustavo Medeiros Reynolds; Mamerto, que había instalado un hogar separado con su flamante esposa, Delfina Calvo Arana, pero que todos los días venía a ver a su madre; José, terminando estudios de Medicina y preparándose a emigrar a Buenos Aires; Julio, de la misma edad que Adolfo Costa y con iguales aficiones literarias y galantes; Juan, todavía adolescente; y Alfonso, colegial de 10 años, aplicado e inteligente.

Uno de los deleites de Adolfo Costa era salir con Julio a caminar por los diferentes barrios de la ciudad, en plan de amable plática y observación. Otros días, ascender a la

cumbre del "Sicasica" o "Cerro Macho", y escuchar desde allí el llamado a la oración de las campanas de la ciudad, a la hora del atardecer, cuando el horizonte se adornaba con celajes de variados colores, detrás de la abrupta cordillera, y todo el conjunto era un milagro de armonía y paz.

El período de bonanza que dio a Sucre la manuficencia de millonarios como Aniceto Arce, Gregorio Pacheco, Francisco Argandoña y Pastor Sainz, sólo pudo durar de 1870 a 1898. A fines de este año y principios del siguiente, la ciudad sufrió un rudo golpe a su orgullo y prerrogativas. La Paz le arrebató el derecho de ser sede del gobierno, mediante una revolución que tuvo caracteres de guerra civil y que la dejó maltrecha y adolorida, física y moralmente. Para consolarla se le dejó el honor de seguir titulándose Capital de la República y ser domicilio de la Corte Suprema de Justicia.

En julio de 1910, cuando Adolfo Costa volvió a su suelo, era como una Bella Durmiente de los Andes. Con la cabeza apoyada en las faldas del cerro Churuquilla, como en el regazo de una madre, con el cerro Sicasica, al lado, vigilante como un padre. Bella Durmiente que vivía soñando con las grandezas de su pasado colonial y la prosperidad económica de las tres últimas décadas de su hegemonía republicana.

Un año antes, mayo de 1909, fue anfitriona de los festejos del centenario del primer grito libertario en la América Hispana. Sus habitantes sacaron fuerza de su flaqueza y dinero de su pobreza, para "echar la casa por la ventana", demostrando al mundo entero que Sucre no estaba vencida. El programa de festejos quiso demostrar al Presidente de la República, don Ismael Montes, a su sucesor electo, don Eliodoro Villazón, a los ministros, diplomáticos, sus esposas y demás invitados, que Sucre seguía manteniendo su abolengo, su tono y su buen gusto. En los bailes en el "Club de la Unión", la residencia de don Clovis Urioste, "La Glorieta", el Palacio Consistorial y el Palacio de

Gobierno (todavía no concluido y con el patio principal convertido en salón, con cortinajes y espejos prestados de casas particulares para cubrir las paredes y pilares no revocados), las damas lucieron las joyas heredadas de sus antepasados, se bebió champagne y se bailaron cuadrillas y valeses. Otros números del programa incluyeron banquetes, verbenas populares, inauguración de la Escuela Nacional de Maestros, un congreso universitario, una exposición industrial, estreno del "Teatro 3 de Febrero", estreno de los jardines del Parque, de la Plaza 25 de Mayo y de las plazuelas Monteagudo, Colón y La Recoleta; funciones de teatro por una compañía española de óperas y operetas; desfile patriótico; desfile de carros alegóricos; corso de flores; corridas de toros; partidos de fútbol; carreras de caballos y estreno del decorado de la Catedral. En el fondo, los festejos fueron el último adiós a los buenos tiempos del pretérito colonial y republicano.

Al escuchar los comentarios que todavía se hacían sobre lo que fue el centenario, Adolfo Costa se enteró de los detalles de la muerte de su amigo y benefactor de París, don Francisco Argandoña. Había tenido un rol preponderante en las fiestas. El baile y los días de campo en "La Glorieta" llamaron la atención. Falleció a los pocos meses víctima, al parecer, de haber consumido con exceso galantina de pavo, su plato favorito, que le provocó un cólico miserere. Momentos antes de morir logró dictar a su esposa una disposición testamentaria por la que encargó que los dos millones de bolivianos que poseía en acciones del Banco Nacional, fuesen distribuidos entre sus veinte sobrinos Argandoña. Doña Clotilde copió el dictado en un libro de cuentas, que es lo único que encontró a mano en momentos tan angustiosos. El grueso de la fortuna quedaba para ella. Don Francisco logró estampar su firma al pie del legado y expiró. Pasados los primeros días de duelo, ella ejecutó cumplidamente la postrer voluntad de su llorado consorte a favor de los parientes consanguíneos del finado. Al morir doña Clotilde, 24 años más tarde, hubo acusaciones de algunos de los parientes menos favorecidos en su testamento de que este documento había sido falsificado.

Comentaron como dato muy revelador el hecho de que no mencionase siquiera a la hermana preferida de la extinta, doña María, viuda de don Cupertino Arteaga, que vivía en París. El más audaz de los acusadores cayó herido de muerte en una esquina de la plaza principal de Sucre cuando un primo suyo, al que desde días antes amenazaba públicamente, le disparó con un pequeño revólver, en un gesto instintivo de defensa propia. La muerte de Alfredo Herrera Urioste y la división de los cuarenta sobrinos de doña Clotilde en dos campos antagónicos, fueron el trágico epílogo de la historia de los Príncipes de la Glorieta.

La sociedad sucrense aceptó a Adolfo Costa en su seno con franca simpatía. Lo ayudó el patrocinio de la familia con la cual vivía y su propio carácter, atento, afable, audaz, que, por lo mismo que contrastaba con la manera de ser reservada y formalista de los chuquisaqueños, lo hizo aparecer entre ellos como un individuo novedoso e interesante. Su cultura francesa y sus amenos comentarios sobre París fueron otro motivo de atracción.

En el "Club de la Unión", punto de reunión de los hombres, los grupos se separaban, más o menos rígidamente, según su edad y aficiones. Costa, libre de los prejuicios impuestos por la tradición, se vinculó con jóvenes y mayores. Con frecuencia incursionaba en la mesa de los "viejos" para intervenir en sus juegos de azar o en sus conversaciones. Los "viejos" lo aceptaban de buen grado, divertidos con su desplante y su animosa personalidad.

Los jóvenes tenían otros divertimientos, además del billar, la charla y los cocteles del club. Montaban a sus caballos para hacer "pasacalles" a sus enamoradas o salir de excursión al campo. Competían en tiro al blanco, partidas de tenis y vestir a la última moda. La plaza principal, una de las más bellas del mundo, era otro punto de reunión. Una especie de club sin puertas ni exclusivismos de clase o fortuna. Una vitrina para lucirse y observar a los demás. Una vitrina de amplias avenidas, jardines, fuentes y árboles frondosos en la que todavía prima la original cos-

tumbre de que los hombres den vueltas en un sentido y las mujeres en sentido contrario, para provocar el diálogo de las miradas y el brote del amor en los corazones, como si fuera una ley impuesta por Eros para facilitar el trabajo de Cupido.

Las casas de prostitución no estaban permitidas, debido a que el clericalismo trataba de imponer una moralidad ascética. La juventud masculina se veía forzada a buscar la fruta prohibida en las chicherías, con las cholás. Adolfo Costa se separaba de sus amigos en estas correrías. La mala experiencia que tuvo con la "Bicicleta" lo escaldó para siempre de todo contacto sexual con mujeres de pollera. No le importaba que sus amigos se burlasen de él diciendo: "El europeo queda excusado de la farrá de esta noche por melindroso". Hizo lo que en Oruro. Se dio mañas para conquistar una amante de su misma clase social. Lucía Silva fue digna sucesora de Sofía Barrón. De físico menos exuberante, pero de igual temperamento. Iba con ella a "Bella Vista", una propiedad rústica que poseía doña Amalia de Querejazu en la quebrada de Yotala. Su íntimo amigo y compañero de aventuras galantes, Julio Querejazu, facilitaba el tilburi y las llaves de la casa de hacienda.

La mansión de la calle Pérez era centro de contacto de la familia Urriolagoitia. Cada sábado en la noche, a la hora del chocolate, doña Amalia y sus hijos recibían la visita de los hermanos de ella, Arturo, Mamerto y Eduardo, sus esposas y sus hijos. Los mayores en el gran comedor y los jóvenes en el antecomedor, discutían problemas familiares, intercambiaban las noticias captadas por cada uno en el acontecer local y recargaban de mutuo afecto los corazones. Adolfo Costa era considerado por todos como un miembro de la gran familia.

El fundador de la familia Urriolagoitia fue don Mamerito, un vasco oriundo de Bilbao, que llegó a Sucre y estableció una casa comercial en 1857. Se casó con Amalia Tardío, de una antigua familia española radicada en la

ciudad desde la época colonial. La firma "Urriolagoitia y Compañía" hizo muy buenos negocios durante el período de la prosperidad económica de Sucre. Pero don Mamerto tuvo la desafortunada ocurrencia de invertir la mayor parte de su fortuna, 80.000 libras esterlinas, asociándose a los negocios de su amigo José María Artola, otro vasco, empeñado en importantes especulaciones mineras y mercantiles en Chile, Perú y el litoral boliviano. A su muerte, sus tres hijos, además de las inversiones en América, se aventuraron en construcción de ferrocarriles en España y actividades navieras, al mismo tiempo que se dedicaban a una vida extravagante y lujosa. La quiebra de los Artola costó a don Mamerto la pérdida total de los 80.000 soberanos (dos millones de francos oro).

Canuto Querejazu fue natural de Alda, un pueblo de la provincia vascongada de Alava. Un tío suyo, sacerdote, lo separó de sus padres y hermanos y lo llevó consigo a su parroquia de Victoria, para inducirlo a seguir sus pasos. No sintiéndose atraído por la vida religiosa, tomó las de Villadiego, a los 13 años. Cruzó el Atlántico como grumete de un barco. Llegó hasta Tacna. Se ganó la vida en diferentes actividades, logrando independencia económica. Entabló íntima amistad con el señor Ventura Farfán y se asoció a los negocios que éste tenía en Tacna y La Paz. Vivió varios años en esta segunda ciudad. Intervino en actividades mineras en Corocoro con Farfán, Enrique Hertzog y Noel Bertin. Participó en la fundación del Banco Hipotecario de La Paz. En uno de sus viajes a Sucre conoció a Amalia Urriolagoitia Tardío. Se casó con ella en febrero de 1879. Fue designado Cónsul de España en Sucre. Mantuvo esta responsabilidad hasta su muerte. Invertió todo el capital ganado en Tacna, La Paz y Corocoro en apuntalar la firma "Urriolagoitia y Compañía", que había quedado debilitada por la pérdida de las 80.000 libras esterlinas. Tomó la gerencia del negocio. Falleció en 1904.

Entre otras crónicas que escuchó Adolfo Costa figuraron las provocadas por Pedro Lazúrtgui, un joven de

Bilbao, relacionado con los Urriolagoitia, que llegó a Sucre a buscar su porvenir. Era de físico muy atrayente y maneras distinguidas. Se lo empleó como auxiliar del almacén comercial. Se enamoró de Isabel Urriolagoitia, la tercera de las hijas de don Mamerto. La segunda hija, Elcira, que amaba secretamente al novio de su hermana, decidió hacerse monja. Venciendo toda resistencia logró ingresar al Convento de Santa Teresa, del que nunca volvió a salir. La bella pareja de Pedro e Isabel, unida en matrimonio, hizo el viaje de luna de miel hasta París. A los pocos años, Pedro Lazúrtgui murió por efectos de un ataque de peritonitis. Su joven esposa no quiso que lo enterraran. Con la razón perturbada por el dolor guardó el ataúd en la capilla de "El Guereo", la quinta donde vivía. Puso a su lado jaulas doradas con canarios. Era costumbre en Sucre que entre enamorados se obsequiasen canarios enjaulados, como cantores de su amor. Pasaba las horas allí rezando, llorando y leyendo en voz alta el Cantar de los Cantares. Una noche, mientras dormía, sus hermanos robaron el ataúd y con anuencia del sacerdote Santiago Raurich, prior de los franciscanos de La Recoleta, lo enterraron en el convento. Doña Isabel nunca perdonó a sus hermanos por haberla separado de su esposo. Se sumió en el más estricto duelo y la más severa misantropía. Distribuyó su fortuna en obras de caridad. Hizo voto voluntario de castidad y de no tocar siquiera la epidermis de un varón. Cuando se veía obligada a dar la mano a su médico, a su abogado, o a sus sobrinos, aunque éstos fueran pequeños, la envolvía con un extremo de su manto.

La intimidad y afecto reinante entre todos los miembros de la familia propició el frecuente encuentro de Adolfo Costa con Blanca Urriolagoitia. Un año menor que él. Alta, esbelta, de facciones atrayentes, ojos claros. Carácter lleno de vitalidad, inclinado a la seriedad. Tenía fama de ser una de las jóvenes mejor vestidas de Sucre, con ropa que sus padres encargaban a París. Hija única de Arturo Urriolagoitia y Esther Arana. Don Arturo era inteligente, orgulloso, aficionado a los libros y a coleccionar antigüedades, monedas

y estampillas. Se comentaba burlescamente que sólo concedería la mano de su hija en matrimonio a un príncipe de la realeza española. Enrique Calvo Arana, un joven abogado de la sociedad chuquisaqueña, que se enamoró de ella, después de un tiempo abandonó sus empeños de llevarla hasta el altar por la infranqueable frialdad de don Arturo. Con este antecedente, Adolfo Costa comenzó a cortejar a la joven con la mayor discreción. Ella se sentía atraída hacia él y alentó sus avances, aunque dentro de los límites permitidos por la vigilancia de sus padres y el natural recato de su propia personalidad.

Don Arturo, fumador impenitente, sufrió una seria afección a los pulmones. El reposo que buscó en "Totacoa", una finca heredada por su mujer en Yotala, agravó su salud por los efectos del calor. Volvió a Sucre con muy fuertes accesos de tos. Uno de éstos provocó la reventazón de una arteria y su inmediato fallecimiento. Antes de morir pidió que su cadáver fuese embalsamado. De los parientes y numerosos amigos que acudieron a la casa mortuoria, nadie tuvo la fuerza de carácter necesaria para ayudar al médico en tal operación. Adolfo Costa fue el único que brindó su colaboración. Con su ayuda el doctor Ortiz fue inyectando hipofosfito de soda en las venas del muerto. Poco a poco adquirió un color rosáceo, de carne fresca. Por momentos Costa creyó que iba a resucitar. Ayudó también a clavar el ataúd.

Con la desaparición de don Arturo, el retraimiento voluntario que se impuso doña Esther y la complicidad de parientes y amigos, el coqueteo entre Adolfo y Blanca se hizo más franco y abierto, convirtiéndose en amor con propósitos matrimoniales. Adolfo esperó que se cumpliera el año de duelo estricto y en seguida solicitó la mano de su amada. Doña Esther se la concedió sin regateos al escuchar que su hija le aseguraba que Adolfo Costa sería el único amor de su vida.

El matrimonio se celebró con gran pompa el 12 de oc-



Adolfo Costa Durrels y Blanca Urriolagoitia Arana, recién casados. Sucre, 1912.

tubre de 1912, en la Capilla de la Virgen de Guadalupe. Ella en vestido albo, resplandeciente. El en severo y elegante frac. Aunque Adolfo tenía 25 años y Blanca 24, él, por su flacura, acentuada por el traje de etiqueta, y su rostro de expresión ingénua, pese al bigote abultado, parecía ser menor. Cuando los recién casados salían del templo, una chola ubicada en la primera línea de los curiosos, le dijo: "¡Ay, guaguitay, a qué te has metido!".

CAPITULO VIII

INQUIETUDES MERCANTILES E INTELECTUALES

Carta de Adolfo Costa a su amigo Gustavo Herrera: "He cruzado el Rubicón. Desde el 12 de octubre me tienes casado. Soy feliz. No te digo más a pesar de mi verbosidad habitual, porque no encuentro palabras capaces de expresar los múltiples sentimientos y sensaciones que tal acontecimiento produce. El viaje de luna de miel lo hicimos sólo hasta Totacoa. El idílico ambiente del lugar era muy propicio. Ahora vivo con mi esposa en la casa de mi suegra, en una esquina de la plaza principal. La casa tiene alma colonial, pero su estilo es el de un chalet suizo, que rompe, no sin rubor, la armonía arquitectónica de la ciudad, debido a la fantasía de un arquitecto francés, a la vez gastrónomo violoncelista".

Carta de Blanca de Costa a su madre desde "Totacoa": "Dice Adolfo que te agradece por la chicha más que si le hubieras mandado champagne. Añade que si tú quieres que te mandemos más frutillas, deberás enviarnos más chicha. Cuando vengas nos encontrarás muy democratizados, bebiendo chicha en vez de vino. Estamos muy felices, gozando de los baños en el estanque, de los paseos y de todo".

Costa renunció a su puesto en la secretaría del Banco Nacional. Un empleo tan subalterno podía ser aceptable para un "hijo de familia", pero no para un hombre de su nueva condición social. Organizó una oficina de compra y venta de acciones bancarias y mineras, en sociedad con don Mamerto Urriolagoitia (hijo del fallecido en París y tío de su esposa), Félix Argandoña y Luis Calvo (que seguía en Uyuni). La firma "Costa y Compañía" intentó una importante operación mercantil en la que también quiso participar don Rafael Urioste. Los hijos del millonario Pastor Sainz: Juan Manuel, Néstor y Narcisa, heredaron 80.000 acciones de la "Compañía Estañífera de Llalagua". Costa y Urioste propusieron a don Néstor Sainz la compra de las 20.000 acciones que poseía, a razón de 50 bolivianos cada una. Su propósito era revenderlas a 75. Tenían ya el interesado, que les anticipó algunos fondos. Para asegurar la transacción, Costa y Urioste obtuvieron un préstamo de medio millón de bolivianos del Banco Nacional y lo entregaron a Sainz. Las acciones se encontraban en Santiago, donde habían sido llevadas por Juan Manuel Sainz. A éste, según un cronista de la época, los chilenos le montaron una "maquinita" y le escamotearon los títulos propios y los de sus hermanos. Al recibir un cablegrama de Néstor, para que le devolviese sus 20.000 acciones, don Juan Manuel Sainz le contestó: "Por la memoria de nuestro padre tienes que deshacer la operación con Costa y Urioste. Todas las acciones que traje las vendí ya en Santiago, para salvarlas de un salteo fraguado por directores y administradores de un sindicato de capitalistas. Si no lo haces será el desastre, la quiebra y quizá el suicidio. Vendí las acciones a razón de una libra y media (20 bolivianos). Compensaré a tí y Narcisa la diferencia de precio". Don Néstor no tuvo otra alternativa que devolver el medio millón de bolivianos a Costa y Urioste y explicarles que no podía venderles sus acciones, porque ya no existían. Costa y Urioste se negaron a recibir el dinero. Insistieron en que se les entregase los 20.000 títulos y para este efecto iniciaron un juicio. Sainz depositó los 500.000 bolivianos en el banco a nombre de Costa y Urioste y se defendió ante los estrados judiciales.

Durante los dos años que duró el pleito Adolfo Costa, cuyos ingresos en la firma comercial eran escasos, no encontró mejor arbitrio para conseguir el dinero que necesitaba para pagar los intereses del préstamo bancario y el honorario de los abogados, que el juego de la pinta. Enfrentó el azar fría y metódicamente. Cada noche se ponía cien bolivianos al bolsillo y se dirigía al "Club de la Unión", para participar en el juego de los "viejos". Si perdía los cien bolivianos se retiraba. Si iba ganando, arriesgaba su suerte hasta que se multiplicasen a mil. Al día siguiente volvía con cien bolivianos, para perderlos o convertirlos en mil y así, sucesivamente. De esta manera, siguió el ejemplo de su padre, que también buscó en el juego un remedio para sus apuros económicos. Pero tuvo más suerte, más serenidad o más astucia que su progenitor. En el balance de sus ganancias y pérdidas, aquéllas fueron superiores a éstas y pudo atender a todos sus compromisos financieros.

El fallo de los tribunales de justicia fue favorable a Néstor Sainz y desfavorable a Costa y Urioste, por no haber existido un compromiso escrito de compra de las acciones. Los 500.000 bolivianos fueron cobrados y devueltos al banco. Costa pudo dejar la mesa de pinta y dedicar más horas a la vida de hogar, a la lectura o a la plática con los amigos de su edad.

Carnaval de Sucre. Locura colectiva, sobre todo los dos días del juego con agua y cascarones. Costumbre heredada del carnaval de Sevilla, en el que también se usaban cascarones llenos de papel picado. En Sucre lo son con agua, para hacerlos más apropiados a un carnaval veraniego. Carnaval de Sucre. Locura colectiva de lunes y martes, durante los cuales se arroja por la borda el chaleco de fuerza de los formulismos y las etiquetas, que han tenido amarrados los ímpetus juveniles durante un año. Carnaval de 1913. En la comparsa "Genio Alegre" el más entusiasta de sus miembros era René Costa. Estaba en Sucre desde hacía once meses. Una vez terminados sus estudios no pudo acostumbrarse a seguir en Córcega. Escribió a su her-

mano: "No quiero vivir más tiempo alejado de ti. No puedo vivir sin afecto. Desearía labrar mi porvenir a tu lado y que juntos luchemos por nuestra hermanita". Adolfo le envió el dinero para el pasaje y fue a darle alcance hasta Antofagasta.

La comparsa "Genio alegre", después del consabido asalto con cascarrones, logró ingresar a la casa de la familia Lloza Levy, de la calle San Alberto. La banda de músicos, ubicada en el patio, calló un momento para tomar aliento. En el corredor del primer piso, René Costa se inclinó sobre la barandilla para pedir que se ejecutase un vals. Había invitado a bailar a una muchacha de la que estaba enamorado. Se desequilibró y cayó de cabeza al patio, fracturándose el cráneo. Sus compañeros lo llevaron en vilo hacia su casa. Alguien avisó que la esposa de Adolfo Costa estaba encinta y que sería peligroso para su salud ver a su cuñado tan mal herido. Se hizo escala en la residencia de los esposos Javier Saavedra y Julia Urriolagoitia. Adolfo Costa estaba leyendo en su hogar. Al recibir la noticia del accidente corrió al lado de su hermano. Lo encontró agónico. El cuadro era patético. René, con la cabeza rota y sangrante, empalidecía más y más. Los del "Genio Alegre", con disfraces mojados, temblorosos de frío y de nervios, velaban silenciosos y asustados, mientras las lágrimas abrían surcos entre los colorines de sus caras de payasos.

René Costa falleció a los pocos minutos en brazos de su hermano. La noticia del drama se esparció por toda la ciudad. Todo jolgorio quedó automáticamente paralizado. Al día siguiente, Martes de Carnaval, no hubo más festejos. Se efectuó el entierro con acompañamiento de un público turulato. Dos amigos del muerto, Adolfo Vilar y Octavio Aparicio Loza, pronunciaron discursos fúnebres, recordando su carácter alegre, el entusiasmo con que acometía todas las empresas y las simpatías generales que venía conquistando desde su retorno de Europa.

A los cuatro días, Adolfo Costa expresó en una carta:

"Ha sido una desgracia demasiado terrible, demasiado espantosa, que me deja dolorido para siempre. Morir a los 21 años, cayendo sobre las lozas de un patio y partiéndose el cráneo, es horrible e injusto. Parece una abominable pesadilla y es una ineludible realidad. No volveré a ver a René nunca más. Esta idea me turba y me aplana. El cariño de mi esposa ha sido el mayor sostén en estos días amargos. Ella también ha sufrido mucho".

La tragedia se ensañó más. Por efectos de la fuerte impresión recibida Blanca de Costa abortó la criatura que llevaba en las entrañas. Los esposos ocultaron su duelo aislándose del trato social en la casa y en Totacoa. Se dedicaron a la lectura con más pasión. Costa estaba suscrito a las revistas francesas "L'illustration", "Excelsior", "Les Annals" y "Femina". Una lista de los libros que en esta época pidió a París consigna los nombres de los siguientes autores: Prudhome, Roger de Lisle, Bourget, Gautier, Tynaire, Rolland, Maeterlink, Montesquieu, Tallyrand, Zola, Lemaitre, Bourdeaux, D'Anunzio, Carpentier, Musset y Sorel. Por la revista "Femina" se enteraron de la convocatoria a un concurso poético sobre el tema "El Mar". Enviaron un poema en francés. Como el concurso era femenino, lo firmó Blanca de Costa. No fue pequeña su sorpresa, a las pocas semanas, cuando recibieron la noticia de que habían obtenido el primer premio, consistente en 5.000 francos, entre más de mil participantes de todas partes del mundo. El arquitecto Carlos Doynel, que además de "gastrónomo y violoncelista", escribía crónicas periodísticas, dijo en el diario "La Mañana": "Sin impertinencia podemos preguntarnos si el nombre de Blanche de Costa no es una gentil substitución, y si el señor Adolfo Costa, cuya musa es muy conocida, no se ha cubierto con femenino escudo para penetrar en un gineceo espiritual que estaba vedado al sexo barbudo... Pero este es un misterio que más vale no aclarar, por aquello de que entre el árbol y su corteza es mejor no meter la mano. El poema premiado no sólo es hermoso, sino hermosísimo".

Al Premio Fémina siguió otra ventura. Un segundo embarazo de Blanca de Costa terminó con toda felicidad con el nacimiento de un hermoso niño, al que se bautizó con el nombre de René, en recuerdo de la víctima del Carnaval.

Desde 1899 Bolivia vivía bajo el imperio del Partido Liberal. La formación del Partido Republicano, que ofrecía una alternativa a la hegemonía de aquél, avanzaba lenta, pero firmemente, ganando prosélitos, pese al garrote, los calabozos y los destierros, de los que se valían los sucesivos gobiernos liberales para silenciar a sus rivales. En todas las ciudades del país las opiniones estaban divididas. La división política, a la vez que ideológica, coincidía en líneas generales con la diferencia de edades. El liberalismo, laico y renovador, atraía a los jóvenes. El republicanism, católico y conservador, era refugio de los mayores. La jerarquía eclesiástica, que desde la Colonia había sido rectora indiscutida de las conciencias y la moral del pueblo, veía en el Partido Liberal y en las logias masónicas que le servían de coadyutores enemigos públicos muy peligrosos. No lo podía combatir abiertamente, por temor a que el gobierno la privase de sus importantes prerrogativas. Lo hacía subterráneamente, aprovechando de su influencia espiritual.

Desde la Colonia, el clericalismo era mayor en Sucre que en las otras ciudades de Bolivia. Contaba con la ventaja de tener allí la cabeza de la iglesia boliviana, el Arzobispado de Chuquisaca. En el período en que nuestro protagonista se encontraba en Sucre, el arzobispado contaba con la colaboración de los canónigos de la catedral y de dos activas órdenes religiosas: los jesuitas y los franciscanos. Los jesuitas volvieron a Sucre en 1912 y fundaron un colegio, después de haber estado ausentes dos siglos y medio, desde que su orden fuera expulsada de América, en 1767. En Sucre, donde los temperamentos son poco inclinados a la contemporización y prefieren irse a los extremos, los jóvenes encontraron en el Partido Liberal la mejor trinchera para combatir el clericalismo, que consi-

deraban retrógrado, opresivo y demasiado dueño del espíritu y la mente del sexo femenino, de sus madres, esposas, novias y amigas. Santiago Raurich y sus frailes de La Recoleta, educaban a los niños del pueblo, pero, al mismo tiempo, cultivaban estrecha amistad con las familias más influyentes. Los jesuitas, todavía nuevos en el ambiente, educaban a los hijos de la gente acomodada y eran confesores de la mayoría de las damas. Su director, el padre Francisco de la Cruz, famoso por su oratoria, atraía lleno completo a la iglesia de Santa Mónica toda vez que subía al púlpito.

El cuartel general del anticlericalismo estaba en "La Mañana", el diario liberal, fundado por Julio Zamora en 1905. Sus modestas oficinas en la calle Ayacucho, frente a la Policía, eran punto de reunión de la intelectualidad rebelde. Al lado del director Claudio Peñaranda y de los redactores Rodolfo Solares Arroyo, Telmo Solares, Jorge Mendietta, Alfredo Jáuregui Rosquellas y Enrique Aparicio Loza, colaboraban con poesías o ensayos Gregorio Reynolds, Osvaldo Molina, Enrique Finot, René Calvo Arana, Nicolás Ortiz Pacheco, Jaime Mendoza, Carlos Medinaceli, Germán Costas, Alberto Ostría Gutiérrez y Adolfo Costa. Era un conglomerado heterogéneo de prosistas, poetas y bohemios que aprendían a manejar la péñola y la blandían a veces con habilidad, otras con torpeza, a veces con pasión, otras con ironía, a veces con seriedad, otras con tono burlón. Con frecuencia escandalizaban, como Osvaldo Molina con las sigüientes frases de un artículo titulado "Diabolismo": "Desde que me he entregado al Diablo estoy más contento, como mejor, duermo mejor, y para colmo de venturas, las mujeres me prestan más atención".

Dos escándalos conectados con gentes de la iglesia, dieron munición para escritos anticlericales. El primero fue el hallazgo del cadáver de una criatura recién nacida en el alcantarillado que salía del colegio femenino "Las Educandas", regentado por monjas. La directora del establecimiento enjuició a "La Mañana" por un artículo en el que se in-

sinuaba que la criatura podría ser de una de las religiosas. La misma alcantarilla servía a varias casas de la vecindad. El segundo escándalo fue la fuga a la Argentina del padre Ignacio Maidayán, que a la muerte de Santiago Raurich, en 1912, fue elegido prior de los recoletos. Fugó en diciembre de 1913, con la mujer Lola Lora, llevándose 30.000 libras esterlinas. Eran ahorros de gentes del pueblo, que por desconfiar de los bancos, preferían guardar su dinero en la santidad del convento, a cargo del prior.

Hubo también un sacrilegio provocado por redactores de "La Mañana". Rodolfo Solares Arroyo y Octavio Moscoso Gutiérrez, con tres amigos (el "Opicho" Aníbarro, el "Quespi" Pantoja y el "Chino" Arroyo), una noche en que habían bebido unas copas de más, arrancaron de su nicho de la calle Abaroa la "Cruz de Popayán", uno de los símbolos católicos más venerados por el pueblo. La arrastraron por las calles con un lazo, al mismo tiempo que entonaban letanías. La cruz fue restaurada a su hornacina con solemnes oficios religiosos y florido discurso de don Juan Manuel Sainz. Solares, Moscoso y sus cómplices, tuvieron que escapar de la ciudad para librarse de la furia popular. Solares Arroyo era uno de los individuos más rebeldes que se han conocido en Sucre. Tenía desfigurado el rostro por dos intentos frustrados de suicidio. Se lo llamaba "El Tuerto". Acabó matándose en el Hotel Nacional de La Paz, amarrando un fusil a los barrotes de un catre y operando el gatillo con un cordel. Dejó tres mensajes. El primero para el Jefe de Policía: "Me mato porque me da la gana". El segundo para su amante, "La Refojos": "Reventaste mi vida. Hasta la vista". El tercero para su hermano: "Consuela a mamá. Perdón".

Otro rebelde la época, todavía sin causa, por su juventud, era Gustavo A. Navarro. Años más tarde sería el fundador del "Partido Socialista Obrero Boliviano" y terror de los capitalistas de Bolivia con el seudónimo de "Tristán Marof". En una ocasión en que volvía de mucho tiempo a su tierra natal, las cholitas de Sucre, contagiadas de ese

miedo, exclamaban: "Supay chayamushan" ("El diablo está viniendo"). En 1916, todavía en la adolescencia, iniciando sus actividades políticas como antiliberal, acompañó a Manuel Medina Granier a depositar dos cartuchos de dinamita, dentro de una lata de té "Hornimans", en la ventana del domicilio de Claudio Peñaranda. La explosión causó gran alarma e hirió levemente en el brazo a la esposa del periodista. Este quiso castigar a Navarro, a quien se consideraba el único culpable, azotándolo en plena vía pública. No logró completar su intento por perder el latigo en manos de la presunta víctima del escarmiento.

Durante la guerra mundial de 1914 a 1918, Adolfo Costa escribió en "La Mañana" y "El País" una oda a Francia y artículos relativos al general Castelnau y sus tres hijos muertos en la contienda; la enfermera Edith Cavell fusilada por los alemanes y al "Comité France-Amerique", establecido en París para fomentar las relaciones franco-latinoamericanas. En una carta a don Luis Calvo manifestó: "La justicia está muy clara del lado francés. Creo firmemente que Alsacia y Lorena volverán a poder de la Madre Patria. No puede imaginarse usted la excitación nerviosa por la que atravieso. No puedo quedar en casa dos horas seguidas y salgo en pos de noticias. En la cantina de Heren se reúnen diariamente los cuatro o cinco teutones que hay en Sucre, alrededor de un mapa. Reconozco que son patriotas. Ayer me suscribí a "El Diario" de La Paz, que tiene muy buen servicio informativo del exterior, pero hoy me he enterado de que ha sido clausurado por el gobierno".

Don Jaime Mendoza tomó la dirección del bisemanario "La República". Costa se incorporó a la redacción y sacó otros artículos a favor de Francia. Uno de los editoriales del periódico comentó que la ruptura de relaciones diplomáticas de Bolivia con Alemania había sido forzada por la necesidad. Otro editorial dijo: "La colonia alemana en Bolivia sufre en el aspecto comercial y más aún por ver lastimado su sentimiento nacional. Respetemos ese sentimiento, por el mismo hecho de hallarse la colectividad

alemana en una situación dolorosa entre nosotros. Sepamos tener con ella admiración y corrección". Costa renunció declarando en una carta a Mendoza que respetaba sus opiniones, pero que él tenía una orientación contraria a la que parecía dominar en el órgano periodístico. "La República" publicó un aviso firmado por Mendoza: "Nos es sensible comunicar a nuestros lectores que el señor Adolfo Costa ha dejado de pertenecer al cuerpo de redactores por no encontrarse de acuerdo con nuestro director respecto a apreciaciones de política internacional. Al hacer constar su renuncia tócanos manifestar al señor Costa nuestro sentimiento por su retiro y esperamos que seguirá honrándonos con sus importantes colaboraciones". Pese a este incidente, la amistad entre Mendoza y Costa se mantuvo inalterada.

La presencia en Sucre de una misión de pedagogos belgas, contratados por el gobierno para organización de la primera escuela Normal de Maestros, tenía alborotada a la ciudad desde 1809. George Rouma, Adhemar Gehain y los otros profesores extranjeros, provocaron reacción en los círculos religioso y conservador. La jerarquía eclesiástica procuró que se introdujesen cursos de religión en el instituto. El sacerdote José María Fernández de Córdova, encargado de la gestión, al discutir el problema con el señor Rouma, le escuchó decir que no creía en el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Lo criticó públicamente: "No puede ser buen maestro quien no tiene esposa, ni hijos. No es a solteros sin familia, por sabios que sean, a quienes se debe entregar el futuro de la educación boliviana". Rouma contestó que los curas tampoco tenían esposa e hijos. Dijo: "No sé si el sacerdote Fernández de Córdova es apto o inepto para la educación de los demás. Si lo es, según su propio argumento, debe tener esposa e hijos ocultos en alguna parte. Si no los tiene, no sabe ni debe enseñar".

Don George Rouma se casó en 1914 con Doña María Argandoña viuda de Lemus. Dejó Sucre para ir a ocupar un importante puesto en el Ministerio de Educación. Ella, en

1897, fue protagonista de un romántico escándalo que en su tiempo sacudió a la sociedad y que todavía se recuerda en las crónicas verbales de la ciudad. De una carta de la época: "Lemus, secretario de la Legación de Chile en Bolivia, enamoraba a María Argandoña y se propuso robarla, para cuyo intento sobornó a parte de la servidumbre. Trató de hacer igual con el conserje de la casa, quien rechazó indignado la proposición y más bien dio parte a don Manuel. Aquí fue la de Dios es Cristo. Los sirvientes cantaron cuanto sabían y se descubrió que la niña estaba deshonrada. Trabajo costó evitar que don Manuel, revólver en mano, fuera a matar al seductor. Uno de los hijos se apersonó a lo del ministro chileno Prieto y le notificó que si antes de 24 horas Lemus no salía de la Legación, lo atacarían allí mismo, pues era su deber el castigarlo. Ya sabe usted cómo es Prieto, a quien justamente llama usted un "Melón". Se asustó e hizo que el perseguido saliera de la ciudad a las once de la noche. Al amanecer los jóvenes Argandoña se apercibieron de que había sido burlada su vigilancia. Los cuatro hermanos montaron a caballo y se lanzaron en persecución. Después de haber perdido la pista y de mucho galopar por varias direcciones, lograron encontrarlo en Challoma. Lemus les dijo que estaba dispuesto a volver para casarse. Los hermanos, sin darle oídos, descargaron sobre él todo su furor, lo estropearon malamente y con una navaja de afeitar le cortaron de raíz la oreja izquierda. Volvieron inmediatamente a Sucre y confesaron su delito. Se presentaron a la cárcel donde han estado muchos días, habiendo salido con garantía personal. Lemus, mutilado, llegó a Sucre pocas horas después de su herida y con su regreso las intrigas comenzaron a trabajar en Don Manuel, para que consintiera en el matrimonio. Después de muchas dudas y habiéndose apercibido que su hija estaba encinta, el buen caballero consintió en la boda, que tuvo lugar a los pocos días. Con la bendición nupcial los novios recibieron el perdón de todos y se fueron al "Recreo", donde parece que están muy tranquilos y felices. Esta es la verdad. La he registrado en todos sus detalles para desvirtuar las mentiras, apreciaciones de todo género y hasta coplas populares, que

han circulado profusamente”.

Adhemar Gehain poseía mucha cultura. Adolfo Costa estableció con él una cordial amistad. En torno a ambos se concentraron otros jóvenes. Gehain ejerció sobre ellos una influencia muy provechosa. “Los arrancó de la molición nociva de la vida provinciana, de las tertulias insulsas en el club, de los espejismos del juego y el alcohol, del desperdicio cotidiano de la inteligencia”. Preocupó a los integrantes del grupo que las mujeres de su clase social y generación no tuviesen oportunidad de participar en sus inquietudes intelectuales. Sabían que entre ellas existían naturalezas privilegiadas, inteligencias vivas, temperamentos artísticos, que estaban condenados a la indolencia del ostracismo hogareño. Resolvieron dictar una serie de conferencias, con el pomposo nombre de “Universidad Femenina”, para atraer más atención. Costa describió así a las mujeres solteras que veía a su alrededor, en carta a un amigo: “La existencia vegetativa de Sucre sigue su monótono curso. Hay fiestas sociales, retretas, noches azuladas, plenilunios, mujeres ojeras que se consumen de nostalgia y de deseos no satisfechos. Quisiera tener el escarpelo de un Paul Bourget para escudriñar el corazón de nuestras amigas, la agonía interminable de ilusiones y ensueños juveniles. Y al pasar de los días, pequeñas arrugas, cual rasguños de una invisible garra, marchitan la frescura de la tez. En el fondo de las pupilas hay llamaradas intermitentes con estertores de lámpara antes de apagarse y en el fondo del alma la sensación de desengaño de una juventud inutilizada y de energías atrofiadas”.

La “Universidad Femenina” inició labores, en febrero de 1916, con una conferencia de Adolfo Costa sobre “La Evolución del Teatro Francés desde 1880 hasta 1914” en la que el autor leyó párrafos de las obras de Brieux, Hervieu, Bataille y Lavedan. Cada miércoles, a las ocho de la noche, en el local del Liceo de Señoritas, se sucedieron las charlas: De Ignacio Prudencio sobre “Literatura Boliviana”; de Alberto Ostría Gutiérrez: “Literatura española moderna”,

de Ricardo Jaimes Freyre (en visita ocasional a Sucre): “Poesía castellana”; de Federico Ostría: “Teatro italiano”; de Ignacio Prudencio Bustillo: “El libro Los Malos Pensamientos de Jaime Mendoza”; de Adhemar Gehain: “Federico Chopin, su vida y su obra”; de Adolfo Costa: “Madame Reçamier”; de Jaime Mendoza: “Por los niños”; de Federico Ostría: “Charles Dickens”; de Alberto Ostría Gutiérrez: “José Asunción Silva”; de Julio Guzmán Téllez: “Mujeres hebreas célebres”; de Adolfo Costa: “Sully Prudhome”; de Adhemar Gehain: “El heroísmo francés desde Juana de Arco hasta la guerra de 1870”; de José Prudencio Bustillo: “Agricultura en Bolivia”; de Adolfo Vilar: “Edgar Poe y su obra literaria”; de Florencio Candia: “Ramón del Valle Inclán”; de Julio Zamora: “La política en Bolivia”.

Las conferencias tenían la entrada libre. La sociedad en general las recibió con recelo, pero la juventud femenina concurrió a ellas con creciente entusiasmo. La jerarquía eclesial las vio como un peligro. Como la intromisión laica en un campo, la mente femenina, que hasta entonces había estado reservado a su influencia exclusiva. Una conferencia de Adhemar Gehain, sobre historia, en la que se refirió al oscurantismo religioso que existió en España durante el reinado de Felipe II, provocó su reacción. El domingo, desde el púlpito de la misa más concurrida, el “tata” Fernández de Córdoba, especie de Savonarola chuquisaqueño, señaló el peligro de pecado mortal en que se encontraban las señoritas que concurrían a actos en los que se propagaban ideas laicas y antireligiosas. Esto fue seguido por una rápida campaña desde los confesionarios. A la siguiente conferencia sólo concurrieron cuatro muchachas que se atrevieron a desafiar el ultramontanismo. A la subsiguiente no se presentó ni una. El generoso esfuerzo de la “Universidad Femenina” se extinguió en el vacío.

Las compañías de teatro o de óperas y operetas que llegaban a Sucre cada año, animaban el ambiente y sacaban a la sociedad de su existencia rutinaria. Hacían un extraordinario esfuerzo de memoria y habilidad artística al poner en

escena una función diferente cada noche. El público era siempre el mismo. No había más. La "Compañía Díaz Haza", por ejemplo, interpretó cuarenta piezas de autores tan variados como los hermanos Quinteros, Benavente, Martínez Sierra, Hernanos, Shakespeare, Perez Galdós, Shaw, Echegaray, Rostand, Bisson, Suderman, Bourget, Dumas y Dicenta, en dos meses. La "Compañía de Operetas Reborado-Huerta" ejecutó Tosca, La Boheme, Caballería Rusticana, Marina, La Tempestad y El Saltimbanquis, en una semana. La familias compraban abonos para los palcos del "Teatro 3 de Febrero". La platea era territorio reservado exclusivamente para los hombres solteros o casados con esposas impedidas por enfermedad, luto o gravidez. Las mujeres sólo podían ser vistas en los palcos, acompañadas de parientes.

Adolfo Costa, aficionado al teatro más que a ninguna otra distracción, no perdía una función, buscaba la amistad de los artistas y hacía crítica teatral en las columnas de los periódicos, en colaboración con Julio Querejazu. Los artículos los firmaban los dos autores con un solo seudónimo: "Quercost". Entre ambos también tradujeron del francés al español la pieza "Primrose", de Chavillet y Fiers, que fue puesta en escena por una de las compañías.

A mediados de 1914, la compañía de la actriz española Virginia Fábregas, terminó su temporada con la interpretación de una obra escrita por el joven chuquisaqueño Nicolás Ortiz Pacheco, titulada "Aniversario de Boda". Ortiz Pacheco había pasado varios años de su juventud en Chile y la Argentina. Se encontraba en su ciudad natal desde hacía seis meses. Se lo conocía por mozo irreverente, disoluto y de gran ingenio. Se sabía que su trabajo estaba inspirado en el ambiente de la sociedad sucrense. Su padre, el doctor Nicolás Ortiz, era el médico de mayor prestigio en la ciudad. Su madre, doña Clementina Pacheco de Ortiz, matrona inteligente y bondadosa, era hija del que fue presidente de Bolivia, don Gregorio Pacheco. Por todos estos antecedentes el estreno de la obra creó enorme espec-

tativa. El "Teatro 3 de Febrero" tuvo lleno completo. Al final del primer acto el autor fue llamado al escenario y recibió una ovación unánime. En el segundo acto se produjo un escándalo mayúsculo, cuando inesperadamente surgió una escena en la que el protagonista, distinguido señor de la sociedad, al jugar a los dados en el club, perdió todo su dinero, su casa y su finca, y desesperado, ansioso de recuperar algo, apostó a su esposa y también perdió. Hacía tiempo que circulaba en la ciudad, muy a *soto voce* la crónica de un hecho exactamente igual que había ocurrido en la realidad, con el epílogo de que el caballeroso ganador de la partida nunca intentó cobrar el producto de la última apuesta. El jugador en cuestión había fallecido. Uno de sus parientes más próximos, tomando la escena como alusión que ultrajaba a toda la familia, se levantó en su palco y gritó a voz en cuello "¡Eso no es cierto!". Siguió un pandemonium. Vivas al autor se entremezclaron con insultos y aplausos con silbidos. Los más respetables de los espectadores abandonaron el recinto con sus familias. Los jóvenes pidieron que continuase la función. Virginia Fábregas y los otros actores no sabían qué partido tomar. Nicolás Ortiz, entre bambalinas, gritaba a la actriz: "¡Acabe, señora, acabe!". Como fuera imposible restablecer el orden, la función se suspendió.

Esa misma noche, al entrar Ortiz Pacheco a su domicilio, después de haber sido alagado por sus amigos en el club, fue violentamente agredido por tres jóvenes enmascarados. Perdió casi toda su dentadura. Meses después, requerido por el periódico "El Tiempo", de La Paz, declaró: "La pieza incluía fragmentos de la vida real. Tenía por objeto enaltecer a la mujer frente a la conducta inmoral del hombre en ciertos hogares de vivir opulento. Como premio recibí una golpeadura alevosa en el propio zaguán de mi casa. Quise mostrar la desigualdad que existe dentro de la vida conyugal entre el hombre y la mujer en las altas clases sociales. El argumento era sencillo, hilado casi en su totalidad con escenas que vi en la vida. Un hombre vulgar y ambicioso contrae matrimonio con una mujer rica. Ella lo

ama locamente. El no busca en ella sino un cuerpo para satisfacer sus apetitos sexuales. El es borracho y jugador. Ella es bella y pura de sentimientos. Es el conflicto entre lo bestial y lo espiritual". Ortiz Pacheco cometió el error de no sacar una copia del libreto. Virginia Fábregas llevo el original consigo. Su compañía interpretó la pieza en Montevideo y Madrid. Luego se perdió para siempre.

CAPITULO IX

INICIACION DIPLOMATICA

En 1916, Adolfo Costa viajó a Buenos Aires a dar alcance a su hermana Blanchette, que venia de Europa. De vuelta en Sucre, escribió al señor José Gutiérrez Guerra, candidato a la Presidencia de la República, dándole cuenta de las observaciones de carácter político que había hecho. Costa era franco simpatizante del Partido Liberal. "Tupiza es el foco de la oposición. Los republicanos están yendo a las elecciones con la seguridad de la derrota y la idea de una revolución. Salamanca se opone a las vías de hecho, pero el general Pando, Bautista Saavedra y los Ramírez, las preconizan con la vehemencia que los caracteriza, como el único medio de vencer al Partido Liberal. Hay que estar como se dice vulgarmente "ojo al charqui". En Buenos Aires estuve en una comida al doctor José María Escalier. Toda la colonia boliviana en esa ciudad es escalierista. El doctor Escalier, poco avisado en las luchas políticas, tiene susceptibilidad y candor verdaderamente encantadores. Se imagina que su nombre en Bolivia será una rama de olivo".

Adolfo y Blanchette dirigieron una carta a doña Amalia de Querejazu liberándola de sus responsabilidades de tutriz: "Usted ha tenido para nosotros no sólo los senti-

mientos inherentes a ese cargo, sino también las más generosas gentilezas y todas las bondades de una madre para con sus hijos. Evocamos con emoción el respetuoso cariño que le tenía Repé. Nunca dejaremos de pronunciar su nombre con la mayor veneración y enseñaremos a nuestros hijos que siempre hagan lo mismo”.

El aumento de la demanda y el precio de los metales, ocasionado por la guerra mundial, indujo a Adolfo Costa a clausurar la firma “Costa y Compañía” y a explotar una mina de antimonio, en una ladera del río Pilcomayo, cerca del puente “Sucre”. La casa “Bebin Hermanos”, de la Paz, se comprometió a comprarle toda su producción. Fue a vivir al lado de la mina, en una carpa, acompañado de Nazario, el cochero de su suegra, que le servía de mozo y capataz. Los trabajadores eran cinco indios de la región. Su esposa le mandaba víveres y periódicos desde Sucre, dos veces por semana. Puso a la mina el nombre de “Blanca”, en homenaje a ella.

Don José Gutiérrez Guerra ganó las elecciones de 1917, prolongando la hegemonía del Partido Liberal por un nuevo período constitucional.

Un día, en que Costa volvió a la ciudad, se encontró en la calle con don Hernando Siles, Rector de la Universidad. Estaba acompañado del universitario Alberto Ostría Gutiérrez.

—“¿Qué dice el minero?” exclamó el doctor Siles al verlo—. “Precisamente hablábamos de usted. ¡Qué casualidad! Mi pariente, el Presidente de la República me ha escrito pidiendo que lo ayude a seleccionar algunos jóvenes de Sucre para que ocupen las secretarías de nuestras legaciones en el exterior. Se buscará otros en las demás capitales. Usted posee condiciones especiales para la carrera diplomática. Alberto Ostría es otro. El está entusiasmado con la proposición que le he hecho. Se la extiendo a usted. Me ofrezco a darles clases particulares de Derecho Civil y

Derecho Constitucional. Ustedes estudiarían por su cuenta otras materias. Se ha llamado a exámenes de competencia para dentro de tres meses...”

Costa tenía como estrategia para su lucha por la vida coger al vuelo todas las oportunidades que la suerte ponía a su alcance. ¿Diplomacia? —se preguntó a sí mismo. ¿Por qué no?. Mucho mejor que cabar un cerro en busca de antimonio. El doctor Siles tenía razón respecto a sus aptitudes. Poseía cierta cultura, hablaba y escribía en francés y español, chapurreaba el inglés y el italiano. Le gustaba la historia y era aficionado a las letras en general. Hacía versos y escribía prosa no del todo mal. Vestía con elegancia, tenía buena presencia, era buen bailarín y le gustaba el trato social. ¡La diplomacia era la mejor oferta que la suerte le había hecho hasta entonces!

Costa y Ostría se habían conocido en la redacción de “La Mañana”. Sus actividades en la “Universidad Femenina” los acercó más. Aunque Costa era mayor con algunos años, se estableció entre ambos una fraternal amistad. Todos los días, al atardecer, ambos visitaban al doctor Siles en su casa y escuchaban atentamente las lecciones que les daba al aire libre, bajo el naranjo del patio.

Los exámenes tuvieron lugar en el Ministerio de Relaciones Exteriores de La Paz, en enero de 1918. El tribunal estaba constituido por el Subsecretario del Ministerio, los Ministros Plenipotenciarios del Perú y el Brasil, don Jorge Rouma, don Carlos Calvo y otros. Se presentaron ocho postulantes. Costa defendió una tesis sobre el tema de la seguridad colectiva y la creación de la Sociedad de las Naciones. Fue aprobado con felicitaciones. Se le ofreció el puesto de Primer Secretario de la Legación de Bolivia en Chile. Alberto Ostría Gutiérrez, que también mereció la aprobación y los aplausos del tribunal, fue nombrado secretario en la Argentina.

Blanca de Costa no sintió el menor entusiasmo por la

vida diplomática. Su carácter se adaptaba mejor a la rutina doméstica de su hogar en Sucre. Por otra parte, adoraba a su madre y no quería separarse de ella. El primogénito René y una hija recién nacida, hacían aún más difícil trasladar la familia a un lugar en el que no se conocía a nadie y mezclar los deberes maternos y domésticos con la farándula social de la diplomacia. Los esposos se pusieron de acuerdo en que él iría solo, para apreciar en el terreno cuáles eran las condiciones de vida en Chile y volvería a buscar a la familia, después de unos meses, si la situación era favorable.

El ministro de Bolivia en Chile era don Claudio Pinilla, cincuentón, con mucha experiencia en política interna y en diplomacia. Fue secretario privado del presidente Aniceto Arce, miembro del Partido Conservador, luego dirigente del Partido Liberal, Ministro de Relaciones Exteriores, ministro en el Paraguay, el Perú y el Brasil. Aficionado a la poesía y a la oratoria. Don Claudio vio en Adolfo Costa la personificación del petimetre chuquisaqueño. Costa vio en el señor Pinilla al típico "chuta" paceño. La mutua antipatía se cubrió en uno y otro con la educación y una cortesía gélida. La experiencia diplomática del señor Pinilla enseñó a Costa a observar los aspectos de la actividad chilena que interesaban al gobierno de Bolivia y a redactar sobre ellos informes sintéticos y claros. Don Claudio tuvo en Costa un colaborador inteligente, inquieto y cumplidor de sus obligaciones.

Su carácter entrador le sirvió a Costa para ganar rápidas amistades en el elemento joven de la alta sociedad santiaguina, particularmente el femenino. Desde un principio quedó prendado por la viveza y la coquetería de la mujer chilena. Sus mejores amigas fueron María Edwards y Blanquita Errázuriz Vergara.

El 25 de mayo de 1918, coincidiendo con el aniversario del primer grito libertario dado en América, se inauguró en Santiago el "Centro de Estudiantes Bolivianos".

Costa pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, dijo: "Los que tenemos el vicio de ennegrecer el papel, de moler negro sobre blanco, como suelen expresar los franceses, los que damos rienda suelta a la imaginación, esa traviesa niña de la cabeza, los que procuramos la mayor intensidad intelectual posible en detrimento de la vida burguesa y práctica, los poetas, jinetes locos de la quimera, nos acomodamos poco con la precisión y con la realidad. Reemplazamos de muy buen grado la historia hosca y seca con la leyenda alada y amena". En seguida, pasó a relatar el levantamiento chuquisaqueño de 1809: "De todos los ámbitos de la colonia acudían a la Universidad Mayor de San Francisco Xavier, a beber ciencia de la legendaria fuente del Inisterio, mozos guapos y ardientes, que se iniciaban en las sutilezas armoniosas de la lengua de Esquilo y penetraban en los secretos laberintos de la filosofía panteísta. Con paciencia y cautela se modelaban los cerebros y se fijaban rumbos a los corazones. Varios grupos reuníanse después de comer (entonces se comía a las 5 de la tarde) para tertuliar a la luz de los crepúsculos chuquisaqueños... Germinaban ideas de rebelión. En el fondo de las viejas casonas había frentes que se inclinaban sobre páginas de voluminosos in-folios. Eran los nuevos Quijotes que con su sangre, muy pronto, escribirían una nueva y hermosa canción de gesta. Y por las callejas oscuras, que no alegraba ningún rayo lumínico, se escurrían vagas siluetas embozadas en oscuras capas. Muy en sordina una guitarra vibraba, un canto de amor se esparcía rasgando el silencio de la noche tibia y un llamado vehemente de la vida y la juventud parecía desafiar a las tinieblas y a las rejas de las moradas antiguas, detrás de las cuales había mujeres hermosas y tristes, que se desvelaban, y hombres que el alba sorprendería sobre un libro... Y el 25 de mayo de 1809, por vez primera en el extenso territorio de la Colonia, todas esas tertulias, todas esas meditaciones, todos esos ensueños de mozos guapos y ardientes, todos esos desvelos de vírgenes alejadas de la vida por añejas tradiciones, se condensaron en un solo grito: ¡Libertad!... para legarnos una patria y el pesado, pero bello mandato, de hacerla cada vez más gran-

de y más gloriosa”.

En 1918, Chile se preparó a celebrar con la mayor pompa el aniversario de su independencia. El “Club de Señoras”, que congregaba a las matronas más encopetadas de Santiago, quiso contribuir al programa convocando a un concurso de piezas de teatro. La Municipalidad tenía invitada a la más famosa artista de España, María Guerrero, y a su compañía, para que diesen una serie de funciones como parte de los festejos del mes de septiembre. La pieza ganadora del concurso iba a ser premiada con 1.000 pesos y el honor de ser representada por la Guerrero y su grupo.

Adolfo Costa, enamorado del teatro desde que lo vio por primera vez, quiso aprovechar la oportunidad para dar rienda suelta a un antojo largamente acariciado. Hasta entonces su creación intelectual había sido de versos, algunos artículos de prensa, una novela corta, “La ciudad de las campanas”, que la echó al canasto, y otra novela, “La Montaña de Plata”, todavía inconclusa. Escribiría ahora una pieza de teatro. Trabajó en las noches, durante tres semanas, sin que nadie lo supiera. Se inspiró en su autor favorito, Henry Bataille. Redactó la obra, primero en francés, porque le era más fácil manejar este idioma y su vocabulario era más rico. Luego la tradujo al español. La copió a máquina y la mandó al “Club de Señoras”. Le puso el título de “Hacia el atardecer”. Era el drama de una hermosa viuda, que en el atardecer de su existencia, siente su corazón dividido por el amor al hijo único, muchacho al que ha engreído; que pese a sus 25 años, sigue exigiendo su protección materna y la exclusividad de su cariño; y el amor a un amante, noble y generoso, que le ofrece una vida nueva. Al final, el instinto maternal resulta el más fuerte. La viuda renuncia al amante para seguir envejeciendo al lado del hijo.

Las piezas tenían que ser enviadas al concurso con un seudónimo. Costa eligió el de “Feurollet”. Dudoso de los méritos de su trabajo, temeroso de quedar en ridículo frente

a autores más capaces, en el sobre separado en el que debía dar su verdadero nombre, no se animó a hacerlo. Firmo “A. du Rels”, utilizando una variación de su apellido materno.

Un cablegrama de su esposa, en el que le comunicaba estar muy enferma, lo obligó a viajar precipitadamente a Sucre. Resultó una falsa alarma. Se quedó algunas semanas al lado de ella y de sus hijos. Mientras su ausencia de Santiago, el jurado calificador analizó las 64 piezas presentadas al concurso. Estaba integrado por personajes chilenos: Roberto Huneus, historiador; Guillermo Pérez de Arce, director de “El Mercurio”; Carlos Morla Lynch, director de protocolo de la Cancillería; y los literatos Enrique Nercaseux y Morán y Emilio Rodríguez Mendoza. Hicieron el siguiente juicio sobre “Hacia el atardecer”: “Conceptos, disertaciones y frases de una profundidad tan honda como radiante. Páginas de una elocuencia sobrecogedora. Los tres actos contienen emoción interés y vida. El juego escénico está diestramente manejado. Todo es profundamente artístico. El autor es indudablemente un verdadero dramaturgo porque es observador, porque es hábil, porque es filósofo y porque es artista”. Con tan favorable y fuerte impresión, los jueces no titubearon en otorgar el primer premio a “Hacia el atardecer” de Feurollet. Se abrió el sobre con el nombre real del autor y se pidió a A. du Rels que se presentase al “Club de Señoras”. Nadie contestó. Se lo buscó por todas partes. Se repitieron los llamados públicos. Igual silencio, igual misterio. Las ilustres matronas comenzaron a pensar que alguien se había burlado de ellas. Que Feurollet o A. du Rels era algún famoso autor extranjero o un principiante chileno que había plagiado o simplemente traducido una pieza ajena. La incógnita dio lugar a toda clase de conjeturas en los clubs y los salones.

Lo primero que hizo Adolfo Costa al llegar de vuelta a Santiago fue reincorporarse a sus actividades en la Legación de Bolivia. No tuvo tiempo de ver a alguno de sus amigos o leer un diario. Don Claudio Pinilla lo recibió con una

pregunta ansiosa:

— “¿Creo que usted es Durrels por madre?”

— “Sí, señor”.

— “Por casualidad, ¿no ha escrito usted una pieza llamada “Hacia el atardecer” para el concurso del “Club de Señoras”?”

— “Sí, señor”.

— “¡Pero, hombre!. ¿Por qué no avisó? Ha obtenido el primer premio. Las ilustres damas lo andan buscando por todas partes. Acompáñeme inmediatamente a lo de doña Delia Matte de Izquierdo para identificarse y darle todas las explicaciones del caso”.

La revelación de que el autor de la pieza premiada era un boliviano causó pésima impresión en Santiago. Artículos de prensa hicieron alusión a que los miembros del jurado debieron caer en errores de apreciación. Era difícil para el orgullo chileno aceptar que un autor extranjero, y aún peor, uno del “país de los indios”, hubiese vencido a 63 postulantes nacionales. El diario conservador “La Unión” fue el más severo.

Doña María Guerrero y su compañía encontraron que “Hacia el atardecer” era muy interesante. Iniciaron los ensayos. La sorda campaña contra la pieza llegó hasta el teatro. Doña María y su esposo, Fernando Díaz de Mendoza, hablaron con el autor al respecto. “Amigo Costa”, -le dijeron. No sé qué podemos hacer. Usted sabe que nosotros vivimos del teatro. Estamos aquí a invitación de la Municipalidad de Santiago. No podemos desafiar al público de esta ciudad que nos ha recibido con tanto afecto. Nos van llegando anónimos. Se nos amenaza que si presentamos “Hacia el atardecer”, en vez de flores, nos arrojarán tomates podridos al escenario”.

Costa no pudo resistir la tentación de hacer un gesto de desprendimiento delante de la gran actriz. Le dijo que no se preocupara, que simple y llanamente retiraba su pieza ese mismo momento y liberaba al “Club de Señoras” del compromiso de hacerla representar. Ratificó esta decisión mediante una atenta carta dirigida a doña Delia Matte de Izquierdo. El premio pecuniario, que lo tenía ya recibido, lo envió de obsequio al manicomio de Sucre.

Las relaciones diplomáticas entre Bolivia y Chile eran cordiales, pero tenían de por medio el problema de la mediterraneidad boliviana. Chile había incorporado a su soberanía todo el litoral de Bolivia y una gran porción del territorio del Perú, como fruto de su victoria en la guerra de 1879. En Bolivia se deseaba ardientemente el retorno al mar. Entre Chile y el Perú seguía pendiente la cuestión de a cuál de los dos países pertenecerían las provincias de Tacna y Arica.

La circulación del tercer tomo de la “Historia de la Guerra del Pacífico”, del autor chileno Gonzalo Bulnes, en el que aparecían algunas referencias sobre los propósitos que en ciertos períodos tuvo Chile de ceder Tacna y Arica a Bolivia, inspiró a don Claudio Pinilla la idea de publicar un folleto anónimo, relevando todos los párrafos del libro de Bulnes que fueran favorables a su patria. Encomendó a Costa la tarea de selección y de redactar notas marginales y conclusiones. Costa terminó en pocos días. Don Claudio le ordenó llevar el manuscrito a una de las imprentas de Santiago y contratar su publicación. La “Imprenta Universitaria” editó 1.500 ejemplares, sin nombre de autor y con el título “La soberanía de Tacna y Arica a la luz de la historia de la Guerra del Pacífico. Extractos del libro de don Gonzalo Bulnes”. El prólogo dijo: “Nos ha parecido conveniente recoger en una secuencia de transcripciones literales los párrafos de la obra magistral del señor Bulnes, a fin de que divulgando su conocimiento el gran tribunal de la opinión pública vea cuál fue la política de los hombres que hicieron la guerra y negociaron la paz... Así se podrá apreciar la honda visión

que tuvieron aquellos estadistas, que, como don Domingo Santa María, en servicio de las conveniencias de Chile, concibieron una solución práctica y pacifista al problema que todavía aguarda una definición inspirada en el concepto de una solidaridad americana". El folleto citó frases del presidente Santa María tales como: "Debemos forzosamente dar un respiradero y una puerta de calle a Bolivia, puesto que de otra manera la sofocaríamos y la compeleríamos a buscar anexiones con el Perú o la Argentina. Hay que colocar a Bolivia entre el Perú y Chile. Tarapacá tendrá así un centinela que lo guarde..." El breve capítulo de las conclusiones expresó: "Múltiples son las deducciones que podríamos derivar de la lectura de los párrafos que dejamos transcritos, pero, como nuestro propósito es de simple compilación y exposición, preferimos dejar a la inteligencia y recto criterio del lector la completa apreciación de la política internacional de Chile en el momento de liquidar el conflicto de 1879 y a los estadistas de la república el cometido de armonizar sus resoluciones con el pensamiento relevante de sus ilustres predecesores. Santiago, mayo de 1919".

El folleto hizo muy poca gracia a los lectores de Chile, particularmente a los del Ministerio de Relaciones Exteriores. No fue difícil deducir que su origen no podía ser otro que la Legación de Bolivia. Una rápida investigación, comenzada en la "Imprenta Universitaria", lo confirmó. Aunque no había habido ninguna falta grave propiamente dicha, el Canciller hizo conocer francamente su desagrado a don Claudio Pinilla. Don Claudio escapó del aprieto diciendo que el único autor era el Primer Secretario de su misión, que sacó la publicación sin su conocimiento, sin autorización alguna y sin siquiera hacerle conocer sus intenciones, en un gesto imprudente, producto de su inexperiencia diplomática.

Adolfo Costa no estaba en Chile. Se encontraba otra vez en Sucre, a donde fue para el nacimiento de un tercer vástago. De regreso en Santiago se enteró de la polvareda levantada por el folleto. Encontró que los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores en vez de la cordialidad



Con Blanquita Errázuriz Vergara, en Viña del Mar. Chile, 1919.

que antes tenían con él se le mostraban reservados, fríos y hasta hostiles. Igual ocurría con la mayoría de sus amigos de la sociedad. Jorge Matte Gómez le explicó las razones: "Se te considera un hipócrita y un mal agradecido. La amistad que se te ha brindado en todas partes la has pagado arrojando una piedra y ocultando la mano". En el hipódromo se le acercó el general Gormaz y delante de varias personas le dijo que no era digno de estar en la tribuna de los socios. Costa reaccionó: "Lo indigno es que un general chileno insulte a un diplomático boliviano en un lugar en que son obligatorias las buenas maneras y la cabellerosidad". Al día siguiente el militar le mandó sus padrinos. El duelo se evitó gracias a la intervención decidida del Nuncio Apostólico.

Costa reclamó a don Claudio Pinilla que asumiese la responsabilidad que le correspondía y dejase de seguir haciéndolo servir como víctima propiciatoria. El ministro le dijo que era mejor no echar más calda al asunto, que todo quedaría olvidado en pocos días. "El objetivo perseguido lo hemos alcanzado" -declaró, frotándose las manos. "El folletito ha sacado roncha". Costa perdió la serenidad. "Señor ministro, -repuso con tono airado. No es con folletos leguleyescos que se hacen conocer los derechos de un país. Una página de un literato, un verso, un cuadro, atraen más simpatías que todos los lamentos y todos los gritos de reivindicación".

En seguida presentó renuncia a su puesto, con carácter irrevocable. Se despidió de los amigos y amigas cuya amistad se había mantenido inalterable. Volvió al seno de su hogar. Las perspectivas de seguir una brillante carrera diplomática y de triunfar como autor teatral, se habían troncado. La mala suerte le había cortado las alas para alcanzar uno u otro porvenir. No quedaba otra alternativa que encerrarse en Sucre, la jaula dorada.

CAPITULO X
EL TRAJE DE ARLEQUIN

Retornó de Chile con algo más que desaliento. Con un nuevo nombre. El apellido materno, ligeramente cambiado, que le trajo la suerte de ganar un concurso de piezas de teatro, lo adoptó definitivamente, para que le ayudase a vencer en las demás empresas de su vida. Al mismo tiempo que ser elegante y distinguido, significaría una invocación permanente a la ayuda de su madre.

Adolfo Costa du Rels, como se llamó desde entonces, recuperó el buen humor y el optimismo en cuanto se vio rodeado de su esposa, el bello René, la traviesa Gladys, el precoz Adolfo (Fito) y los amigos de antes. Decidió terminar la novela "La Montaña de Plata". La dedicó a su padre: "Fuiste tú, padre mío, quien perforó sus entrañas. Fuiste tú quien gritó: ¡Césamo, ábrete!, con objeto de descubrir el fabuloso misterio de su corazón. Los viejos mineros recuerdan todavía tu nombre allá arriba, en la sierra. ¿Cómo no habría yo evocado tu recuerdo en este libro que tal vez os habría conmovido?". El escritor chileno Aurelio Mutis, que lo conoció en esta época, dijo de él en la revista "Crónica Literaria": "Es un espíritu selecto, con un temperamento vivaz, intenso, rico en matices, fanático por las

cosas del arte. Hablando de los vaivenes de su vida me dijo que era panteísta cristiano, que todos tenemos que seguir un derrotero y cumplir una misión, que así como Dios hizo la estrella y la flor para esparcir lumbre y fragancia, así también hizo al hombre para que deje una obra detrás de sí... No piensa editar todavía su novela "La Montaña de Plata". Quiere corregirla y pulirla. Tiene por protagonista a un ingeniero francés que vive en Bolivia, contratado como técnico de la empresa Huanchaca, en Pulacayo. La índole de su trabajo lo tiene metido como un escarabajo dentro de la mina. La brega es áspera, cruel. El ingeniero siente cada vez más la ausencia de la patria, de la familia, de las amistades. Su frío espiritual es más intenso que el frío de la puna boliviana. Busca un afecto. Se amanceba con una chola. Pasan los meses. Sacia sus apetitos sexuales y va apreciando cada vez más el espíritu montaraz y primitivo, la rústica simplicidad de su compañera. En tanto la mina, diosa arbitraria del destino de empleados y obreros, benévola y despótica a un tiempo, entrega unas veces sus entrañas argentíferas y otras veces hace irrumpir por los socavones torrentes de agua que hacen huir a los mineros. Con las inundaciones cunde la miseria y un dolor sombrío entenebrece fisonomías, palabras y actitudes. Corre el tiempo. La chola hace al francés padre de una niña. El comprende la trascendencia de este hecho, pero siente que su vida espiritual está lejos de la mujer. Subsiste cierto afecto, pero no amor en el hogar. Llega una noticia inesperada. Ha estallado la guerra en Europa. Se ha hecho un llamamiento a los franceses de todo el mundo para acudir al solar patrio y defenderlo. París está en peligro. El ingeniero decide partir. La mujer no comprende. Francia, Alemania, movilización... son para ella palabras sin sentido. El le muestra un mapa. El color azul es Francia, el amarillo es Alemania. Ese puntito es París. La línea negra es la frontera. La patria es lo mismo que la madre. Va siendo violada por un bruto. Clama porque sus hijos acudan a defenderla. El que no lo hace es un mal hijo, un desnaturalizado. La chola cierra su mente a conceptos que no puede y, sobre todo, no quiere comprender. "No te vayas,

aquí ganas buen dinero, aquí tienes a tu hija..." Una noche, mientras ella duerme, él se va, dejando sobre el lecho una buena suma de dinero. Al despertar la chola se desespera. Corre a la estación y sólo ve a lo lejos el humo de la locomotora que mancha el cielo".

Alberto Ostría Gutiérrez se encontraba en Sucre cuando Costa du Rels retornó de Chile. Le propuso que hicieran entre ambos un libro de cuentos. Creía haber encontrado su verdadero destino en la carrera diplomática que había iniciado como Primer Secretario de la Legación de Bolivia en la Argentina, pero mantenía a la vez la ambición de ganar prestigio literario. Cuando se recibió de bachiller en 1913 tuvo que emplearse inmediatamente para sostener a su madre y tres hermanas. Su padre murió cuando él tenía pocos años. Consiguió el empleo de Profesor de Gramática del Colegio Junín. Simultáneamente se empleó en "La Mañana", como redactor de la crónica social. Su ambición entonces era llegar a ser un escritor. Entre 1914 y 1917 publicó en ese diario varios cuentos breves con un final dramático, titulados "Pasional", "Ilusión y realidad", "Por el amor", "El último beso", "La promesa", "La reconciliación", "Cosas de la vida", y artículos relativos a la Guerra Mundial como "Tormento de las madres", "Al margen de la contienda", "El poder de las tumbas", "El héroe del oriente" y "El París de hoy".

Estaba en Sucre en uso de una vacación de un mes. Con el apasionamiento que ponía en todos sus empeños convenció a Costa du Rels de que en ese lapso los dos podrían escribir suficientes cuentos para hacer un libro. Costa du Rels fue a buscar inspiración a Totacoa y Ostría Gutiérrez a Yotalilla, propiedad rústica de su familia. El programa se cumplió al pie de la letra. Durante un mes, cada uno, por separado, borroneó cuartillas bajo los molles y durazneros, a la vera de las acequias o del estanque. Las dos fincas eran aledañas. Al atardecer los dos amigos se juntaban para mostrarse lo avanzado en el día, cambiar impresiones, criticarse mutuamente y sugerirse correcciones.

Ostria Gutiérrez escribió trece cuentos: "La quimera trágica", "Sabastito", "La mayorista", "El perro de Mister Thompson", "Después del baile", "El ciego", "Venganza", "Una carta", "Como el agua turbia", "Debajo la máscara", "La promesa" y "Justicia". Costa du Rels escribió otros trece: "Luz que se apaga", "El jettatore", "El Tanga'Tanga", "Pasaba un tren", "La suerte de Ducoing", "La Miski-Simi", "Un papel estrujado", "Sonia", "El lazo" y "Su último capricho".

Eligieron como título del libro "El traje de Arlequín". Su amigo Luis Groc hizo la carátula. Un retrato del típico payaso de la comedia italiana con su traje multicolor, símbolo del variado contenido del volumen.

Ostria Gutiérrez, de regreso a su puesto en Buenos Aires, llevó el manuscrito a La Paz y contrató la impresión de 800 ejemplares en la "Editorial Gonzales y Medina", la mejor de la ciudad. Cuando la edición estaba lista para salir a las librerías se produjo un incendio en la imprenta. De los 800 ejemplares se salvaron únicamente 50. Los demás fueron devorados por el fuego. Costa du Rels, con su habitual buen humor, calificó el incendio de "fuego purificador". Aceptó la desgracia como una prevención del destino. No se podía hacer obra literaria de mérito en cuatro semanas, a vuela pluma. Era buena suerte que el fuego hubiera impedido que su primera creación que iba a ver la luz pública saliera con muchas imperfecciones. Con las mismas imperfecciones que le hicieron destruir su novela "La ciudad de las campanas" y estaban impidiendo la publicación de "La Montaña de Plata". Que también tuvo "Hacia el atardecer", pese a los exagerados elogios del jurado calificador. Imperfecciones que el propio autor sólo puede detectar teniendo la obra en sus manos por un tiempo prudencial, hasta que madure, hasta que la pueda leer una y otra vez en diferentes estados de ánimo, corrigiéndola, puliéndola detalladamente, dándole la forma más perfecta posible, como hace el escultor con el mármol.

En el viaje de retorno de Chile Costa du Rels pasó por La Paz, con intención de visitar al Presidente de la República y explicarle las razones de su renuncia al puesto diplomático en Santiago. Don José Gutiérrez Guerra se mostró muy afable. Conoció a Costa du Rels en Sucre. Le agradeció por la carta que él le dirigió previniéndole de los trajines revolucionarios del Partido Republicano en Tupiza. "Lamento mucho lo ocurrido entre usted y don Claudio Pinilla -expresó-. Pero no se preocupe, joven amigo. Quizás ha sido una desgracia con suerte. Habrá bastante tiempo para que usted vuelva a la diplomacia. Ahora sería interesante que emplee sus talentos en política, al servicio del Partido Liberal. ¿No le gustaría ser diputado por la Capital de la República? Tendría usted todo el apoyo oficial. Con la política se le abrirían muchas puertas para su porvenir, y si su vocación es la diplomacia, siendo diputado podría usted salir al exterior con responsabilidades mucho mayores que las de simple secretario de legación".

El directorio del Partido Liberal en Sucre tomó contacto con Costa du Rels en cuanto llegó a la ciudad. Después de la rápida creación de los trece cuentos para "El Traje de Arlequín" él decidió aceptar la sugerencia del Presidente de la República. ¿Política? ¿Por qué no? Quién sabe, con ella iba a encontrar la clave de su destino. Para otros había sido y era el camino más corto a la fama y la fortuna. Podría serlo también para él. Muy poco tuvo que hacer en la campaña política, aparte de asistir a algunas reuniones y pronunciar breves discursos. La maquinaria electoral montada por el gobierno se encargó de lo demás y le entregó la diputación en bandeja de plata. Recibió una invitación del directorio central del Partido Liberal para trasladarse a La Paz con anterioridad a la inauguración de las sesiones parlamentarias, el 6 de agosto (1920). Se deseaba propiciar su nombre para una de las secretarías de la Cámara de Diputados. Fijó su viaje para el 21 de julio. El día anterior estalló en La Paz y otras ciudades la revolución largamente preparada por el Partido Republicano. El presidente Gutiérrez Guerra renunció sin oponer resistencia alguna. Se formó

una Junta de Gobierno con tres de los principales elementos republicanos.

En Sucre, el Prefecto del Departamento, señor Rodolfo Urioste, se encerró en el Palacio de Gobierno con las tropas de la guarnición, decidido a servir de núcleo para una reacción liberal en toda la república. Costa du Rels se encontraba leyendo en su casa cuando Nazario, el cochero, ingresó a la sala y le dio la noticia: "¡Señor, ha estallado una revolución y don Rodolfo se va a defender en el palacio!". "¡Alabado sea Dios! No serás diputado" exclamó, Blanca de Costa du Rels, levantando las manos hacia el cielo. Ella había visto ya un serio peligro para su hogar cuando él se ausentó a Chile con un cargo diplomático. Desde que fuera electo diputado temía que la ausencia en La Paz, con los muchos compromisos políticos y sociales, en un ambiente tan artificial como falso, el peligro sería mucho mayor.

Costa du Rels corrió al Palacio de Gobierno, a cumplir el deber de defender el régimen que comprometió sus servicios. El obrerismo republicano y curiosos se agolparon delante de las puertas del edificio. Las tropas dispararon desde dentro. Cayeron algunos muertos y heridos. El telégrafo transmitió noticias del triunfo de la revolución en todos los demás distritos del país. Los dirigentes republicanos ingresaron al palacio para parlamentar con Urioste. Don Domingo L. Ramírez le mostró un telegrama por el que la Junta de Gobierno le encomendaba asumir la jefatura política del departamento. Don Rodolfo Urioste quedó convencido. Toda resistencia era inútil. Era mejor evitar mayor derramamiento de sangre. Se retiró del palacio para ir a tomar el camino del exilio.

Costa du Rels volvió a su casa. Se sintió tranquilo. Su carrera política había terminado en la etapa preliminar, en vísperas de consolidarse, antes de hacerle sentir las fruiciones del poder. Tal vez era mejor así. Probablemente estuvo siguiendo una ruta equivocada. Con su carácter

soñador, romántico y hasta cándido, no hubiera sido capaz de las artimañas necesarias para triunfar en política. "¡Alabado sea Dios, no seré diputado!", pensó. No habría sido sino un muñeco, vestido moralmente con un disfraz de colores, como Arlequín, para ser manipulado por los políticos profesionales. ¡Bienvenido fue el fuego de un incendio que eliminó a tiempo una improvisación literaria! ¡Bienvenido era el fuego de la revolución republicana que evitó que improvisase en el rol de diputado!.

La vida de Sucre volvió a la rutina habitual. Don Domingo L. Ramírez concurrió al "Club de la Unión". Se acercó a la mesa de juego.

Al ver a Costa du Rels y otros liberales exclamó con tono burlón: "Buenas tardes, caballeros, si lo sois, sino perdonad el insulto. No es el nuevo prefecto quien se sienta entre ustedes, sino el amigo de siempre". Tomó el cubilete. "A ver, ¿quién me para estos cien pesitos?". Echó a rodar los dados y ganó el punto. "La revolución sigue triunfando en toda la línea" -añadió riendo.

Prosiguió la timba. Costa du Rels sólo hizo apuestas contra Ramírez. La suerte lo ayudó. A las dos horas tenía ganada una buena suma. Se puso de pie.

— "Señor prefecto" - dijo a su contendor a manera de despedida. "Me planto y me voy. Me ha devuelto usted los 4.000 bolivianos que gasté en mi campaña electoral. Muchas gracias". Se caló el sombrero y abandonó el local con aire triunfal.

CAPITULO XI

POR EL CHACO A LA FORTUNA

El descubrimiento de petróleo en Bolivia fue consecuencia de un crimen pasional.

En agosto de 1896, cuando el gobierno tenía su asiento en Sucre, el representante diplomático de Chile era don Juan Gonzalo Matta. Personaje amanerado, rumboso, galanteador. Caminaba por calles y plazas tocado de un sombrero calañés, luciendo melena y corbata de poeta y envuelto en una capa negra. ¿Enamoraba realmente a la bella tarijeña María Echazú de Cuéllar?. Pasando un día delante del balcón donde ella estaba reclinada, le lanzó un requiebro. La frutera de un boliche cercano hizo el chisme al marido. ¿El joven José Cuéllar tenía ya antecedentes sobre infidelidades de su esposa con Matta y esta era la prueba final que le faltaba? ¿O era tan celoso que por la sola nimiedad de un piropo decidió eliminar a su autor? Lo cierto es que cogió un revólver, lo cargó y se dirigió a la plaza "25 de Mayo", a las nueve de la noche. Encontró al ministro chileno sentado, frente a la Catedral. Se le aproximó y sin decirle una sola palabra le disparó las cinco balas de su arma. Tres hicieron impacto.

A esa hora, como era su costumbre, el ingeniero

Domingo Costa paseaba por la plaza llevando de la mano a su pequeño hijo Adolfo. Fue uno de los primeros en llegar al lugar del incidente. Ordenó que se trajese del "Club de la Unión", del que era entonces presidente, uno de los sofás del salón. En él fue trasladado Matta a su domicilio (esquina Bolívar-San Alberto), donde murió a los dos días. Adolfo nunca pudo olvidar el cuadro del diplomático desangrándose sobre el elegante y floreado raso de la improvisada camilla.

José Cuéllar se presentó a la policía y confesó ser el culpable del hecho. A poco logró salir hasta Asunción, cruzando el Chaco en mula, para escapar de la pena que le correspondía por el sensacional crimen. Matta había sido un sincero amigo de Bolivia. Desempeñó un rol importante en la gestación de los tratados del año anterior, por los que Bolivia hubiera podido llegar a ser dueña de los territorios de Tacna y Arica y que se frustraron por desconfianzas surgidas en el seno del parlamento.

Desde Asunción, José Cuéllar escribió a su hermano Manuel, prestigioso médico de Sucre. La carta trajo una relación de las peripecias del viaje y la noticia de que en la frontera constató mucha penetración paraguaya. El doctor Manuel Cuéllar transmitió esta denuncia al gobierno. El Presidente de la República, señor Severo Fernández Alonso, convocó a una reunión especial de su gabinete ministerial. Se resolvió enviar una comisión investigadora, dándosele un carácter médico para evitar sospechas. La comisión, encabezada por el mismo Manuel Cuéllar, entró por Padilla, siguiendo por Monteagudo y el río Acero. En la quebrada de Cuevo se desvió hacia el río Pilcomayo, llegando hasta Dorbigny. No pudo seguir adelante por la hostilidad de los salvajes que poblaban la zona. Al regreso, las cabalgaduras sufrieron llagas en el lomo por picaduras de murciélagos y el efecto de las monturas y la carga. Los habitantes de la región sugirieron que se las curase con "cuerosén", el líquido aceitoso que se recogía de una vertiente de Mandiutí y que era el mismo que utilizaban en los mecheros

para el alumbrado de sus chozas.

Don Manuel Cuéllar llegó a Sucre con muestras del producto. Inmediatamente apreció su importancia comercial. Se asoció con don Ernesto Reyes Molina, hombre de espíritu emprendedor y aventurero. Juntos fueron en otro viaje para recoger más datos sobre las vertientes de "cuerosén". De vuelta en Sucre hicieron una petición de algunos miles de hectáreas en la zona de Mandiutí y Vitiagua, que les pareció la más promisoras.

Obtuvieron la primera concesión petrolífera (1898). Sobre esa base formaron la sociedad "Cuéllar-Reyes", encargada de proveer a Sucre de "cuerosén" para el alumbrado público y particular. La sociedad encomendó a don Ignacio Prudencio (padre de José e Ignacio Prudencio Bustillo) la misión de organizar el transporte del producto en mulas. Don Ignacio estableció su cuartel general en Santa Rosa de Cuevo. Cayó víctima de una violenta fiebre y falleció. La primera baja boliviana por causa del petróleo. La leyenda ha recogido la versión de que fue muerto por un jaguar. La desaparición de Prudencio y la guerra civil en la que Sucre perdió el derecho de continuar siendo sede del gobierno de la república, desalentaron a Cuéllar y Reyes. Su empresa entró en receso. El "cuerosén" fue olvidado.

Doce años más tarde, en una de las tertulias vespertinas del "Club de la Unión", Adolfo Costa fue llamado de una mesa: "Che, Costita, tú sabes bastante inglés, ven a ayudarnos a charlar con este gringo". El gringo era Atanasio Treweek, geólogo escocés. Se habló de todo. Al final, Costa y Treweek quedaron solos. Treweek declaró: "Es la segunda vez que vengo a Bolivia. Estuve ya en 1908, con asuntos de minas, como ahora. Pero mi verdadera afición es el petróleo. La lógica de la Geología lleva a la conclusión de que debe haber petróleo en este país". "Claro que lo hay" -repuso Costa-. "Acompáñeme a mi casa y le mostraré algo". Entraron hasta el corral. Costa extrajo una botella de detrás de una puerta. "Este producto se lo utiliza aquí para

curar las "matas" de los caballos" - explicó.

Treweek vertió parte del líquido sobre las lozas del patio y le aproximó la llama de un fósforo. Ardió vivamente. "¡Oh, this is wonderful! Where do you get it?" (¡Esto es fantástico! ¿Dónde se lo consigue?) -exclamó emocionado. "Lo traen algunos comerciantes que vienen del lado del Chaco".

Costa sabía de las exploraciones hechas por don Manuel Cuéllar. Lo buscó acompañado de Treweek. La presencia de un geólogo reavivó el entusiasmo del médico. Entre los tres acordaron que el escocés recorriese la zona haciendo una investigación preliminar. Volvió a los tres meses con un informe muy favorable: "Hay filtraciones en varios puntos, cubriendo una extensión longitudinal de más de cincuenta leguas, de N.O. a S.E. Comienzan en Cuman-daití al N.O., siguiendo en Capirenda, Mandiutí, Vitiacua y Macharetí al S.E. Debe tratarse de una prolongación de los yacimientos petrolíferos que se han encontrado en Tartagal, al norte de la República Argentina. Las muestras que he sacado demuestran que al N.O. los aceites contienen alto porcentaje de productos alumbrantes y los del S.E. son muy buenos para lubricantes y combustible líquido. Estoy convencido que existe allí uno de los más importantes campos petrolíferos del mundo. Existe un camino carretero que parte de Yacuiba y va hasta Lagunillas y Santa Cruz, pasando cerca de las filtraciones. El camino de Sucre a Monteagudo se halla en pésimas condiciones. Esto hará difícil el transporte del petróleo al interior de Bolivia. Habrá que sacarlo por la Argentina. El ferrocarril del norte argentino está ya a 200 kilómetros de Yacuiba y sigue en construcción".

Sobre la base del informe Treweek se organizó de inmediato el "Sindicato del Petróleo de Sucre". Se hizo una petición de 10.000 hectáreas. Las primeras 200 acciones, al precio de 1.000 bolivianos cada una, las suscribieron Manuel Cuéllar, Adolfo Costa, Atanasio Treweek, Ernesto Reyes, Clodoveo Urioste, Mamerto Uriolagoitia, Alfredo Herrera,

Emilio Benavides, Carlos Calvo y José Prudencio Bustillo.

Adolfo Costa, que recién se había casado, que renunció a su empleo en el Banco Nacional y que buscaba desesperadamente alcanzar independencia económica con la firma comercial "Costa y Compañía", se convirtió en el motor de las actividades del sindicato. Lo desesperó la timidez de los socios. A su juicio las 10.000 hectáreas eran muy pocas. Con mucha dificultad consiguió que aceptaran ampliarlas a 48.000, mediante otra petición. Todavía éstas le parecieron una insignificancia. Con Cuéllar, Reyes y Treweek organizó otra sociedad, la "Incahuasi Petroleum Syndicate", con un pedimento de 38.000 hectáreas. La mayoría de las acciones las tomaron los fundadores. El resto se vendieron a Josefa Padilla (dueña de tierras en la región), Tomás Moore, Ernesto Moore, Carlos Calvo, Genaro Reyes, Pedro Gutiérrez y Julio Calvo.

El ejemplo de los chuquisaqueños fue seguido en Santa Cruz por Luis Lavadenz, quien, juntamente con Angel Sandoval, Aquiles Jordán, Adolfo Gandarillas e Ivan Poppe, organizaron el "Sindicato del Petróleo del Oriente", con 550.000 hectáreas de concesiones petrolíferas en las provincias Cordillera y Vallegrande. En Tarija se dio un paso similar. José María Escalier, Hugo d'Arlach, José F. Montellano y otros obtuvieron 120.000 hectáreas.

Costa siguió pensando que las concesiones de los dos sindicatos de Sucre seguían siendo muy pequeñas; que debía actuarse con la audacia del sindicato cruceño. Organizó una expedición al Chaco con Treweek e Ismael Arana. Los tres eran los más entusiastas de Sucre sobre las posibilidades de hacer fortuna con el "oro negro".

En la novela "Tierras Hechizadas", escrita 15 años después, describió las impresiones que recogió durante los varios meses que duró la aventura: "Se adentraron en el sudeste boliviano, inmensa región que desde las últimas es-tribaciones de los Andes se extiende gradualmente hasta las

misteriosas llanuras que bordean el río Paraguay. Llevaban un equipo ligero. Treweek tenía dos mulas cargadas con cajones de whisky. Alcanzaron sin obstáculo Monteagudo. Desde allí el camino se convirtió en angosta senda, en medio de una vegetación cada vez más robusta. Los Andes iban muriendo en pequeñas cordilleras verdeantes. Treweek avanzaba malhumorado y amoratado bajo un casco colonial, perdido en sueños saturados de petróleo. De cuando en cuando divisaban chozas agazapadas bajo el signo de interrogación de una columna de humo y detrás, hasta perderse de vista, grandes plantaciones de maíz, cuyos verdes tallos parecían festonear los bordes del cielo. El silencio del campo era herido de súbito por el vuelo de un pájaro o arrullado por el murmullo de arroyuelos parlanchines. Con frecuencia se cruzaban con caravanas que desde el Oriente traían cargamentos de canela, azúcar y vainilla. Al pasar sobre la última estribación andina vieron delante de ellos, hasta perderse de vista, la inmensa extensión del Chaco, con sus misterios y sus maleficios. Establecieron su cuartel general en la hacienda "Santa Rosa", cuyo propietario les extendió una generosa hospitalidad. Naranjales, maizales, huertos olorosos y obsesionantes. Atmósfera patriarcal. En las noches, en torno a las lámparas, siempre un enjambre de mariposillas ansiosas de morir. Amaneceres agujereados con cantos de gallos y balar de corderos. Paisaje nuevo, tibio, tembloroso, que los ojos beben como un bote de leche ofrecido por una baquerilla".

Desde "Santa Rosa" los tres amigos y sus sirvientes hicieron largas excursiones hacia Tarairí, Macharetí, El Tigre, Tigüipa, Nancorainza, Ibitacuaré, Boyuibi y el río Parapetí. "En trechos atravesaban sectores de tupida vegetación, machete en mano. La primavera daba a las hojas un brillo tan deslumbrador que no se atrevían a tocarlas, por miedo a mancharse de verde. Hojas de los trópicos, eternamente vivas, expresión de la eterna armonía de las cosas, de la alegría original que debió sentir Dios al crear el mundo. En los atardeceres, cuando la luz disminuía, la selva se sumergía en una atmósfera de acuario. Los árboles parecían

doblarse al peso de la tarde. Al encantamiento de la luz seguía el de las armonías vespertinas. Millares de notitas brotaban por doquier: de la garganta de las aves, de los élitros de los insectos, de los flautines de los sapos, de cada trozo de tierra, de cada fuente, de cada rama. Por encima de las cabezas de los viajeros un cantor invisible lanzaba su nota pura como el cristal tallado hacia un segundo cantor colocado más allá y éste a su vez a otro... y así, hasta las proximidades del poblado, ese cordón de sonidos unía las ramas con las ramas, las aves con las aves, el día con la noche".

Atanasio Treweek era el más activo de los tres. Salía a hacer sus investigaciones al rayar el alba y se perdía hasta la noche. Las más de las veces no llevaba más refrigerio que una botella de whisky. Una noche no volvió. Costa y Arana salieron a buscarle al día siguiente. Lo encontraron tendido en un arena, muerto por el efecto combinado del sol y el alcohol. Lo enterraron en Tigüipa. Ismael Arana Tardío, apodado el "Chori", ingenioso librepensador, pronunció un responso al borde de su tumba: "Descanza en paz, gringo malaventurado. Has muerto en la gracia del Demonio".

Los dos sindicatos petrolíferos de Sucre se fundieron en uno solo, en 1914. Como resultado de su viaje al Chaco Adolfo Costa solicitó 200.000 hectáreas al lado de las tierras de la nueva entidad, en sociedad con Ismael Arana, Enrique Jauregui y Javier Saavedra. Mientras tanto don Luis Lavadenz vendió acciones del sindicato de Santa Cruz a personajes del Partido Liberal: Ismael Montes, Claudio Piniña, Moisés Ascarrunz, Julio Zamora y otros. Viajó a Londres a interesar al millonario Faquhar. Este mandó tres técnicos para constatar si la riqueza petrolera de Bolivia era una realidad. Los sindicatos de Sucre y Santa Cruz establecieron contacto. Con fondos provistos por Faquhar la firma "Thompson and Hunter" logró introducir maquinaria de perforación de pozos exploratorios por Yacuiba y Villamontes. Se hizo un pozo de 134 metros de profundidad en

Mandiyutí, el primero en Bolivia, (en tierras de los chuquisaqueños). Se encontró petróleo, pero no surgente. Un segundo pozo, de 52 metros, en Charagua (en tierras de los cruceños), no dio ningún indicio de "oro negro".

Manuel Cuéllar se trasladó a Europa con su familia. Buscó compradores para las concesiones de los sucrenses. El millonario boliviano Simón I. Patiño demostró algún interés, pero luego se desanimó. Con la "Royal Dutch Shell" ocurrió lo mismo. Su entusiasmo inicial se desvaneció con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Este conflicto también frustró los contactos de Lavadenz con Faquhar.

Hasta la fundación del primer sindicato en Sucre, no existía en Bolivia ninguna legislación sobre concesiones petrolíferas. En un principio se les aplicó las leyes de minas. En 1912, el gobierno, deseoso de que el ejemplo de Costa, Cuéllar y Treweek, fuese imitado por otros y saliese a la superficie la riqueza del subsuelo, dictó una ley eximiendo del pago de patentes e impuestos, durante un período de cuatro años, a toda concesión petrolífera. Esta ley determinó la organización del segundo sindicato chuquisaqueño, del sindicato de Santa Cruz y del de Tarija, a los que siguieron el petitorio de las 200.000 hectáreas de Costa y los de otras personas en otros departamentos, alcanzando un total de tres millones de hectáreas. El diputado Daniel Salamanca llamó la atención del gobierno sobre el peligro de que toda la riqueza petrolífera del país quedase en manos de particulares, sin una sola hectárea en poder del Estado. En 1916, vencido el período de los cuatro años, se legisló prohibiendo el otorgamiento de nuevas concesiones y fijándose, para las existentes, la obligación de pagar cuatro centavos de boliviano por hectárea los primeros dos años y diez centavos los siguientes. El entusiasmo para seguir haciendo peticiones se enfrió. Se dejó de pagar la patente de varias concesiones y éstas fueron revertidas al Estado.

En febrero de 1920 se modificó la disposición de 1916, a fin de dar ingreso a la poderosa empresa nortea-

mericana "Richmond-Livering", precursora de la "Standard Oil Company". Consiguió del gobierno la concesión de un millón de hectáreas en el sudeste del país, con el derecho de elegir la ubicación que más le conviniese. La mayor parte de su elección recayó sobre las tierras poseídas por los sindicatos de Sucre y Santa Cruz. Propuso comprarlas a sus propietarios. Las conversaciones se radicaron en Santiago de Chile. Luis Lavadenz viajó como representante de los concesionarios cruceños. Adolfo Costa du Rels fue designado apoderado de los chuquisaqueños.

El llamado de Chile fue providencial para Costa du Rels. Su carrera política acababa de ser frustrada por la revolución republicana y se veía sin saber que nuevo rumbo dar a su vida.

Lavadenz y Costa du Rels, actuando de común acuerdo, pidieron cuatro millones de dólares por los intereses que representaban. La "Richmond-Livering" les ofreció menos de la mitad. Las conversaciones se realizaron en el Consulado de Bolivia, por tener el patrocinio del gobierno. Los norteamericanos trataron de vencer a los bolivianos por el cansancio. Las discusiones se prolongaron por varios días. Lavadenz se mostró partidario de una transacción. Costa du Rels se mantuvo firme. Decidieron que cada uno actuaría por separado. Al final, Costa du Rels logró una buena suma para ser distribuida entre los numerosos dueños de las acciones del sindicato de Sucre y 1.040.000 dólares por las 200.000 hectáreas de las concesiones "Blanca" y "Napoleón" que poseía en sociedad con Arana, Jáuregui y Saavedra.

Especuladores chilenos rodearon a Lavadenz y Costa du Rels para proponerles importantes negocios con los que podrían multiplicar su capital. Lavadenz se dejó tentar. Costa du Rels regresó a Sucre tan pronto como tuvo los cheques en sus manos.

En Sucre los cuatro ex-dueños de la "Blanca" y la

“Napoleón” se dividieron por igual el producto de la venta. Cada uno recibió 260.000 dólares. Aparte de Javier Saavedra, ex-diplomático peruano, que gozaba de la buena posición económica de su esposa, Julia Urriolagoitia, los demás habían sido pobres de solemnidad desde su nacimiento. Se sintieron fabulosamente ricos. Saavedra y su consorte, que no tenían hijos, destinaron su riqueza a seguir haciendo obras de caridad a conventos, asilos y el hospital. Saavedra murió a los pocos años. Doña Julia lo sobrevivió mucho tiempo y acabó sus días en un asilo de pobres. Enrique Jáuregui se fue a Chile donde perdió su fortuna en especulaciones de bolsa. Ismael Arana Tardío, el “Chori”, dio rienda suelta a su fantasía y sus antojos. Compró casas y fincas. Las adornó con muebles lujosos, arañas de bacará, porcelana y platería. Compró vestidos y joyas para su mujer y sus tres hijas y cuatro automóviles para un negocio de transportes de su hijo. Su opulencia se acabó en pocos años.

Costa du Rels enfrentó su nueva situación económica con serenidad. Decidió, como primer paso, hacer un rápido viaje a París, para dar satisfacción a un anhelo largamente acariciado. Fue su compañero de viaje Alberto Ostría Gutiérrez, promovido al puesto de Primer Secretario de la Legación de Bolivia en España. Los dos amigos se alentaron mutuamente para no abandonar la Literatura cualquiera que fuese el género de vida que les tenía reservado el destino.

En el barco en el que cruzaron el océano Ostría Gutiérrez trabajó en el “Rosario de Leyendas”, un libro que había comenzado antes y en el que quería coleccionar las mejores tradiciones del indio boliviano. Costa du Rels hizo el bosquejo de dos piezas de teatro. A la primera la tituló “La Passagere” (La Pasajera); Simone, una joven francesa, que vive en Buenos Aires, se desespera por volver a París. No encuentra otro medio que convertirse en la amante de un señor de edad. En el barco conoce a un joven del que se enamora locamente. El viejo le reprocha su infidelidad y la amenaza con revelar al joven la clase de relaciones que

existen entre ellos. Simone se suicida arrojándose al mar. A la segunda pieza la llamó “La mauvaise herbe” (La mala yerba): Dos esposos y una hija tienen un hogar feliz. La felicidad se turba cuando se contrata una institutriz para la educación de la niña y el marido se enamora de ella. Una vieja sirvienta, que ha estado al lado de la esposa desde que ésta era una criatura, quiere salvar el hogar. Asesina a la institutriz a los gritos de: “¡Mala yerba, mala yerba, te he arrancado!”.

En París, Costa du Rels no tuvo tiempo de seguir trabajando en las dos piezas y las relegó al olvido, para siempre. Buscó a sus amigos de antes. Constató con profunda pena que de las cinco personas que 14 años antes fueron a despedirlo a la Estación Montparnasse, ninguna vivía. René, su hermano, muerto en un accidente. El abate Faure víctima de un cáncer. Los tres condiscípulos corsos sacrificados por Francia en la Guerra Mundial. De entre éstos extrañó mucho a Lentz-Gabrielli. Averiguó que había caído como un héroe, comandando un pelotón de ametralladoras, en la batalla de Charleroi. Una tarde que paseaba por la Avenida de los Campos Elíseos imaginó que Lentz-Gabrielli estaba a su lado, conversando con él como lo habían hecho tantas veces. Imaginó que su amigo le preguntaba qué había sido de él en todos estos años. Le contestó: “Volví a la América donde nací, a la casa de mis padres muertos en plena juventud. He hecho toda clase de oficios. He sido vagabundo entre las cumbres de los Andes. He descendido al fondo de las minas donde los minerales vuelven locos a los hombres. He sido negociante en carnes, empleado de banco, corredor de bolsa y buscador de petróleo. He arañado la tierra para encontrar antimonio. He sido diplomático, he escrito versos, una pieza de teatro y no he concluido una novela. Una revolución ha frenado en seco el comienzo de mi conversión a político. La suerte me ha regalado una fortuna. He vuelto a Francia en busca de los afectos de ayer y no he encontrado a nadie. Toda nuestra generación ha desaparecido en los campos de batalla. ¡Oh, Francis!, tengo la sensación de una gran soledad. Aquí

estoy en los Campos Elíseos y me detendré delante de los Caballos de Marly, que tanto admirabas, con la esperanza de que la fuerza de su brioso gesto haga renacer mi juventud”.

Entregó a una editorial una selección de los muchos versos que había hecho durante los años anteriores, para que se publicasen bajo el título de “Le Sourire Navre” (La Sonrisa Entristecida). Para el prólogo escribió: “Con un gesto torpe de joven presuntuoso, parecido al del aprendiz de la mano indecisa, que todavía no está inscrito en el libro de los maestros, he hecho estos versos... Y si alguien viene hasta este rincón ignorado, a recorrer, por azar, mi corazón, lo encontrará con una sonrisa entristecida, con la tristeza del fin de un bello día”.

Hizo peregrinaje intelectual a visitar a las tres eminencias de la literatura francesa de esos días. Le sirvió de introductor el escritor Raimundo Escolier, amigo suyo. La gran poetisa, Condesa Anna de Noailles, le invitó una tasa de té y le obsequió su fotografía con una dedicatoria. Mauricio Barrés le pidió que le confirmara la autenticidad de algunas anécdotas de la vida de Mariano Melgarejo, único personaje de la historia de Bolivia que conocía gracias a la biografía escrita por el autor francés Max Daireux. Declaró que lo que más le llamaba la atención era el propósito que tuvo de llegar con su ejército hasta Francia para ayudarla a defenderse de los invasores alemanes de 1870. “Todo se explica -dijo Costa du Rels-, si se toma en cuenta que la Francia republicana ha sido siempre patria espiritual de los sudamericanos”. “Ese apego, que es emocionante -replicó Barrés, con voz grave- crea para nosotros una gran responsabilidad”. Anatole France, ganador del Premio Nobel de Literatura del año anterior, era el indiscutido condestable de las letras francesas. A los 68 años era un anciano hosco y orgulloso, resentido por las críticas que los tradicionalistas hacían a su literatura social y antirreligiosa y los de *avant garde* a su estilo *demode*. Una vez él definió su propio estilo como: “Un rayo de luz que penetraba por la ventana y

se asentaba sobre el papel en el que escribía. Un rayo de luz cuya transparencia cristalina era el resultado de la perfecta conjunción de los siete colores que lo componían”. Recibió a su admirador en actitud paternalista, un tanto desplaciente.

— “Deploro no hablar su idioma -le manifestó-. Mi breve permanencia en la Argentina no me permitió aprenderlo. Pero aún teniendo todo el tiempo necesario no lo habría hecho. Un escritor debe conocer sólo un idioma. Existe un antagonismo fratricida entre el francés y el español...”

— “Yo me considero bilingüe, maestro -repuso Costa du Rels, tratando de impresionar a su ilustre interlocutor-, por la fuerza de las circunstancias. He crecido aprendiendo a hablar en español y a escribir en francés. Por eso encuentro más facilidad de expresión literaria con el francés. Dentro de poco se publicará mi primer libro de versos, en francés...”

— “Lo siento mucho por usted -replicó el autor de “La isla de los pingüinos”, sentenciosamente-. Un literato bilingüe no puede ser un buen literato. Nunca sabrá si lo que escribe es la auténtica expresión de sus pensamientos o una traducción subconsciente de esos pensamientos al otro idioma. Siempre existirá en su mente el peligro de esa confusión...”

Costa du Rels había llegado hasta la residencia del gran estilista de la lengua francesa con la ilusión de que lo alentaría a continuar en su labor literaria. Salió de allí desorientado y pesimista. Iban a pasar varios años antes de que volviese a tomar la pluma, antes de que pudiera reaccionar contra el trauma intelectual que le causaron las desalentadoras palabras de quien había buscado como a un mentor, como al personaje viviente que mejor podía servirle de inspiración.

CAPITULO XII

LA MUERTE DEL PRIMOGENITO

A las pocas semanas de que hubo vuelto a Sucre una gran tragedia enlutó su hogar. René, el primogénito, cayó enfermo. Muchos años después, con el corazón siempre adolorido, Adolfo Costa du Rels anotó en una libreta: "Cada 23 de abril es para mí el día de los más tristes recuerdos. Entreabro mi corazón y veo la herida siempre abierta. Hace tres años, en este mismo aniversario, un ruiseñor se acercó a nuestra casa como si fuera el alma de René y con sus trinos quiso consolarnos. Hoy rememoro otra vez aquellos días fatales de abril de 1923, cuando asistí ciego, sordo, inconciente, al aniquilamiento de un pedazo de mi corazón. Era grande y robusto para su edad, nueve años. Tenía un rostro perfecto, de una regularidad poco común. Sus hermosos ojos claros, variaban entre verdes y celestes, según los caprichos de la luz. Yo me miraba en ellos y me devolvían una imagen que necesitaba hacerse cada vez mejor. Lo veo todavía el día de su cumpleaños: 13 de abril, tocado ya por el mal. Volvió de su lección de piano en "Las Educandas". Me sonrió con tristeza. Tenía ya una sombra en la mirada. Yo estaba tan seguro de él, de mí mismo, de todos nosotros, que no me di cuenta de ello. Mi orgullo era tal que no veía sino a mi hijo, no lo que rondaba a su alre-

dedor. Por lo tanto, no podía defenderlo. Ciego, mil veces ciego, no veía sino su hermosura. Yo era un avaro que gozaba con la contemplación de un tesoro del que había sido el apasionado creador. El domingo 14 jugó todo el día con su amigo Adán Briancon, hijo de su profesor de francés. En la enfilada de las habitaciones observaba a los dos cubiertos con mantas, ir y venir, rodeando las mesas, sin ruido. Ninguno estaba locuaz como otros días. Su diversión parecía taciturna, como si soportara un peso. No adiviné esa atmósfera de malestar. Fue su último día de juegos en este mundo. La fiebre tifoidea se declaró a los pocos días. El doctor Ortiz aseguró que se curaría. Una tarde debía yo dictar una conferencia en la Universidad sobre María Antonieta. Me pidió que antes de salir le cantara una canción de cuna. Canté y bailé. Hice piruetas al lado de su lecho. Apenas sonrió. Le dolía mucho la cabeza. Cuando volví a la casa la fiebre había aumentado. Tuvo un momento de lucidez. Abrió los ojos, que esta vez eran verdosos, como uvas moscatel brillantadas por el sol. Quiso hablar. Sólo dijo: ¡Papá!, ¡papá!. Tendió la mano como si quisiera aferrarse de algo. ¿Se sentía arrastrado al más allá? El, que nunca se había separado de su madre, parecía aterrorizado de irse hacia lo desconocido. Esa noche velé a su lado. El dormitaba con respiración agitada. Yo caí en una somnolencia nerviosa. Cerca del amanecer desperté al escucharlo. Deliraba. Daba órdenes con voz ronca, como de hombre. Súbitamente estalló en una carcajada. Esto me pareció tan raro, tan extraño, que yo, sin darme cuenta de lo que hacía, también reí. Reí delante de mi hijo que en ese momento expiraba. Reí con una risa que quería atraer la salud, la alegría, y vencer a la muerte... Me apartaron de allí. Volví después de haber llorado mucho a solas. Mi hijo estaba pálido, siempre hermoso, con los ojos como pepas de vidrio enfocados fijamente al techo. Sólo cuando posé mis labios en su frente tuve conciencia de la horrible verdad. Todo el horror de su ausencia y mi soledad me anonadó... Lo dejamos en el cementerio, la lado de mis padres, en el nicho más alto, donde no alcanzan los hombres, donde los pajarillos hacen sus nidos y cantan en las

auroras. Algún día dormiré a su lado. Seremos dos viejos amigos reencontrados, que piden al sueño un respiro necesario antes de recomenzar el diálogo de sus corazones..."

De las numerosas manifestaciones de pésame de parientes y amigos, una de las más sentidas fue la de Alberto Ostría Gutiérrez en carta desde Madrid: "Acabo de saber lo que yo llamo nuestra desgracia. Todavía veo al pequeño René mirándome con sus ojazos azules, allí en la estación de autos, el día en que usted y yo salimos de Sucre rumbo a París. Recuerdo los días en que él y Gladys jugaban conmigo al "lorito". ¡Ah, mi gran Costaco, mi mejor amigo, mi único amigo, mi camarada, mi hermano, cuánto deseo decirle algo que pudiera consolarlo, aliviarlo...!"

Ostría Gutiérrez tenía su propia tragedia. En un almuerzo que Costa du Rels invitó en París para despedirse de todos sus amigos, en vísperas de retornar a Bolivia, Ostría Gutiérrez conoció a una muchacha argentina: Celia Luro. Se enamoró perdidamente de ella. Se casaron a los pocos meses. Desde un principio no existió afinidad entre los esposos. El matrimonio fue una fuente de infelicidad para ambos. En julio de 1923, Ostría Gutiérrez escribió a Costa du Rels: "Sigo sufriendo mucho. Soy horriblemente desgraciado. Ah, si usted viera cuánto he envejecido espiritualmente. El único consuelo en mi diario tormento es mi hijo. Por él tengo una pequeña esperanza de felicidad... En cuanto al trabajo no me descuido. Tengo siempre al día los deberes de la Legación. Al mismo tiempo he terminado el "Rosario de Leyendas". Ahora estoy preparando un libro sobre España... Estoy enfermo de los ojos. Creo que tarde o temprano caeré en la ceguera. Mis párpados se hinchan y se tornan morados. ¿Será porque la pena que tengo es tan honda que no llega desahogarse en lágrimas?"

En Sucre el dolor de los esposos Costa du Rels no se alivió con el pasar del tiempo. Cada rincón de la casa les traía vivos recuerdos del retoño tronchado. Iban diariamente

a depositar flores frescas en su tumba. Compraron un terreno en el cementerio, próximo a la entrada, con la idea de que algún día mandarían construir un mausoleo, para que, a su muerte, uno y otro pudieran ser enterrados al lado del hijo adorado.

Blanca Urriolagoitia dio a luz otro hijo. Gladys y Fito, que se contagiaron la fiebre de René, aunque fueron curados a tiempo, tuvieron una convalecencia larga y difícil. Fito quedó con una afección a los riñones que los médicos de Sucre no atinaban a sanar. Adolfo Costa decidió sacar a la familia de Sucre. La esposa se opuso. El insistió. Sería una ausencia corta. Para hacer ver a Fito con médicos de París, para salir de un ambiente tan triste en el que todo recordaba al muerto, para que ella reaccionase contra esa melancolía tan honda, en la que día a día se hundía más y más. El éxodo se produjo en septiembre de 1924.

La correspondencia de Blanca Urriolagoitia a su madre, que quedó en Sucre, es la mejor fuente de información del viaje y primeras semanas en la capital francesa:

“Antofagasta, septiembre 7. No te imaginas cuánto bien les va haciendo el viaje a los chicos. Al pasar por El Cóndor todos sentimos los efectos de la enorme altura, pero el malestar no duro más de media hora...”

“A bordo del Oroya, septiembre 9. Anoche, cuando el barco se alejaba de Antofagasta, subimos con Adolfo al puente. Tuvimos nuestros corazones y pensamientos en la patria que dejábamos detrás de la cordillera...”

“A bordo, septiembre 23. Cruzamos el Canal de Panamá con tiempo excelente. Visitamos Balboa, la ciudad de Panamá y Colón. Hace un calor muy fuerte. En cada puerto Adolfo baja a tierra para conseguir leche fresca para los chicos. Gladys siempre traviesa. Fito muy popular entre los pasajeros. El bebé tiene ya dos dientes”.

“A bordo, octubre 3. Anoche hubo un concierto. Adolfo recitó algunas de sus poesías”.

“París, octubre 4. Hace cuatro días que llegamos a esta ciudad. Toda la navegación fue magnífica. Hasta que encontremos un departamento, cosa que es muy difícil, estamos alojados en un hotel en la misma Plaza de la Estrella”.

París, noviembre 7. Todos los miembros de la colonia boliviana son muy amables con nosotros. Doña María Pacheco siempre tan cariñosa. La esposa de don Simón Patiño nos invitó a su palco en la ópera, pero no pudimos asistir. Adolfo fue a agradecerle su invitación y a disculparnos. La Princesa de la Glorietta nos invitó a tomar té. Don Alberto Gutiérrez, que es Ministro de Bolivia en Londres, y que está por unos días en París con su esposa, doña Sara Goytia, ha venido a visitarnos con ella. El hecho de que estoy otra vez embarazada nos ha ayudado ante las autoridades para conseguir un departamento en la Avenida Bourdonnais. Estamos ya instalados. Los chicos tienen más espacio para sus travesuras que en el hotel”.

Costa du Rels consiguió el nombramiento de Consejero Honorario de la Legación de Bolivia en París, sin goce de sueldo. El ministro era don Félix Avelino Aramayo, desde la revolución de 1920, a cuyo triunfo colaboró proporcionando fondos para comprar la adhesión de algunos jefes militares. Los otros funcionarios: Arturo Pinto Escalier, primer secretario; Felipe Calatayud y Antenor Patiño, adjuntos civiles; teniente coronel Francisco Peña, adjunto militar; y José Luís Granier Ballivián, adjunto comercial.

En la colonia boliviana los amigos más íntimos de los esposos Costa du Rels eran Carlos Víctor Aramayo, hijo de don Félix Avelino, y su esposa, María René Tuckerman de Aramayo. Fueron padrinos de bautizo de su hijo Carlos.

Blanca de Costa du Rels dio a luz una hermosa niña,

“con ojos muy parecidos a los del recordado René”. Se la llamó María Elena (Nena).

Don Félix Avelino Aramayo, pese a sus 75 años y una salud quebrantada, cumplía sus funciones diplomáticas con meritorio empeño. Costa du Rels ha relatado en la biografía que hizo de él: “La Legación de Bolivia era un centro activísimo de vida social. Todo lo notable y bello del París de la post-guerra se reunía periódicamente en la casa de la familia Aramayo, en el número 27 de la Avenida Kléber. A la alcurnia de cuna uníase la del espíritu y en medio de tanta notabilidad y tanta celebridad, el revoloteo fugaz y continuo de mujeres bonitas. Por allí pasaron el Mariscal Foch, reservado, algo hierático, acaparado ya por la historia; el Mariscal Lyautey, creador de imperios, de voz ronca, con el gesto brusco de cruzado de Lorena; Raimond Poincaré, ríspido, de voz agria, a quien ni los salones ni la política quitaban su aire de abogadillo picapleitos; el Cardenal Dubois, Arzobispo de París, pequeño, con ojillos perspicaces en una cara de aldeano alegre; la genial poetisa Condesa de Noailles, frágil, nerviosa, friolenta, venida del Oriente como la leyenda; el Duque de Alba y otros grandes de España; lores ingleses; y la multitud internacional de 65 misiones extranjeras”.

Una congestión cerebral afectó seriamente la condición física de don Félix Avelino. Renunció a su cargo de ministro y se retiró a pasar los últimos años de su vida en la residencia que poseía en Biarritz. La Legación quedó a cargo de Costa du Rels, que asumió las funciones de Encargado de Negocios interino. A las pocas semanas se anunció desde La Paz que el médico chuquisaqueño don Ezequiel Osorio había sido designado para el mismo cargo. Costa du Rels envió un cablegrama al Presidente de la República, doctor Hernando Siles, preguntándole si el nombramiento de Osorio significaba que no se tenía confianza en él. Le dolió que don Hernando Siles, que fue quien más lo animó y ayudó para ingresar a la diplomacia en 1918, colocara en su lugar a una persona ajena al servicio. La



Adolfo Costa du Rels, Alberto Ostria Gutiérrez, Celia Luro de Ostria y Blanca Urriolagoitia de Costa du Rels, en la Casa del Greco. Toledo, España, 1925.

respuesta del presidente fue inmediata: "Sorpréndeme su pregunta. Goza usted de mi más absoluta confianza. En reunión política de días pasados señalé a usted como a uno de los hombres principales del país". Costa du Rels comprendió que la designación de Osorio obedecía a un ineludible compromiso personal o político del jefe del Estado. Confió en que se le ofrecería a él alguna otra situación. Continuó como consejero de la Legación.

Correspondencia de Blanca de Costa du Rels a su madre:

"París, 7 de mayo de 1926. Fuimos a Bruselas y Amsterdam. En la primera ciudad se proyectó una película sobre Llallagua y a continuación Adolfo dio una charla sobre el estaño y las minas de Bolivia".

París, 23 de mayo de 1926. Anoche la Princesa de la Glorietta dio un gran baile. Nos hizo llamar tres veces, con toda amabilidad y mucha insistencia. Como yo no quise ir, Adolfo fue solo. En estos días está habiendo muchas fiestas del Cuerpo Diplomático, pero yo no he ido a ninguna, pues todos los fandangos me molestan. Me siento sin entusiasmo para las frivolidades de la vida diplomática".

"París, 6 de junio de 1926. Los Patiño nos invitaron a pasar unos 15 días en su castillo de Niza, pero como son un poco difíciles hemos preferido no aceptar. Para estar bien con ellos no hay nada mejor que seguir el consejo del refrán: Ni muy cerca que te quemes, ni muy lejos que te hieles. En estos días ha habido un gran remate de muebles, cuadros y tapices antiguos muy hermosos. Don Simón Patiño ha comprado por un valor de más de cinco millones de francos. El matrimonio de su hija Graciela con nuestro coterráneo Jorge Ortiz Linares será con gran pompa. Adolfo es testigo de Jorge para el matrimonio civil. Le he dicho a Adolfo que le sugiera a don Simón y doña Albina que como recuerdo de la primera hija que se casa obsequie una buena suma de dinero a Bolivia para las necesidades más

urgentes de las gentes menesterosas o para fundar una clínica de atención gratuita a los pobres. Ojalá presten oídos”.

“París, 22 de agosto de 1926. Como te dije ya, este año fuimos a pasar las vacaciones de verano en Hendaya, cerca de Biarritz y de la frontera española. Aprovechamos de la proximidad para ir a conocer la casa de los antepasados maternos de Adolfo, en el pueblito de Helette, un poco más allá de Bayona. La finca de Urbelsia es bien grande, pero está en lastimoso estado. Las habitaciones que antes eran vivienda de sus abuelos y tíos están ahora convertidos en trojes de papa, leña, arados. Los patios llenos de guano. Fue una desilusión para el pobre Adolfo. En la entrada una piedra tallada dice: “Fait par Jean Pierre Durrels, avocat, l’ an 1797”. Era el bisabuelo de Adolfo que murió a los 80, dejando 9 hijos, uno de ellos Adolfo Durrels, el que fue a Bolivia. Luego pasamos a España para conocer la tierra vasca de mis abuelos paternos. Nos guió el primo Federico Alvízuri, hermano del que estuvo en Potosí. También nos acompañaron mis primos Mamerto Urriolagoitia Hariague, que está de Primer Secretario de la Legación de Bolivia en Londres, y Alfonso Querejazu, que está estudiando leyes en la Universidad de Madrid. Alfonso se adjuntó a nosotros en San Sebastián donde está de veraneo en La Torre de los millonarios Satrústegui, que lo quieren como a un miembro de su familia. Fue discípulo de uno de los hijos en el Colegio Deusto de los jesuitas, cerca de Bilbao. En Arteaga, cerca de Guernica, vimos la casa de mi bisabuelo, ocupada por extraños. Linda casita con huerta, bien tenida. A dos kilómetros vimos la finca de Guereo, antiguo solar de los Urriolagoitia, en lastimoso estado. Los campesinos estuvieron muy cariñosos con nosotros”.

Alberto Ostria Gutiérrez, que dejó su puesto en la Legación boliviana de Madrid, escribió desde Sucre: “30 de junio de 1926. Hace un mes que llegamos a Bolivia. Estuvimos diez días en La Paz, que ha progresado mucho en los últimos años. El presidente, don Hernando Siles, me in-

vitó dos veces a almorzar. La segunda vez fui acompañado de Celia. Su recepción fue muy afectuosa. Hablamos de usted y tuvo Siles palabras muy elogiosas para su persona. En Sucre van transcurriendo para mí días de paz, felices, rodeado del cariño conmovedor de mi madre y mis hermanas. Apenas llegados a Sucre, Celia y yo fuimos a visitar a mis muertos. En el cementerio nos detuvimos largo tiempo frente el nicho de René. Rezamos. Yo no pude contener las lágrimas al pensar que la última vez que lo vi estuvo tan contento. Ahora sólo tenía delante una sencilla placa de bronce, allí en lo alto, cerca del alero donde anidan las golondrinas. Mucho pensé en usted, mi gran Costaco, y viví sus penas, más aún viendo que no muy lejos está la tumba del otro René, su hermano. Recé y lloré mucho aquella mañana frente a mis muertos y los suyos. Luego corrieron los días en Sucre. Vi los atardeceres desde la altura de La Recoleta. Fui a la calle de la Cruz de Popayán. Las campanas despertaron toda la melancolía de mi espíritu enfermo. Mañana volvemos a La Paz”.

En septiembre de 1926, don Simón I. Patiño fue designado Ministro de Bolivia en Francia. Costa du Rels y Patiño congeniaron fácilmente. Tenían algo en común. La formación de cada uno había sido el producto de su solo esfuerzo, de su capacidad de sacar ventaja de toda oportunidad que se les presentaba delante. Para Costa du Rels, estudiante de caracteres humanos, Patiño resultaba un personaje muy original. Salido de un medio humilde, con una educación escolar rudimentaria, gracias a una habilidad natural para los negocios y un tesón extraordinario, había logrado amasar una fortuna comparable con la de los hombres más ricos del mundo, los Ford y los Rockefeller. Se lo llamaba el “Rey del Estaño” por su posición dominante en la industria mundial de ese metal. Actuaba en el complejo y peligroso escenario de las finanzas internacionales guiado más por su instinto que por los consejos de asesores ocasionales. Su astucia podía juzgarse por el hecho de que no hiciese ni el menor intento de aprender el francés o el inglés. Seguro de su propia importancia prefería que quienes

se acercasen a él se valieran del idioma que le era familiar y no de una lengua en la que podría ser engañado por no entender todos sus giros o variaciones.

A Patiño le gustaba Costa du Rels porque lo consideraba inteligente y trabajador. Porque había hecho fortuna, aunque modesta, mediante una hábil negociación. Porque era chuquisaqueño. A Patiño la riqueza lo estaba empujando hacia el esnobismo de querer mejorar la condición social de su familia. Le agradó mucho que su hija Graciela se casase con un miembro de una de las familias más enconpetadas de Sucre y que Mamerto Urriolagoitia, de otra igual, estuviese cortejando a su hija Elena. Los Costa du Rels eran de la misma clase. Le gustaba que fueran amigos de él y sus hijos. El esnobismo de don Simón se infló cuando nobles españoles y franceses, cazadores de fortuna, buscaron matrimonio con sus hijas Luzmila y Elena y con su hijo Antenor. Al lado de pretendientes de auténtico linaje los chuquisaqueños resultaron insignificantes. Pero la amistad con los Costa du Rels se mantuvo inalterable.

El millonario era bondadoso, mas tenía explosiones de mal carácter cuando tropezaba con faltas o incompetencia de sus subordinados. "¡Carajo, carajo, me estoy elevando!" -exclamaba al sentir que la sangre le subía a la cabeza. Tuvo frases duras con el doctor Ezequiel Osorio, una fría mañana, en la que lo vio trabajando en la Legación con la cabeza abrigada con una gorra. Osorio renunció a su puesto. Igual hizo otro secretario, José Eduardo Guerra, a quien llamó bruscamente la atención por haberse olvidado de ir a firmar en su nombre el libro de visitas de la Legación de los Estados Unidos un 4 de julio.

Las relaciones de Patiño y Costa du Rels fueron siempre cordiales, sin el menor roce. El millonario necesitaba de su consejero en la Legación. Por otra parte, éste mantenía una invariable corrección en su proceder. Costa du Rels ganó la confianza de Patiño y se convirtió en confidente de muchas de sus preocupaciones más íntimas, in-

clusivo de algunas menudas como cuando le dijo: "Si uso constantemente chaqué es por ocultar el culo, que lo tengo muy grande". "Nuestro Creso es un tanto craso" -comentó Costa du Rels al relatar esta anécdota a un amigo.

Carta de Blanca de Costa du Rels a su madre: "Los Patiño son excepcionalmente amables con nosotros. Esto es raro, pues tienen fama de ser muy desconfiados. Será porque creen que todos se acercan a ellos por su dinero. Nosotros, en un principio, preferimos mantenernos alejados y nos excusamos de varias de sus invitaciones. Tal vez eso les demostró que no nos interesa su plata y que no somos de los adulones. Desde que don Simón es ministro y siendo Adolfo consejero de la Legación, no podemos seguir esquivando el bulto como antes y nos vemos con frecuencia. Doña Albina es bondadosa e inteligente".

El Presidente don Hernando Siles invitó a Costa du Rels, en noviembre de 1927, a ocupar el cargo de Ministro de Hacienda. Por primera vez en su vida Costa du Rels desechó una oportunidad. No quiso salir del ambiente de París en el que se sentía tan a sus anchas, gastando su fortuna en el medio que le proporcionaba más satisfacciones, de la ciudad en la que sus hijos estaban comenzando su educación. El veía el mundo como le gustaba a su imaginación, no como era en la realidad. Era el menos indicado para un puesto en el que a diario tendría que manejar las prosaicas complicaciones del presupuesto nacional. Desde el fracaso de su iniciación en la carrera de político había meditado sobre cuán inadecuado era él para un oficio en el que se necesitaba mucha malicia y donde su romanticismo sería tomado por candidez. Era risueña la fama que se le daba en Bolivia de mago de las finanzas por la suerte que tuvo de ganar discusiones contra especuladores norteamericanos en la venta de sus concesiones petroleras. No tenía ninguna habilidad para los números y sentía por ellos mucha antipatía.

Don Hernando Siles le hizo otra invitación. Que in-

tegre la delegación que iba a representar a Bolivia en la Sexta Conferencia Panamericana, a realizarse en La Habana en febrero y marzo de 1928. El presidente tenía el temor de que las relaciones de Bolivia con el Paraguay se pudiesen complicar y que los choques que se producían periódicamente entre las patrullas que de uno y otro lado vigilaban la frontera aún no determinada por un tratado se convirtiesen en una guerra. El y su Ministro de Relaciones Exteriores, don Eduardo Diez de Medina, deseaban hacer triunfar en La Habana la ponencia de que un país mediterráneo como Bolivia tiene derecho a importar armas a través del territorio de los vecinos que lo separan del mar. En vista de que el Paraguay estaba comprando armamento en Europa, el presidente Siles, a su vez, negoció un importante contrato con la firma "Vickers-Armstrong" de Inglaterra y quería asegurar que las armas llegarían a manos del ejército boliviano aun en el caso de estallar la guerra y de que las repúblicas que rodeaban Bolivia se declarasen neutrales.

Costa du Rels aceptó esta invitación de don Hernando Siles. Una carta personal del canciller Diez de Medina le dio cuenta de la importancia del asunto y de la necesidad patriótica de poner el mayor empeño posible para obtener la aprobación de la tesis boliviana. En La Habana se encontró con los otros miembros de la delegación: el abogado José Antezana y los jóvenes políticos Javier Paz Campero y Gabriel Gosálvez. Aunque era la primera vez que los veía trabó inmediata amistad con ellos y los cuatro pudieron trabajar en perfecta armonía. Costa du Rels tomó a su cargo el pilotear el paso de la proposición boliviana por la Comisión de Política Internacional. Logró vencer la oposición de Chile, Paraguay y la Argentina, y la actitud ecléctica del Perú. Contó con el apoyo de los Estados Unidos. Al final, la conferencia dio su aprobación al planteamiento. Este triunfo diplomático dio sus frutos durante la guerra del Chaco, que se inició cuatro años más tarde.

Las autoridades cubanas alagaron a todas las dele-

gaciones con varias fiestas. En una de ellas, celebrada en el "Country Club", Costa du Rels invitó a bailar a una dama. La guió en los quiebros del tango que estaban de última moda en París. Ella le enseñó algunos pasos nuevos de la rumba. Cuando la pareja se encontraba gozando por cuarta vez de su mutua afición al baile, se les aproximó un señor y los separó bruscamente a las voces de "¡Basta, basta y basta!". Dirigiéndose a Costa du Rels añadió: "Ha faltado usted al respeto a mi esposa y me ha puesto a mí en ridículo. Mañana temprano lo visitarán mis padrinos para consertar un duelo". Costa du Rels trató de explicar la absoluta inocencia de la bella señora y la suya propia, pero el energúmeno no quiso escuchar ni una palabra, tomó de la mano a su consorte y la sacó precipitadamente del salón. Debido al bullicio natural de la fiesta y la rapidez con que ocurrió, muy pocos circunstancias se dieron cuenta del incidente. Costa du Rels no le dio ninguna importancia. Supuso que antes de veinticuatro horas estaría olvidado, aun por los protagonistas, pues no podía ser sino una pasajera explosión del temperamento tropical de un cubano.

La mañana siguiente, a la hora del desayuno, se presentaron dos señores en el chalet que servía de residencia a la delegación boliviana. Declararon haber sido designados padrinos del esposo que se daba por ofendido. Pidieron que el señor Costa du Rels designase los suyos. Los cuatro delegados de Bolivia se reunieron en rápido conciliábulo. Paz Campero, apasionado en todos sus actos, opinó que había que aceptar el desafío, ya que no se trataba sólo de una cuestión personal, sino de una nacional. Don José Antezana, como jefe de la delegación, aconsejó serenidad. Gabriel Gosálvez, parco por naturaleza, guardó silencio. Costa du Rels declaró que estaba dispuesto a obrar como se considerase más conveniente para el prestigio de la delegación y el honor de Bolivia. La opinión de Paz Campero prevaleció. Costa du Rels les pidió a él y a Gosálvez que actuasen como sus representantes. Los cuatro padrinos concertaron un duelo para la madrugada siguiente, con

pistolas, un solo disparo por contendiente, con una separación de treinta pasos.

Costa du Rels se retiró a su habitación. El recuerdo de la trágica muerte de Emilio Fernández Molina atormentaba su mente, por mucho que él hacía todo lo posible por rechazarlo. Escribió una larga carta a su esposa y otra al canciller Diez de Medina, para que se enviasen si acaso no volvía con vida del campo del honor.

Al atardecer llegó al chalet un edecán del presidente de Cuba. El mandatario deseaba que el señor Costa du Rels lo visitase en el Palacio de Gobierno, si posible inmediatamente. Costa du Rels fue conducido hasta las habitaciones particulares del jefe del Estado, Gerardo Machado, grueso, rostro ñato, anteojos, cabellos abundantes, cortos y canosos, la mano izquierda con sólo tres dedos por haber perdido los otros en su adolescencia, cuando era ayudante de un carnicero. Estaba rodeado de su esposa, sus tres hijas y sus tres yernos. Acogió a Costa du Rels con mucha cordialidad. Señalando a uno de los yernos, dijo con tono solemne:

— Señor delegado de Bolivia. Disculpe que lo distraiga de sus tareas oficiales en la Conferencia Panamericana. Acabo de enterarme que ha sido usted desafiado a duelo por este "guajiro". Es un celoso que le hace la vida imposible a mi hija Consuelo. Ella me ha explicado que no hay el más mínimo motivo para la actitud de su marido. En este país nos enorgullecemos mucho de la hospitalidad que sabemos brindar a todos nuestros huéspedes. No puedo permitir que un cubano y aún más, un miembro de mi familia, rompa esa tradición y viole nuestro deber de anfitriones cruzando disparos con uno de los ilustres diplomáticos que honran la república con su presencia. Señor delegado, le pido disculpas en nombre de toda la familia Machado, incluyendo a este loco. ¡A ver Rafaell!, extiéndele la mano al señor delegado de Bolivia".

Acto seguido, el presidente ordenó que se sirviese

champaña. Brindó por la ventura personal de su invitado y porque las relaciones entre Bolivia y Cuba fuesen cada vez más amistosas.

Costa du Rels terminó su trabajo en la conferencia, se despidió de sus colegas de delegación y volvió a París, todavía aturdido por el brusco cambio de una situación de peligro de muerte por bala de un marido paranoico a la de ser invitado al palacio presidencial para recibir halagos de un famoso dictador centroamericano.

CAPITULO XIII

TESOROS OCULTOS SACADOS A LUZ

Verano de 1927, seis meses antes de la aventura cubana. Juan les Pins, pequeño balneario de Francia a orillas del Mediterráneo, entre Cannes y Niza. Los esposos Costa du Rels alquilaron un chalet, próximo a la playa. Además de sus cuatro hijos tuvieron a su lado a dos seres a los que los unía un gran afecto: Blanca (Tita) Schewirtz y Alfonso Querejazu.

Tita, prima hermana de Adolfo, un año menor que él, hija de Adelaida Durrels, había sido tan bella como su madre. A los 39 años era una solterona bondadosa, humilde y tímida, física y espiritualmente entristecida por dos dramas íntimos ocurridos en su juventud. Su madre, al quedar viuda, tuvo como amante a un médico, en el pueblo de Hellete. Se embarazó. El médico, por hacerla abortar, la mató. Tita y su hermana Isabel fueron víctimas del pecado de la madre. La maledicencia del villorrio y el repudio de sus parientes se ensañaron contra ellas. Pasaron a España a ganarse la vida como institutrices. Una familia catalana viajó con Tita a Buenos Aires. Ella no se acostumbró a la capital porteña. Terminado su contrato de trabajo regresó a Europa. En el barco conoció a un viudo alemán con tres hijos

pequeños. Le ayudó a cuidar de éstos. Se enamoraron. Resolvieron casarse en poco tiempo más. El siguió viaje hasta Alemania a fin de instalarse y llamarla desde allí. Ella se fue a París con los tres niños para esperar el llamado. Después de algunas semanas se presentó un pariente del alemán a recoger a los niños. Le dijo, en nombre de aquél, que no habría matrimonio con ella, porque el viudo había conocido otra mujer de su propia nacionalidad que le convenía más. En 1925, Adolfo Costa du Rels llamó a su prima para que ayudase a su esposa a cuidar de sus hijos y en las tareas domésticas. Tita se convirtió en un miembro indispensable de la familia. Su fuerte instinto maternal, frustrado por el celibato, se volcó sobre Gladys, Fito, Carlos y, sobre todo, Nena, la criatura que vio nacer y a la que cuidaba y mimaba como si hubiera salido de sus propias entrañas.

Alfonso Querejazu, el menor de los íntimos amigos de Sucre, que fuera el colegial ávido de aprender, que buscaba a Adolfo Costa en su habitación para que le narrara episodios de la historia de Francia o le recitara trozos de los clásicos de la prosa y la poesía. Cuando obtuvo el bachillerato los jesuitas lo indujeron a seguir estudios en España, en su colegio de Deusto, cerca de Bilbao. A los 27 años seguía con su carácter de niño alegre, bromista y juguetero. Pero, al mismo tiempo, tomaba la vida muy seriamente. Poseía ya un buen acervo cultural obtenido, además de en Deusto, en dos años de estudio en la Universidad de Oxford y en otros dos en la Universidad de Madrid. Seguía de alumno en ésta, tratando de obtener el título de abogado. Alto, muy delgado, con anteojos. Rostro de líneas angulosas y firmes, pero de expresión candorosa.

Tal vez algunos de los Costa du Rels pudieron tener antes o después felicidad individual más completa, pero los meses pasados en Juan les Pins fueron los más dichosos en la vida de la familia como tal, de dicha compartida entre todos, saboreada en conjunto. Baños de mar, paseos en bote, excursiones a Niza, Cannes, Montecarlo y

las islas Perins. Adolfo Costa du Rels, su esposa y Querejazu fueron también a visitar las ciudades del norte de Italia: Milán, Pisa, Génova, Florencia y Pavia.

Para Costa du Rels Jean les Pins fue un interludio de descanso de la agitada vida diplomática. Gozó jugando con sus hijos en la playa, acompañándolos en sus expediciones pedestres y conversando o jugando golf con Querejazu. Blanca de Costa du Rels se sintió feliz de verse rodeada de su familia en un ambiente íntimo, libre de los compromisos y convencionalismos sociales, con su esposo consagrado al hogar, lejos de las tentaciones mundanas de París. Para Alfonso Querejazu la familia Costa du Rels fue como una prolongación de la que dejó en Sucre diez años antes, un oasis de alegría y afecto. Tita Schewirtz tenía menos obligaciones domésticas que en París. Los niños necesitaban menos de su atención por estar más con sus padres. Podía ir más a la iglesia y dedicar mayor tiempo a sus lecturas piadosas. Gladys, Fito, Carlos y la pequeña Nena gozaban de una libertad de movimiento que era imposible en el pequeño departamento de la capital. Se sentían orgullosos y felices de que su padre, al que veían poco allí, fuese su camarada de charlas y juegos durante todo el día, junto con Alfonso Querejazu.

El ambiente de paz de Juan les Pins, la disponibilidad de horas libres y la necesidad interior de combinar los ejercicios físicos con alguna actividad intelectual, animaron a Costa du Rels a dar rienda suelta al antojo de tomar la pluma y poner sobre el papel algunos cuentos que desde tiempo atrás tascaban el freno mental impuesto por el pesimismo de Anatole France. Su esposa y Querejazu secundaron la idea con el mayor entusiasmo. A fin de dar unidad a las narraciones eligió la codicia como tema central de todas. Tenía el recuerdo "de numerosos tipos humanos que encontró a lo largo de sus azarosas correrías por el altiplano boliviano, que quedaron fijados en su sensibilidad". "¡Qué tarea tan excitante la de penetrar detrás de esos rostros herméticos, machete en mano, para llegar a las almas

emarañadas y descubrir, de repente, de cuclillas, en un rincón, al hombre de todos los tiempos y todos los lugares, con sus grandezas y sus miserias!”.

Muerto estaba el pontífice autor del dogma contra los autores bilingües. Muerto y desacreditado. El más devoto de sus acólitos decidió librarse del tabú que había dejado en su espíritu.

Los cuentos adquirieron forma. “El Sol” fue puesto en la época de la conquista española en el Alto Perú, “hecha pieza por pieza, hazaña por hazaña, herida por herida”. Entre los tesoros del Inca que Francisco Pizarro y sus hombres han arrebatado a Atahuallpa hay una imagen del Sol, el Dios incaico, hecha en la forma de una plancha de oro puro. Una princesa india, convertida en amante de uno de los españoles, persuade a éste a “salvar al Sol”, ganándolo en una partida de dados. Ambos huyen con su trofeo hacia una isla del Lago Titicaca. Son perseguidos por los otros españoles que quieren desquitarse de su pérdida. Antes que la divina imagen vuelva a manos impías los amantes prefieren arrojarla al fondo de las aguas. Al día siguiente, cerca del amanecer, la princesa señala un rincón del horizonte. “Rodeado de un nimbo radiante, tal como alumbraba en su templo de Coricancha al aproximarse el equinoccio de la primavera, el Sol elevaba lentamente su disco de oro, sobre el Lago Sagrado, como una resurrección...”

El cuento “La Condesa de Orb” lo escribió Costa du Rels con especial empeño, con la esperanza de que pudiera interesar a empresarios de Francia o los Estados Unidos como guión de una película cinematográfica. El cuento relata las variadas circunstancias de la vida de un joven español que llega como funcionario de la Embajada de España en París en la época de Luis XV. Hereda de su padre el título de Conde de Orb. Después de varios incidentes acaba como Superintendente de la Casa de la Moneda de Potosí. Su esposa es muy codiciosa. Con ayuda de uno de

los empleados y a espaldas del marido hace acuñar moneda falsa. El conde descubre el crimen. Obliga al cómplice a estrangular a su esposa. “Una de las chinelas de ella - una pequeña chinela de seda rayada- cae al suelo. El conde la recoge con gesto galante. Es todo lo que hace por la Condesa de Orb en el momento en que un desconocido la ahorca a su vista...”

Costa du Rels quedó muy impresionado con un relato que le hizo su amigo José Eduardo Guerra Ballivián, cuando era secretario de la Legación de Bolivia en París, sobre una leyenda que escuchó a una de sus abuelas: Un minero, en sus largos recorridos por la puna boliviana, se hacía amarrar a la montura para poder dormir un poco y no desplomarse. Murió de un síncope cardíaco. Su cadáver siguió cabalgando, convertido en un fantasma que rondaba por todas las minas de la región. Costa du Rels se inspiró en esta leyenda para su cuento “Caballeros de los Andes”. Un viajero se hace amarrar a la montura de su caballo para llegar a marchas forzadas a Potosí. Tiene la seguridad de encontrar allí un tesoro gracias a un derrotero que ha heredado en España. Otro viajero se entera de su secreto. Lo sigue para robarle. Le da alcance y lo encuentra muerto, congelado de frío. Le roba el documento y galopa hacia su meta. El muerto galopa detrás de él, como una sombra. “Desde entonces, las gentes del lugar dicen que en el camino de Challapata a Potosí, la tímida alegría del alba es turbada por el ruido de una invisible cabalgata. Son dos caballos desbocados que galopan sin cesar, uno blanco y otro negro. Es la Muerte que persigue a la Codicia, ¡Caballeros de los Andes!”.

El cuento “La buena suerte” lo basó en el drama que se atribuye a los padres del famoso pintor boliviano Cecilio Guzmán de Rojas. Un profesor, atingido por la pobreza, consigue permiso de las autoridades para vivir en una sala del Colegio Pichincha de Potosí, durante las vacaciones. Su mujer descubre en la chimenea un pasadizo secreto a un sótano. Penetra allí con una linterna. Ve ca-

dáveres de prelados, momificados, sentados en sillones. Uno de ellos lleva un hermoso collar de esmeraldas con una cruz pectoral. Ella da un jalón a la joya. El obispo se desploma "como en un intento de aprisionarla". La mujer sale del sótano con algunas joyas y la razón perdida.

"La plata del diablo" es la breve historia de un cateador que quiere encontrar la mejor mina de plata del mundo y un día desaparece en las montañas de Yana-Lique. La cordillera se lo tragó.

En "Yellow Mine" un norteamericano tiene una mina de estaño. Trata con severidad a los trabajadores bolivianos. Su mujer se enamora del capataz. Los amantes huyen del lugar. El minero decide buscar un filón que le devuelva riqueza y felicidad. Penetra en los socavones sin más compañía que su perro. No sale más. Los peones murmuran: "Se enterró el patrón..."

"El tesoro del Conde de Carma" lo dedicó Costa du Rels a su amigo Ignacio Prudencio Bustillo. Un canónigo de la Catedral de Sucre, "con desmedido apego al dinero" vive con una sobrina en una casa que en la época colonial pertenecía al Conde de Carma (ocupada por Prudencio Bustillo y su esposa, frente a donde vivía Costa du Rels, cuando estuvo en Sucre). El canónigo descubre un tesoro en la casa, con ayuda de la sobrina. Esta da cuenta del hallazgo a su enamorado. Penetran al sótano para ver el cántaro lleno de joyas. El fraile los descubre. Mata al joven a golpes de azadón. La muchacha se desmaya. El cura con gesto febril, mascullando ininteligibles palabras, empareda la entrada al subterráneo. Los jóvenes han quedado dentro, para siempre. En la casa del canónigo la vida continua con un poco más de orden que de costumbre, "como si no hubiera pasado nada".

El precursor de estos cuentos fue "Germán", escrito en 1921 como continuación del impulso tomado para "El traje de Arlequín". Se publicó en "La Nación" de Buenos

Aires al año siguiente. Para él Costa du Rels utilizó la leyenda del "Tanga-Tanga" que escuchó en su infancia a las sirvientes de "San Rafael". La mezcló con incidentes de su expedición al Chaco Boreal con Treweek y Arana. Tomó como protagonista a un inglés, que después de largas investigaciones y una serie de incidentes, logra encontrar el Tanga-Tanga, el Dios de los indios Charcas, hecho de oro macizo y cubierto de piedras preciosas. Pierde la razón al ver tanta riqueza y por influencia del maleficio que emana del ídolo. Años después, el autor escucha al alienado su historia en el manicomio de Sucre. Cree que con los datos que éste le ha proporcionado podrá llegar hasta el "Tanga-Tanga". Duda. ¿Lo que le ha dicho el loco es verdad o una fantasía de su mente perturbada? ¿Para qué averiguarlo? Mejor es quedarse con el enigma, porque la anticipación de la realidad es más dulce que la realidad misma; porque la anticipación del placer es más grato que el mismo placer.

Costa du Rels incluyó en esta serie de cuentos al de la "Miski-Simi". Era el único que consideraba de algún valor entre los que escribió para "El Traje de Arlequín". Estaba inspirado en un hecho biográfico. Cuando iba de diplomático a Chile encontró en la estación ferroviaria de Uyuni a su amigo Prudencio Calvimontes, de la distinguida familia cuya amistad cultivó en Pulacayo. Le impresionó mucho constatar que un joven de tan relevantes cualidades hubiera decaído física y moralmente por el vicio de la bebida y su amor a una hermosa chola, la "Misky'Simi", la de la "Boca Dulce", cuya sensualidad había perdido ya a otros. Con el drama de Calvimontes, incluyó más recuerdos de Uyuni, como la casa de prostitución de la Calle del Peligro. Lástima que creyera necesario cambiar el auténtico y folklórico nombre de Pancha Hueso por el de Clotilde Esquivel, para dar al personaje cierta cultura. La "Miski-Simi" se convirtió con el tiempo en el más popular de los cuentos de Costa du Rels y en un clásico de la Literatura Boliviana.

La colección fue titulada "Les trésors cachés de

Bolivie" (Los tesoros ocultos de Bolivia). Como no se había llevado una máquina de escribir a Juan-les-Pins, Blanca de Costa du Rels copió en limpio los borradores hechos por su esposo con esmerada caligrafía. En París fueron mult copiados por una dactilógrafa. Se los envió a diferentes editoriales. Todas reconocieron que los cuentos tenían valor literario, pero no se arriesgaron a invertir dinero en la publicación de la obra de un autor completamente desconocido y extranjero, aún peor, sudamericano, oriundo de un país que muy pocos conocían o habían oído mencionar.

Costa du Rels no se desalentó. Continuó trabajando en los cuentos, mejorando su forma y cambiando opiniones por correspondencia con Alfonso Querejazu que viajó a Alemania para ampliar sus estudios de Leyes y Filosofía en la Universidad de Heidelberg.

— Querejazu (26-X-1929): "Te recomiendo que leas algunos libros de Juan de Valera (Doña Luz y Pepita Jiménez), joyas de nuestra literatura. Más parece que se escribieron con miel de áticas abejas y estilo latino que con tosca péñola en el robusto castellano. No cejes en tu empeño de mejorar tu obra. Shakespeare lo dijo: "Si el hombre fuera constante sería perfecto". Tienes que afanarte por tener un estilo objetivo, sencillo, natural. La facilidad que tienes para escribir te traiciona a veces. Cuidate del peligro de caer en la tentación de usar expresiones extrañas y peregrinas cuando vas en busca de palabras adecuadas. Recuerda aquello de Pascal: "Lástima no haber tenido más tiempo para hacer este libro más breve".

— Costa du Rels: "Gracias por tus indicaciones. De perfecto acuerdo. Mi lirismo me emborracha y pierdo el sentido de la medida".

— Querejazu: "Me gusta que penetres por los campos de la Filosofía. En tu formación literaria, sin descuidar el cultivo de las flores en el valle del sentimiento, debes elevarte a las alturas frías y serenas de la razón. A veces la

belleza de un concepto puede cubrir la luminosidad de una idea. Con esto no quiero decir que debes frenar los vuelos de tu fantasía, ni enturbiar la prístina pureza del estilo. En "Yellow Mine" hay pasajes demasiado largos. El diálogo en las primeras veinte páginas es desaliñado y flojo. El cuento gana conforme se avanza en su lectura. Repasa tus cuartillas sometiéndolas a una reposada lectura en voz alta. De esta manera tu buen gusto natural te avisará instintivamente lo que hay que mejorar".

Cuando Costa du Rels tenía perdidas todas las esperanzas de ver su trabajo publicado en Francia, la revista "L'illustration", a la que meses antes había enviado una copia, incluyéndola entre las demás editoriales, le hizo llegar una carta en la que le decía que sacaría los cuentos en su sección literaria: "La Petit Illustration". Con la carta llegó un cheque de 30.000 francos como primer pago. Ese día hubo gran alegría y festejo en el hogar de los Costa du Rels. El milagro se había producido. El gran anhelo se iba a convertir en una realidad. Ningún espaldarazo podía ser mejor que el de la gran revista, tal vez la más importante del mundo en esos días, la de mayor circulación interna e internacional. Armado caballero por ella se podrían emprender nuevas aventuras literarias.

La revista pidió un prólogo. Costa du Rels escribió una descripción de la puna boliviana: "La puna es la tristeza hecha tierra. Altiplanicies asoladas, deladoras de la recia vetustez del planeta, expresión de la soledad de las cumbres andinas. La puna, hermana de la pampa argentina. El viento es su verdugo: porfiado, impávido, flajela la tierra como a un cuerpo que quisiera reanimar. Yérguense las breñas de paja brava, mientras él, con satánico bieldo, levanta tolvánicas y rasga el envés abollonado de rocas milenarias. Chirría, gime, murmura, sin que nadie adivine si es de ira, de espanto o de nostalgia. Al atardecer la quena del indio envíale consonante respuesta. Sólo ella sabe de las cuitas de aquél..."

Costa du Rels envió los cuentos y el prólogo en su forma final a Querejazu, para una última opinión, antes de que entraran a las prensas de "La Petit Illustration".

— Querejazu: "Tu cuadro de la puna es impresionista, si me permites una comparación pictórica. Donde la línea y el contorno se deshacen en sombra, en luz y en calor, hay detalles que debes puntualizar para que los Zoilos no te acusen como a Renoir, Manet, Monet y los otros, de no saber dibujar... No abuses de la imaginación del lector, que desconoce la puna y no tiene tu temperamento... Al leer tus líneas he pensado como al igual que lo que el sol y el viento hacen con el agua en la puna, la vida hace con nuestros corazones: cristaliza los sentimientos en desengaño... Aquella parte de "La Condesa de Orb", en la que el protagonista recoge del suelo la chinela de seda y comenta: "Es todo lo que pudo hacer por ella en el instante en que un extraño la estrangulaba a su vista", es lo mejor del cuento. El caballero galante actúa en ese momento como juez, vengador y refinado sensualista. Es un gesto natural, patético y de gran originalidad. "Caballeros de los Andes" es para mí el más completo de tus cuentos, pero las primeras páginas de "La Buena Suerte" son quizá las mejor razonadas. Veo en tus relatos el almácigo de lo que mañana será tu gran obra..."

El trabajo iniciado en Juan les Pins, a mediados de 1927, vio por fin la luz pública en enero de 1930, en dos números seguidos de "La Petit Illustration", bajo el título "L'antise de l'or" (El embrujo del oro). La acogida de los lectores fue tan favorable que "L'illustration" decidió reeditar los cuentos de inmediato, en forma de libro. La impresión se hizo en la Editorial Fasquelle de París.

El siguiente empeño del autor fue traducir su obra al castellano. Para esto contó con la entusiasta colaboración de su esposa. Costa du Rels escribió a Querejazu: "De Bolivia me piden mil ejemplares de "El Embrujo del Oro". Te propongo un negocio. Quisiera que revises la traducción

que hemos hecho con Blanca. Te daría un tanto por ciento de la utilidad".

— Querejazu: "No puedo traicionar mis estudios y distraer mi atención con otras empresas. Por lo demás, mis fuerzas son hoy harto mezquinas y mis luces escasas. Los colaboraría sin interés pecuniario alguno, pero los últimos días he estado muy enfermo. Estoy recuperando gracias a los mimos y cuidados de "Butterfly". (El apodo de "Mariposa" correspondía a Lisa Buchle, una bella muchacha alemana, estudiante universitaria como Querejazu, que vivía con él).

Críticos de diferentes países ponderaron "El embrujo del oro". Una de las opiniones más importantes fue la del novelista francés Víctor Margaritte, que dijo que la obra revelaba a un autor que tenía originalidad indiscutible. La novelista venezolana Teresa de la Parra comentó a su vez: "Durante varios días me he quedado soñando con esas montañas de Bolivia descritas de un modo tan misterioso y a la vez real". Ricardo Lalchan, de Chile: "Es una producción de envergadura. Una de las más recias de la Literatura Boliviana". En el diario "El Mercurio" de Chile, un comentarista con el seudónimo de "Alone", dijo: "Costa du Rels nos cuenta aventuras dándonos un eco vastísimo que despierta inesperadas resonancias. Sin ellas, sin ese fondo invisible que se siente en la frase, acaso el embrujo del oro no embrujaría tanto. Narrador excelente, novelista nato, Costa du Rels sabrá siempre seducir a sus lectores". Pablo Echagüe, en "La Nación" de Buenos Aires: "Obra extraordinaria por la pintura de las pasiones y la descripción del paisaje andino".

"L'illustration" quiso aprovechar de la popularidad alcanzada por los cuentos de "L'antise de l'or". Pidió a Costa du Rels que escribiese a la brevedad posible una novela corta. El tenía una comenzada en 1928, durante las vacaciones que pasó con su esposa e hijos en Arcachón, cerca de Burdeos, y que dejó a medias, en vista de la fría o

indiferente recepción dada por las editoriales a su trabajo del año anterior.

Hubiera querido disponer de suficiente tiempo para redactar la obra cuidadosamente y, antes de entregarla, revisarla una y otra vez, mostrando su texto a amigos como Querejazu, a fin de que le hiciesen notar defectos que él mismo no podía detectar. El apuro de "L' Illustration" le impidió. El manuscrito dejado a medias en Arcachón, fue continuado rápidamente. La esposa, una vez más, lo ayudó en todo lo que pudo. El trabajo estuvo terminado en pocas semanas. No fue el resultado de una improvisación tan apresurada como la que dio a luz los cuentos de "El traje de Arlequín", pero, al igual que éstos, se envió a la imprenta en su forma primaria, sin el razonado pulimento que tuvieron sus demás libros.

El libro iba a llamarse originalmente "El Mataral", nombre con el que el autor substituyó el de la hacienda "Santa Rosa" que conoció en el Chaco y en la que se desarrolla la parte principal de la acción. Al final se decidió por el título "Terres Embrasées" (Tierras de fuego o Tierras candentes). Para la traducción del libro al español eligió "Tierras Hechizadas".

Lo dedicó a Ernesto Reyes Molina, uno de los pioneros del descubrimiento de petróleo en Boliva y a sus compañeros de expedición al Chaco, Atanasio Pryor Treweek e Ismael Arana Tardío. La novela describe lugares, ambientes y personajes auténticos, que Costa du Rels conoció en su aventura de 1913. Empero, éstos actúan dentro de un argumento sacado de su fantasía. Es el drama entre la autoridad dictatorial de un padre, Pedro Vidal, el dueño de "El Mataral", y el espíritu rebelde de su hijo Carlos, de 28 años, militar con estudios en Francia, que ha sido expulsado del ejército boliviano por haber participado en un complot revolucionario y está desterrado en la hacienda. El padre, que ha condenado la acción del hijo, es su carcelero. Existe un abismo ideológico entre ambos. Carlos ha traído de

Europa ideas de redención social para las clases desheredadas, especialmente para la indígena, que su progenitor considera una herejía. El drama se complica cuando Carlos se enamora de su madrastra, que es tan joven como él y también víctima de la tiranía de don Pedro. Las relaciones amorosas entre los jóvenes son descubiertas. Carlos huye. Don Pedro lo persigue con sus sirvientes como a una presa de caza. Carlos cae en un barranco del Parapetí. "El río lo arrastra como una mata desarraigada". Pero no muere. Retorna después de unos años, a luchar porque los campesinos sean tratados con justicia, a borrar la injusta huella "que su padre va dejando en toda la región". Lo siguen las gentes de "cinco leguas a la redonda". Los ancianos dicen que "sabe mucho y lo guía Dios".

"Terres Embrasées" se publicó en "L' Illustration" en marzo de 1931 y simultáneamente salió en forma de libro editado por Fouquelle. Es la obra de Costa du Rels que ha tenido más popularidad a través de los años. Se ha reeditado varias veces y se han hecho traducciones al español, inglés y alemán. Es la que le ha dado más fama, pero no fue su favorita. Tuvo siempre la impresión de que hubiera podido mejorarla si "L' Illustration" le daba tiempo.

La crítica sobre "Tierras Hechizadas" ha sido siempre muy favorable. Walter Montenegro, boliviano, ha dicho que es una obra de carácter social, con tendencia revolucionaria, precursora de este género de literatura en Bolivia. Con estructura lineal en tiempo y en espacio, con fuerte y fina talla psicológica de los personajes. De ritmo acelerado, alta tensión narrativa y con escenas de gran intensidad. Carlos Medinaceli, otro boliviano, comentó que tiene propiedad de colorido y elegancia en el estilo. Que el final es precipitado, sorpresivo y teatral. A su juicio, tuvo lectores en Europa por contener el relato de un extranjero sobre su patria exótica y en Bolivia porque se refiere a cosas propias con enfoque cosmopolita.

Albéric Cahuet, francés, expresó: "El público letrado

exige mucho hoy de la novela. Desdeña, con razón, la repetición de los temas. Quiere no sólo que lo distraiga, sino que al mismo tiempo lo informe y lo instruya. La nueva obra de Costa du Rels nos conduce al misterio tropical del Chaco Boreal. Allí se encuentran extensas haciendas, a grandes distancias unas de otras. Allí no llegan noticias del mundo sino con enorme retraso. Son pequeños estados autónomos donde el amo es todo. Se lleva allí una vida tranquila, pasiva, con el cuerpo y el espíritu hundidos en una especie de nirvana tropical. Pasan los días, todos parecidos, en medio de la monotonía de una naturaleza maravillosa. Mas ese dulzor de égloga es engañoso. Las gentes escapan difícilmente del contagio del clima febril. El sentido moral se afloja insensiblemente cuando el amo no vigila o no predica con su ejemplo. Hay frenesí en el odio y en el amor. La violencia dicta sus leyes y la tremenda claridad de un sol despiadado, cegando a los hombres, da relieve a sus deformidades. La novela trae un elemento nuevo a la literatura exótica. No es un romance de aventuras, ni un documento pintoresco. Tiene el aroma embriagador de las plantaciones de naranjos. Describe el fatalismo en la vida de los habitantes de las tierras cálidas. Los sentidos, excitados por una atmósfera cargada de sortilegios, producen amoralidades deformantes, conducen a los seres a los más sombríos errores. La cultura europea, con su tesoro de refinamientos espirituales y de complicaciones psicológicas, en vez de ser una fuerza allí es una debilidad. En la novela de Costa du Rels se produce el drama cuando la cultura europea se enfrenta con una cacique mandón. He ahí un curioso problema. Las dificultades de readaptación al suelo de origen de gentes educadas en el exterior. El profundo abismo entre el pasado y el presente, entre un espíritu ignorante y anquilosado y otro culto y renovador, entre un padre y un hijo, entre una generación y otra”.

CAPITULO XIV

“HUANCHACA”, LA NOVELA INCONCLUSA

Cuando Adolfo Costa du Rels llegó a Europa con su familia creyó que la mejor forma de invertir el capital que había ganado con la venta de las concesiones petroleras “Blanca” y “Napoleón” era comprar acciones de “Patiño Mines”. Su amistad con el dueño de esta empresa le permitía conocer las alternativas por las que pasaba la explotación de estaño en la gran mina de Bolivia y cuáles eran sus perspectivas. Con ningunos otros valores podía tener un control similar. Las perspectivas no podían ser más promisoras. La empresa, organizada en 1924, estaba en un franco período de expansión y prosperidad. Los dividendos se pagaban a los tenedores de títulos con toda regularidad.

Su fortuna estaba empleada, pues, en las mejores condiciones posibles. Incrementándose cada vez que se revalorizaban las acciones. Proporcionándole una renta semestral que le permitía vivir holgadamente en la ciudad más bella del mundo, con un hogar unido y afectuoso, con salud, con el don natural de ganar fácilmente amistades masculinas y femeninas, sirviendo a su patria en la diplomacia y, al mismo tiempo, dedicándose a su vocación literaria, con la gran revista “L’Illustration” patrocinando la

publicación de sus escritos y ayudándole a conquistar fama.

Costa du Rels era un hombre feliz. La buena suerte le sonreía desde todos los ángulos. Pero no hay nada más frágil que la felicidad humana. Los fundamentos económicos de su posición, precisamente los que consideraba más sólidos y permanentes, se desmoronaron de repente. Fue víctima, como millones de otras personas, de la catástrofe del "Jueves Negro", del pánico financiero que se inició en Wall Street el 24 de octubre de 1929 y determinó una crisis mundial de insospechadas consecuencias. El súbito e inesperado colapso del valor de la mayoría de las acciones que se negociaban en la Bolsa de Nueva York arrastró también a las de "Patiño Mines". Su precio de 25 dólares por título se redujo a 4 dólares. Esto quería decir que su fortuna de 250.000 dólares se achicó a 40.000. Para colmo de males, la crisis económica mundial coincidió con una crisis particular de la industria del estaño. La prosperidad de los años anteriores provocó superproducción de metal. Los propietarios de minas, encabezados por Simón I. Patiño, no encontraron otra alternativa que suscribir un acuerdo internacional sobre control de exportaciones. Para cumplir con esta medida la "Patiño Mines" tuvo que reducir su producción. Los balances mostraron pérdidas en vez de utilidades. Se dejó de pagar dividendos a los accionistas.

A fin de atender a sus necesidades personales y a las de su familia, Costa du Rels se vio forzado a recurrir a un préstamo bancario. Esto fue posible gracias a que don Simón I. Patiño le facilitó su garantía personal. El departamento que tenía arrendado en la Avenida Víctor Hugo lo subarrendó para arbitrar recursos extras. Instaló a su familia en Cannes, donde el costo de vida era menor que el de París. El se trasladó de un lugar a otro en tren, constantemente, para atender a sus obligaciones en la Legación y el hogar.

Patiño invitó a Costa du Rels a acompañarlo a Madrid donde su hijo Antenor iba a contraer matrimonio con Cris-

tina Borbón, hija de los Condes de Durcal, pariente del rey de España. La muchacha tenía 18 años. Iba a salir del internado de monjas donde estaba terminando su educación secundaria para ingresar al himeneo. La boda era obra de la madre de la novia, que no tenía ningún escrúpulo en arriesgar la suerte de su hija con tal de que llegara a ser copartícipe de una gran fortuna.

Costa du Rels trató de excusarse. Don Simón insistió. Necesitaba de él allí como amigo personal y como consejero diplomático. Blanca de Costa du Rels pidió a su marido que no viajara. Este cablegrafió de París a Cannes: "Patiño insiste en que lo acompañe. Ante su insistencia y en vista de las circunstancias especiales en que me encuentro frente a él, no puedo negarme más. Siento muchísimo causarte esta pena". Ella replicó: "Después de 18 años de haberte dado constante e infinito cariño sufro esta desilusión. Algún día lamentarás este viaje que te obligará a mil pequeños gastos que son una locura cuando falta aquí para lo más necesario. Harás muy mal si vas a Madrid. Debemos pagar sueldo de las sirvientas, gas, electricidad, el colegio de Gladys y no me queda un céntimo. Siento una inmensa amargura al ver que mis súplicas se estrellan contra una roca".

Patiño, que supo de la oposición de la señora, le telegrafió: "En nombre de mi esposa y mío expresamos el vivo deseo que tenemos que don Adolfo, como el mejor amigo de Antenor, asista a su matrimonio. Yo necesito su colaboración en Madrid y el podrá aprovechar del viaje para hacer editar sus libros en español. Volveremos juntos a Cannes en mi automóvil. Confío en su gentileza para dispensar una acogida favorable a esta insinuación".

La noche antes de partir Costa du Rels escribió a su consorte: "Cuántas cosas desagradables me has dicho. No he dormido las noches pasadas a causa de tu telegrama. No retrucaré tu mal humor. Sufres de exceso de susceptibilidad. Cuando una persona se deja llevar por la exaltación cae en la injusticia. Deploro que no hayas comprendido mi

situación. Tu conoces a don Simón. No hay nada que pueda contrariar su voluntad. Este hombre me ha dado su firma y su garantía para salvarnos de una situación álgida y no puedo echarlo a rodar. En igual aprieto ha puesto a José María Calvo y señora. No puedes imaginarte el estado de ánimo en que estoy. Chiquita adorada, no te hagas mala sangre. Ten un poco de paciencia. Nuestra situación mejorará pronto y entonces, libres de todo compromiso, nos dedicaremos a nuestros chiquitines y a mis libros. La razón de todo es que los Patiño quieren estar en Madrid acompañados de algunos compatriotas que les sirvan de apoyo moral cuando se codéen con la nobleza española. De París llevan a los Calvo y a mí. De Londres han invitado a Mamerto Urriolagoitia. Nos necesitan para vencer su complejo de inferioridad y poder salir del trance con dignidad. ¿Por qué no ayudarlos si siempre han sido tan gentiles con nosotros? Todos mis pensamientos están cerca de ti. Tu espera no será muy larga. Mi ausencia será de apenas quince días. Ayer te mandé un cheque de 2.500 francos. Hoy va otro de 8.000. Creo que con eso tendrás para los gastos de todo un mes, incluyendo el colegio de Gladys y ropa para ti y los chicos. Perdona la pena que te causo involuntariamente. Besa a los chicos de mi parte. De corazón a corazón, como siempre, tuyo: Adolfo''.

La boda Patiño-Borbón se efectuó sin contratiempos. Los novios partieron en luna de miel a Italia.

Doña Albina Rodríguez de Patiño, a su regreso a París, comentando la atracción que la fortuna de su familia ejerció en ciertos círculos de Madrid, le dijo a Blanca de Costa du Rels: "Los españoles se nos echaron encima como los soldados de Pizarro sobre Atahualpa y su gente".

¿Cómo puede explicarse la extraña fascinación que las corridas de toros ejercen en el ánimo de los españoles?. Puede ser que un pueblo castigado por frecuentes desgracias ve en el toro a la muerte y en el torero a su burlador, al que le da vueltas con la capa, le clava banderillas

y finalmente la vence, aniquilándola con la espada. ¿Qué espectáculo puede compararse con el de un valiente, vestido con traje de luces, arriesgando su vida en finas y elegantes piruetas, que acaba matando a la muerte, la enemiga de todos?.

Adolfo Costa du Rels, Mamerto Urriolagoitia, Elena Patiño, José María Calvo, su esposa Corina Harriague y Alfonso Querejazu concurren a la inauguración de la temporada taurina de 1931 en la plaza de Madrid. El famoso torero Antonio Bienvenida cautivó su atención. La muerte no sólo rondaba en la arena. La excitación provocó un fuerte acceso de tos en Querejazu. La sangre le llenó la boca y empapó un pañuelo. A un vómito siguió otro. Una ambulancia lo condujo a un hospital. Costa du Rels no se separó de su lado. Las radiografías mostraron que el pulmón derecho estaba infectado. El izquierdo estaba sano, pero en inminente peligro de contagio. La historia clínica estableció que el mal se había originado once años antes, en 1920, cuando él, después de terminar sus estudios en el Colegio Deusto y antes de ingresar a la Universidad de Madrid, hizo el servicio militar en España. La unidad en la que servía concurre a maniobras en la Sierra de Guadarrama. Una noche, de regreso de una larga caminata, no pudo soportar el olor de la exudación de pies y axilas de los cuarenta camaradas que compartían con él una cuadra. Aproximó su colchoneta rellena de paja a la única entrada que tenía la habitación. Durmió mientras el cuero de res, que hacía las veces de puerta, dejaba entrar ráfagas de viento helado. Al día siguiente se le declaró una fuerte pulmonía. Esta, mal curada, dejó la infección latente en uno de los pulmones. No volvió a sentir nada serio hasta su permanencia en la Universidad de Heidelberg y luego en la de Berlín. La vida de estudiante, mal alimentado, pobremente alojado y con interminables horas de concentración sobre densos textos de Criminología y Filosofía, escritos en alemán, provocaron un debilitamiento general. Pudo terminar sus estudios gracias a los cuidados de la bondadosa y bella "Butterfly", la muchacha alemana que compartía su techo,

su mesa y su lecho. De vuelta a España obtuvo el puesto de Ayudante de la Cátedra de Criminología de la Universidad de Madrid. Su salud parecía normal hasta la crisis en la plaza de toros.

Costa du Rels convenció a Querejazu que buscara su curación en Suiza. El clima de este país era el más favorable, la atención médica la más especializada. Querejazu aceptó. Fue a despedirse del Conde Satrústegui, acaudalado dueño de una empresa naviera, y de su familia en la que se lo consideraba como un hijo. Era novio de Carmen Satrústegui. Pidió a la joven que lo olvidara. Su enfermedad era incurable. Ella le dijo que nunca dejaría de amarlo, que estaba dispuesta a unirse a él a pesar de todo, que si no era con él no se casaría con nadie.

Costa du Rels dejó a Querejazu en una clínica de Engelberg y volvió al hogar de Cannes y las actividades de París. Los dos amigos siguieron unidos por correspondencia.

— Querejazu: “ Cuando era niño, los amaneceres me llenaban de alegría. Mi ánimo se encendía al influjo de la luz. En cambio los atardeceres tenían para mí un significativo silencio. Piadoso el sueño ponía fin a mis temores. Siendo muy otro, hoy en día, me gusta prolongar mis veladas. Mi enemigo está en el sueño El despertar es la alarma que suena a miedo y desaliento. El otro día, agobiado por el dolor, descubrí las posibilidades plásticas de que son capaces nuestros miembros cuando se columpian en la cuerda floja de la tortura física... Los árboles en el invierno, desnudos de sus hojas, recojen hacia adentro la savia bien hechora. Voy a imitar a los árboles recogíendome sobre mí mismo... Las lágrimas acuden a menudo a mis ojos. Hay vacíos en mi alma que ninguna reflexión o esperanza logra rellenar. Después de oírte en el teléfono el aparato ha tomado una personalidad proyectada en un símbolo. Comprendo ahora cómo en la época de la subhistoria objetos inanimados eran elevados a la categoría de

ídolos... Mi tragedia está en que fuerzas contrapuestas rompen toda armonía. Tengo un espíritu alerta dentro de un cuerpo incapaz. La temperatura ha cedido mucho. Lo que me inquieta es el optimismo de ciertos días, la euforia. Si además de esto se me abre y afina el oído no habrá más dudas. Tendré que buscar acomodo en la “montaña mágica”. He resuelto trasladarme al sanatorio de Bella Lui, en Montana-Vermala. Al paso visitaré la tumba de Rilke, en Brig”.

— Costa du Rels: “Animo, chico, pronto sanarás. Michelet, que tuvo una dolencia parecida a la tuya, decía que la enfermedad trae con ella muchas sensaciones y sentimientos que no se tienen en la salud. Las enfermedades nos hacen ver muchas cosas que el trabajo diario, la rapidez de la acción, no nos dejan distinguir. El dolor puede ser fuente de belleza. Tú que estas *tête a tête* contigo mismo, quién sabe puedes hacer descubrimientos insospechados. Véngate de la enfermedad haciéndola útil. Ausculta en el rostro de esa diosa multiforme que comparte tu lecho. Toma nota de los pensamientos que te vienen en las horas de soledad. Los pondremos en orden más tarde... Mis preocupaciones personales, económicas y de otra naturaleza, siguen dificultando mi trabajo literario. Cada vez me convenzo más de que la vida no es más que un sueño. Tantas ilusiones, tantas penas, tanta puerilidad, tantos afanes... ¿Para qué? Sin embargo, echando una mirada hacia atrás no puedo sino agradecer a la Providencia por todo lo que me ha dado. He aceptado todo en mi vida sin protestar. Si Dios me da la oportunidad de jugar un pequeño rol de escritor en este mundo, dejaré a mis hijos, si no dinero, por lo menos algunas páginas que leerán de tarde en tarde para recordarme. Entre las penas la mayor es la pérdida de mi primogénito. Tengo la sensación casi física de haber sido amputado de algo esencial para mi existencia. Pasan ocho años de su muerte, pero cada vez que llevo la mano a la herida, esta duele. Entre los favores que agradezco al cielo, el que más aprecio es el cariño que me regaló tu madre. Bendigo su memoria, pues su bondad fue el primer rayo de

sol después del crudo invierno de mi infancia y adolescencia..."

— Querejazu: "Ahora me toca a mi darte ánimo. Te diré como Goethe: "Ten valor para ser feliz". Busca sosiego para consagrarte a tu obra. Castiga con tu olvido las traiciones de la fortuna. Dichoso quien con coraje se libra de la rutina, esa carcoma dañosísima de la voluntad. Cuando el vivir cotidiano te sea ingrato, busca la sonrisa de tus hijos para recuperar fuerzas y aliento... Yo estoy más tranquilo. No estoy ya solo. Pasan de veinte los pajarillos que cada mañana vienen a mi ventana, a recoger las golosinas que les guardo. Mamerto Urriolagoitia, que vino a verme, observó cómo tres de ellos se animan a comer de mi mano... Al venir a Bella Lui pasé por la tumba de Rilke. El verso gravado en la loza dice así: "¡Rosa, oh, pura contradicción! ¡No ser sueño de nadie bajo tantos párpados!". Te envío uno de los párpados que con devoción arranqué del rosal que florece en el sepulcro. En esa reliquia va toda la angustia, toda la dolorosa ansiedad de algo que nunca llegaré a expresar con propiedad y que es lo que llevo en el corazón respecto a nuestra amistad. Parafraseando a Rilke te diré: Amigos somos, hermanos a un tiempo. Tenemos mucho que confiarnos, pues tanto sabemos ya el uno del otro..."

— Costa du Rels: "Quiera Dios que el próximo año salgamos de esta pesadilla que ahora vivimos y podamos estar juntos, rodeados de los nuestros y de las sombras queridas de los que partieron pero siguen velando por nosotros. ¡Oh, si pudiéramos refugiarnos en el Juan les Pins de 1927! ¡Cuánto aprovecharíamos!"

— Querejazu: "Esto de vivir en Suiza me tenía preocupado. Me decía yo: "¿Qué será de mí en este país de gentes con pies grandes e ideas chicas?". Pero ahora, después de una temporada en este sanatorio, pienso diferente. Vivo en el piso más alto de un bello edificio, a orillas del Rhone, a 1.500 metros sobre el nivel del mar. Nadie puede dudar que el Rhone es el límite espiritual de Italia. Frente a

mi balcón, donde me asoleo y paso la mayor parte del día, se extiende un panorama que va desde el Monte Blanco hasta el Simplón. ¡Ah, qué hermoso esto de poder pensar y soñar con Italia teniendo la realidad delante, pero sin ver, ni oír, ni sentir a los italianos! Pocos mortales podrán alardear de este privilegio, del que yo disfruto a diario. Los médicos insisten en que debo someterme al famoso pneumo-tórax. No acabo de decidirme. Se toma mi temperatura cuatro veces al día. No en *os* sino rectal, para deshonra de *Mercurius*. Así, cuatro veces al día, ostento un rabillo blanco que me hace parecer a un *fox terrier*".

Desde que estuvo en Pulacayo y Uyuni, Costa du Rels sentía el deseo de volcar sobre el papel las impresiones que recogió en la puna y la cordillera. Lo hizo ya, en forma que no le satisfacía, en la novela inédita "La Montaña de Plata". Quería reemplazar esta por otra más valedera. Ambicionaba hacer un libro que mostrase la influencia telúrica de los Andes sobre el destino de los seres humanos. Seres humanos que son como minúsculos e impotentes insectos en medio de un paisaje de colosales dimensiones. Insectos cuyas vidas son arrastradas por fuerzas que no atinan a comprender y menos a dominar, que los obligan a una actitud fatalista, pasiva, de sometimiento, de permanente vencimiento.

En 1929, tan pronto entregó a "L'illustration" el manuscrito de "Terres Embrasées", inició la realización de su proyecto. Se decidió rápidamente por el título: "Huan-chaca". Le parecía sonoro, extraño y misterioso. Era el nombre de la empresa minera de la que su abuelo Durrels fue importante accionista, en la que trabajó su padre como ingeniero y en la que él actuó como apuntador de mitas. No bien hubo avanzado un poco su posición económica se vino abajo, como se ha relatado. Procuró distraer las preocupaciones financieras con el trabajo literario. Vino enseguida el viaje a Madrid y la enfermedad de Querejazu. De vuelta en Cannes, a las preocupaciones de la falta de medios pecuniarios y obligación de pagar amortización e in-

tereses en el préstamo bancario, se sumó un problema familiar. La esposa no le perdonó haber ido a España contrariando sus súplicas. Para ella esto fue un recio golpe a su enorme orgullo, una penosa derrota para su carácter absorbente, para su convicción de que la felicidad de todos los miembros de la familia dependía de que se mantuviesen muy cerca suyo, sujetos a su inmediato control y protección. Desde entonces, el matrimonio nunca más pudo ser el mismo. Se mantuvo dentro de él un afecto mutuo. Pero se había producido una fisura irreparable. Como en las copas de cristal, no llegó a trizar del todo el recipiente, mas le quitó valor y consistencia. Esto explica una de las frases de Costa du Rels en una de sus cartas a Querejazu, cuando se refirió a "preocupaciones personales, económicas y de otra naturaleza".

Costa du Rels siguió buscando el refugio de "Huanchaca". Dedicó el libro a su padre, como había hecho con "La Montaña de Plata": "Para horadar de parte a parte la montaña un hombre acumuló allí todos los recursos del genio francés. Pero el anonimato de las cosas, sobre las que nada de lo que es humano persiste, condena todo nombre al olvido. Por eso dedico yo esta novela a su amada y noble memoria. ¡Oh, tú, cuya vida no fue más que un largo, paciente y doloroso esfuerzo! Tú la hubieras aceptado favorablemente, sabiendo cuán propicia es la cordillera a los grandes corazones solitarios, cuya fuerza está en razón directa de su desolación". Como primer párrafo del texto escribió: "Sebo rancio, lana mojada, cuero, azufre. Olor de las minas bolivianas, de las altas mesetas. A cuatro mil metros de altura ese olor satura el viento, lo torna pesado y a veces lo domina. Olor de maternidad que la tierra abierta lanza al cielo como desafiando su estéril azul. Sebo rancio, lana mojada, cuero, azufre: olor de la Huanchaca".

Desarrolló la trama: Pedro Tarval, ingeniero francés, vuelve a la mina de Huanchaca, donde ha trabajado antes, después de haber combatido dos años por su país en la Primera Guerra Mundial. En Francia se ha casado con una

enfermera, Celina, que lo atendió mientras recuperaba de heridas sufridas en una batalla. Ella llega a Bolivia ansiosa de conocer qué se oculta detrás del misterioso nombre de Huanchaca, que ha escuchado musitar muchas veces a Tarval en sus noches de delirio. Se desilusiona. Huanchaca es un lugar sombrío de la altiplanicie boliviana. Nada de romántico hay en una empresa en decadencia. Sin embargo, su esposo parece estar más enamorado de la mina que de ella. Concentra todos sus pensamientos en el descubrimiento de una veta. Vive huraño, grave, obsesionado con su trabajo. Los Tarval tienen pocos amigos. Uno de ellos es el Coronel Medina, de más de 60 años, ensayador de metales. Ha sufrido un desengaño amoroso en su juventud y desde entonces vive identificando su última esperanza con el ideal de su patria de recuperar el litoral arrebatado por Chile en la guerra de 1879. Celina decide volver a su ciudad natal, París. Hace creer al ingeniero que una tía le ha dejado una herencia y debe ir a cobrarla. El la deja partir y le dice que si encuentra la veta le avisará con un cable que contendrá la sola palabra "Eureka". Segunda parte. Tarval encuentra el filón. La veta que antes era una abstracción, una ilusión, una hipótesis, es una realidad frente a sus ojos. "La besa en señal de agradecimiento a la Pachamama, la Cybeles india... Sólo el amor sabe de semejantes milagros". Da a Tarval "la emoción más perfecta que un hombre puede experimentar: la victoria del espíritu". Celina, en París, al recibir el mensaje de "Eureka" asocia a un amante que tiene allí a la compra de acciones de Huanchaca, que lógicamente tienen que revalorizarse cuando la noticia del descubrimiento de la veta se haga pública. Después de las fiestas del Carnaval en Pulacayo, un capataz, que odia al gringo Tarval y tiene la manía de la contradicción, desobedece órdenes del ingeniero que no quiere explotar la veta hasta estudiar ciertas filtraciones de agua. Delgado hace estallar dinamita y produce una inundación. Mueren veinte trabajadores. Tarval se salva apenas. El precio de las acciones cae drásticamente en la Bolsa de París. Tercera parte. Tarval se aplanamente moralmente con la pérdida del filón. Los directores de la empresa, que han descubierto la es-

peculación de su esposa con las acciones, lo creen culpable. Llegan de París dos comisionados para hacer una investigación. Tarval es rehabilitado. Se le encomienda desaguar la mina y buscar otra vez la veta. Contagia la mística del trabajo a todo el personal bajo sus órdenes. Celina llega a Uyuni. Desde allí, por medio de uno de los comisionados que es su amigo, llamado Francis, pide a Tarval que le permita volver a su lado. Tarval le manda una buena suma de dinero para aliviarla de la pobreza y al mismo tiempo le hace saber que prefiere seguir solo. La mina es lo único que le interesa, lo único que da sentido y emoción a su vida.

Correspondencia con Querejazu:

— Costa du Rels: “Sigo trabajando “Huanchaca” en las horas que me deja libres el ajetreo cotidiano. Estos días estoy tratando de describir el Carnaval en las minas bolivianas, que tanto me impresionó cuando estuve allí. Me lo explico no como una costumbre, ni como una necesidad de las gentes, sino como un fenómeno que encarna fuerzas oscuras de la tierra, actuando sobre los cuerpos y los espíritus para debilitarlos y devorarlos más fácilmente. Es al día siguiente de las fiestas que ocurren los accidentes más terribles. El placer abre las puertas del dolor y de la muerte. Estoy describiendo el rito de los trabajadores de sacar del interior de la mina la imagen del Cristo que tienen allí, para que no quede solo mientras ellos se divierten y caiga víctima de las asechanzas del Demonio, que anda suelto durante los días del Carnaval. Pedí informes sobre el Cristo de Huanchaca a Max Arnolds, que trabajó en la empresa varios años y ahora es Cónsul de Bolivia en La Tour. Me ha dado los siguientes detalles, que algún día podrán servir a quien escriba la historia de Huanchaca: El Cristo no era tal, sino una simple cruz de madera, sin imagen. La cruz estaba embozada con una faja de lana, hecha a mano. Colgaban de la cruz unas “chuspas” de plata. La cruz se llamaba el “Tata Kajcha” desde la época colonial. Los mineros se destocaban y persignaban al pasar delante de

ella”.

— Querejazu: “He leído lo que me has enviado de “Huanchaca”. He recordado a Miguel Angel, que ambicionaba que sus esculturas fuesen tan perfectas que pudiesen rodar de la cima de una montaña sin sufrir menoscabo. Eso quiero para tus héroes y caracteres. Que sean compactos, no complicados. Más estilo auriga de Delfos que Laoconte. Que tengan la majestad de la columna, mejor que la prolijidad del arabesco. Moliere, no Mauriac...”

— Costa du Rels: “No te imaginas cuánto aprecio tus cartas. No sólo me traen tu afecto sino que me ayudan a poner bajo la cubierta de la trama romancesca de mi libro la armazón filosófica sin la cual no tendría ningún valor... Ultimamente escribo en una atmósfera enervante, a causa de toda clase de preocupaciones. Mi ambición es que la obra tenga un tono claro, pleno, patético. El nombre de Tarval de mi protagonista lo he elegido en recuerdo de un hotelero francés que trabajaba en Sucre. Provocó colitis en varias generaciones de chuquisaqueños, entre ellos uno de adopción, mi padre. Sigo meditando sobre la personalidad del Coronel Medina, obsesionado por el mar que nunca ha conocido. Cada día congenio más con él. Es un corazón que la desgracia transforma en yermo. Tengo que darle más vida, más relieve”.

— Querejazu: “Tu estilo, si peca de algo, es de cierta afectada naturalidad, de una maliciosa candidez, si caben tales expresiones. El coronel se entusiasma pero no persiste. Es pues un diletante. Denoyelles, el gerente, hace las cosas sin entusiasmo: es un filisteo. Tarval mantiene una creciente energía: un héroe. No se llega al heroísmo de un salto. El verdadero heroísmo es un camino...”

— Costa du Rels: “Quiero que Tarval sea un carácter en profundidad. Que tenga una personalidad que haga honor a su condición de hombre... El Coronel Medina es para mí la imagen de nuestra patria, que vive soñando en

recuperar su litoral a orillas del océano. Ha visto el lago Titicaca, pero sabe que el mar es más hermoso. El lago lo ha decepcionado por ser beldad fría, estática, indiferente a la tierra que lo rodea. Cautivo de esta misma tierra el coronel presiente que el mar es fuerza, dinamismo, estímulo, progreso..."

— Querejazu: "Tu estilo me gusta cada día más. Sigue adelante, sin permitir que la misma facilidad que tienes para escribir te traicione..."

— Costa du Rels: "Guillot, director de la revista "Les Annales", que ha leído lo que tengo hecho de "Huanchaca", me ha dicho que esta vez he dado un gran golpe. Desconfío de estos halagos y prefiero seguir nuestro análisis frío. Anoche he cavilado mucho sobre las páginas que te remito hoy. Para hacer más comprensivas las crisis morales de Francis, que es la de todos los muchachos europeos que participaron en la guerra mundial, quizás he sido demasiado prolijo al describir el transtorno de quienes, embriagados por los últimos soles de un romanticismo exhausto y el lirismo de Maurice Barrés, son cogidos bruscamente en la maquinaria bélica. Para ellos el armisticio, lejos de ser un alivio fue una estafa. La postguerra los vuelve a coger amenazando al individuo con su ciencia y materialismo. Quiero que Francis sea como Werther, guardando las debidas proporciones. Si esto consigo podrá darme cuerda para otra novela que en principio pienso titular "Francis y Celine". Hoy almorcé en un chiribitil próximo a la Bolsa para estudiar la atmósfera y describir mejor la escena de la novela que pasa allí".

— Querejazu: "Tienes mucha razón al preferir la crítica a los elogios. Dan pena los escritores españoles bajo el régimen de Francisco Franco. Son como las coquetas en aquella ciudad de un cuento, en la que no existían espejos. Iban de charco en charco preguntándose a sí mismas: "¿Cómo soy yo, cómo soy yo?". Tal es el caso, entre otros, de nuestro amigo Eugenio d'Ors".

— Costa du Rels: "El otro día me encontré con Cahuet de "L'Illustration". Charlamos largamente de Bolivia. Se interesó en conocer aquella anécdota de Melgarejo, cuando quiso venir a combatir al lado de Napoleón III contra Alemania. Me sugirió que escribiese algo al respecto. Estoy comenzando a darle vueltas a la idea".

— Querejazu: "Tu proyecto sobre Melgarejo no lo apruebo. Mucho de la historia de Bolivia se polariza en una exaltación de héroes falsos. Melgarejo encarna un nacionalismo anarquizante. Hay que educar el sentimiento nacional con los héroes auténticos. Tienes a Santa Cruz, Linares, Arce... Hoy no, pero algún día habrá que escribir algo sobre Luis Calvo, modelo de civismo, que está sacrificando sus propias ambiciones políticas para llevar al poder a otro hombre en el que tiene fe: Salamanca".

— Costa du Rels: "Creo que he terminado con "Huanchaca". Carlos Víctor Aramayo quiere que escriba una biografía de su padre. Esto me dará un poco de pan para el puchero. Estoy comenzando a leer la correspondencia de don Félix Avelino. Te mando una copia de "Huanchaca" sacada en limpio. Podría ser su forma final. Dame tu opinión con tu habitual franqueza".

— Querejazu: "He consagrado todo mi tiempo a leer "Huanchaca". La hice leer también con Mello Franco, un compañero de clínica, hermano del secretario de la Embajada del Brasil en París. El ha quedado entusiasmado con tu obra. Siento mucho no participar de su criterio. Le falta unidad. No es todavía sino una brillante posibilidad. No está acabada de pulir. No responde a la gran expectativa creada por la dedicatoria. Hay que depurar el estilo. Se advierte que la mano hizo más que la mente y el corazón. Los personajes necesitan más autonomía. Perdona mi crudeza, que es producto de mi sinceridad".

— Costa du Rels: "Gracias por tus comentarios y perdona todos los desvelos que mi obra te ha ocasionado. Ella

te pertenece un poco y su protagonista Tarval es tan amigo tuyo como mío. Los de la "Illustration" no quieren publicar "Huanchaca". Sus comentarios coinciden con los tuyos. Dicen que la parte que ocurre en Bolivia está muy bien, pero que la parte europea es débil. Que hay necesidad de más equilibrio y unidad. Me han pedido una novela corta. Estoy adaptando rápidamente la pieza de teatro "Coronel" a este género. De siete de la mañana a diez trabajo con "Coronel". Después me voy a la Legación que con la cuestión del Chaco tiene un trabajo enorme. También he comenzado la biografía de Aramayo. "Huanchaca" está encarpetada. ¡Que madure!".

CAPITULO XV

LA GUERRA DEL CHACO EN GINEBRA

Bolivia se incorporó a la Sociedad o Liga de las Naciones tan pronto como se organizó después de la Primera Guerra Mundial. Tuvo la esperanza de que podría ser el tribunal que la ayudase a recuperar de Chile el litoral marítimo que este país le arrebató por conquista. En 1920 pidió la revisión del Tratado de Paz suscrito con ese país. La acción de los delegados, ilustres personajes del Partido Republicano recién encaramado en el poder, fue tan ingenua como precipitada. La sociedad no quiso prestarles oídos aduciendo que el plazo de ese año para esa clase de demandas estaba vencido. Con plazo o sin plazo no podía auspiciar ninguna revisión de tratados de paz, pues ello equivaldría a sembrar la semilla de su propia destrucción. La Liga era inmediata consecuencia del tratado de paz que los vencedores de la guerra mundial impusieron a Alemania con condiciones avasalladoras y humillantes.

Más por amor propio que con esperanzas de triunfo, Bolivia reiteró su demanda el siguiente año, con una presentación de menor categoría. La sociedad volvió a esquivar el compromiso. Bolivia se dio por resentida. Dejó de concurrir a las asambleas anuales, sin retirarse oficialmente de la organización. Siguió asistiendo a las reuniones de los

organismos técnicos. Así ocurrió cuando Adolfo Costa du Rels fue designado representante en las Conferencias Internacionales del Trabajo de 1926 y 1927. Como resultado de esta su experiencia, Costa du Rels escribió al presidente Siles haciéndole notar que la ausencia de una delegación permanente en Ginebra era perjudicial a los intereses de la nación: "Señor Presidente y querido amigo: El Secretario General de la Liga me ha expresado cuánto está creciendo la influencia de las naciones latinoamericanas y cuán desfavorable es para nosotros el aislamiento. Si queremos recuperar algo de Chile hay que comenzar por crear una atmósfera propicia a nuestro favor. Hay que ir cultivando amistades. Hay que crear corrientes de simpatía para nuestra causa y no encastillarnos en una actitud que no obedece, que yo sepa, a un plan determinado. Bolivia debe tener en Ginebra una delegación permanente e idónea, que adopte una conducta boliviana y nada más que boliviana. Hasta hoy nuestras delegaciones a conferencias internacionales, enviadas a última hora e integradas por elementos heterogéneos, no han cosechado los frutos que se podía esperar".

Don Henando Siles decidió el retorno de Bolivia a la Sociedad de las Naciones después de ocho años de ausencia. Alberto Cortadellas, ministro plenipotenciario en Berna y Adolfo Costa du Rels, consejero de la Legación en París, recibieron instrucciones de concurrir a la Asamblea de septiembre de 1929. Cortadellas era hombre menudo, de anteojos, muy vivo y con un carácter zalamero. Tenía el vicio de coleccionar condecoraciones. En una fiesta en la que se presentó con el pecho cubierto de medallas, Costa du Rels no pudo resistir la tentación de hacerle una broma. "Querido Alberto" -le dijo-, si usted sigue recibiendo condecoraciones va a tener que urbanizar sus nalgas". Aunque Cortadellas era de mayor categoría, se resignó a que Costa du Rels tomase el rol principal en la delegación, porque los únicos idiomas permitidos en la Liga eran el francés y el inglés. El no dominaba ninguno de ellos.

Costa du Rels tomó muy en serio el discurso que debía pronunciar en el acto de reincorporación de Bolivia a la Asamblea. Sabía que en Ginebra se despreciaba la oratoria bombástica a la que eran afectos la mayoría de los diplomáticos latinoamericanos. Si quería ser escuchado tendría que hablar con claridad, sencillez y concisión, y, si posible, con ideas de alguna profundidad. Redactó su alocución cuidadosamente. La corrigió varias veces. La aprendió de memoria. La leyó en voz alta ante su esposa y sus hijos. La repitió delante de un espejo para estudiar los ademanes más adecuados para presentarla.

El Perú, asociándose a Bolivia, presentó en la misma fecha de 1920 una demanda de revisión de su tratado de paz con Chile, mas la retiró a los treinta días. Posteriormente, tampoco hizo gestión alguna, pero, al igual que Bolivia, dejó de asistir a las deliberaciones de la Asamblea por varios años y decidió reincorporarse en 1929.

Se determinó que los discursos de los representantes de Bolivia y Perú serían el último punto de agenda del período de sesiones correspondientes a ese año. Costa du Rels consiguió de sus amigos de la secretaría que no se siguiese el orden alfabético, como se acostumbraba, y que se lo colocase a él en segundo término. Estaba informado que el señor Mariano Cornejo, delegado peruano, tenía un arenga extensa. Conocía su oratoria rebuscada y su francés defectuoso. Quiso aprovechar de todo ello para que sus palabras resaltasen por el contraste. Le gustó también la idea de que su alocución fuese el telón final de las actividades de la SDN en 1929.

Como se esperaba, el señor Cornejo leyó en mal francés un discurso largo y pesado. Acto seguido, Costa du Rels subió a la tribuna. Permaneció unos segundos en silencio. Con esto atrajo la atención de la sala. Pronunció su discurso calmadamente, simulando una improvisación, sin consultar notas, con dicción clara y un francés muy correcto. No quiso dejar de hacer una alusión a la injusta si-

tuación mediterránea de Bolivia. Refiriéndose a ello declaró: "Es necesario que la Sociedad de las Naciones tenga perseverancia para hacer desaparecer en el mundo los vestigios de errores del pasado, que crean situaciones que son contrarias a los ideales de la organización. Habrá que hacerlos desaparecer en una atmósfera de buen entendimiento, en una especie de usura cordial, pues, en caso contrario, podrá suceder que los pueblos demasiado tiempo fatigados por la injusticia crean que obedecen a un deber superior si recurren a otros medios para hacer valer sus derechos".

El señor Aristides Briand, jefe de la delegación francesa y el estadista internacional de mayor relieve esos años, se acercó a felicitarlo. "Es usted muy buen orador y su francés es académico. Si fuera usted mi compatriota lo invitaría a candidatear para un puesto de diputado en nuestra asamblea". Estas palabras fueron escuchadas por otros delegados, el personal de la secretaría y algunos periodistas. Tuvieron la virtud de hacer que el novel diplomático boliviano, desde ese día, fuese mirado con mayor consideración que otros. El discurso se publicó en la prensa de Bolivia. Don Carlos Calvo, eminente abogado y político liberal, escribió a Costa du Rels: "Mis calurosas felicitaciones por su brillante actuación al reincorporar a nuestra patria a la familia internacional. La forma hábil y delicada que empleó para tocar la cuestión del Pacífico es propia de un hijo de la vieja Charcas, con mucho de florentino y no poco de parisién. Al revés de nuestros doctores del altiplano que han arrastrado el asunto por los cabellos".

Los años siguientes, sin dejar su labor de consejero en la Legación en París, Costa du Rels mantuvo su condición de delegado en las asambleas de la Sociedad de las Naciones. A principios de 1931 contó por unos meses con la colaboración de Guillermo Francovich. Dijo de él en una carta: "Es un joven que cada día me gusta más. Es culto, inteligente y muy trabajador. Ojalá pudiera quedarse a mi lado permanentemente". A fines de 1931 y principios de 1932 tuvo como compañero de tareas a su amigo Alberto

Ostria Gutiérrez, llegado a Europa con objeto de tramitar su divorcio.

Estando en Ginebra aprovechaba toda oportunidad propicia para ir a visitar a Alfonso Querejazu en Montana-Vermala. De allí escribió a su esposa: "Alfonso ha estado muy grave. Estoy a su lado desde hace dos días. La operación del pneumo-tórax se hizo ayer. No se conocerá el resultado hasta dentro de algunos meses. El pulmón derecho está en parte destruido. Se trata de salvar el izquierdo. Debe guardar cama unos cien días, como mínimo. Sus hermanos y hermanas lo llaman desde Sucre. Le dicen que la Universidad que Chuquisaca tiene mucho interés en contratar sus servicios como profesor. No está en condiciones de tomar una decisión. Vinieron los Satrústegui, inclusive Carmen. El ver a sus amigos tan queridos le ha dado mucho ánimo. Le han prometido volver..."

Costa du Rels tuvo el temor de que el nuevo presidente de Bolivia, don Daniel Salamanca, extendiera a su política internacional la misantropía que caracterizaba su vida privada. En una carta de enero de 1931 le manifestó: "Algunos espíritus impacientes hallarán tal vez que todas las discusiones de doctrina en congresos y conferencias, son simples disquisiciones bizantinas que poco aprovechan en la práctica. Con la experiencia que he adquirido desde 1926 y 1927, en las Conferencias del Trabajo, y desde 1929 en la Liga de las Naciones, puedo asegurar a usted que estas reuniones dan oportunidad favorable para que un país mal conocido, cual el nuestro, afirme y ponga de relieve su personalidad, creando simpatías y contribuyendo a reforzar fuerzas morales que en no lejano día podrán obrar a su favor.

En esta época la Liga de las Naciones estuvo preocupada con el conflicto chino-japonés, las ideas de federación europea propugnadas por el estadista francés Aristides Brian, las cuestiones del desarme mundial, los brotes de un nacionalismo belicoso en Italia, Alemania y el

Japón, los problemas del opio y de la trata de blancas. Costa du Rels actuó con discreción en todos los que no atañían directamente a Bolivia, pero tuvo actuación descollante en el Comité de los Trece, que estudió la reorganización de la Secretaría, y en el Comité de Artes y Letras que buscaba cooperación intelectual entre las naciones. En un discurso en la Asamblea declaró: "Si la Sociedad de las Naciones es una agrupación de espíritus, según la fórmula feliz de un poeta, la cooperación intelectual es el vínculo actuante de aquellos. Sus resultados, tales como la creación de ideas, la invención de formas, la interpretación de hechos, siempre de acuerdo con el poeta, tienen repercusión saludable en las relaciones entre los pueblos. Así se prepara el desarme de los espíritus sin el cual el otro, del que se habla tanto, no es sino ilusorio y falaz. Todas las panaceas, seguridad, desarme, arbitraje, son inoperantes sino están precedidas por una preparación intelectual que genere confianza recíproca. Confianza de los pueblos entre sí, de los individuos entre sí, confianza... nueva piedra filosofal... Si los pueblos han perdido la capacidad de amarse, conservan todavía la curiosidad de conocerse. Esta curiosidad es un camino hacia la confianza en el espacio y en el tiempo, que eleva la historia al rango luminoso de la cultura. El intelectual, gracias a su independencia, a su inteligencia, a su sensibilidad, tiene mejores condiciones que el político envuelto en demagogías, para captar las aspiraciones de los pueblos y guiarlos al bienestar que persiguen. Permítaseme un recuerdo personal. Todavía me parece ver en las inolvidables reuniones del Comité Permanente de Letras y Ciencias a Paul Valery de Francia y a Thomas Mann de Alemania, apenas separados por una mesa, mirándose en los ojos, súbitamente transfigurados por la atracción de una idea común. Recuerdo con emoción a estos dos hombres que en sus países tienen una influencia que muchos hombres de Estado envidiarían. La causa de la paz ganó más en ese minuto, que en el curso de largas discusiones técnicas en las cuales los nacionalismos se irritan y se hieren. La cooperación intelectual debe ser la base misma de la Sociedad de las Naciones. Quien dice in-

telectual dice cultura y quien dice cultura dice formación, progreso, depuración de los instintos, racionalización de los intereses, comprensión, paz".

Costa du Rels inició la idea de que la Sociedad de las Naciones rindiese homenaje a la memoria de Simón Bolívar al cumplirse el primer centenario de su muerte. Contó con la colaboración de los representantes de los otros países bolivarianos. Al finalizar su discurso en la sesión especial que la Asamblea tuvo con ese objeto, expresó: "Bolívar, en el crepúsculo de su vida, amargado por la ingratitude de sus contemporáneos y creyendo que sus triunfos militares y políticos habían sido estériles, exclamó: "He arado en el mar". Pero, no, no aró en el mar, puesto que veinte países del continente americano han sabido conservar, a través de mil vicisitudes, los principios que él preconizó. No, no aró en el mar, porque la gran mayoría de esos países, reunidos en el seno de la Sociedad de las Naciones, buscan hoy la confraternidad humana que él soñó. No, no aró en el mar, porque la nación que él creó y que adoptó su nombre, ante ustedes, ante el mundo entero, desde esta augusta tribuna le reitera su gratitud y su fidelidad".

La revista "L'illustration", quiso también asociarse a los homenajes a Bolívar de 1931. Pidió a Costa du Rels un artículo narrativo de la vida y la obra del Libertador. El opúsculo se publicó con un mapa de Sud América en el que el Chaco Boreal, territorio cuya propiedad discutían Bolivia y Paraguay, aparecía íntegramente como paraguayo. Al conocerse esto en La Paz se produjo un revuelo, particularmente en la jefatura del ejército. El Ministro de Relaciones Exteriores cablegrafió al ministro en París, Simón I. Patiño, condenando la actitud del autor del artículo "por haber adjudicado todo el Chaco al Paraguay" y exigiendo que se hiciese una inmediata rectificación. Costa du Rels había visitado ya a los directores de la revista para formular una protesta. La aclaración se publicó en el siguiente número. Patiño informó a la Cancillería boliviana: "A

mediados del mes de julio de 1930, "L'Illustration", deseando contribuir a la conmemoración del centenario de la muerte de Bolívar, escogió entre un crecido número de escritores al señor Costa du Rels, para que presentara a sus lectores un cuadro sintético de la vida del Libertador. El artículo fue enviado desde Cannes, donde el autor reside por razones familiares, a principios de noviembre. Desde entonces no tuvo la más mínima participación en la publicación. La revista de muto propio y con el único objeto de ilustrar mejor el trabajo, pidió a su cartógrafo un mapa reducido del continente sudamericano, que fue tomado de uno de los numerosos mapas errados que desde muy atrás existen en Europa. Así, el mapa fue publicado sin que la Legación o el señor Costa du Rels fuesen previamente consultados, produciendo en nuestro ánimo la más dolorosa sorpresa. "L'Illustration" ha hecho la aclaración necesaria. Espero que esta explicación calmará toda inquietud en Bolivia".

El General Filiberto Osorio, Jefe del Estado Mayor del Ejército boliviano, que fue quien mayores críticas hizo a la publicación del mapa, escribió a Costa du Rels: "Mi ánimo no fue nunca reprochar a usted. Considero su patriotismo ejemplar y sincero... En todo momento lo he considerado un perfecto caballero. Por eso me he honrado y sigo honrándome con su amistad. Si le debo una satisfacción se la doy muy rendida y lealmente".

En mayo de 1932, Costa du Rels recibió un inesperado cablegrama de la cancillería boliviana. El presidente lo invitaba a desempeñar el puesto de Ministro Plenipotenciario en Chile. Por un momento dudó en aceptar. Lo preocupó el daño que el cambio de residencia produciría en la educación de sus hijos y en el desarrollo de su propia carrera literaria. Esta se había iniciado bajo los mejores auspicios en París y París era el centro en el que más quería triunfar. Triunfar en París significaba triunfar en el mundo entero. Frente a esto pensó que no podía rechazar el gran honor que le confería el Presidente Salamanca al ofrecerle el cargo más delicado de la diplomacia boliviana, donde se

tenía la responsabilidad de trabajar por dar satisfacción al mayor anhelo del pueblo, el retorno a la costa del Océano Pacífico. Por otra parte, conocía el ambiente de Chile, le gustaba su gente y tenía allí buenos amigos.

Aceptó la invitación del presidente. Su esposa se entusiasmó con la idea del viaje a Chile. Era acercarse a Bolivia, a Sucre, a su madre. En carta a ésta le dijo: "Bendito mil veces sea Dios que nos ayuda en esta forma. Estoy levantando el departamento de la Avenida Víctor Hugo, que lo teníamos subarrendado, y embalando nuestras cosas con la ayuda de Tita y Gladys, para devolverlo a su dueño". A los pocos días continuó: "Estamos en un barullo feroz, desocupando el departamento y haciendo maletas. Ya casi todo está listo. Partimos el 21 de los corrientes (junio de 1932) en el vapor inglés "Reina del Pacífico". En cuanto lleguemos a Chile iré a verte con los chicos. No te imaginas cuán felices estamos ellos y yo con esta perspectiva".

El 17 de junio, cuatro días antes de la fecha fijada para dejar la capital francesa, llegó un telegrama de La Paz: "En vista de la revolución que ha estallado en Chile y hasta que se aclare la situación, debe usted quedarse en Europa". Lo firmaba don Juan María Zalles, Ministro de Relaciones Exteriores. Una carta del mismo confirmó esta decisión: "En vista de los graves acontecimientos en Chile, nuestro gobierno no cree oportuno mantener una misión diplomática mientras no se aclaren las cosas. Debe usted permanecer en Europa como delegado ante la Sociedad de las Naciones y como ministro plenipotenciario ante el gobierno suizo y ante el Sumo Pontífice. En cuanto mejore la situación económica del país se le mandarán fondos para viajar a Berna y Roma a presentar sus credenciales. Mientras tanto, su actividad deberá concentrarse en Ginebra. Es halagador para el suscrito contar con su colaboración en Europa, donde, como es bien sabido, tanto su labor diplomática como las actividades literarias a las que se dedica, han procurado gran beneficio al país". Otro cablegrama de la cancillería ordenó: "Debe usted quedarse indefinidamente en Ginebra. Su nom-

bramiento en Chile ha sido anulado''.

Este último mensaje estaba motivado por una grave situación surgida en el Chaco Boreal, que podría provocar una intervención de la Sociedad de las Naciones. Bolivia y Paraguay, en su afán de imponer soberanía sobre un territorio en el que uno y otro país alegaban tener derecho de propiedad, desde principios de siglo venían instalando puestos militares cada vez más avanzados. En los últimos años se produjeron choques sangrientos entre patrullas. En 1928 se estuvo al borde de la guerra a raíz de que una fracción paraguaya ocupó por la fuerza el fortín boliviano Vanguardia. La serenidad del Presidente Siles, la intervención de un grupo de gobiernos americanos y la presión de la opinión pública mundial, lograron que primase la cordura. En junio de 1932 una fracción boliviana avanzó a tomar posesión de una laguna avistada en un vuelo de avión, que resultaba un milagro en medio de la sequedad general del Chaco y sería muy valiosa para el plan de penetración pacífica en que estaba empeñado el ejército desde un año antes. La laguna resultó estar custodiada por una patrulla paraguaya. La fracción boliviana la desalojó a tiros. La permanencia de Costa du Rels en Ginebra la consideró necesaria el gobierno de Bolivia por la posibilidad de que el Paraguay denunciase la agresión en la Liga de las Naciones.

La esposa y los hijos de Costa du Rels se resignaron a postergar el viaje a Sud América hasta una próxima oportunidad. El se alegró de que la suerte le trajese un triple beneficio: continuar en el Viejo Mundo, ser ascendido a ministro plenipotenciario y, como tal, comenzar a ganar un sueldo que le ayudase a subvenir las necesidades de su familia.

El Paraguay no chistó a raíz del desalojo de sus hombres de la laguna Pitiantuta. Preparó su revancha en el más absoluto secreto. Hizo un reconocimiento de fuerza y a las dos semanas recuperó la posesión del lugar con un poderoso ataque. El gobierno boliviano quiso hacer aparecer

esto como el primer acto de fuerza. Lo denunció públicamente como una agresión. Los pueblos de Bolivia se excitaron. Salieron a las calles a pedir venganza por los muertos en Pitiantuta. El Presidente Salamanca les dio satisfacción ordenando la toma de tres fortines paraguayos. El mundo entero se alarmó ante el peligro de una guerra. Hubo ofertas de mediación de los países vecinos y de la Comisión de Neutrales que arregló el conflicto de 1928. El Paraguay pidió la devolución de los tres fortines antes de que se iniciaran las negociaciones diplomáticas. Bolivia se negó. El Paraguay atacó y recuperó Boquerón en una sangrienta batalla que duró 27 días. Las bajas de uno y otro lado pasaron de dos mil. La sangre pidió más sangre. Los dos países se lanzaron a la guerra arriesgando sus escasos recursos humanos y materiales. Como se trataba de dos de los más pobres y débiles del continente, se supuso que la discordia terminaría en poco tiempo. Nadie pudo imaginar entonces que la Guerra del Chaco sería un holocausto de tres años en el que se iban a sacrificar cerca de cien mil vidas.

El primer año la Sociedad de las Naciones prefirió adoptar una actitud de Pilatos, dejando que los esfuerzos pacificadores los hicieran la Comisión de Neutrales que funcionaba en Washington o los países vecinos piloteados por la Argentina. Sin embargo, para salvar su prestigio y mantener las apariencias de supremo tribunal de la paz mundial, siguió las alternativas del conflicto llamando a frecuentes consultas a los delegados de Bolivia y el Paraguay.

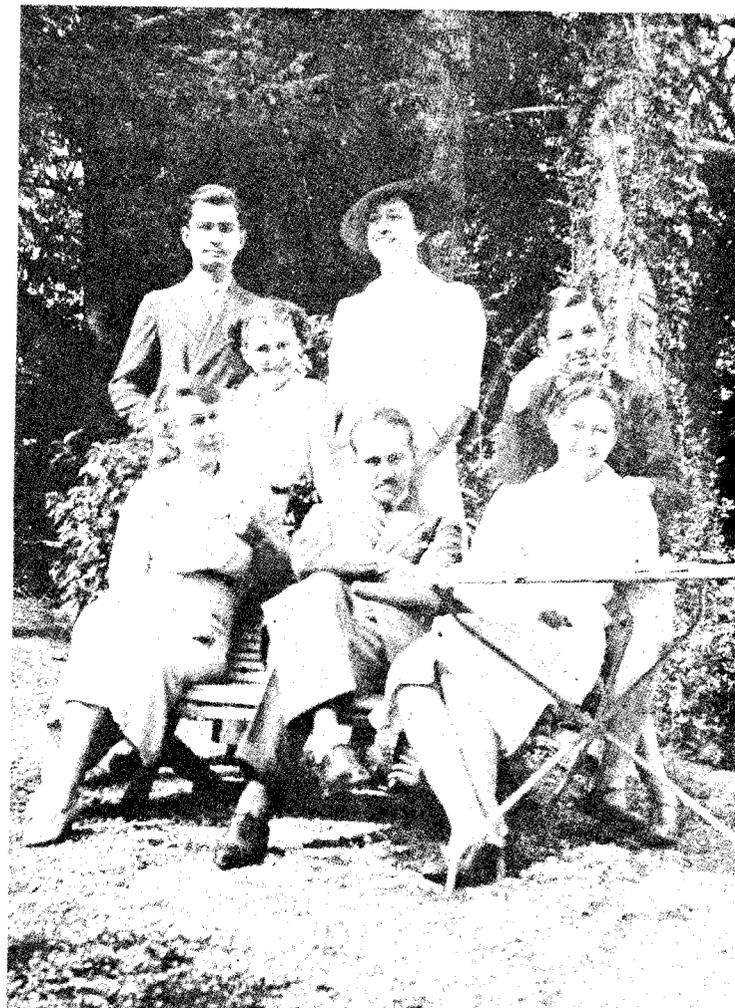
El ambiente en la Liga era francamente adverso a Bolivia. El conflicto era lejano y nadie sabía de los cincuenta años de discusiones diplomáticas en los que la buena voluntad boliviana para un arreglo transaccional chocó indefectiblemente con la intransigencia paraguaya. Todos consideraban a Bolivia el país agresor. Mirando el mapa comparaban al Paraguay, el país más pequeño de la América del Sur, peleando con un vecino que tenía más del doble de población y un territorio mucho mayor. El país de más

prestigio en Sud América era la Argentina. Lo que se decía en Buenos Aires se creía en Europa y la Argentina era propagandista de la causa paraguaya. Nadie sabía que, además, bajo la máscara de la neutralidad, enviaba secretamente a Asunción elementos bélicos, alimentos y asesoramiento militar, que en el fondo era una aliada moral y material del contendiente que el mundo creía débil y desamparado. La guerra duró tres años porque la Argentina pretendió tener un rol preponderante en todas las negociaciones pacificadoras y en Bolivia se desconfió de esto, prefiriéndose que la autora de cualquier arreglo fuese la Comisión de Neutrales de Washington. Por su parte, en el Paraguay no se quería una paz que no estuviese patrocinada por su protectora clandestina.

El gobierno de Bolivia tampoco quería que la Liga se inmiscuyese mayormente en el problema del Chaco. El Ministro de Relaciones Exteriores, señor Demetrio Canelas, había sido miembro de las delegaciones que llegaron a Ginebra en 1920 y 1921, a pedir la revisión del Tratado de Paz con Chile, y fueron desairadas. Desde entonces tenía prejuicios contra la organización y la consideraba inoperante, sobre todo para cuestiones americanas.

El trabajo de Costa du Rels en Ginebra se hizo muy difícil por todos estos antecedentes. En las salas de reuniones y en los corredores de la Liga la atmósfera que encontraba todos los días era fría y hasta desdeñosa. Sin embargo, acometió su tarea corajuda y pacientemente. Comprendió que, aunque el gobierno de La Paz no quería que se buscara en Ginebra la definición del conflicto del Chaco, la Sociedad de las Naciones ofrecía la tribuna más espectacular, la de mayor resonancia en el mundo, para tratar de conquistar a favor de Bolivia todo el apoyo moral que fuese posible, contradiciendo la acusación que había sido el país agresor y de que estaba poniendo en peligro la existencia de un vecino pequeño e indefenso.

Instaló a su familia en Amphion, pequeña población



Delante: Tita Schewirtz, Adolfo Costa du Rels y Gladys.
Detrás: Fito, Nena, Blanca de Costa du Rels y Carlos. Amphion, Francia.



En la tribuna de la Sociedad de las Naciones durante la Guerra del Chaco. Ginebra, 1934.

francesa a orillas del Lago Lemán, sobre el camino de Evian a Ginebra. Carta de Blanca de Costa du Rels a su madre: (Octubre de 1932) "Adolfo tiene un terrible rompecabezas con la cuestión del Chaco. En la Sociedad de las Naciones hay una gran corriente contra Bolivia. No tiene un solo colaborador, ni secretario, ni dactilógrafa. Tiene que hacerlo todo personalmente: preparar y pronunciar discursos en la asamblea, acudir a los llamados del Comité del Consejo, denunciar abusos contra nuestros prisioneros, tratar de ganar apoyo de una y otra delegación, lidiar con el personal de la Secretaría, hacer informes a la Cancillería, cifrar y descifrar cables, atender el teléfono, responder cuestionarios de los periodistas. Yo le ayudo en lo que puedo. Por ejemplo, ayer fui con él a Ginebra para descifrar un cable muy largo llegado de La Paz. Estuve presente cuando pronunció un discurso en la asamblea. Todo es muy difícil teniendo a los demás en contra nuestra".

En mayo de 1933 el gobierno de Asunción dictó una ley declarando al Paraguay en "estado de guerra con Bolivia". El propósito era legalizar un conflicto armado que tenía ya once meses de duración y así obligar a los demás países a una estricta neutralidad. Bolivia no podría seguir adquiriendo pertrechos bélicos como lo venía haciendo en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Chile, Perú, Argentina y Brasil tendrían que cerrarle sus territorios para el paso de todo elemento destinado a la guerra. En cambio el Paraguay tendría la falsa neutralidad argentina para seguir proveyéndose de todo lo necesario.

El gobierno boliviano se defendió pidiendo contra el Paraguay, por su declaratoria de guerra, la aplicación de las sanciones establecidas en el artículo 16 del Pacto de la Sociedad de las Naciones: embargo de armas y boicot económico. Los señores Carlos Víctor Aramayo, ministro en Londres, y Enrique Finot, ministro en Washington, llegaron a Ginebra para colaborar a Costa du Rels. Poco después informaron a la Cancillería: "No hay probabilidades de buen éxito. Inglaterra, que tiene una posición dominante en la

Liga, se opone tenazmente a la aplicación del artículo 16, por temor a sentar un precedente peligroso para las cuestiones europeas. El ambiente es completamente desfavorable para nuestro pedido. Expusimos ante el Consejo que la declaratoria de guerra, cuando se encontraban en marcha acciones conciliatorias, prueba el guerrismo del Paraguay y su artera intención de aprovechar de la desgraciada situación mediterránea de Bolivia”.

Los señores Aramayo y Finot retornaron a sus bases. Costa du Rels volvió a quedar solo. Don Jorge Saenz García, industrial boliviano, que pasó por Ginebra, al verlo tan atareado, se quedó unas semanas para ayudarlo. Cuando se fue Saenz García, Alfonso Querejazu, mejorado de su enfermedad, dejó el sanatorio de Bella Lui y se instaló en el Hotel Beau Sejour, al lado de Costa du Rels para prestarle un auxilio más permanente. Hizo de dactilógrafo, telefonista, secretario y, sobre todo, de compañero, consejero y confidente. La amistad entre ambos se ahondó más. Pasaban largas horas en la habitación de uno u otro, paseando en los corredores del hotel o en los jardines próximos, discutiendo los problemas de la patria, las noticias de la guerra y sus inquietudes personales sobre arte, literatura y religión. Los fines de semana tomaban el pequeño vapor que cruzaba el lago para reunirse con la familia en Amphion. Querejazu vivía con la renta que le producían las acciones del Banco Nacional que heredó de su madre. Como este ingreso disminuyó con la inflación monetaria provocada por la guerra, Costa du Rels le asignó el sueldo de quince libras esterlinas que el gobierno fijó para una dactilógrafa. La primera vez que llegó esta suma Costa du Rels se encontraba en París. Desde allí se la mandó a Querejazu con un mensaje lleno del humor que caracterizaba sus relaciones y en el lenguaje típico del pueblo boliviano: “Don Demetrio le está mandando esas quince libritas, pues, para que se compre confititos de Carnaval y se los chupe frente al Mont Blanc”.

Blanca de Costa du Rels pidió a su marido que, ahora

que tenía a su lado a Querejazu, la dejase ir a ella a ver a sus madre en Sucre, con sus hijos. Desde que se frustró el viaje a Chile, un año antes, venía manteniendo una anhelante expectativa para aprovechar la primera oportunidad. El esposo la llamó a la reflexión: “En los momentos de preocupación en que mi mente está íntegramente concentrada en los problemas de la patria, me llegó tu pedido. Comprendo tus deseos. No los discuto, pues las cuestiones del sentimiento merecen todo mi respeto. Mas he aquí la situación. Me dices que tu viaje sería sólo por cuatro meses. Los pasajes de ida y vuelta costarían 550 libras que no poseo. No creo que con las 150 que podré contar hasta fines de mes y lo que me dices tú que has economizado de los gastos domésticos podremos llegar a ese total. Debo pagar intereses y amortización al Banco de Londres por un total de 700 libras. Por otra parte, los chicos se perjudicarán en sus estudios. La vida en Amphion es económica, tranquila, higiénica y está beneficiando a todos. Así, pues, por el amor de Dios, te suplico que postergues tu viaje un tiempo más. Nuestra situación económica puede mejorar. Las acciones de la “Patiño Mines” están comenzando a recuperar su precio y podremos venderlas cuando estén por lo menos en el valor que las compramos. Venderlas por debajo de 25 dólares sería el mayor disparate. Dentro de algunos meses veremos la situación con más claridad. Necesito paz y serenidad para cumplir con lo que la patria pide de mí. Ten la seguridad que te comprendo y que tu viaje a Bolivia, Dios mediante, será una realidad en un futuro cercano”.

Blanca de Costa du Rels se acomodó a una nueva espera. En correspondencia a su madre relató: “El 6 de agosto, día de nuestra patria, fue de grandes afanes para la familia. Invitamos a Amphion a Alfonso y a otros amigos. Les convidamos ají de huevos y cordero asado. Días antes hicimos una bandera boliviana. Ese día la izamos en un poste que Adolfo, Fito y Carlitos plantaron en el jardín. Había que verlos con picos y palas, sudorosos y entusiastas, mientras Gladys cosía la bandera con afán. Hemos recibido

un aparato de radio que Adolfo pidió a Nueva York. Escuchamos programas de Roma y París. Cuando hay música apropiada Adolfo le enseña a bailar a Didys. Oímos también los discursos de los delegados en la Asamblea de la Liga. Seguimos gozando de los baños en el lago. Son deliciosos aunque inferiores a los de mar”.

La duración de la guerra llamó a la Sociedad de las Naciones a reconsiderar su posición de pasividad. Cada día de matanza en el Chaco era un día más de desprestigio para ella. Se decidió el envío de una comisión que trataría de imponer un cese de las hostilidades y una solución final mediante el arbitraje. El gobierno boliviano se opuso. Costa du Rels cumplió instrucciones en tal sentido. La Liga prosiguió con sus planes para nombrar los miembros de la comisión. El canciller Canelas manifestó en una nota a Costa du Rels: “No estamos compareciendo ante un tribunal para escuchar una sentencia de última instancia... El Consejo no puede, sin nuestra concurrencia, anticiparse a tomar decisiones. La ignorancia que existe en ese medio sobre cuestiones americanas y el desparpajo con que se consideran los intereses de países alejados y pequeños, les hace ver como viables soluciones antojadizas... Es necesario romper esas redes hablando con claridad, aunque sin arrogancia... Tenemos derecho a que nuestros puntos de vista sean tomados en serio, si acaso la Liga toma en serio sus propias finalidades...”

Pese a los esfuerzos en contrario del gobierno de La Paz, la comisión de la Sociedad de las Naciones partió rumbo al Chaco y a las capitales de los dos países beligerantes, en noviembre de 1933. En el Senado boliviano se criticó la intransigente actitud de don Demetrio Canelas contra la Liga. Se presionó al presidente para sustituirlo. Don Daniel Salamanca designó nuevo canciller al doctor Carlos Calvo. La comisión ginebrina integrada por un diplomático español, un conde italiano, un coronel suizo y un comandante mexicano, llegó a Asunción en los días en que el ejército paraguay ganaba la mayor batalla de la guerra, conquistan-

do el fortín Alihuatá y tomando prisioneros a dos tercios del ejército boliviano. El gobierno paraguay consideró concluida la contienda. Planteó un armisticio como primer paso hacia la paz. Bolivia aceptó. Los comisionados creyeron que su misión iba a ser mucho más fácil de lo que supusieron al salir de Ginebra. En La Paz los impresionó muy bien la actitud conciliatoria del canciller Carlos Calvo y otros personajes. Se instalaron en Buenos Aires para continuar sus gestiones. Pidieron a los contendientes que prolongaran la tregua más allá de los quince días convenidos inicialmente. Bolivia dio su conformidad. El Paraguay se negó. El gobierno de Asunción había caído en cuenta que su proposición de cese de hostilidades fue un error, pues Bolivia, en vez de darse por vencida con la derrota de Alihuatá, llamó bajo banderas a nuevos contingentes y estaba preparando un nuevo ejército. Los comisionados propusieron un repliegue de las fuerzas combatientes para hacer más factible un arreglo definitivo de la frontera. La respuesta de Bolivia fue favorable, la del Paraguay negativa. El 6 de enero (1934) los cañones reanudaron su duelo letal en la selva.

La comisión continuó todavía dos meses más en Buenos Aires, enviando a uno de sus miembros a La Paz y a otro a Asunción, en busca de un entendimiento. Nada fue posible por la intransigencia paraguaya. Volvió a Ginebra convencida de que la continuación de la guerra era culpa exclusiva del Paraguay. Inglaterra propuso en la Sociedad de las Naciones que todos los miembros se comprometiesen a no vender armas a ninguno de los dos beligerantes, como el mejor medio de poner fin a su belicosidad. Cumpliendo instrucciones del nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, señor David Alvéstegui, Costa du Rels se puso en campaña para conseguir que el embargo de armas fuese sólo contra el Paraguay. Arguyó que Bolivia había aceptado todas las sugerencias pacificadoras de la comisión. Por lo tanto, no merecía el mismo trato que el país que las había rechazado sistemáticamente. Como Inglaterra e Italia eran las dos potencias patrocinadoras del embargo, Costa du Rels viajó a Londres y Roma para conseguir lo que veía difícil en Gi-

nebra. En la capital británica logró ver al Ministro de Relaciones Exteriores, Sir John Simon, pero no obtuvo ninguna reacción favorable. En Roma consiguió llegar hasta el despacho del jefe del gobierno, el dictador Benito Mussolini, que entonces estaba en el apogeo de su fama y su poder.

Blanca de Costa du Rels y sus cuatro hijos se encontraban a la sazón en Sucre. Como la situación económica de la familia mejoró desde principios de 1934 por el alza en los precios de las acciones de "Patiño Mines" y la reanudación del pago de dividendos, el esposo los dejó partir. Costa du Rels escribió a su hija Gladys relatándole la entrevista con Mussolini: "Me recibió con un aire severo y teatral y de gran superioridad... Cuando desempolvé el italiano que aprendí en Córcega, su rostro de centurión romano se aclaró y tuve delante de mí a un ser humano normal, con el que fue agradable conversar. La entrevista duró casi una hora. Al final, me acompañó desde su mesa de trabajo hasta la puerta de salida, unos cien metros, pues la Sala del Mapamundi, que utiliza como despacho, es inmensa. Hubiera querido que veas su expresión de orgullo cuando en el trayecto le dije: "Pequeños o grandes, todos venimos a Roma, como decía Goethe, a tomar una lección de virilidad". Por el fuerte apretón de manos con que me despidió comprendí que mi cumplido le tocó fibras muy sensibles. Una semana después Italia apoyó nuestra posición en Ginebra".

Gladys respondió: "Cuán orgullosa me siento de ti. Tienes que seguir triunfando en Ginebra para que los desastres militares que venimos sufriendo en el Chaco tengan una compensación y así el sacrificio de tanta juventud no sea en vano. Nuestro pequeño y querido Sucre ha dado todo lo que ha podido en contingentes y nuestra familia quien sabe la que más. Nueve de sus miembros se han hecho soldados: dos Medeiros, tres Urriolagoitia y cuatro Querejazu. La muerte de Eduardo Urriolagoitia ha dejado sin apoyo a sus papás y a sus siete hermanas, pero todos sobrellevan la tragedia con admirable resignación. Igualmente

te tía Corina, con el fallecimiento de Jaime. Hay muchos otros muertos, heridos y prisioneros, mas el ambiente no es de derrota, sino de entereza. Volveremos a tu lado en pocas semanas más. Allí te contaré con detalle todas las noticias del terruño y de la familia".

La Sociedad de las Naciones emitió una recomendación para que Bolivia y el Paraguay cesaran hostilidades y sometiesen el pleito al fallo de la Corte Permanente de Justicia Internacional. Bolivia, que día a día iba cediendo más territorio en el Chaco, aceptó. El Paraguay, cada vez más cerca de los yacimientos petrolíferos bolivianos, se negó. La Liga suspendió el embargo de armas a Bolivia y lo ratificó contra el Paraguay. Era un triunfo de Costa du Rels. Escribió a su esposa: "He hecho todo lo humanamente posible para alcanzar este resultado. Desgraciadamente es imposible salvar diplomáticamente lo que se va perdiendo en el terreno de las armas por la mala suerte o la incapacidad de militares y políticos".

La Argentina se vio obligada a actuar más francamente en apoyo de la causa paraguaya. José María Cantilo, representante de ese país, se mostró aún más activo que el propio delegado paraguayo, el apacible y débil Caballero de Bedoya. Costa du Rels, deliberadamente, a fin de hacer más visible la parcialidad argentina, al intervenir en los debates de la Asamblea se enfrentaba a Cantilo y no a Caballero de Bedoya. La Argentina se esforzó en convencer a la Liga que delegase sus poderes a los países vecinos, para que estos, en su nombre, continuasen los esfuerzos pacificadores. La intención era que el hábil canciller argentino, Carlos Saavedra Lamas, tomase la batuta diplomática y evitase las sanciones económicas, que además del embargo de armas, Bolivia estaba gestionando contra el Paraguay. En un momento dado se trató de sorprender la buena fe de Costa du Rels. El delegado uruguayo, Alberto Guani, actuando en complicidad con Cantilo, lo buscó en su hotel muy temprano y le dijo, "a fe de caballero" que acababa de recibir de Montevideo la noticia de que Bolivia y el Para-

guay habían aceptado que el pleito se trasladase de Ginebra a Buenos Aires; que en consecuencia, iba a presentar una moción en tal sentido en la reunión que tendría esa mañana el Comité del Chaco; y que por lo tanto, correspondía que él, Costa du Rels, diese su conformidad. Este no quiso fiarse de la palabra de honor de Guani y consultó cablegráficamente a La Paz. Se le contestó que la afirmación del uruguayo era falsa.

Con el fracaso de esta maniobra y ante la inminencia de que se acordarían sanciones económicas sobre el Paraguay en la reunión que la Asamblea iba a tener el 24 de mayo de 1935, la Argentina recurrió a otro expediente. Consiguió asociar a Chile a su plan y que este país enviase a La Paz a uno de sus diplomáticos más capaces, Félix Nieto del Río. Las circunstancias políticas en La Paz eran favorables para el propósito argentino. Don Daniel Salamanca había sido derrocado unos meses antes. El nuevo presidente, don José Luis Tejada Sorzano, era jefe del Partido Liberal y, como tal, un convencido de que la continuación de la guerra sólo traería mayor pérdida territorial y más empobrecimiento. Nieto del Río propuso la reunión de una conferencia en Buenos Aires que actuase en nombre de la Liga. Tejada Sorzano y otros hombres públicos acogieron favorablemente tal sugerencia. El único que se opuso fue el canciller don David Alvéstegui, que se vio obligado a renunciar.

La Sociedad de las Naciones se sintió aliviada al pasar sus responsabilidades sobre el Chaco a la conferencia de Buenos Aires. Fue muy amarga la sensación de Adolfo Costa du Rels al ver que sus afanes de tres años quedaban completamente frustrados por la impaciencia del gobierno boliviano de alcanzar la paz. Poco consuelo le significaron la condecoración del Cóndor de los Andes que le hizo llegar la cancillería y medallas de oro que le enviaron los municipios de Sucre y Cochabamba por su "brillante actuación diplomática en defensa de los derechos de Bolivia en el Chaco Boreal".

La familia Costa du Rels dejó Amphion y volvió a París. Tomó en arriendo un departamento en la casa que antes había ocupado con Félix Avelino Aramayo, en el número 27 de la Avenida Kléber.

CAPITULO XVI

"CORONEL" Y "LAGUNA H3"

La atención de la Liga de las Naciones sobre el problema del Chaco no pudo ser constante durante los tres años que duró la guerra. Había otras situaciones internacionales que demandaban su consideración y motivaban largas reuniones del Consejo, la Asamblea o los Comités. Existía también el receso de actividades de cada verano. Esto permitió a Costa du Rels poder mezclar sus tareas diplomáticas con alguna labor literaria, aunque en forma intermitente.

Tenía, en primer lugar, el compromiso con su amigo Carlos Víctor Aramayo para escribir la biografía de su padre. Tomó el trabajo con mucha seriedad. Expresó a Aramayo en una carta: (París, abril, 1931) "Quiero hacer un estudio minucioso de la documentación. Quiero vivir la vida de tu padre, reconstituir su alma, sus ideales, participar de sus gustos, sufrir con sus desalientos, seguir la movilidad de su espíritu. Rehacer su fisonomía en medio de la naturaleza y la gente que lo rodeó... Quisiera estar en todos los lugares donde él vivió. Soy de los que creen que un paisaje conserva un poco del alma de los que estuvieron en su cuadro. Espero cumplir mi cometido conciliando tu piedad filial, el arte y la verdad, en perfecta comunión de espíritu y co-

razón contigo''.

El trabajo se le facilitó gracias a que los archivos de don Félix Avelino fueron previamente ordenados por un pariente, don Eduardo Aramayo, hombre aficionado a los papeles, meticoloso, residente en Londres desde fines del siglo pasado y que fue llamado a París para el efecto. Eduardo Aramayo, por instrucciones de la familia, separó toda la correspondencia de carácter muy íntimo. Costa du Rels respetó esto, pero lo lamentó. Le impedía conocer todas las facetas de la idiosincracia de su personaje.. Estudió buena parte de los archivos en la casa que la familia Aramayo tenía arrendada en París. Otros los llevó a Amphion y los revisó con ayuda de su esposa. Esta comentó a su madre en una carta: (Septiembre, 1932) "Estoy leyendo cartas sumamente interesantes sobre política interna y externa de Bolivia, detalles de ideas y costumbres entre los años 1875 y 1901, los asuntos del Acre, etc., etc. Me gusta mucho ayudar a Adolfo en esto".

Las preocupaciones provocadas por la guerra del Chaco y el viaje de Carlos Víctor Aramayo a Bolivia, interrumpieron la redacción de la biografía. A esto se sumó un pedido de "L'Illustration" para que Costa du Rels le entregase a breve plazo otra novela corta para su revista literaria. El autor adaptó una pieza de teatro que escribió años antes y nunca se puso en escena. Se llamaba "Coronel", nombre tomado de un pequeño puerto del sur de Chile, delante del cual se produjo un combate entre navíos ingleses y alemanes al principio de la Primera Guerra Mundial.

Argumento: Domingo Cortés, cincuentón, alto, delgado, callado, taciturno, es guardián de un faro en la punta Lavapié, próxima al puerto. Vive satisfecho con que el sol en el día y la luz del faro en la noche alumbren su existencia solitaria. Ha tenido un gran drama en su vida. Se casó con una mujer muy bella a la que mató de celos. Se presenta en el faro una hermosa muchacha. Es Tina Brown,

contratada por la Legación de Alemania en Chile para actuar como su agente secreto. Hace creer a Cortés que su esposo, de quien se ha separado por primera vez, está pasando delante el faro, en un barco que lo lleva a Europa. Ella le ha prometido hacerle una señal a manera de último adiós. Cortés se deja convencer ingenuamente. La señal es en verdad para barcos alemanes que están en alta mar y a los que Tina Brown avisa que barcos ingleses, que han cargado carbón, van saliendo del puerto Coronel. El ruido del combate naval hace caer en cuenta a Cortés de la tragedia. Se avalanza sobre Tina Brown y trata de estrangularla. Ella logra escapar. Cortés no sabe si todo no ha sido más que una pesadilla. El perfume que ha quedado de Tina y el lejano sonido del cañón, le dicen que no es tal, sino una horrible realidad. ¿Ha sido, acaso, el espíritu de su propia mujer que ha venido a vengarse? Sale del faro y vaga en la noche. En la playa encuentra cadáveres de los marinos ingleses que han sido arrastrados por la marea. Se siente culpable. Pierde la razón.

Carta a Alfonso Querejazu: (Febrero, 1933) "L'Illustration" me está poniendo la soga al cuello para que le entregue "Coronel". Estoy alargando la novela por razones económicas, para que salga en dos fascículos y no en uno solo. He modificado los motivos de Cortés, de aceptar sin chistar la propuesta de Tina de señalar con luz del faro. Desde ese momento la confusión y superposición de Tina con la esposa muerta de Cortés es constante. La locura de Cortés se agrava. El viejo insano hace todo al revés. Enciende el fuego del faro de día y lo apaga de noche. Cuando llegan los hombres mandados por las autoridades de puerto Coronel, a investigar, encuentran a Cortés cerca de su fuego, leyendo un libro en voz alta. Es "Zaratustra". El párrafo que tú me indicaste. Creo que el final ha quedado muy bien. Me he esmerado en dar al estilo la mayor sencillez y al tema alguna profundidad. Tengo la ilusión de que mis frases harán meditar al lector".

La novela la dedicó Costa Du Rels "A mi querido

Alfonso Querajazu, profesor de Derecho Penal". Se publicó en "La Petite Illustration", en octubre de 1933.

"Coronel" interesó mucho a los lectores. "L' Illustration" pidió a Costa du Rels otra novela corta. Se decidió por un tema relacionado con lo que estaba tan vivo en su mente: el Chaco y la guerra. Conocía el ambiente desde su exploración con Treweek y Arana en busca de señales de petróleo. Carta a Querajazu: "El título provisional que he elegido es "La Laguna". La novela está medio perfilada, pero de manera todavía muy borrosa. Ya leerás lo que tengo avanzado. No es sino la armazón. Tenemos que labrar pensamientos profundos e ingeniosos. "La Laguna" será la pareja de "Coronel", como "Tierras Hechizadas" lo fue de "El embrujo del oro". Evitaré la tendencia a lo melodramático, que es mi peor defecto literario y perjudicó a "Tierras Hechizadas". Voy a adoptar una forma que, aunque contenga diálogos nutridos, queden éstos engarzados en sesudos trozos narrativos. Voy a dedicar las vacaciones de Navidad a ahondar los caracteres. En el infierno del Chaco, para seres adustos, la serenidad es poco menos que imposible cuando arrecia el calor y aumenta la sed. A momentos veo al capitán y al sargento, mis protagonistas, muy nítidos, pero al menor roce con la realidad, con los sinsabores domésticos, los pierdo de vista. Pero no desmayaré. Otra cosa que me preocupa es la llegada de Aramayo a París para la Navidad. Tendré que hacer otro poco de la biografía, como prueba de buena voluntad. Por lo menos un capítulo. El tema no me da. ¡Qué aridez!. Donde faltan documentos tengo que inventar, adivinar el significado de los vacíos. Al mismo tiempo, en medio de todo, al caminar por la calle, al viajar en ómnibus o tren, al contemplar el lago Lemán al través de la ventana, sigo pensando en "Huanchaca", nuestro queridísimo libro. Esta noche haré un informe al gobierno sobre la situación europea y la probable evolución de la Liga. Mañana seguiré con "La Laguna". Hubiera querido terminar la biografía en poco tiempo, pero va tomando proporciones que no imaginé en un principio. Carlos Víctor Aramayo dice que la sacará

en una edición de lujo. ¡Buena idea!. Así la riqueza del continente compensará la pobreza del contenido".

Desde que la Comisión del Chaco regresó de Sud América la Liga dedicó la mayor parte de su tiempo a la contienda boliviano paraguaya. Costa du Rels tuvo que abandonar la biografía y "La Laguna" y concentrarse en sus responsabilidades diplomáticas. Publicó más bien un folleto a favor de los derechos de Bolivia sobre el Chaco, con el título de "Problemes d' une Paix" (Problemas de una paz).

Cuando la Sociedad de las Naciones se desligó de la cuestión, transpasándola a la Conferencia de Paz de Buenos Aires, reanudó el trabajo de la novela. La terminó hasta fines de 1935. Dudó entre tres nombres: "La laguna", "La Laguna Encantada" y "Laguna H 3". Se decidió por este último, por considerarlo de mayor originalidad. "Laguna H 3" salió en "La Petite Illustration" en 1936. Es la narración de la odisea de dos oficiales y un grupo de soldados perdidos en el Chaco Boreal, durante la guerra, que vagan en busca de una laguna cuya ubicación no conocen y cuyas aguas son su única salvación para no perecer muertos de sed. Es un estudio de caracteres en los que se mezclan el heroísmo y la cobardía, la entereza moral y los desfallecimientos, la solidaridad y las rivalidades, la nobleza y la traición, la sensatez y la locura. En uno de los mejores párrafos se describe como cada uno añora el agua que ha visto en abundancia antes de entrar al Chaco. "Arroyuelos del altiplano, hilillos de plata que las lluvias de cada estío transforman en torrentes bravíos. Ríos caudalosos del oriente que, a veces encrespados por un vendaval, braman como el mar. Totorales murmuradores del Titicaca, que serán mañana quenás plañideras, llamadas a expresar las nostalgias de una raza perdida. Fuentes casi sevillanas de Sucre, de Cochabamba, de Tarija, que en cada primavera jacarandáes y ceibos obsequian con estrellitas moradas o rojas. Agua del Inisterio que, en Chuquisaca, la Docta, otorga, desde remotas épocas, a maestros y alumnos, cacumen y altivez. Nevados andinos, eternas moles de hielo:

Ilimani, Illampu, Mururata que, al derretirse, podrían saciar la sed de todo un pueblo”.

Como en todas las obras de Costa du Rels, la esencia está en el diálogo. En “Laguna H 3” la existencia o no existencia de Dios es tema frecuente en las discusiones entre los principales personajes. En la época en que Costa du Rels escribió el libro estaba influenciado por las largas conversaciones que sostuvo con Alfonso Querejazu sobre el mismo tema, cuando éste, cada vez más entregado a la religiosidad por la enfermedad y las horas de soledad y meditación en Montana-Vermala, trató de reavivar la fe de su amigo al que las preocupaciones mundanas tenían alejado de la iglesia.

De todas las obras de Costa du Rels salidas a luz, “Laguna H 3” es la que menos llamó la atención del público. Posiblemente porque la trabajó a retazos, con extensos períodos de interrupción dedicados a otras preocupaciones, sin tener tiempo de mejorar su forma y su fondo.

En diciembre de 1935, el rey de Tunes, por medio del Comité Francia-América, invitó a algunos diplomáticos a visitar su país. La comitiva la integraron Adolfo Costa du Rels con sus hijos Gladys y Fito, y los ministros de Canadá, Perú y Ecuador, con sus esposas. Durante quince días recorrieron las ciudades de Tunes, Cártago, Marza, Side Bou Said, las minas romanas de Dougge, Sousse, El Djem, y penetraron en el desierto del Sahara para conocer Medenine, Tatahooine, Tiro, el oasis de Nepta, las ruinas de Gafsa y la población india de Kairovan. Era un mundo extraño, tan próximo geográficamente a Europa y tan lejano culturalmente. Costa du Rels compartió con sus hijos el encantamiento de visitar lugares de historia y de leyenda. Gozó con la admiración que cada lugar despertaba en ellos. ¡Deseaba tanto que cada uno de sus hijos absorbiese todo el acerbo cultural posible! Era la mejor riqueza que podía conquistarse en la vida. Oficiar de su cicerone intelectual era el mayor servicio que podía prestarles mientras estu-

viesen a su lado.

A la vuelta de los diplomáticos a París, el Comité organizó una comida en la que cada uno de los ministros relató sus impresiones de viaje. Costa du Rels preparó su exposición cuidadosamente. Mientras la repetía ante el selecto auditorio congregado para el ágape, notó que una dama rubia, pálida, delgada, vestida de negro, lo escuchaba y observaba con singular fijeza. Logró dominar la turbación que esto le producía y terminó su discurso con aplomo. La concurrencia pasó a un salón contiguo para ver una película sobre Tunes. El presidente del Comité se acercó a Costa du Rels, que estaba acompañado de su esposa y su hija Gladys, y les presentó a la misteriosa mujer de negro. Era la Duquesa de Rochefort. El había oído hablar de ella. Era la primera dama de la intelectualidad francesa. Campeona del feminismo parisién. Famosa anfitriona de los “Miércoles de la Duquesa”, en los que se reunían a su alrededor, cada primer miércoles de mes, miembros de la “Academia de los Inmortales” y otros ilustres personajes de las letras, dentro de la tradición de siglos en la que se hicieron famosos los “salones” de Madame Recamier y Madame Stáel.

La duquesa felicitó a Costa du Rels por su discurso con palabras convencionales. El se sintió muy halagado de que una dama tan importante tuviese un gesto tan generoso. A los pocos días se sorprendió al recibir una invitación de ella para ir a tomar té en su casa. Supuso que sería una reunión de intelectuales y diplomáticos. Su sorpresa creció de punto al constatar que era el único convidado y, aún más, cuando vio que la señora lo recibía recostada románticamente en un diván, vestida con un ajustado traje de seda que revelaba su fina silueta, recogido elegantemente hasta las rodillas para mostrar las pantorrillas bien torneadas. La conversación fue más bien un interrogatorio de parte de ella. Pecando de impertinente, pero sin mostrar el menor escrúpulo por ello, preguntó a su invitado por su edad, familia, origen, estudios, aficiones. El respondió galantemente. Mencionó a Bolivia, el internado de Córcega, el

puesto diplomático en Chile, sus responsabilidades en la Liga de las Naciones durante la Guerra del Chaco y se refirió, sobre todo, a su labor literaria, a sus versos, la pieza de teatro premiada en Santiago, las novelas publicadas en "L Illustration" y su gran ambición de seguir escribiendo. Mientras hablaba observó a la dama. No era bonita. Se la podía calificar hasta de fea. Su rostro era anguloso. "No ha habido ternura que redondée esos ángulos" -pensó. Estaba en la madurez. Tendría un poco más de cuarenta años, unos cinco menos que él. La blancura de su rostro, el rubio de sus cabellos y la claridad de sus ojos, le daban cierto frescor de juventud.

La duquesa prestó poca atención a las respuestas relativas a triunfos diplomáticos o literarios, con los que él trató de impresionarla. Demostró interés solo en lo más íntimo, en lo que le revelaba la naturaleza de su interlocutor. El no necesitó ser muy ducho para darse cuenta de que ella buscaba al hombre y no al intelectual. Esto lo enorgullecó y, a la vez, lo desalentó. Salió de allí turbado, desorientado. Caminó por las calles más de una hora, para poner en orden sus ideas, antes de volver al hogar. ¿Debería esquivar el franco coqueteo de una mujer insigne, pero de pocos encantos físicos? ¿No sería el mayor éxito de su vida sentimental, la aventura más importante, conquistar el amor de la más inteligente y famosa de las mujeres de Francia?

Al día siguiente mandó una ramo de rosas a la duquesa con una discreta invitación a visitar una exposición de pintura moderna que recién se había inaugurado. A éste siguieron otros encuentros muy discretos, pero cada vez más íntimos, en museos, salones de té y en la casa de ella. El marido estaba siempre ausente, al igual que los dos hijos y las dos hijas.

Adolfo Costa du Rels se convirtió en un concurrente más a los "Miércoles de la Duquesa". En el "Salón" trabó amistad con celebridades como Paul Valery, el poeta mu-



(1) Andree Maurois, (2) Duquesa Aidé de Rochefort, (3) Adolfo Costa du Rels, (4) Helene Vacarescu, (5) Maurice Bedel, (6) Andree Corthis, (7) Paul Valery y otros poetas y escritores. París, 1938.

sical y matemático, André Mauriac, el novelista de temas religiosos y polémicos, André Maurois, el biógrafo prolífico y anglófilo, Paul Claudel, el diplomático, autor teatral y verificador. Todo complejo de inferioridad ante estos maestros se esfumaba al verlos reverentes ante la anfitriona que él conocía como ninguno de ellos, en la intimidad de la alcoba.

Ella cuidaba celosamente del secreto de sus relaciones amorosas. Tenía horror a que un escándalo pudiese empañar su honor personal, familiar y público, perjudicar la gran ambición de ser admitida como miembro de la "Academia de los Inmortales". Tenía terror de que el mundo supiese que era la amante de un diplomático sudamericano. En las fiestas en su casa y en los fines de semana en el castillo de Monteval, él tenía que mostrarse como el menos conspicuo de los convidados. Los encuentros en algún sendero del Bosque de Bolonia, en el restaurante de Bagatelle, en los museos, teatros, cines o conferencias, tenían que ser con todas las apariencias de la casualidad. Había más libertad en Ginebra, donde él iba a cumplir sus obligaciones de delegado ante la Sociedad de las Naciones y ella lo seguía de incognito. Ella encontraba en él un temperamento romántico, sensual, un tanto cínico y burlón, que contrastaba con el suyo y que por eso mismo la atraía. El veía en ella una mujer dominadora y orgullosa, pero con una cultura e inteligencia cautivantes. Ella estaba enamorada de él físicamente. El de ella intelectualmente.

La Liga de las Naciones se vio envuelta en el problema creado por la invasión del ejército italiano a Abisinia y la posibilidad de que la Gran Bretaña empuñase las armas para ayudar a la defensa del país africano. Costa du Rels integró una comisión encargada de buscar los medios de frenar los sueños imperialistas de Mussolini. Siguió el incendio de España en la forma de la más cruenta de las guerras civiles. En Madrid, dominado por comunistas, muchas familias buscaron la protección de las misiones diplomáticas, especialmente de las latinoamericanas, para las que el con-

ceder asilo político era una tradición humanitaria ineludible. Los gobiernos cuyas legaciones tenían asilados gestionaron su salida de la península ibérica. Las autoridades españolas opusieron reparos. Exigieron su entrega para que fuesen sometidos al juicio de tribunales populares.

Se discutió más de un año. El gobierno de Madrid fue cediendo poco a poco. Costa du Rels gestionó la salida de los 130 refugiados en la Legación boliviana. Estaban a cargo del Encargado de Negocios, señor Carlos Moscoso Lozada. El más importante era el Duque de Hernani, primo del ex-rey Alfonso XIII. Costa du Rels se valió de su amistad con uno de los principales miembros del gobierno español, el señor Alvarez del Vayo, que fue jefe de la Comisión de la Liga que visitó el Chaco. Con grandes dificultades consiguió primero la libertad de los niños, las mujeres y los ancianos. Finalmente, obtuvo la del resto. Viajó a Valencia, donde los refugiados habían sido trasladados a un edificio protegido por la bandera boliviana. Junto con Moscoso Lozada acompañó uno por uno, desde la casa hasta el barco argentino que los iba a transportar a Marsella, a cada asilado. Los que tenían joyas las dejaron en la Legación en Madrid. Les fueron devueltas, años más tarde, cuando pudieron volver a su patria.

Costa du Rels fue el más activo miembro de la Liga de las Naciones para obtener que las autoridades de España permitiesen el traslado de los principales cuadros de los museos e iglesias a Ginebra, para salvarlos de los destrozos de la guerra civil.

Verano de 1938. Las sucesivas victorias de las tropas nacionalistas tienen arrinconados los últimos estertores de la república en las provincias que costean el Mediterráneo. El resto de España comienza una penosa recuperación. Costa du Rels llevó a su familia al pequeño balneario de Zarauz, próximo a San Sebastián. Desde allí escribió a Alfonso Querejazu que se encontraba en Friburgo: "Como estoy cerca de Biarritz, he ido a pasar unos días con los Aramayo en

su mansión de Aitzura. Carlos Víctor y sus hermanas, que están muy bien impresionados con lo que llevo hecho de la biografía, me han dejado ver la correspondencia íntima de don Félix Avelino. De este modo he podido penetrar más en el alma de mi personaje. María René me ayudó mucho con la lectura de las cartas. Desgraciadamente, todos los documentos de los años 1880 a 1888, que se encontraba en Tupiza y venían en el "Dieppe", se han convertido en cenizas en el incendio de este barco a la salida de Buenos Aires. No sé cómo llenaré el vacío. No me olvido de nuestra "Huanchaca". Le he dado otro empujón entregando el manuscrito para su traducción al español al padre Camaraza, el cura que sirvió de mensajero entre los rojos que citaban el Alcázar de Toledo y sus defensores. Ahora vive en París y lo conocí allí. Me contó que de las 1800 personas encerradas en la fortaleza, incluyendo 17 monjas, sólo pudo confesar a 13 hombres, por falta de tiempo. Por orden de Moscardó les dió la absolución a todos, en conjunto. La "Illustration" me ha pedido otra novela. La quiere con tema español, por ser el de actualidad. Mi imaginación se ha puesto ya en trabajo. La llamaré "La duquesa roja" o "La dama de Elche". Creo que me he metido en mayores, pero tengo mucho interés en seguir adelante. La figura de la duquesa tiene ya mucho relieve y otros personajes van surgiendo a medida que avanza la narración. Tengo escritas unas 60 páginas. El libro será de unas 260. Hay tantos tipos de humanidad en esta España en ruinas que me siento pelido a echarles el lazo para que queden apresados en el libro. Por ejemplo, conozco aquí en Zarauz a dos canónigos que son un primor".

Otra carta a Querejazu: "Tengo instrucciones del gobierno de viajar a Roma para representar a nuestro país en la coronación del cardenal Pacelli como Papa Pío XII. Lo primero que he hecho al recibir el cablegrama es pensar en ti. Iré con Blanca, Gladys y Fito. Te invito a acompañarnos, con todos los gastos por mi cuenta: Irán también Carlos Víctor Aramayo y María René". Respuesta: "La enfermera de Bella Lui solía decirme que en mi afán de no

ser gravoso a mis prójimos sólo me faltaba ser transparente, para no importunarlos ni con mi presencia. Mi corazón no es más grande que una avellana. Con muy poco se contenta. Un viaje a Roma y a besar la mano del Santo Padre serían demasiado. Dios siempre me ha traído alegrías por tu intermedio. Debo renunciar a ésta porque no tiene acomodo dentro de la vida de renunciación y humildad que me he impuesto últimamente. En un anhelo de perfección "nada" quiero para mejor gustar de "todo". A veces nos figuramos que Dios reclama nuestra ayuda como si no pudiera pasarse sin ella. Nos pide más, una entrega total de nosotros mismos. Espero celebrar a nuestra chuquisaqueñísima virgen, la "Mamita Guadalupe", encerrándome ocho días en un convento de Cartujos. Tal es mi cariño por ella, con mucho de añoranzas de la infancia, que mis amigos la nombran como a mi novia..."

CAPITULO XVII

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE LA LIGA DE LAS NACIONES

Las sombras que el facismo y el nazismo proyectaban sobre el mundo desde principios de la década, se hicieron tenebrosas a partir de 1938. Hitler invadió Austria y Checoslovaquia. Francia e Inglaterra, principales potencias de Europa, prefirieron no oponerse a estos zarpazos creyendo que con ellos se satisfaría el apetito de la bestia. Se equivocaron. Alemania comenzó preparativos contra Polonia. Francia e Inglaterra garantizaron la integridad territorial de esta nación. Una segunda guerra mundial se hizo inminente.

En estas circunstancias Adolfo Costa du Rels ocupaba un puesto de gran responsabilidad. Los países latinoamericanos habían propiciado su candidatura para la presidencia del Consejo de la Liga y resultó elegido entre los catorce miembros del areópago. Dividía su tiempo entre Zarauz, donde continuaba su familia, París y Ginebra.

Francia llamó a su juventud bajo banderas, como medida preventiva. Fito Costa du Rels, que en el Colegio San Luis Gonzaga de París había sido educado por los jesuitas en el fervor chauvinista de la Francia que ganó la

Primera Guerra Mundial, dejó Zarauz con el pretexto de ir a dar un examen que debía del bachillerato y se alistó en la Legión Extranjera. Sus padres, al conocer la noticia, tomaron el primer tren para rescatarlo. El muchacho insistió en su propósito de hacerse soldado. Costa du Rels y su esposa recurrieron a ruegos y razonamientos para disuadirlo. Era boliviano y no francés. Su primera lealtad la debía a su patria de origen. Antes de servir en un ejército extranjero tenía que cumplir sus deberes militares en Bolivia. Las leyes bolivianas prohibían que un ciudadano empuñase las armas por otra nación sin permiso expreso de la autoridad competente. Fito tuvo que ceder. El ejército francés no podía aceptarlo sin permiso de sus padres, por ser menor de edad. Tenía 18 años.

Este incidente dio el argumento final a Blanca de Costa du Rels para convencer a su marido que toda la familia debía volver a Bolivia, a la brevedad posible. El no pudo oponerse. Sabía que toda Europa estaba en vísperas de ser arrasada por una terrible conflagración. La esposa y los cuatro hijos se embarcaron rumbo a la América del Sur. Adolfo Costa du Rels los despidió prometiendo ir a reunirse con ellos tan pronto terminasen sus responsabilidades de Presidente del Consejo de la Liga, cargo que era rotativo y tenía duración de un año.

Alfonso Querejazu, después de haber colaborado a Costa du Rels en Ginebra hasta la terminación de la Guerra del Chaco, volvió al sanatorio de tuberculosos de Bella Lui. Recuperó fuerzas y se trasladó a Madrid. Trabajo en la redacción del diario "El Debate", que dirigía su amigo Angel Herrera, "eminencia gris" del gobierno de Gil Robles. Su salud se resintió otra vez. Eligió un sanatorio de Friburgo para otro tratamiento. Aquí conoció al sacerdote Cestas Rzewusky, ruso, director del Convento de los Dominicos de esa ciudad. Rzewusky alentó la vocación que lo tentaba desde sus meditaciones en las alturas de Bella Lui. Querejazu fue a ver a Costa du Rels a Ginebra. Este escribió a su esposa: "Alfonso, que está curándose en Friburgo, ha

venido a darme consuelo moral en el problema de Fito. Siempre gentil, jovial y afectuoso. Estamos otra vez juntos en el Hotel Beau Sejour. Hemos reanudado nuestras discusiones de Literatura, Filosofía y Metafísica, aunque el tema principal de nuestras charlas ha sido Fito y su intención de luchar por Francia después de hacer el servicio militar en Bolivia. Siente el problema de nuestro hijo como suyo propio. Sus palabras me han dado mucho aliento. Me cuesta recordar que él fue el colegial que me acosaba a preguntas en Sucre. Ahora es él quien tiene respuesta para todas mis dudas. No obstante que es menor que yo con 13 años, esta vez lo veo como a un hermano mayor. Quiere hacerse sacerdote. Está haciendo estudios profundos de Teología y Filosofía en un seminario de Friburgo. No será un cura pechoño. Su espíritu se mantiene muy liberal, su mente muy abierta. El "mundanismo" que ha encontrado en Ginebra lo tiene un poco enervado. Vuelve a Friburgo dentro de dos días. De allí escribirá a Fito reflexionándolo y recordando cuán íntimos amigos fueron en Juan les Pins, Amphion y Cannes. Si alguien puede influir en la voluntad de nuestro hijo es él".

Alemania se tornó más amenazante. Rusia, temerosa de ser atacada después de Polonia, ocupó parte de Finlandia para mejorar la posición estratégica de su flanco derecho. Finlandia denunció la agresión en la Liga. La Argentina pidió una sanción. El delegado Rodolfo Freyre dijo: "Sin duda la Sociedad de las Naciones ha perdido toda fuerza coercitiva, pero le queda la posibilidad de hacer por lo menos un gesto ante el cual no puede retroceder sino quiere hacerse dominar por un sentimiento de suicidio. Este gesto no puede ser otro que la exclusión de su seno de quien repudia sus principios sin mostrar el menor escrúpulo, sin dar razones, poniéndose al margen de esta organización".

Dos llamados al gobierno de Moscú, a fin de que acreditara una delegación en Ginebra para explicar su acción, quedaron sin respuesta. Portugal, India, Ecuador,

Polonia, Turquía, Holanda, Bélgica, Uruguay, Cuba, Venezuela, Santo Domingo y Bolivia, apoyaron el pedido argentino. México, Suiza, Suecia, Letonia, China, Colombia, Albania y Bulgaria se abstuvieron de opinar. Francia e Inglaterra confiaban en que, si se producía una contienda bélica en Europa, Rusia se pondría a su lado para combatir al nazismo, enemigo capital del comunismo. Titubearon en ponerse en su contra dentro de la Liga. Se decidieron por ello al conocer que Rusia y Alemania estaban en tratos para suscribir un tratado de alianza.

El Consejo y la Asamblea fueron convocados para votar sobre la moción de la Argentina. El resultado se lo anticipaba porque la gran mayoría de los miembros declaró su intención a favor. Costa du Rels meditó mucho sobre las palabras que tendría que pronunciar en la histórica ocasión en la que, como portavoz de la organización, pronunciaría la expulsión de Rusia del seno de la Sociedad de las Naciones. Fue a Friburgo a cambiar ideas con Querejazu. Al regreso, en el asiento del tren, encontró una hoja de papel que contenía el texto de la Encíclica "Summi Pontificatus" de Pío XII. Contenía un párrafo que parecía redactado expresamente para el caso que lo preocupaba. Pensó que el hallazgo del papel había sido un designio de la Providencia. Decidió utilizarlo.

La reunión del Consejo, bajo la presidencia de Costa du Rels, fue solemne, pública y breve. La gran sala estaba atestada con los representantes de los países miembros de la Liga, trescientos periodistas del mundo entero y curiosos. Se leyó la resolución adoptada por la Asamblea unas horas antes, por la que se disponía la expulsión de la Unión Soviética. El acto terminó con una breve alocución del presidente. En un informe al Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia relató: "Era una hora de trágica solemnidad. Todos sentíamos que de más allá de los muros ginebrinos nos llegaba la voz de alarma de la conciencia universal, el llamado de todos los pueblos de buena voluntad a congregarse al lado de la víctima, Finlandia, y por

asociación al lado de las otras: Polonia, Austria y Checoslovaquia.

Sin anticipar su origen Costa du Rels leyó el párrafo que había elegido de la encíclica papal en la que se mencionaban como principios inmutables de la convivencia humana el derecho a la vida, a la independencia y a las oportunidades conducentes a una evolución progresiva. Hizo una pausa. Enseguida explicó calmadamente: "Señores, el autor de esas palabras es Su Santidad Pío XII y el pasaje que les he leído corresponde a la encíclica "Summi Pontificatus". La mención del Supmo Pontífice en una organización considerada como el reducto del libre pensamiento y la plataforma de la francmasonería causó estupor. El primero en reaccionar fue el delegado francés, Paul Bouncour, ex-primer ministro de su país, considerado como uno de los más fervientes exponentes del radicalismo, que en sus mocedades fue secretario de Waldeck-Rousseau, promotor de la separación de la Iglesia y el Estado. Tomó la palabra y añadiendo sorpresa a la sorpresa dijo: "Señor presidente, deseo felicitarlo por las expresiones tan justas y tan conmovedoras con las cuales acaba de clausurar usted un debate tan grave y a las que, la cita que ha hecho, añade una singular nobleza. Deseo felicitarlo también por la manera como ha dirigido esta sesión". El representante de Inglaterra siguió a Bouncour manifestando que se asociaba a sus palabras de congratulación. Epilogaron el acto aplausos generales.

La prensa comentó a favor y en contra del uso de una encíclica. Un diario de Ginebra manifestó: "Se ha dejado entrar el fantasma del solideo y la sotana en el templo de la razón". Otro: "Mientras por una puerta se expulsaba de la Liga a Satanás por otra se dio entrada a San Pedro".

La expulsión de Rusia fue el último acto de la Sociedad de las Naciones. Los delegados se dispersaron volviendo a sus respectivos países. El dragón bélico del Reich alemán, con alas sembradoras de bombas, avanzando incon-

tenible sobre la cremallera de sus tanques, vomitando fuego por las fauces de cañones, rifles y ametralladoras, había arrazado con Polonia e iba dando la vuelta para lanzarse sobre Francia. ¿Holanda, Bélgica y Suiza serían aplastadas a su paso? ¿Sus coletazos destrozarían Dinamarca, Suecia y Noruega?

Costa du Rels pasó de Ginebra a Lausanne para encontrar a sus amigos Carlos Víctor y María René Aramayo, que estaban en una clínica sometidos a un tratamiento en vísperas de viajar a Bolivia. Convinieron en reunirse próximamente en Tupiza para tomar las decisiones finales respecto a la biografía. En el hotel Costa du Rels encontró a don Alfonso Borbón. El ex-rey de España tuvo mucho interés en conversar con el Presidente del Consejo de la Liga para conocer los informes que tenía sobre las inmediatas intenciones del ejército nazi. ¿Atacarían Suiza? Era muy posible. Cuatro divisiones blindadas estaban concentradas en la frontera. Don Alfonso preguntó también por Simón I. Patiño, cuyo hijo se había casado con una de sus parientes. ¿Era realmente de origen muy modesto? ¿Quiénes fueron sus progenitores? ¿Por qué usaba sólo el apellido materno con la inicial del paterno? ¿Cómo hizo fortuna? ¿Por pura suerte o por esfuerzo personal? ¿A cuánto ascendía su riqueza? ¿Se lo admiraba o criticaba en Bolivia?

De Lausanne Costa du Rels se dirigió a Friburgo. Lo preocupaba la situación en que estaría Querejazu si los alemanes ocupaban Suiza. Y aún si no lo hacían, Suiza quedaría como un pequeño islote en medio de la tempestad. No se podría ayudarle si su salud sufría otra crisis. Querejazu declaró que prefería quedarse en Friburgo para terminar sus estudios de Teología y ordenarse de sacerdote. Costa du Rels se dio cuenta de que estaba dominado por la influencia del director del Convento de los Dominicos, Cestas Rzewusky. Querejazu le explicó: "Debo mucho al padre Rzewusky. Es quien más me ha animado a la vida religiosa. Es mi asesor espiritual. Ha hecho milagros de diligencia y de bondad para facilitarme todo. Todavía necesito de él

hasta que haga mis votos. No te imaginas la solicitud de sus cuidados en los períodos en que mi salud sufrió recaídas. El quisiera que entre a su orden. Yo preferiría ser monje cartujo. Pero ni lo uno ni lo otro será posible por mi enfermedad. Habría peligro de contagio en comunidades en las que se comparte todo. No tengo otro camino que llegar a ser cura seglar. Sea cual sea la voluntad de Dios la acataré con alegría".

Costa du Rels fue a ver a Rzewusky. Se encontró frente a un fraile alto, robusto, con cabellos gruesos y canos. Rostro de líneas regulares, pero de expresión severa. Los anteojos con armazón dorada le daban un aire docto, a la vez que dominador. Sus modales afeminados le recordaron los de Francois Mauriac. Rzewusky lo recibió con mucha frialdad. Sabía ya de sus empeños para sacar a Querejazu de Friburgo y llevarlo a España. Argumentó con frases sentenciosas. Querejazu había encontrado su vocación religiosa en Friburgo y en Friburgo debía quedarse. No se podía contradecir los designios de la Divina Providencia. La España ultramontana y con las actividades culturales estranguladas por la dictadura no era el terreno propicio para un espíritu selecto, ávido de saber.

Costa du Rels salió de la entrevista de mal humor. Nunca había tropezado con un individuo tan helado, tan desprovisto de todo sentido de humanidad. No podía comprender cómo Querejazu podía sentir admiración por él. ¿Quién era este fraile extraño que se había adueñado de la voluntad de su hermano? Encontró la respuesta, por casualidad, cuatro años más tarde, cuando era embajador de Bolivia en Buenos Aires, en un almuerzo en el que le tocó estar sentado al lado de la Gran Duquesa María, de la familia de los zares de Rusia. Había conocido a Rzewusky entre los rusos que, como ella, buscaron asilo en París a raíz de la revolución bolchevique. Era amigo íntimo del príncipe Yusupoff, asesino de Rasputín. En la colonia rusa se sabía que Yusupoff era homosexual y se suponía que Rzewusky tenía relaciones carnales con él. Vivía en Neully,

con una vieja nodriza con la que escapó de Rusia por Turquía. Tenía habilidades artísticas y se ganaba la vida vendiendo dibujos. Contaba a todos de una pesadilla que lo tenía atormentado, pues se le repetía periódicamente con desesperante tenacidad. En ella veía la puerta de un salón del que emergían música y otros ruidos de una alegre fiesta. Trataba de llegar hasta allí a través de un largo zaguán. Conforme avanzaba las paredes se iban estrechando y acababan por oprimirlo. Despertaba lleno de espanto. Consultó médicos, psicólogos y hasta una nigromante para curarse de esa obsesión. En un viaje a Italia conoció a un sacerdote dominico que iba en el mismo compartimento del tren. Entablaron conversación. Congeniaron. Rzewusky contó de su pesadilla. El cura le aconsejó. Le dijo que estaba buscando el remedio donde nunca lo encontraría. Que éste estaba en la oración, en una comunicación permanente con Dios. Rzewusky repuso que no creía en ningún Dios. El dominico lo invitó a pasar unos días en su convento de Roma. Allí podría explicarle cuán milagrosa podía ser la fe. Rzewusky aceptó. No dejó el convento por mucho tiempo. Abrazó la religión católica. Se entregó de manera total al estudio de los libros sagrados. Se olvidó de la pesadilla. Se hizo dominico. Su capacidad y dedicación lo llevaron a la dirección del convento de Friburgo.

Costa Du Rels insistió ante Querejazu. En esos días las columnas motorizadas del ejército alemán iniciaron su avance hacia el oeste invadiendo Holanda. Costa du Rels invocó el nombre de la madre, de los hermanos y hermanas, a los que creía representar en sus ruegos. Debía ir a España para dar tranquilidad a todos. Después de la guerra podría volver a Friburgo. Querejazu cedió. Los dos amigos viajaron a París en el último recorrido del Oriental Express. La capital francesa estaba presa del pánico. Se esperaban bombardeos aéreos en cualquier momento. Había un éxodo de familias. Sacos de arena protegían los principales edificios y monumentos. Hasta los caballos de Marly ocultaban su arrogancia, como avergonzados de estar en medio de una derrota antes de que hubiese sonado el primer dis-

paro.

Querejazu siguió viaje a Madrid. Costa du Rels se quedó unos días más en París para ayudar a su prima Tita a guardar lo más valioso del departamento de la Avenida Kléber. Ella había decidido quedarse allí, aun cuando París fuese ocupado por los alemanes. También se iba a quedar su hermana Isabel. Alentándose mutuamente las dos sobrevivirían cualesquiera que fuesen las circunstancias.

Costa du Rels ha descrito en su libro "Los Cruzados de Alta Mar" su despedida de París en mayo de 1940. "Habiendo terminado lo que tenía que hacer, me he quedado en mi escritorio, meditando, en medio de una biblioteca formada libro por libro, a lo largo de mi vida. Silencioso adiós a viejos amigos... Siento que una fuerza extraña me arranca de estos lugares familiares, tan desiertos, donde mi permanencia no tiene sentido. ¿Dónde están mis hijos? Esta frase repercute en las habitaciones, a lo largo de los corredores, sin despertar ningún eco. ¿Dónde están mis niños? ¿Dónde está el niño que yo mismo fui?... He salido a pasear por las calles de la ciudad y he tenido la impresión de haber reencontrado la ingenuidad de mi alma que desapareció hace mucho tiempo. Mis pasos han sido los del adolescente que recorrió por los mismos lugares en otra despedida de hace 34 años. Nada humano vino a disociar el fenómeno singular por el cual el corazón todavía ardiente de un hombre maduro reencontró la ciudad de sus sueños y se inclinó tiernamente sobre ella... París está ahí, casi abandonada y sin embargo tan humana en la aflicción solitaria de sus avenidas y plazas. Golpeada por el estupor, parece recogida sobre sí misma, esperando, escuchando. Con una sola mirada abarqué el Arco del Triunfo, el Obelisco de la Concordia y el Louvre, esos polos de grandeza de este París, que es cerebro y a la vez el alma de Francia. Diez siglos de luchas, de investigaciones apasionadas, en los que millones de seres han trabajado, cantado, soñado, sufrido, por la elevación del espíritu, por la dignidad de la persona humana, por el goce estético de los sentidos, por

la evolución del gusto... Después de horas de peregrinaje emocionado, he vuelto por los Campos Elíseos para llegar al departamento. Creí que caminaba por el leche seco de un río cuyo curso había sido desviado por algún extraño maleficio. Tuve la sensación de ser, en ese instante, en medio de una veintena de transeúntes que se movían pegados a los muros, con largos intervalos, el único que sentía el placer amargo de vagar. El Arco del Triunfo se destacaba sobre un cielo escarlata. No vi ni sus grupos famosos, ni sus frisos, ni las listas de los héroes gravadas sobre las pilastras. No era para mí sino un pórtico abierto a la angustia y la incertidumbre de los días próximos”.

Varios diplomáticos sudamericanos resolvieron trasladarse a Biarritz hasta que se definiese la situación. Con ellos viajaron el Duque y la Duquesa de Rochefort. Estando en el balneario sobre el Cantábrico se enteraron de la rendición de Francia, que el Mariscal Petain había entregado dos terceras partes del territorio a la ocupación alemana y que él se iba a instalar en Vichy como cabeza de la porción restante. Cuando menos se esperaba los alemanes entraron a Biarritz. Costa du Rels los vió desde la ventana de su hotel descender de los camiones y motocicletas y ocupar los principales edificios. Los días siguientes los observó bañándose en la playa. Desprovistos de sus cascos, uniformes, correaje y botas, no eran sino adolescentes rubios, alegres y juguetones. Había que hacer un gran esfuerzo de imaginación para reconocerlos como guerreros, como integrantes de la fuerza más letal en la historia, como instrumentos de la brutalidad nazi. El Hotel Carlton fue requisado para el general von Hoyst, comandante de la zona, y para su plana mayor. Los diplomáticos resolvieron ir a Vichy. Requerían visas para pasar de una zona a otra de Francia. En la oficina correspondiente encontraron un enorme gentío. Se aproximaron a un empleado. Los miró con desprecio y les dijo: “¿Diplomáticos?, ja, ¡falsos príncipes!, ¡hagan cola como los demás!”. El chofer del ministro del Ecuador, ex-nilista catalán, les resolvió el problema. Les aconsejó poner un billete de mil francos dentro de cada

pasaporte. El mismo se encargó del trámite. A los pocos minutos se presentó en el hotel con las visas y, además, con cupones para gasolina. El trayecto hacia Vichy tuvo varias peripecias. Los caminos estaban atestados de gentes que se desplazaban de un lado a otro del país, como insectos de un hormiguero pisoteado. Una de las noches, algunos de los “falsos príncipes”, entre los cuales figuraba Costa du Rels, tuvieron que dormir sobre mesas de billar, envueltos en cortinas, porque todas las habitaciones del hotel y hasta los corredores estaban llenos de pasajeros. Decidieron quedarse en La Bourboule, pequeño balneario de aguas arsenicales, a orillas del río Bordogne, próximo a Vichy, hasta que sus gobiernos les hiciesen llegar instrucciones sobre la actitud que asumirían con el Mariscal Petain. Todos se instalaron en el Hotel Médicis. El Duque de Rochefort siguió viaje a Cannes, donde tenía una mansión en la que se encontraban sus hijos. La duquesa permaneció en La Bourboule. Para matar el tiempo el grupo organizó un cenáculo en el se pasaron las horas recitando versos propios y ajenos, leyendo trozos de Marco Aurelio, Pascal y Chateaubriand y haciendo charadas como los aristócratas franceses antes de perder la cabeza en la guillotina. Presidía las sesiones literarias la “divina Helena”, Madame Vacarescu, representante de Rumania ante el gobierno francés y la Liga de las Naciones, poetisa, mujer de extraordinaria vitalidad. El consejero de la Legación argentina, señor Rothe, leyó parte de sus memorias. Costa du Rels un capítulo de la novela “Huanchaca”, publicado en la “Revue de París”.

Costa du Rels congenió mucho con el ministro de Chile, señor Gabriel González Videla. Tuvieron largas conversaciones a solas. Discutieron la mediterraneidad de Bolivia. Costa du Rels explicó cuál era el angustioso significado que el enclaustramiento geográfico tenía para su patria y la fuerza del anhelo popular de volver a orillas del mar. González Videla, que vivía con una gran ambición política, declaró: “Quién sabe si algún día, querido amigo, usted y yo ocupemos puestos directivos en nuestro respectivo país. Entonces será la ocasión de buscar solución a tan

importante problema”.

El Mariscal Petain mandó a un alto funcionario de su gobierno para invitar al Presidente del Consejo de la Sociedad de las Naciones a que lo visitase en Vichy. Costa du Rels acudió de inmediato a la cita. Encontró el héroe de Verdún, el que fuera ídolo de Francia, octogenario, agobiado, entristecido por haberse visto obligado a arrodillar a su patria ante el odiado teutón. El diálogo fue breve. El viejo militar explicó: “Lo he invitado a verme para hablar del Secretario General de la Liga. Como usted sabe, el señor Joseph Avenol es de nacionalidad francesa. Hubiéramos querido que mantenga una actitud discreta, para no crear-nos más problemas de los que tenemos, pero ha declarado por radio que en vista de que el señor Hambro, presidente de la Asamblea, no puede salir de Noruega por estar internado por los alemanes, y porque no tiene noticias de usted y supone que se ha ido a Sud América, él toma el timón de la Sociedad. En cuanto supe que estaba usted en La Bourboule me he alegrado mucho. Hemos pedido al señor Avenol que renuncie. No lo quiere hacer. Arguye que es un funcionario internacional y que debe cumplir un contrato. Tal vez usted pueda convencerlo. El cargo parece que le ha subido a la cabeza y está haciendo declaraciones públicas que nos comprometen, porque se las toma como provenientes de un portavoz de Francia y no de un empleado de un organismo internacional”. Costa du Rels ofreció hacer todo lo que estuviera a su alcance. El gobierno de Petain lo proveyó de gasolina para llegar a Ginebra. Aprovecharon de viajar con él don Miguel Angel Cárcano, ministro argentino, y sus dos hijas.

Avenol no esperaba la aparición del Presidente del Consejo. Lo suponía al otro lado del Atlántico, perdido entre las montañas de los Andes. Costa du Rels le explicó las preocupaciones del Mariscal Petain. Su primer deber era con Francia. Debía renunciar. Avenol, que trabajaba en la Liga desde su fundación, era hombre orgulloso, de reacciones bruscas. Se molestó desde el momento que vio a

su interlocutor. La charla degeneró en agria discusión. Costa du Rels amenazó con destituirlo. El abandonó el despacho dando un portazo. Esa noche viajó a Vichy. A su vuelta recogió de su escritorio los papeles personales y dejó una renuncia escrita. No quiso ver más al Presidente del Consejo. Costa du Rels nombró secretario interino a Sean Lister, irlandés, tan antiguo como Avenol en sus servicios en la Liga. Con él adoptó las disposiciones necesarias para que en Ginebra quedase únicamente un esqueleto de la Sociedad, con el personal de empleados reducido a un mínimo. Por disposición de la última Asamblea, existía una Comisión de Control, de siete miembros, con residencia en Lisboa. La Oficina del Trabajo había recibido hospitalidad del gobierno canadiense en Montreal. Otros servicios se acomodaron, hasta que concluyese la guerra, en la Universidad de Princeton y en el Instituto Rockefeller, de los Estados Unidos.

Las obligaciones diplomáticas estaban finiquitadas. Antes de dejar Europa para ir a reunirse con la familia en Bolivia, quedaban pendientes dos deberes de orden sentimental. Despedirse de la nación en la que, desde 1924, había tenido tantas enseñanzas, tantas emociones, tantas satisfacciones. Decir adiós a la ilustre amiga que venciendo las naturales asperezas y severidad de su carácter había sido con él comprensiva y bondadosa.

Viajó a Cannes donde se encontraba la Duquesa de Rochefort. Allí comenzó a escribir un ensayo titulado “France, Terre Curtoise” (Francia, tierra cortés), basado en otro que publicó dos años antes llamado “Aperçu sommaire de l’influence française sur l’évolution des idées en Amérique du Sud” (Apreciación sumaria de la influencia francesa en la evolución de las ideas en la América del Sur). En los movimientos por la independencia “el odio a España, el opresor, fue compensado por el amor a Francia, país de libertad”. “Para los latinoamericanos Francia no tiene fronteras: su imperio es el del genio latino”. “Las ideas de Augusto Comte, fe en la ciencia, y reducción de todas

las cosas a la medida del hombre, apasionaron los espíritus. Se hicieron, por miles, más que adeptos, militantes". "Dios, en el corazón de los pueblos de América, ha quedado aislado dentro de la Fe, como el carozo en el corazón de la fruta. Si nunca ha perdido la veneración de las masas, le ha faltado el homenaje cotidiano que la inteligencia rinde a toda fuente de conocimiento". "¿Qué es un país? Una pequeña porción del planeta encerrada entre límites naturales y convencionales, donde viven gentes para las cuales la grandeza esta en razón directa con el grado de cultura que han alcanzado. ¿Qué es la cultura? La suma de inteligencias que a través de los siglos, han, si no resuelto, al menos profundizado, los problemas que el hombre, desde sus orígenes, se ha planteado siempre. Es Atenas, es Roma..., un tesoro veinte veces secular de adquisiciones espirituales que Francia ha recibido, guardado, enriquecido y retrasmitido al mundo". En el opúsculo Costa du Rels declaró su fe en el genio de una nación que pronto saldría de la crisis más grave de su historia. Su fe en la supervivencia de los valores morales e intelectuales que inspiraban la marcha ascendente de Francia a través de los siglos y que inspirarían el gran resurgimiento de la postguerra.

Tuvo que presentarse en una oficina policial para registrar su pasaporte. El empleado lo recibió con indiferencia, pero al darse cuenta de su título, cambió de actitud y hasta de fisonomía. Se tornó humilde, obsequioso. Le ofreció una silla. Llamó a su ayudante con fuerte acento provinciano: "¡Jerome, Jerome, ven acá! Fijate bien en el señor. Es el Presidente del Consejo de la Sociedad de las Naciones. No hay otro en el mundo. ¡Es único, como el Papa!".

En las páginas de la libreta de apuntes de Costa du Rels, correspondientes a enero de 1941, se lee: "Hemos revisado mi trabajo "France, Terre Curtoise" con ella. Atardecer maravilloso. La tristeza se insinuaba entre nosotros. Comimos en un pequeño restaurante. Recordamos nuestras comidas en París, Roma, Londres, Amsterdam, La Haya.

Todo tiene el sabor de un viaje a la luna. En el hotel todos me preguntan por Bolivia. Alguien me dice: "Felices los que pueden alejarse de este continente maldito". "14 de enero: Ultimo día con ella. Me propone ir a la iglesia de Nuestra Señora del Buen Viaje. Idea conmovedora. Leemos mi manuscrito. Nos refugiamos en lo intelectual por temor a lo sentimental. Almorzamos en un pequeño bar cerca de Martínez. Apenas probamos bocado. Ultimas recomendaciones. El espejo del bar y otro a nuestras espaldas, reflejaron al infinito nuestras siluetas, cada vez más pequeñas, como anticipando la sucesión de los días de nuestra separación. Partimos para la estación. No hablamos más. Ella fue a comprar diarios. "Para que te distraigas", me dijo. Los minutos pasaron terribles. Le obsequié mi linterna de bolsillo, la que usábamos para guiar nuestros pasos en el "black out" de París. "Para que me encuentres un día", le dije yo. Partió el tren. En el andén quedó su silueta esbelta, envuelta en un tapado de visión..."

En la frontera de España había mucha gente. Una pareja se acercó a Costa du Rels. Eran dos viejos. Tenían aire distinguido. Se dieron cuenta de que él poseía pasaporte diplomático.

— "Por favor, señor -rogó el esposo-, ayúdenos. Háganos pasar como si fuésemos sus sirvientes".

— "Si pudiera lo haría con mucho gusto..."

— "Por favor, señor, se lo suplicamos. Aquí en Francia nuestras vidas corren peligro, como la de todos los de nuestra raza". El hombre mostró un anillo con un enorme diamante que estaba en un anular de su esposa. Siguió suplicando: "Es lo más valioso que tenemos. Tiene mucho valor. Tómelo, señor, a cambio de salvar nuestras vidas..."

— "Guárdense la joya, y vengán conmigo".

El funcionario de inmigración dejó pasar al diplo-

mático boliviano, mas detuvo a la pareja de judíos. No aceptó la afirmación de que eran su ayuda de cámara y su sirvienta. Los dos viejos quedaron al otro lado de la barrera. Costa du Rels se dio vuelta para hacerles un gesto de despedida. Los vió pálidos, asustados, apretados el uno contra el otro. Toda Francia le decía adiós en la patética mirada de aquellos desgraciados. Ella respondió a su saludo levantando una mano. Costa du Rels distinguió los brillos de la joya. ¿Eran pequeños rayos de esperanza?

CAPITULO XVIII

EMBAJADOR EN LA REPUBLICA ARGENTINA

Adolfo Costa du Rels tuvo que esperar varias semanas en Madrid a que el barco español en el que tenía pasaje para Buenos Aires se decidiese a cruzar el Atlántico. La actividad bélica de los submarinos hacía peligrosa la travesía.

El señor Julio Alvarado, a quien había conocido cuando trabajada en el Consulado de Bolivia en París y que ocupaba las funciones de Encargado de Negocios en la capital española, lo alojó en su residencia. Aprovechó del tiempo para terminar "France, Terre Curtoise". Envió el manuscrito a Cannes, a fin de que la Duquesa de Rochefort lo hiciese editar. Hizo varias visitas al Museo del Prado. Se deleitó en la contemplación de sus cuadros favoritos: el retrato de la Infanta Catalina Micaela, de Coello, que le recordaba a su prima Lilline de Ajacio, los Funerales de la Virgen, de Girlandajo, y La Rendición de Breda, de Velásquez.

Estuvo cuantas veces le fue posible con Alfonso Querejazu, que había logrado ingresar al Seminario Diocesano de Avila, "Estoy muy contento, -le contó el aspiran-

te a sacerdote-, el obispo me ha dispensado una acogida muy benévola y paternal. He adoptado como padrinos de mi vocación a mis santos favoritos: San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila. Serán mis intercesores en el Reino Celestial para que pueda llegar hasta mi consagración sin nuevos tropiezos". Viendo la desnudez de su celda Costa du Rels le obsequió un cojín para que le sirviese de almohada. "Lo usaré porque es un recuerdo tuyo, pero habría preferido seguir con la imitación a Cristo, que no tenía ni donde reclinar la cabeza".

El vapor "Cabo de Buena Esperanza" cruzó el océano sin contratiempos. En Buenos Aires Costa du Rels encontró a su esposa y a su hija Gladys que fueron a darle alcance. Se separaron en la estación ferroviaria de Río Mulatos, en la altipampa boliviana. Ellas siguieron a Sucre, él a La Paz. Quería ver a su hijo Fito que estaba haciendo el servicio militar como alumno del Colegio Militar y que mantenía su propósito de combatir por Francia en cuanto cumplierse la mayoría de edad.

Era Ministro de Relaciones Exteriores don Alberto Ostría Gutiérrez. El Presidente Germán Busch lo había invitado a ese cargo dos años antes, cuando comprendió cuanta afinidad existía entre su exaltado patriotismo y el del diplomático que acababa de firmar tratados importantes de vinculación ferroviaria con el Brasil, para sacar al Oriente boliviano de su aislamiento y abrirle posibilidades de progreso. El General Enrique Peñaranda, actual presidente, lo mantenía en el mismo cargo como el hombre de mayor prestigio en su gobierno y como autor y ejecutor de una política internacional que tenía por objetivo sacar a Bolivia de la actitud huraña en que había vivido mucho tiempo y convertirla en el centro de contactos de un equilibrio continental.

Costa du Rels conocía las inquietudes y éxitos que habían jalonado el camino de Ostría Gutiérrez hasta la Cancillería, por las cartas que en los años anteriores recibió de

él: "Río de Janeiro, 11 de Junio de 1937. Mi deseo de completar la obra que dejé inconclusa en los años que estuve de plenipotenciario en el Perú, me hizo regresar a Lima cuando se me ofreció la Legación en el Brasil. Di fin a mi labor allí suscribiendo un pacto de amistad y no agresión, en el que, además, se establece el libre tránsito... Presenté mis credenciales al jefe del Estado brasileño hace poco más de seis meses. Quiero hacer aquí algo positivo como en Lima. El hecho de que sea abogado titulado en este país me abre algunas puertas. Estoy comenzando por buscar la construcción del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz, para salvar el Oriente boliviano de la absorción paraguayo-argentina y conseguir un mercado para nuestro petróleo". "Río de Janeiro, 4 de febrero de 1938. Los resultados van superando mis previsiones. Creo que el Oriente boliviano se ha de convertir en una nueva Bolivia: la Bolivia ganadera, agrícola y petrolífera, distinta de la Bolivia minera que va terminando de roerse las entrañas". "Río de Janeiro, 6 de enero de 1940. Estoy de canciller desde hace seis meses, por segunda vez. La labor es a pura pérdida. Sólo se recogen enemistades, amarguras, desengaños. Hay que ser muy Quijote para continuar en la brega. La impresión que se tiene es que todos los esfuerzos que uno hace por la Patria se pierden en la incomprensión, como gotas de lluvia en el océano. Entre mis proyectos literarios tengo una novela sobre La Paz que se llamará "La Ciudad de Barro". Costumbres, ambiente político, miseria material y moral. La patética pretensión de eternidad sobre barro deleznable. La ciudad será el personaje principal. Los cuentos quechuas están casi listos".

Ostría Gutiérrez invitó a Costa du Rels a ser embajador de Bolivia en la República Argentina. En las circunstancias del momento era tal vez el puesto más importante de la diplomacia boliviana. En primer lugar, era urgente interesar a la Argentina en abastecerse de petróleo boliviano y llegar con rieles hasta Santa Cruz, para balancear la influencia que podía tener el Brasil con el ferrocarril de Corumbá. En segundo lugar, por causa de la guerra mundial, Bolivia

tenía dificultades de adquirir trigo y otros productos esenciales que antes se importaban de los Estados Unidos. Era necesario comprarlos en la Argentina. Se estaba gestionando la elevación del rango de las Legaciones en Lima, Río de Janeiro y Buenos Aires a la categoría de embajadas.

Costa du Rels aceptó. Prometió todo su empeño para colaborar a su amigo en gestiones de tanta importancia. Viajó por unos días a Tupiza, convidado por los esposos Aramayo, para dar los últimos toques a la biografía de don Félix Avelino. Comentó en una carta a su esposa: "Mi imaginación al narrar los lugares tupiceños en que se desarrolló parte de la vida de mi protagonista no estaba muy equivocada. Sólo he añadido el detalle de la campanilla en el zaguán de la casa. El Redondo existe, pero en media huerta. El viejo manzano ya no está. Se fue donde se van todos los señoríos. El libro se publicará dentro de tres meses, en Buenos Aires. He suprimido algunas referencias desfavorables a la Argentina a fin de no perjudicar mi misión diplomática en ese país". Se trasladó luego a Sucre. Carta a Alfonso Querejazu: "Llegué el 25 de febrero, en autocarril. Todos me han acogido con mucho cariño. Mi primera visita fue al cementerio, a depositar flores en las tumbas de los seres que se fueron. El campo santo es acogedor. Tengo allí un sitio comprado para mi última morada. Acto continuo me fui a Totacoa, donde me quedé tres semanas, en compañía de Gladys y Nena. Pasamos días muy gratos con los baños en el estanque y tomando los duraznos directamente de los árboles. A pedido de los estudiantes de la Facultad de Derecho di una conferencia sobre "La guerra considerada como instrumento de política internacional". Y comenzaron los agasajos: comilonas, ajíes, etc. Banquete de los amigos en el Club de la Unión. Me echaron flores en los discursos. Les respondí que si hice algo en Ginebra fue gracias a la buena estrella que me acompañó por haber sido bautizado con agua del Inisterio en la capilla de la "Mamita Guadalupe". Hasta los canónigos me hicieron un homenaje invitándome a una reunión en la Sala Capitular de la Catedral. Les solté algunos latinajos con los

que gané indulgencias".

Costa du Rels llegó solo a Buenos Aires. Se alojó en el hotel más lujoso, el Plaza Hotel. Tenía convenido con su esposa que ella y los hijos se le unirían tan pronto como consiguiese una casa. Presentó sus credenciales al Presidente Ramón Castillo el 30 de abril de 1941. Carta a Sucre: "Chiquita querida: Pasó la ceremonia de la presentación de credenciales. Ahora me preocupo de buscar nuestro alojamiento con la ayuda de Marcelli, hermana de María René Aramayo. Hay serias dificultades. Piden enormes sumas por departamentos con muebles de muy mal gusto. La vida es más cara de lo que creía. El sueldo de 6.000 pesos argentinos mensuales resulta escaso para instalarse bien y hacer una representación conveniente a los intereses del país. El embajador del Perú gana 15.000 pesos, el del Brasil 14.000, el chileno 10.000, y ocupan casas que son propiedad de sus gobiernos. Alberto Ostria me ha honrado mucho al confiarme esta misión, pero al mismo tiempo me ha hecho un presente griego. Tienes que ir embalando nuestros cuadros, bibelots y toda la platería. Con todo eso daremos a nuestra morada un sello personal. El auto que he pedido a los Estados Unidos me llegará dentro de dos meses. Todos los embajadores que entran en funciones dan una gran recepción al Cuerpo Diplomático. Le he dicho al Jefe de Ceremonial que yo la daré cuando tú llegues. Mi amigo Miguel Angel Cárcano ha tenido la amabilidad de introducirme en los más importantes círculos y clubs. Vuelve como embajador a Vichy. Aprovecharé de su viaje para mandar víveres a Tita. Hay malas noticias de Alfonso. Debido al esfuerzo de sus estudios en el seminario y a su vida ascética su enfermedad ha recrudecido. Esta otra vez en un sanatorio. Tuvo dos vómitos de sangre y ha perdido 15 kilos. Tal vez no lo volvamos a ver. Esto me tiene profundamente apenado. Con Cárcano le estoy mandando Ovmaltina, Fosfatina y otros tónicos".

La prensa bonaerense dispensó un trato muy favorable al primer embajador boliviano. Lo llamó "diplomático

de actuación descollante en la Liga de las Naciones" y "uno de los más grandes novelistas sudamericanos". Costa du Rels tenía por colaboradores en la misión al señor Roberto Villanueva, como consejero, al señor Gustavo Medeiros Querejazu, como primer secretario, al coronel Alfredo Sánchez, como adjunto militar, y al señor Calderón Mendoza, como adjunto cultural. Un tiempo después, el Coronel Sánchez fue reemplazado por el Mayor Armando Ichaso y el señor Calderón Mendoza por el intelectual Oscar Cerruto. Su brazo derecho fue Gustavo Medeiros, joven abogado chuquisaqueño, que inició su carrera diplomática como inmediato colaborador del canciller Ostria Gutiérrez desde 1938 hasta su nombramiento en Buenos Aires.

La asistocracia porteña, poderosa e influyente en todos los campos de actividad, rancia, rica, engreída, no abría sus puertas a los diplomáticos, salvo a aquellos que se presentaban con las especiales credenciales que exigía a sus propios miembros: abolengo o fortuna. A Costa du Rels le valió su amistad de París y La Bourboule con don Miguel Angel Cárcano, uno de los más distinguidos exponentes de esa clase social. A los pocos días de la llegada de Costa du Rels a la capital argentina, Cárcano le ofreció un banquete en el Rotary Club, en el que lo rodeó de un selecto grupo de sus amigos personales, de personeros del gobierno y el parlamento. Con la introducción de Cárcano el plenipotenciario boliviano fue aceptado como persona grata en las esferas oficiales y los escalones superiores de la sociedad. Esto último se consolidó gracias a la amistad con dos importantes damas que conoció en París, en invitaciones de la señora María René de Aramayo: Zelmira Paz de Anchorena, miembro de la familia dueña del diario "La Prensa" y Justina Gómez Martínez de Bluger que tenía fama de ser una de las mujeres más bellas y elegantes de la Argentina y cuyo esposo figuraba entre los más ricos por sus fábricas de cerveza y otros productos.

Empero, el relacionarse con personas de la más elevada clase social tenía serias complicaciones. Se tenía

que aparentar riqueza personal si no se quería sufrir desaires y humillaciones. No se podía pensar ya en sentar domicilio en cualquier edificio. Y los alquileres en los barrios residenciales eran astronómicos. Los "cuadros, bibelots y platería" de la casa de Sucre, que habrían servido para la residencia de un embajador limitado a sus vinculaciones diplomáticas, resultaban tristes y pobres para quien estaba relacionado con los Cárcano, Martínez de Hoz, Paz, Bluger, Palacios, Pueyrredón, Cáceres. No cabía otra alternativa que seguir viviendo en el Hotel Plaza, con el pretexto de que se seguía buscando una residencia adecuada. La reunión de la familia se hacía casi imposible, salvo que el gobierno de Bolivia comprase una casa para la embajada. Costa du Rels se empeñó en ello. Obtuvo opción de compra sobre una hermosa mansión ubicada en la Avenida Alvear, a un precio razonable. Sus gestiones ante el Ministerio de Hacienda de La Paz, para que se le enviase el dinero necesario para cerrar la operación, no tuvieron más eco que promesas que nunca se cumplieron.

Surgió otra complicación. Costa du Rels se enamoró de la señora Justina de Bluger. Al mismo tiempo, su coacción mantenía una lealtad muy *sui generis* para con la esposa ausente, a quien no dejaba de escribir periódicamente, y también para con la amiga de Francia, la Duquesa de Rochefort. Sólo dos personas íntimas sabían lo que ocurría entre la beldad y el diplomático. Algunas lo suponían. El resto lo ignoraba debido al cuidado con el que los protagonistas cubrían el secreto de su idilio con las apariencias de una inocente amistad en sus encuentros en recepciones, almuerzos, banquetes, bailes o cualquier otro evento público.

Cuando Costa du Rels estaba con la señora Bluger no podía evitar el hacer comparaciones con la Duquesa de Rochefort. Físicamente eran parecidas en la esbeltez de sus siluetas y espiritualmente en su bondad. Eran diferentes en todo lo demás. La argentina era de facciones finas y dulces. Intensamente femenina, elegante, engreída y frívola. Poseía

una cultura superficial con mucho acento francés por haber vivido veinte años en París. Ambas amaban al boliviano contra su propia voluntad, arriesgando su tranquilidad, su honor, la paz de su hogar. Se sentían atraídas hacia el porque, al contrario de sus maridos, era tierno, romántico y las admiraba sinceramente. Porque se acercaba a ellas como un adolescente ambriente de cariño. Porque les daba satisfacción sexual.

El juego del escondite era mucho más difícil en Buenos Aires que en París. En París el ambiente que rodeaba a la pareja era esencialmente masculino e intelectual, sin ninguna inclinación a preocuparse de la vida ajena. En Buenos Aires era masculino y femenino, completamente mundano, con la chismografía como uno de los principales pasatiempos. Para quienes conocían a la duquesa les era imposible imaginar siquiera que la adusta dama me metiera en una aventura amorosa. Muchos de los amigos y amigas de la popular y rica Justina, por emulación o envidia, habrían sentido gran placer si hubieran podido colgarle el San Benito del escándalo.

Alberto Ostría Gutiérrez renunció a la cartera de Relaciones Exteriores. Su tarea se había vuelto demasiado pesada al añadirse a su responsabilidad de conducir la política exterior de Bolivia, la de ser el principal defensor de un gobierno débil en un parlamento en el que la oposición no cesaba de atacar con cualquier pretexto, dispuesta a socavar las bases de sustentación del régimen. Se retiró de la Cancillería para ir a ocupar el puesto de embajador en Chile. Como con el tratado de amistad y libre tránsito con el Perú, y los de venta de petróleo y vinculación ferroviaria con el Brasil y la Argentina, quería ahora trabajar en Chile por la necesidad mayor de su país, una salida propia y soberana al Pacífico.

El Presidente Enrique Peñaranda ofreció el Ministerio de Relaciones Exteriores a Costa du Rels: "La Paz, 18 de septiembre, de 1941. Señor embajador y amigo: El ale-

jamiento del señor Ostría me priva de un eficiente colaborador y he pensado que ninguna persona está más llamada para reemplazarlo que usted. Conozco la alta labor que realiza usted con la embajada en Buenos Aires y precisamente, haciendo honor a ella y al patriotismo del que usted tiene rendidas suficientes pruebas, es que le invito a desempeñar la Secretaría de Relaciones Exteriores y Culto, seguro como estoy de que su inteligente y eficaz colaboración serán de positivo provecho para nuestra patria, a cuyo servicio estamos todos". Su esposa le pidió que aceptara: "Por nuestros hijos, por tu carrera, por nuestro país que te necesita en ese puesto, acepta, chiquito mío. Te extrañamos enormemente. ¿Cuándo querrá Dios que estemos juntos? Nuestros hijos están en edades en las que necesitan mucho de ti. La unidad de la familia les es más indispensable que nunca..."

Costa du Rels no titubeó ni un solo momento. Declinó la invitación del presidente. Le habría gustado culminar su carrera diplomática llegando a la situación más alta del escalafón, mas la experiencia de Ostría Gutiérrez era aleccionadora. En las circunstancias de intensa agitación política en que vivía Bolivia, el cargo tenía más responsabilidades dentro del arduo juego de la política interna, en el que se entremezclaban ambiciones de personas, grupos y partidos, que en la dirección de las relaciones internacionales. Hasta los tratados ferroviarios suscritos por Ostría Gutiérrez se habían convertido en motivo de una peligrosa rivalidad regional. Tarija se sentía celosa de Santa Cruz, porque esta ciudad iba a tener líneas férreas que le llegaban desde la Argentina y el Brasil y ella nada. Podía ser más útil a su patria donde estaba, donde había iniciado su misión con tanto empeño, donde tenía ya establecidos contactos importantes, en algo para lo que tenía aptitudes. Ignoraba los entretelones de la política interna boliviana debido a su larga ausencia en Europa. No poseía el temperamento luchador de Ostría Gutiérrez. Era soñador y poeta. Carecía de una mente realista, capaz de ver a personas y cosas tal como eran y no como los adornaba con su imaginación. ¿Cómo

podía entonces ocupar un puesto en el que además de diplomático tenía que ser jefe de un gabinete ministerial, orientar al gobierno para que la nave del Estado se mantuviese a flote sobre un mar de ordinario proceloso y además sembrado de minas por la oposición? Contestó al General Peñaranda: "Señor Presidente y apreciado amigo: Con profundo sentimiento me veo obligado a declinar la muy honrosa invitación que usted me ha hecho, dado que el Ministerio de Relaciones Exteriores, aunque parezca la coronación de la carrera diplomática, queda siempre sometido a los embates de la política, a sus excesos, a su incompreensión. En tales condiciones, no creo ser yo la persona adecuada para asumir un puesto que no corresponde a mi carácter ni a mis tendencias". La segunda parte de la carta la dedicó a informar que se iba ganando terreno en el ánimo de los parlamentarios argentinos para que diesen su aprobación a los tratados de compra de petróleo y vinculación ferroviaria y a dar cuenta de sus esfuerzos para regularizar el aprovisionamiento de recursos alimenticios a pesar de la escasez de material rodante en la línea férrea que entraba a Bolivia por La Quiaca. A su esposa le dijo: "Dios me libre de ser Canciller en los momentos actuales de la política boliviana. No quiero enzarzarme en los matorrales de las pasiones partidistas. Tal vez mi actitud se haya comprendido mejor ahora que otros cuatro embajadores también han rechazado el puesto, seguramente al igual que yo, no por falta de patriotismo, sino al ver que la política internacional sirve de trapo rojo en una muleta que se agita en la plaza pública. Ostria se ha ido a Chile agobiado. Un hombre sensible no puede atender ese cargo a no ser que esté mordido por el diablo de la ambición presidencial. ¡Y para mí esto no vale ni una vela! He arreglado la cuestión de las deudas de Bolivia a la Argentina. Sin esto no podía avanzar nada en lo demás. Esas deudas estaban pendientes desde 1926. Ahora quedan los tratados, pero como el Congreso Argentino se ha clausurado, queda postergada su consideración hasta mayo de 1942. He tenido una semana plagada de convites. Yo tuve que dar una recepción para condecorar a tres militares ar-

gentinos. Tengo mucho trabajo en la oficina. Las compras de ganado, trigo y otros recursos alimenticios son un constante dolor de cabeza. Entre Gustavo y yo tenemos que hacerlo todo. El último sábado se inauguró el nuevo local alquilado por los obreros bolivianos. Discursos, bebidas, cuecas y huayños. Tuve que bailar. La casualidad hizo que mi pareja fuese de Huanchaca, una simpática cholita huanchaqueña".

En otra carta a su esposa relató un drama en el que se vio envuelto involuntariamente: "Durante la guerra del Chaco, cuando don Casto Rojas estaba de ministro en Buenos Aires, la Legación tuvo que tener agentes secretos que la ayudasen a constatar la ayuda que la Argentina estaba prestando al Paraguay en armas, gasolina y víveres y aún en asesoramiento militar. Un coronel y un funcionario del Ministerio de la Guerra y un empleado de la Intendencia, apellidado Pita, fueron nuestros espías. El gobierno de Buenos Aires descubrió sus actividades después de la contienda, en 1936. Se les siguió juicio. El coronel fue enviado a Ushuaia, la Siberia argentina, condenado a trabajos forzados por el resto de su vida. Pita y el otro empleado fueron encarcelados. La mujer de Pita también fue condenada, por considerársela cómplice. Logró probar su inocencia. Pese a su inocencia, la mujer y el hijo de Pita, fueron víctimas del escarnio público. El muchacho no pudo cumplir su deseo de ser marino, porque se lo rechazó en la Escuela Naval. Encontró trabajo en una fábrica de vidrio donde aspiraba polvos muy dañinos. Los otros trabajadores se mofaban de él y lo llamaban "el hijo del espía". Vino a verme para pedirme ayuda. Alto, rubio, de ojos negros, muy pálido. Estaba desmoralizado. Me contó que tenía un gran respeto y cariño por su padre hasta que supo de su traición. "Ahora no tengo a quien respetar", me declaró con voz acongojada. Le hablé de su juventud, del hogar que podría formar con una buena esposa. Me sonrió con tristeza. "Mi caso no tiene compostura, señor", me dijo. Le consulté si no quería ir a trabajar a Bolivia. Me miró fijamente. ¿No sería allí también "el hijo del espía"?, me

preguntó. Le dije que no. Le prometí escribir a don Casto Rojas, que es Presidente del Banco Central, para que viese la manera de conseguirle alguna colocación. Se marchó prometiendo volver hoy sábado. Hace un momento, el portero Estebán vino a avisarme que la madre había llamado por teléfono. El muchacho no vendría ya. Se suicidó anoche. Este drama anónimo, me ha espantado. Me ha hecho reflexionar mucho. Ojalá nuestros hijos tengan siempre un padre a quien puedan respetar. He pensado en Fito, obstinado en arriesgar su vida por una causa ajena, sin apreciar lo bondadoso que el destino es con él. Constantemente he procurado que tenga todo lo mejor, en lo material y en su educación, recordando cuán desgraciada fue mi infancia. En cambio la vida ha sido tan injusta con el joven Pita, tan despiadada, hasta el extremo de empujarlo por una puerta falsa”.

Costa du Rels escribió a continuación a su hijo contándole lo mismo y añadiendo: “He comprendido, en una especie de revelación cegante, la responsabilidad recíproca de aquellos que transmiten la vida y la de los que la reciben. He comprendido que entre seres inteligentes, el respeto es el fundamento de las relaciones entre un padre y un hijo. Tú me has dicho con frecuencia que yo te he formado, que me debes todo lo que sois. Y bien, a menudo me he preguntado si he hecho suficiente por tí. Temo no haber estado lo suficientemente cerca. Temo no haber sido una fuente perfecta de respeto. Temo que nuestras relaciones no han sido tan perfectas como yo he deseado. Cuántas veces he soñado con lo feliz que yo hubiera sido teniendo la oportunidad de dar a mi padre motivos de orgullo, de rodear su vejez de un bienestar inteligente. Si la suerte lo dispuso de otra manera, si lo perdí cuando tenía 12 años, por lo menos su recuerdo ha sido siempre para mí una fuente de respeto. Comprendo muy bien que quieras ir a alistarte en las fuerzas del general De Gaulle, pero lo encuentro prematuro. Mi pequeño, el destino puede separarnos más temprano de lo que pensamos. Entonces, ¿para qué adelantar el hecho? Te estás dejando atraer por un es-

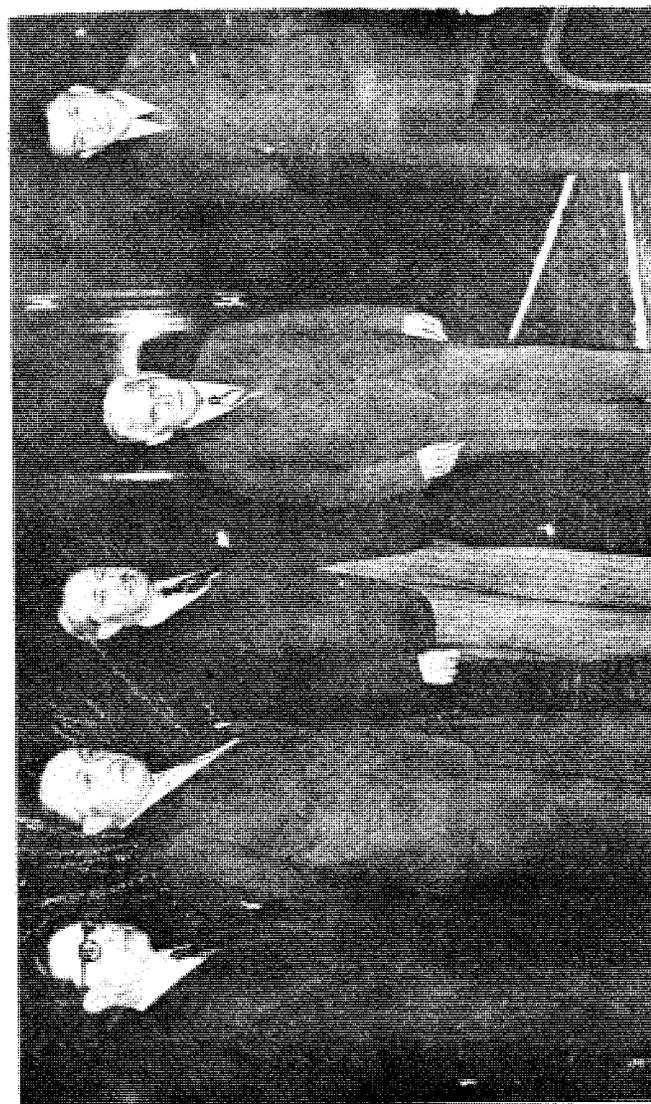
pejismo. Francia está fuera de combate por el momento. No podrá reanudarla sino cuando Inglaterra haya podido establecer un poco de equilibrio de fuerzas con Alemania. De Gaulle representa actualmente un gran valor, pero solamente moral. No podrá hacer nada mientras los Aliados no sean un equipo más fuerte que el de Alemania e Italia. Esto tomará mucho tiempo todavía. En estas condiciones, te lo repito, toda acción de tu parte, será prematura e inútil. El gran secreto de éxito en la vida es saber decir la palabra justa en un momento oportuno, hacer el acto útil en la debida oportunidad. Si no obstante mis repetidas reflexiones tu me dejas en las circunstancias actuales, significaría que mis consejos y mis opiniones no han tenido valor para tí, querría decir que he cesado de ser una fuente de respeto. Te he dado una cultura francesa a fin de perpetuar en nuestra familia una tradición. Pero esto no es razón para dejarse arrastrar por actos desconsiderados e inútiles. Si te hubiera dejado enrolar en la Legión Extranjera en septiembre de 1939, ¿qué hubiera ocurrido?. Hoy serías un prisionero en Alemania, sometido a trabajos forzados. Cuando llegue el momento oportuno, cuando tu gesto tenga algún sentido, cuando Francia haya vuelto a ser una nación admitida en pie de igualdad dentro de una alianza con Inglaterra y los Estados Unidos, tu enrolamiento con De Gaulle tendría un sentido práctico. Estás impaciente. Lo comprendo. Es cosa de tu edad. Yo soy lúcido y lógico. Es cosa de mi edad. Te estrecho contra mi corazón”.

Fito contestó: “No, yo no acepto que haya habido imperfección en nuestras relaciones. Para mí ellas han sido un modelo, un milagro, algo precioso y maravilloso, mejor que cualquier otra amistad. ¿No ves que mi ideal corresponde exactamente a tu vida? ¿Que es un ideal recogido de tí? Ha nacido poco a poco, cuando me hablabas de tu padre, de su vida, de su mala suerte. Precisamente, porque no soy capaz de hacer lo que tú has hecho por Francia, debo darle lo único que tengo: mi juventud y, si es necesario, mi vida. Es tu propia sangre y tus propios sentimientos que hablan en mí... Daddy, tú eres la fuente perfecta del respeto.

Quisiera expresar el inmenso cariño que siento por tí... He presentado ya mi solicitud de baja del Colegio Militar, para que se haga efectiva a fines de año. Haz todo lo posible por ayudarme a cumplir mi anhelo”.

La imposibilidad de viajar a Europa por causa de la guerra y dificultades de transporte a otros países del continente americano, hacían de Buenos Aires, más que de ordinario, el punto de atracción para las personalidades de Bolivia que querían dar una vuelta turística con el pretexto de cualquier misión oficial, semioficial o por razones de orden personal. Esto impuso a Costa du Rels una tarea más. La de hacerles atenciones y presentarlas a las autoridades argentinas, en muchos casos al propio Presidente de la República. Uno de los visitantes fue el Ministro de Hacienda, don Joaquín Espada, llegado a la capital porteña por motivos de salud. Carta de Costa du Rels a su esposa: “El ministro Espada me habló de que se barajaba mi nombre como una posible candidatura civil a la Presidencia de la República, frente a una nueva candidatura militar. “No puede ser sino usted o don Luis Calvo”, me dijo. Le repuse que no pensase en mí porque carezco de aptitudes para tan encumbrada situación, que no soy político y que estoy muy lejos de tener ambiciones de tanta monta. Me parece que el que tiene ambiciones es él mismo y que, muy ladino, sólo trató de sondear mis intenciones. Se las expuse muy claras y terminantes”.

El visitante de más categoría fue el señor Eduardo Anze Matienzo, que con característica audacia y ambición aceptó ser el sucesor de Ostria Gutiérrez en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Llegó a Buenos Aires en febrero de 1942 para suscribir tres protocolos que la embajada había venido negociando laboriosamente durante meses. Por uno de ellos se dio cierta satisfacción a las aspiraciones de Tarija, al obtenerse un adelanto de diez millones de pesos argentinos, pagaderos en petróleo boliviano, para la construcción de una carretera que uniese esa ciudad con la república vecina. En el segundo, se estipuló la entrega de



Con el Presidente de la República Argentina, señor Ramón J. Castillo y los senadores bolivianos Enrique Baldovino, Pedro Zilveti Arce y Manuel Carrasco. Buenos Aires, 1942.

doce millones de pesos para la construcción del primer tramo del ferrocarril de Yacuiba a Santa Cruz. En el tercero, se estableció la forma y condiciones de venta del petróleo boliviano.

El éxito de la labor diplomática de Costa du Rels en Buenos Aires tuvo expresión en el primer encuentro de presidentes de Bolivia y la República Argentina. El General Enrique Peñaranda y don Ramón S. Castillo, acompañados de sendas comitivas, se dieron un abrazo en la localidad de Pocitos, inauguraron la construcción del Ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz, intercambiaron condecoraciones y pronunciaron discursos sobre la confraternidad de los dos países.

La atención de sus deberes de embajador, los constantes compromisos sociales y la *liason* con la señora Bruger impidieron a Costa du Rels disponer de tiempo y de tranquilidad para hacer literatura. Sin embargo, su producción del pasado dio algunos frutos en este período. Se hizo una segunda edición en Buenos Aires de "France, Terre Curtoise", en vista de que la primera, editada en Cannes y para la que la Duquesa de Rochefort había conseguido un prólogo escrito por el insigne poeta Paul Valery, fue decomisada por los alemanes. También en Buenos Aires salió una versión española de "Tierras Hechizadas". Finalmente, la biografía, iniciada doce años antes, vio la luz en la misma ciudad.

El crítico literario de "La Nación", el diario más importante de la Argentina, dijo respecto a "Félix Avelino Aramayo y su época": "He aquí un libro de auténtica aristocracia mental... Arte finísimo del autor, larga visión, exquisita sagacidad. Libro mesurado y noble. La intensidad de la emoción y la energía del pensamiento, envuélvense en una serenidad exterior de mucha elegancia. Hasta los reproches se revisten de cortesanía y la amargura recóndita de algunos pasajes sonríe con tristeza señorial y digna... Costa pone en "Aramayo y su época" su propia armonía espiritual". Otro entusiasta comentarista fue el investigador

histórico, bibliógrafo y ensayista boliviano, don Humberto Vásquez Machicado, que expresó en carta al autor: "La Paz, 5 de febrero de 1943. El libro se devora con avidez. Nada de complicaciones internas, ni de problemas psicológicos dilacerantes a lo Dostoyewsky. La prosa ágil y ligera corre rauda, con cincel cauto, con mano maestra en estilo, con belleza de forma y perspectiva. La descripción de las conferencias en el "Lackawana" durante la guerra del Pacífico es sencillamente maravillosa. Allí hay todo: pasión, emoción, rudeza, dolor, angustia y hasta la solemnidad trágica del destino patrio. Es algo perfecto, completo, definitivo. El juicio sobre la Sociedad de las Naciones me parece brillantísimo. Algo que se destaca en la obra son los medallones. Cuando toca usted a algún personaje los retratos son admirables, por el diseño básico, la precisión de líneas y el realismo del colorido..."

El PEN Club de Buenos Aires recibió a Costa du Rels en su seno. También lo hizo, en octubre de 1943, la "Academia Argentina de la Historia". En esta segunda ocasión dictó una conferencia sobre don Juan José de Segovia, su antecesor por la línea materna.

Fito Costa du Rels llegó a la capital argentina resuelto a cumplir su propósito de ir a luchar por la Francia Libre contra Alemania. Era ya mayor de edad y con el año de servicios en el Colegio Militar de La Paz había cumplido sus deberes con Bolivia. Los obstáculos legales estaban vencidos. Pero, aunque la mayoría le otorgaba independencia de acción, no quiso viajar sin el visto bueno de su padre. Era muy grande el respeto y cariño que sentía por él. Este explicó en carta a la esposa: "Chiquita querida: Bien puedes imaginar la sorpresa dolorosa que me ha causado la aparición de Fito. Lo creía contigo, gozando de los baños y la fruta en Totacoa. Llegó anoche. Nos quedamos conversando hasta las tres de la madrugada. Sufre de una verdadera obsecación. Ya puedes imaginar el debate sordo, desesperado, estrellándome contra su capricho. Hoy y todos los días seguiré con mi obra de persuasión. ¿Lograré labrar la piedra

gota a gota? Vivirá en una pensión a dos cuadras de mi hotel. Tiene un espíritu exaltado que lo hace sordo a todo lo que no está a favor de su idea. Me esperan días muy amargos. Me ha dicho que él ha nacido para el sacrificio y no para la vida fácil. Dice que seguirá siendo boliviano, pero que su vocación es la de soldado en tiempo de guerra y que si Bolivia no tiene tropas en esta guerra, ideológicamente está comprometida y por lo menos él, como otros pocos, debe combatir por los principios que Bolivia sustenta, que son también los de Francia. Estoy frenando su viaje gracias a mi influencia con el jefe del movimiento De Gaulista. ¿Pero hasta cuándo podré valerme de este subterfugio? Quiera Dios que la guerra termine pronto para evitar más calamidades al mundo y a nosotros esta pena tan honda".

CAPITULO XIX

EL HIJO PERDIDO EN EL MAR

En los años de existencia materialista y mundana en Buenos Aires, Costa du Rels no escuchó más palabras de espiritualidad que las que le llegaban de tarde en tarde en las cartas del amigo que dejó en España y que, al contrario de él, se alejaba cada vez más de las preocupaciones de este mundo para entregarse a un misticismo razonado.

“Sanatorio Español, Guadarrama (Madrid), 8 de noviembre de 1941. En mi camino al sacerdocio no he podido pasar de diácono hasta la fecha. Veinte días antes de celebrar mi primera misa caí otra vez gravemente enfermo. El 6 de junio, aniversario de mi bautizo, vestí sotana, prenda de una nueva vida. Poco después, a intervalos regulares, se fueron sucediendo las órdenes menores hasta el diaconado. Mis emociones con cada una de ellas no son para describirlas en blanco y negro. Todas las oraciones de la liturgia insistían en tres ideas madres: luz, alegría y amor. El día del Corpus Christi, caminando en la procesión entre los clérigos, era tanta mi alegría que me dije: “Si así es en los principios, cuando lleguen las órdenes mayores no cabrás en ti de felicidad. Te estallará el pecho”. Semanas después, tuve un pequeño desmayo. A los dos días una pequeña

hemoptisis. Dejé el seminario de Avila y me fui al hospital. A los cuatro días todo había pasado. Fui disponiendo todo para ordenarme sacerdote el día de la Asunción. El día de Santa Ana, cuando menos podía esperarse, sufrí otro vómito de sangre, el primero de una serie que me han tenido muy mal durante 40 días. He tenido jornadas con cinco y seis hemoptisis. En los primeros días de agosto se temió por mi vida. Se probaron todos los medios sin poder restañar la sangre. Debilidad extrema. Se formó un absceso que se tuvo que operar. A mediados de septiembre, por órdenes superiores, vine a este sanatorio. Moderno, pequeño, lleno de luz y alegría. Me cuidan con esmero. He recuperado tres kilos. Parece que mi verdadera vocación es la de enfermo. Tengo paz y alegría interior”.

“Sanatorio Español, 22 de diciembre de 1941. Mi convalecencia marcha lentamente. Me van volviendo las fuerzas. Puedo ya estudiar un poco. Como diácono estoy obligado al rezo diario del oficio divino. Las dos horas que paso en recitarlo son de gloria para mí. Mi soledad es completa. Tres meses llevo aquí y no conozco a nadie, pero es una “soledad sonora”, como la que quería San Juan de la Cruz. Nuestro santo obispo de Avila quería ordenarme estas Navidades. No será posible. Aún no me levanto de cama. No te preocupes por mí, ni menos me tengas compasión”.

“Sanatorio Español, 5 de junio de 1942. Hace un mes que fui a Avila. El 10 de mayo recibí las sagradas órdenes. Mucho te recordé en esa ocasión. Al día siguiente, en San José de Avila, primer convento fundado por Santa Teresa y en el altar de San Juan de la Cruz, celebré mi primera misa. Con el sacerdocio Dios me lo ha dado todo. Siento en mí una felicidad insospechada. La sangre hizo nueva aparición y mis superiores me mandaron de nuevo aquí. A los pocos días nuevo vómito de sangre. Más de diez días que estoy sin misa y esta es recia prueba”.

“Sanatorio Español, 16 de julio de 1942. Todos los síntomas del mal han desaparecido totalmente. Vivo en la

esperanza de ir muy pronto a sembrar en los corazones el bien y la alegría. Mi apostolado será el apostolado de la alegría. Como ves el dolor no amortigua mis entusiasmos. El 19 de junio, día de tu cumpleaños, dije una misa para que Dios te bendiga y pague con gracias la caridad fraterna que me demuestras en tus cartas y con el envío de los tónicos”.

El otro amigo íntimo, Alberto Ostria Gutiérrez, le escribía con la inspiración de otro misticismo, el misticismo de su amor a Bolivia: “Santiago de Chile, 8 de diciembre de 1943. El panorama político de nuestra patria se va enturbiando día a día. Puede producirse cualquier sorpresa. Lo peor sería que un nuevo cuartelazo lleve al poder a otro “caudillo bárbaro”. El Movimiento Nacionalista Revolucionario es capaz de prenderse a la leva de cualquier sargento con tal de llegar al gobierno...”

“Santiago, 28 de diciembre de 1943. Bolivia ha sido un milagro de resurrecciones desde su nacimiento. Pero el golpe de Estado de hace ocho días me hace ver con mucho pesimismo el futuro. Me siento profundamente decepcionado y triste. Se vienen horas muy negras para nuestra patria. Me quedaré aquí hasta que pase la noche, por muy larga que sea. He vendido mi automóvil en cien mil pesos chilenos y en el curso de los próximos meses iré comiendo desde las ruedas hasta la antena. ¿Y después? He comenzado a tantear las posibilidades de trabajar aquí. Cuento con buenos amigos. El tren de vida que he comenzado desde que renuncié a la embajada es modestísimo. Encaro las cosas con mucha filosofía. Sueño ya con el día en que podamos volver al terruño, usted a Totocoa y yo a Yotalilla, a hacer nuevos cuentos en medio de los alfalfares y bajo los durazneros, inspirándonos con las tormentas y las avenidas, con las noches intensamente estrelladas y los indios silenciosos, en esa paz humilde y resignada de la campaña chuquisaqueña”.

El golpe de estado al que se refirió Ostria Gutiérrez ocurrió el 20 de diciembre de 1943. Derrocó al gobierno del

General Enrique Peñaranda y colocó en su lugar una logia secreta de oficiales jóvenes (Razón de Patria o RADEPA), encabezada por el Coronel Gualberto Villarroel. La logia tenía por aliado al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), partido político nuevo, pro-nazi, organizado alrededor del economista y profesor universitario Víctor Paz Estenssoro, hombre frío, calculador, movido por una inquebrantable determinación de alcanzar el gobierno después de Villarroel por medios electorales o revolucionarios.

Tres eran los capitales intereses de Adolfo Costa du Rels en la vida: las mujeres, sus libros y sus hijos. En un mundo lleno de amargas, consideraba que no había mejor sazón para endulzar la existencia que el amor de una mujer bella por su físico, su espíritu o su intelecto. Para él, vivir sin amar y ser amado, sin la complementación física y sentimental de un ser del otro sexo, no era vivir. Los libros le daban el inmenso placer de crear y, al mismo tiempo, de aprisionar en una realidad concreta los personajes que pululaban constantemente en su imaginación; de tener, mientras duraba la concepción, amigos íntimos cuya compañía era muy grata y que el día de mañana, cuando él hubiera desaparecido, podrían recordar su nombre a los lectores. Amaba a sus hijos por lo que eran en sí mismos y porque eran los únicos que podían dar continuidad a su vida, prolongando el apellido que él había inventado, más allá de la muerte, cuidando que la huella que iba a dejar no se borrara demasiado pronto.

Cuando los hijos estaban muy pequeños no les prestó mayor atención. Comenzó a interesarse en ellos conforme alcanzaban la edad en que se comienza a usar la razón. Entonces, le gustaba dialogar con ellos, participar en sus juegos, contarles lo que estaba haciendo por Bolivia en la Liga de las Naciones. Eran, junto con su esposa y Tita, el primer auditorio para sus discursos, los primeros confidentes de sus proyectos literarios. Cierta sensación de inseguridad, que subsistió a través de toda su existencia y que se incrustó en su carácter desde que se vio huérfano de

padre y madre en la niñez, lo impulsaba a buscar consejo para cada uno de sus actos. Mientras estuvo rodeado de su familia, su esposa y sus hijos constituyeron el mejor apoyo moral. La admiración que ellos sentían por él sirvió de aliciente básico para sus empeños de diplomático y de escritor.

Se preocupó de que sus hijos crecieran sanos y fuertes mediante la práctica de algunos deportes. Cuando estaban en Amphion hizo una excursión con los tres mayores hacia el Monte Blanco. Una caminata de doce kilómetros. Al año siguiente los llevó a aprender a esquiar en una montaña de Suiza. En los veranos fomentaba su afición al remo y la natación. Al mismo tiempo cuidaba que sus mentes absorbiesen cultura. En el viaje que hizo a Italia con su esposa, en 1935, hizo que Gladys los acompañara. Comentó en una carta a Alfonso Querejazu: "En Milán, Verona, Venecia, Bolonia y Florencia mi mayor placer ha sido ver los ojos de mi hija iluminarse como con una secreta alquimia cada vez que entrábamos a los museos y maravillarse ante las obras de Miguel Angel, Tintoreto, Veronese o el Ticiano". Viajó a Londres con ella y la dejó interna en un *finishing school* para que complementase los conocimientos adquiridos en colegios de Francia con una base cultural británica. De la capital inglesa escribió a su esposa: "No te rías. He despertado llorando. Soñé que Gladys se metía de monja".

Su mayor anhelo era que uno de sus hijos fuese el continuador de su obra. Le hacía sufrir cualquier manifestación de individualidad en ellos, de que querían seguir un camino diferente al suyo. Esto era más penoso tratándose de Fito en quien, por ser el mayor de los varones, hubiera querido tener a su sucesor nato, la prolongación de su propia existencia en todas sus facetas. Cuando tenía 14 años lo hizo vestir por primera vez con pantalones largos y corbata, para que fuese con él a la Liga de las Naciones. Lo presentó a varios delegados. El muchacho demostró curiosidad, pero muy poco interés. Tuvo comentarios des-

deñosos para la diplomacia. Sus ojos negros y brillantes reflejaban una intensa vida interior. Dejaba voluntariamente los juegos por los libros. Se parecía a su padre sólo en la avidez por absorber cultura. Sentía gran admiración por los héroes militares. Prefería leer sobre Juana de Arco, Napoleón o el Mariscal Liautey que obras de Lamartine, Chateaubriand o Maurice Barrés. El padre confiaba en que esa preferencia era un producto pasajero de la edad, similar a la que él tuvo por Napoleón en sus días de colegio. Que pronto pensaría como él: que es mucho más meritorio el autor que escribe un libro que el general que gana una batalla. Carta a Alfonso Querejazu: "La curiosidad que Fito tiene por todo me llena de alegría. Tengo en él a un gran amigo. Hacemos largos paseos vespertinos charlando de todo un poco, de corazón a corazón. Son los mejores momentos del día".

Empero, nada en Fito era superficial o pasajero. Un día que caminaba con su padre y sus hermanos en el Bosque de Bolonia planteó su tema favorito: la guerra y el heroísmo. "La guerra, -dijo- es para los hombres lo que para los cisnes es un estanque, un lugar donde pueden exponer su belleza". En otra ocasión, discutiendo sobre Montaigne, declaró: "Preferiría morir antes que mostrar que siento miedo".

En el viaje que Costa du Rels hizo a Tunes con Gladys y Fito vio a su hijo comulgar al lado de su hermana la noche de Navidad y volver del altar "con los ojos semicerrados, con el cuerpo un tanto inclinado hacia adelante, como si fuera portador de un mensaje demasiado pesado para sus espaldas juveniles". En una vacación en Marruecos (1938), mientras el padre poetizaba viendo a las cigüeñas volver del Africa a la primavera de Europa, "enlazando dos mundos, dos religiones, a Mahoma y Cristo" y en un atardecer, en medio de una tormenta, se conmovía al escuchar la voz de un *muesin*, que desde lo alto de una mezquita próxima al hotel, "parecía querer conjurar las fuerzas desatadas de la naturaleza e imponer la razón a los espíritus

maléficos", el hijo hizo mil preguntas al oficial que les servía de guía sobre la obra del Mariscal Liautey y no tuvo ojos sino para las más famosas construcciones de Francia en su colonia: La Casa de Fez, el Meknés en Taroudant, el Safi en Río del Oro y el Tifni en Rabat.

Cuando Fito comenzó sus exámenes de bachillerato su padre lo acompañó hasta la Sorbona. Anotó en una libreta: "Bella mañana de primavera. Los árboles de las avenidas están floridos, como para dar coraje a los jóvenes que esperan que se les abran las puertas del porvenir. Me apoyo en el brazo de mi hijo. Caminamos sin hablar, como si poco a poco él y yo nos confundiésemos en un solo ser. Mi hijo soy yo mismo hace 30 años. Emocionante continuidad de los actos humanos. Mi hijo recomienza en el dintel de la Sorbona el mismo gesto que yo hice ya en la puerta de la biblioteca de Ajacio. Una inmensa paz invade mi corazón. Fito y yo somos dos humildes eslabones de una inmensa cadena. Mis esfuerzos han culminado, a través de innumerables y contradictorias circunstancias, en la creación de esta inteligencia que está a mi costado, como en apresto. No siento ningún orgullo, solamente una calma muy grande, una especie de reposo inmaterial que se traduce apenas en el peso de mi brazo sobre el brazo de mi hijo. Es otro ser, pero en el fondo soy yo mismo desdoblado. Es un producto mío, vigoroso, bello, listo a reemplazarme si jamás yo desfallezco. Esta sensación me da una impresión de juventud extraordinaria. Mi confianza en la vida, en la que he podido resistir tantas borrascas, está acrecentada. Fito se despidió en la puerta de la universidad: "Hasta dentro de algunas horas, papá. Ten confianza en mí". Vuelvo al departamento por el Boulevard San Miguel. Me siento feliz. Miro con ojos ávidos las vitrinas de las librerías. Me digo a mi mismo: "Estoy comenzando mi examen de Filosofía en la Sorbona". Esta simultaneidad extraña con mi hijo, de la que tengo profunda conciencia, me da una gran confianza en el porvenir".

La simbiosis era sólo un espejismo en la mente del

progenitor. La realidad mostró toda su crudeza cuando Fito se separó de la familia en Zarauz para enrolarse de soldado de la Legión Extranjera y escribió a su padre: "He ejecutado, con todo el sentimiento patriótico que puede llenar el corazón de un hombre, la consigna que tu padre te dio a tí: "Recuerdasiempre de que eres francés, aunque no lo seas". Dile a mamá que los amo a los dos con todo el corazón y todo mi ser. Los voy a defender, porque su mundo, el mundo latino y occidental, ha sido atacado. Voy a defender también a Bolivia. Ruega a Dios que nos proteja. Que mamá esté tranquila. Voy a ofrecer mi sacrificio por Francia, porque ella sea la cabeza de una nueva Cristiandad, porque sólo ella lo merece y es capaz, de una Cristiandad que asegure el reino de la justicia y de la paz".

Estas ideas se mantenían vivas cuatro años después, cuando Fito se presentó a su padre en Buenos Aires. Su enrolamiento en las fuerzas combatientes de la Francia Libre se hizo cada vez más inminente, pese a los esfuerzos para disuadirlo. Una súbita y fuerte afección al hígado lo obligó a internarse en una clínica. La enfermedad lo retuvo allí más de seis meses.

La hija menor fue llamada de Sucre para ingresar a un internado inglés. Costa du Rels en carta a su esposa: "Nena es un encanto. Hay que verla cabellos al viento, sonrosada, correteando por el parque de su colegio. Sale los domingos para estar conmigo. Ríe, canta y me alegra. Cada fin de semana trae un poco de sol a mi alma ensombrecida por su hermano".

También llegó a Buenos Aires la hija mayor, Gladys, para ayudar a su padre en los deberes sociales de la embajada. Trajo consigo un problema. Paul Hirsch, gerente de la agencia que la empresa minera "Hochschild" tenía en Potosí, quería casarse con ella. Costa du Rels la desanimó: "Tu hermano quiere ir a matar alemanes y tú quieres casarte con un alemán. Admiro mucho a Goethe, Bethoven, Rilke y tantos otros genios de esa raza, pero nunca me olvido

que mi padre combatió contra alemanes y fue su prisionero. No puedo dejar de pensar que son alemanes los que han provocado la guerra que hoy asola Europa y está haciendo tanto daño a la humanidad. Nada tengo contra tu enamorado. Debe ser un joven de excelentes cualidades, como tú lo describes. El no tiene la culpa de su nacionalidad, mas yo no quisiera tener un yerno alemán y menos nietos con sangre alemana".

Gladys acabó por someterse a los deseos de su padre para hacer desaparecer el motivo que iba enturbiar sus relaciones. Rompió con Hirsch. En cambio, Fito salió de la clínica con fuerzas renovadas para ejecutar su designio. Consiguió, al fin, que el Comité de la Francia Libre en Buenos Aires, tramitara su enrolamiento. Se le informó que había sido enlistado, pero no en la Legión Extranjera, sino en la Primera División Blindada que estaba en formación en Algeria, bajo el comando del General Lattre de Tassigny. Tendría que esperar unos pocos meses la salida del barco que lo iba a transportar a su destino junto con otros voluntarios que se estaban reclutando en Sud América.

La Nochebuena de 1943 fue muy triste para el padre y los tres hijos. Cenaron en la intimidad de una habitación privada del Hotel Plaza. Un minúsculo árbol de Navidad, colocado en el centro de la mesa, era lo único que simbolizaba la ocasión. Sus ramas no tenían ningun adorno. Estaban a tono con las almas de los comensales. Los cuatro seres estaban agrupados como obedeciendo al instinto de protegerse mutuamente de la tormenta que se anunciaba en el horizonte. Costa du Rels observó a sus hijos. Recordó otras navidades. Esta vez no había juguetes para ellos. No eran ya niños. Cada uno estaba en un momento crucial de su existencia, con el porvenir marcado por un gran interrogante. Igual que él, con su carrera diplomática interrumpida, quién sabe para siempre, debido al cambio de gobierno ocurrido en Bolivia cuatro días antes. ¿Surgiría en la vida de Gladys otro amor que reemplazase al que había renunciado tan generosamente por él? ¿Encontraría Fito la

serenidad después de haber satisfecho su afán de combatir por Francia? ¿Dejaría Nena la adolescencia sin perder su alegría de vivir? ¿El hijo ausente, Carlos, coronaría con éxito sus estudios en la universidad de Sucre?

Para escapar del calor de Buenos Aires y hacer menos angustiosa la espera del barco que conduciría al guerrero, Costa du Rels llevó a sus hijos al balneario uruguayo de Punta del Este. Tomó una habitación para él y Fito y otra para las dos hijas. Con los propósitos del hijo definidos en el sentido que había pretendido durante años y la oposición del padre rendida ante lo inevitable, las relaciones entre ambos recobraron su afecto e intimidad.

— “Daddy -dijo el muchacho una noche-, no sospeché jamás que fuéramos tan camaradas”. Sus ojos negros brillaron con una expresión de intensa ternura.

El 23 de febrero Fito cumplió 25 años. Su padre le preguntó cuál era el obsequio que más se antojaba. Pidió un reloj pulsera “Rolex Oyster”, “que se da cuerda automáticamente con el movimiento del brazo y puede estar sumergido en el agua indefinidamente”. Ese mismo día llegó una comunicación de Buenos Aires. El voluntario Costa du Rels Urriolagoitia debía presentarse en la capital para partir rumbo al Africa el 29, en el vapor “Princesa”. Todos volvieron precipitadamente a la capital.

— “Esta es una guerra civil mundial” -opinó Fito en una última charla a solas con su padre- “Una guerra civil en la que todos los jóvenes debemos participar. Nadie puede excusarse. Dame tu bendición y partiré feliz”.

Costa du Rels no pudo emitir palabra. La congoja ahogaba su garganta. Estrechó a su hijo contra el pecho y lo besó en la frente.

“Puerto del Riachuelo. Cae la tarde. Calor y humedad agobiantes. Paisaje fluvial. Olores nauseabundos de Ave-



Dos amigos, padre e hijo.

llaneda. Solitario, en su color reglamentario verde-gris, el "Princesa" está allí, con su cubierta sin barandilla, con cañones apuntando a un enemigo invisible. Cae la noche rápidamente. Trajín de viajeros y sus familiares. Últimos consejos. Palabras que parecen no tener sentido, pues las mentes están embotadas con la emoción. Fito fue el último en embarcarse.

— "¡Hasta la vista, Daddy, nos veremos en París!".

El barco se perdió en la noche. Por largo tiempo se escuchó la sirena. El sonido emergía de la oscuridad como un quejido lúgubre que se iba repitiendo cada vez más débil, hasta desaparecer en un silencio onimoso.

A las tres semanas la Embajada de Francia en Buenos Aires recibió un cablegrama de Sierra Leona: "Rogamos avisar al señor Adolfo Costa du Rels, con todas las precauciones posibles, que su hijo desapareció en alta mar el 8 de marzo. Reneuve. Agente Consular". El correo trajo los detalles. Una mañana, en media travesía, después de haber recibido instrucción militar teórica con los otros voluntarios, Fito se sentó al borde de la cubierta, con los pies colgados sobre el mar, para estudiar sus apuntes. Alguien que pasó por allí le advirtió sobre lo peligroso de su ubicación. Desechó el consejo con un gesto y una sonrisa. A la hora del almuerzo no se presentó en la mesa. Se lo buscó por todas partes. El barco regresó a la zona donde se lo vio por última vez. Durante dos horas la tripulación interrogó con la mirada al mar sin obtener ninguna respuesta.

Al recibir la noticia, Costa du Rels se encerró en su habitación del hotel. Se sentó frente al sillón que su hijo ocupó durante su última conversación. Tuvo la impresión de que el muchacho estaba todavía allí. ¿Era su alma? ¿Era su propia conciencia? Sintió la necesidad imperiosa de dialogar con esa presencia inmaterial. "Por favor -dijo, mientras las lágrimas corrían abundantes por su rostro-, arguyamos, reflexionemos, dilucidemos. Si nos callamos, si el silencio se

adueña de nosotros, si nos damos por vencidos, nos espantará por siempre el sordo rumor de un oleaje embravecido, la visión de un navío en peligro, de pasajeros a merced de monstruos marinos. ¿Quién tiene la culpa de lo sucedido? ¿Ha sido la consecuencia fatal de mi romanticismo inverterado, en el que los recuerdos de mi juventud impusieron una ley deformante? ¿Me equivoqué al querer armar pieza por pieza, idea por idea, sensación por sensación, la sensibilidad de mi hijo? ¿Por qué perdí el control de la arcilla y ella tomó formas que escaparon de mi plan? Acaso contenía ingredientes extraños que no supe descubrir y modelar. ¿De dónde provenía tanta pasión y terquedad? ¿Soy yo el causante de la desgracia por querer modelar un ser perfecto?". El alma del hijo o la propia conciencia nada respondieron. El dolor explotó en sollozos.

Costa du Rels viajó con sus dos hijas a Ascochinga, en la sierra de Córdoba, para escapar de la hipócrita conmiseración de sus relaciones sociales de Buenos Aires. La pena de la pérdida del hijo siguió intensa. En las noches tenía pesadillas con el mar. Extraños rumores rodeaban su lecho. Imaginaba que el cuerpo de Fito era balanceado por las hondas marinas en las profundidades del océano, mientras el "Rolex Oyster" marcaba con un tic tac implacable la eternidad de su sueño. "Sufro como un perro enfermo", anotó en una libreta. En correspondencia a Alfonso Que-rejazu añadió: "No son los años los que nos envejecen, sino los sufrimientos. Por primera vez veo mi vida detrás de mí y no delante. Mi cabeza se está poniendo gris". Iba a cumplir 57 años.

Buscó distraerse volviendo a la literatura. Comenzó a escribir las memorias de su niñez correspondientes al período en que estuvo interno en el colegio de Ajacio. Las tituló "Crónicas Anacrónicas". Puso toques de fantasía a lo auténtico para que tuviese más sabor e interés.

De vuelta en Buenos Aires dio una conferencia sobre Paul Valery. La llegada de la compañía francesa de la actriz

Rachel Berandt y sugerencias de sus amigos, incluyendo la señora Justina de Bluger, lo animaron a escribir una pieza de teatro sobre un tema de palpitante actualidad. París había sido liberado en esos días. Terminó el trabajo en cinco semanas. Inicialmente pensó llamar la obra "La Chaîne" (La Cadena). Se decidió por "Les Forces du silence" (Las fuerzas del silencio). Por estar escrita en francés la pieza tuvo público para pocas representaciones. La crítica fue muy favorable, aunque el autor tenía la impresión de que su valor literario era escaso por el corto tiempo que dedicó a su preparación.

El crítico Pablo Echagüe comentó: "Es pieza elocuente y de una belleza casi dolorosa. Es la historia de un amor tímido y limpio, torturado por la atmósfera siniestra de la ocupación alemana de París. Epopeya de almas, nutridas por la amargura, sostenidas por el sacrificio, embellecidas por el amor. Tres actos de recio contenido. Diálogo ágil y variado. Hay brío y fuerza dramática, sobre todo en el segundo acto. El primero es algo lento. Es creación de un artista y de un observador zahorí de la vida". Otro crítico expresó: "Las fuerzas del silencio son aquellas que desde el primer día de la ocupación de Francia comenzaron a actuar contra el invasor. La Resistencia, esa fuerza formidable que cristalizó todas las energías de la raza, por medio de la cual la Francia derrotada, herida, humillada, ha reivindicado su derecho a la vida. Vemos a dos aviadores ingleses refugiados en un pequeño hotel, ayudados por dos mujeres que arriesgan su vida para que ellos puedan escapar a España. La obra está exenta de toda fraseología declamatoria. La acción se desarrolla con una autenticidad dramática extraordinaria. La sobriedad hace resaltar la tragedia de las situaciones. "Las Fuerzas del Silencio" conmueven profundamente por la intensidad del diálogo y la altura del pensamiento".

El producto de la taquilla y de la venta de una edición que se hizo de la pieza lo donó Costa du Rels a los huérfanos de guerra de Francia.

El diario "La Nación" publicó "Crónicas Anacrónicas" en sus páginas literarias de los domingos, a partir del 16 de julio de 1944. Salieron cinco capítulos: "La Casa del Cardenal", "Exotismo infortunado", "Napoleón y los Jacobinos", "La Vendetta" y "Simbad el Minero". Su intención fue continuar con otros capítulos llamados: "El Drama de la Pubertad", "Tía María", "Lilline", "Desgarramiento", "París", "El Príncipe de la Glorieta" y "La Revancha". Pero éste fue uno de tantos proyectos que nunca llegó a concretarse.

En esta época "La Nación" publicó también "La Plata del Diablo", de los cuentos de "El Embrujo del Oro" en el que introdujo ligeras modificaciones. En la revista "Le livre et ses amis" sacó un ensayo sobre la colección de ediciones de "Don Quijote" que tenía uno de sus mejores amigos argentinos, el señor Carlos Alberto Pueyrredón. "Cervantes, genio no sólo hispano sino latino, que supo elevar, en un libro eterno, las virtudes de la raza a la altura de una creación inmortal, que vivirá mientras exista un ser humano que escuche el dictado de su conciencia y de su corazón, mientras tengan sentido las palabras amor y honor".

Un atardecer húmedo, bochornoso, Costa du Rels se asomó al balcón de su pieza en el piso más alto del Hotel Plaza, para respirar el aire fresco que llegaba del río. Se puso a observar el desasosiego de las hormigas humanas que transitaban por la Plaza San Martín. El reloj de la Torre de los Ingleses marcaba el tiempo con británica exactitud. Su mirada singularizó a una mujer de fina silueta, que vestía un impermeable. "No te vayas, detente un instante" le rogó mentalmente. La desconocida se perdió por la Calle Florida. Costa du Rels la siguió con la imaginación. Fue a su escritorio e improvisó un cuento. Lo llamó "Sueño de un atardecer lluvioso". Cambió el escenario de Buenos Aires por el de París. Un hombre se enamora a primera vista de una mujer que ve en la calle en una tarde lluviosa. Le sigue los pasos. Ella entra a un cine y se sienta al lado del que

aparentemente es su esposo o su novio. El hombre logra entregarle un pequeño mensaje en el que le ruega que le acepte tomar té con él, al día siguiente, en el Hotel Ritz, a las seis en punto de la tarde. Ella le hace un signo de asentimiento con la cabeza. Al aproximarse la hora de la cita, él camina lentamente hacia el hotel, saboreando la anticipación del encuentro. Compra un diario vespertino. Una noticia de primera plana derrumba sus ilusiones. El gobernador alemán de París ha ocupado esa mañana el Hotel Ritz para utilizarlo como su cuartel general. Por razones de seguridad, se ha dispuesto el toque de queda en toda la ciudad, a partir de las 18. Nadie puede transitar por las calles desde esa hora...".

Carlos, el hijo que se quedó en Sucre para acompañar a la madre e iniciar estudios universitarios en la Facultad de Derecho, llegó a Buenos Aires para estar una temporada al lado de su padre. Fue la primera vez que Costa du Rels tuvo oportunidad de pasar momentos de intimidad con él. Era al que menos conocía de sus hijos. Descubrió con íntima satisfacción que era bondadoso y sentimental, con un carácter apacible, sencillo, que contrastaba con lo que fuera el de Fito. ¿A qué se debía la diferencia? ¿Carlos era más Costa o Durrels y menos Urriolagoitia o Arana? El padre resolvió no cometer con él los errores que involuntariamente tuvo con Fito. No trataría de influir en su espíritu, ni en su destino. La experiencia con el hermano mayor había sido demasiado dolorosa, demasiado trágica, para repetirla. Ahora comprendía que los hijos muy raras veces quieren seguir los pasos de sus padres. Su propia naturaleza los impulsa a demostrar su independencia, su individualidad, buscando derroteros diferentes. Dejaría que Carlos orientase su vida según su libre albedrío, pero él estaría siempre atento, para tenderle la mano si acaso fuese necesario.

Padre e hijo pasaron horas muy gratas en Punta del Este, paseando en bicicleta y bañándose en la playa "mansa" y en la "brava", en el río y en el océano.

CAPITULO XX

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

La hoguera bélica se extinguió en Europa por agotamiento del combustible. El holocausto de casi cinco años había costado la vida a treinta millones de seres humanos, entre soldados y civiles. Dos bombas atómicas, lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, forzaron la capitulación del Japón. Una paz de cementerio se asentó sobre el mundo.

Un cable hizo saber a Costa du Rels que su presencia era necesaria en Londres y Ginebra, como Presidente del Consejo de la Sociedad de las Naciones, para los trámites de liquidación de esta entidad y transferencia de sus bienes a la naciente Organización de las Naciones Unidas. Sus amigos le dieron una comida de despedida, poniendo punto final a los cuatro años de su permanencia en Buenos Aires. Sesenta personas rodearon la mesa. A los postres se le presentó una torta en la forma de un libro, con el título "Tierras Hechizadas", adornado con la bandera boliviana.

Hizo el viaje a Europa en barco, acompañado de Nena. Al pasar por la zona donde había desaparecido Fito pidió a un sacerdote que celebrase una misa al aire libre. Al atardecer de ese día, apoyado en la barandilla, se puso a

contemplar las aguas y pensó: "¿Qué extraño sino, hijo mío, te hizo caer en el mismo lugar donde el cuerpo de tu bisabuelo Durrels fue arrojado al mar, hace sesenta años? ¿Están juntos ahí abajo? ¡Oh, mi querido niño!, pese a tu muerte tan anónima desfilarás bajo el Arco del Triunfo el Día de la Victoria. Yo te veré allí, entre los héroes vivientes. Si mañana hay un poco de paz y ventura en esta tierra, será también gracias a ti, que te sacrificaste por tan bellos ideales. Están en el más hermoso de los campos santos. En el más humilde, a la vez que el más grandioso. Duérmete, hijo querido, duerme mecido por las hondas, arrullado por la canción del viento. Dime, ¿te quedaste en el mar porque sólo él podía serenar tu atormentado espíritu? En esta hora de las últimas luces del día, ¿es tu alma ese rayo de luz que sube hasta el cielo? Fito, mi niño, está cayendo la noche, rápido, rápido, dime ¿qué has hecho de tu inteligencia? ¿Se ha convertido en esa claridad que alumbraba en lontananza?".

El encuentro con Tita e Isabel Schewirtz en París fue muy emotivo. Las dos mujeres resistieron estoicamente todas las dificultades creadas por la ocupación alemana. Durante los combates para la liberación de la ciudad, un general alemán con veinte oficiales y soldados se replegó del Hotel Maurice, donde tenía su comando, y ocupó el edificio 27 de la Avenida Kléber, especialmente el departamento de Costa du Rels. El militar ordenó a las dos hermanas que permanecieran en las habitaciones del fondo, una repostería y un cuarto de baño, mientras él y sus hombres se defendían de los "maquis". Durante tres días Tita e Isabel Schewirtz no tuvieron otro alimento que "chancaca cruceña", que años atrás había sido enviada a los Costa du Rels desde Bolivia. Un grupo de "maquis" logró invadir la casa. Las hermanas fueron rescatadas de su escondite. Presenciaron la rendición de los teutones en el comedor, en cuya mesa depositaron sus revólveres, fusiles y ametralladoras. En el momento de salir, el general hizo un saludo militar a las dos mujeres y extendió la mano a Tita para agradecerle su hospitalidad. Ella no correspondió al gesto.



El último discurso en la Asamblea final de la Sociedad de las Naciones. Ginebra, abril, 1946.

Sintió una secreta satisfacción al dejar al alemán con la mano extendida. Fue una pequeña revancha por todas las humillaciones que sufrió los años de ocupación la ciudad que tanto amaba.

Los meses siguientes, en un invierno muy crudo, Adolfo Costa du Rels se desplazó varias veces entre Londres y Ginebra para atender al traspaso de todos los bienes que pertenecían a la entidad internacional moribunda a poder de la recién nacida. En abril de 1946, se reunió en Ginebra la asamblea final de la Liga. Todos los oradores hicieron alguna referencia a que la ocasión era similar a un entierro. "Sí,-dijo el Presidente del Consejo en su discurso-, asistimos a un funeral, pero es el del Ave Fénix, que renacerá de sus cenizas en la nueva organización mundial".

Correspondencia con Alfonso Querejazu:

— Costa du Rels: "Querido hermano: Estoy otra vez en Europa. Iré a verte en la primera oportunidad. Vine a liquidar la Sociedad de las Naciones. Esta tarea me sacó muy a tiempo de la atmósfera artificial de Buenos Aires y de los coletazos políticos de Bolivia. Estoy con Nena, que es tan encantadora. Creo que mi carrera diplomática ha terminado para siempre. En la "nueva Bolivia", creada por una demagogia disfrazada de nacionalismo, se me considera un extranjero porque escribo en francés. Cada día siento más el peso de los años. Mi cabellera se torna cada vez más blanca. La amargura que inundó mi alma con la desaparición de Fito la he volcado, para librarme de tantos fantasmas y tantas angustias, en unos versos que se publicarán con el título general de "Ameritudine". Todavía los estoy corrigiendo. Cuando salgan te enviaré un ejemplar. He pasado seis semanas en Londres, ciudad cuya proverbial tristeza está acentuada por las terribles cicatrices que le ha dejado la guerra. Hemos enterrado con cierta melancolía las bellas quimeras de la Liga. He asistido al nacimiento de la nueva entidad. "Cuanto más cambia, más es la misma cosa". La ONU es la SDN con algo de salsa inglesa, bastante Bour-

bon norteamericano y mucho vodka ruso. Ha heredado los edificios de Ginebra, una experiencia de 25 años, la gran biblioteca y millones en oro que fui a recoger de poder de los suizos, de una especie de caverna de Alí Babá, en una montaña de New Chatel. Nos llevaron a mí y al contador Jaklin, con los ojos vendados, hasta la misma cueva. Nos entregaron lingotes que no eran los mismos que depositamos en su poder en 1940. No tenían las iniciales de la SDN. Los muy pícaros habían fundido todo el oro, inclusive el que recibieron de los alemanes, y lo tenían en ladrillos con el sello helvético”.

— Querejazu: “Si tú te quejas de unas cuantas canas, yo te contaré que casi muero en más de una ocasión. En 1945 me operaron dos veces, seccionándome cinco costillas. Con cuatro meses de sanatorio quedé tan bien que en octubre marché a Avila a reanudar mis tareas apostólicas y comenzar mis cursos de Historia de la Filosofía y de Historia de la Cultura en el Seminario. En septiembre de 1944 un pequeño catarro me dejó afónico. De nuevo se presentaron bacilos y en octubre me volvieron a operar, sacándome otras seis costillas y el pulmón culpable de todos mis males. Fui a reponerme al Sanatorio Hispanoamericano de la Sierra de Guadarrama. Desde entonces han desaparecido todos los síntomas de mi enfermedad. Con la mitad de la caja torácica y un solo fuelle respiratorio, debo hacerlo todo “piano, pianísimo”, pero me siento liberado de una maldición que me ha atormentado durante más de 20 años. Los veraneos que paso en La Torre de los Sastrútegui son el mejor tónico para mis fuerzas. ¿Te acuerdas del Padre Cestas Rzewusky? Me escribo frecuentemente con él. Sigue de director espiritual en Friburgo... Muy grande es mi alegría al saberte cerca. No dejes desperdigar tu alma. Dime a lo que atiendes y te diré quién eres. Conquista la soledad interior como quería Rilke y, al mismo tiempo, sigue rompiendo lanzas en defensa de todo lo bello y todo lo noble. La vida del hombre es milicia contra la malicia y la molicje”.

El gobierno del Coronel Gualberto Villarroel en Bolivia

quemó sus ideales en el fuego de su propia pasión. Miembros de la RADEPA creyeron que era patriótico eliminar físicamente a eminentes ciudadanos que consideraban enemigos del régimen. Los muertos en Challacollo por un pelotón de fusilamiento y los arrojados a un profundo barranco en Chuspipata por otros sicarios, provocaron protesta general. Esta, guiada por políticos opositores, se convirtió en un levantamiento popular cuyo epílogo fue la victimación del Presidente de la República y el colgamiento de su cadáver en un poste de luz.

La nueva administración reincorporó a Costa du Rels al servicio diplomático. Primero se lo designó agente confidencial en Francia y en seguida presidente de la delegación de Bolivia a la Primera Asamblea de las Naciones Unidas. Viajó a Nueva York con sus dos hijas. Gladys estaba de novia de un joven de la sociedad argentina, Alfredo Costa, y había venido a París llamada por su padre para que le comprara el ajuar.

Carta a Alfonso Querejazu: “Las Naciones Unidas han comenzado actividades con mucha desunión. No habrá otra guerra, pero tampoco habrá paz. Tomé la palabra para defender a la Liga, atacada por el delegado ruso Vishinsky, con desprecio y mala fe. Vishinsky, que fue acusador público en las terribles purgas de Stalin, es un curioso Robespierre que dice groserías mezcladas con citas de Horacio. Hago una vida estúpida. La organización no tiene todavía local propio y nos reunimos en Lake Success, a 60 kilómetros de Nueva York. Es un trajín diario incómodo y agotador. Gladys y Nena son dos amigas comprensivas y cariñosas que me ayudan a sobrellevar la pesada faena con buen humor”.

El matrimonio de Gladys con Alfredo Costa se realizó en Buenos Aires. El acontecimiento reunió a los cinco miembros de la familia Costa du Rels. La novia se anticipó para hacer los preparativos. El padre y la hija Nena llegaron desde París. La madre y el hijo Carlos desde Sucre.

Costa du Rels vio a su esposa envejecida, melancólica, con tendencia a sumirse en largos silencios. Empero, en la recepción nupcial del Hotel Plaza, a la que él y ella tuvieron que invitar a trescientas personas de la sociedad porteña, admiró su porte digno, su aspecto de matrona romana, severa, altiva, discreta, que la distinguía del resto de los presentes. Comprendió cuán valeroso era el esfuerzo que estaba realizando al haber llegado a Buenos Aires, una ciudad que odiaba tanto como París, por cumplir un deber maternal, por amor a su hija y compartir, con elaborada educación, varias horas de contacto con gentes que le disgustaban profundamente.

Unos pocos días en Sucre y Totacoa, otros pocos en La Paz y nuevamente Nueva York para nueva reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas. Costa du Rels fue elegido vicepresidente de la Comisión Política, la más importante de la organización. Vishinsky de Rusia y Malinovsky de Ucrania, no perdieron oportunidad de entablar duelos dialécticos con él. Parecían tener la consigna de no dejar en paz al ex-Presidente del Consejo de la Liga que pronunció la expulsión de la Unión Soviética de Ginebra.

El Generalísimo Francisco Franco, debido a la ayuda que recibió de Hitler y Mussolini para triunfar en la guerra civil española y a la amistad que posteriormente mantuvo con ambos dictadores era considerado un enemigo de la democracia. La actitud de Bolivia respecto al gobierno franquista fue veleidosa. Durante el régimen del Coronel Gualberto Villarroel, el Canciller, por sí y ante sí, sin siquiera consultar al Presidente de la República, decidió la ruptura de relaciones diplomáticas retirando la misión en Madrid. El doctor Enrique Hertzog tenía gran afecto por la Madre Patria y al asumir el mando presidencial reanudó relaciones con Franco. Empero, la delegación de Bolivia en las Naciones Unidas recibió instrucciones imprecisas respecto a la línea de conducta que debía seguir cuando se discutiese el problema español. Decían que sería conveniente seguir la corriente encabezada por Estados Unidos e Inglaterra, pero

que, si se debatía al ingreso de España a las Naciones Unidas, el voto boliviano tendría que ser a favor. En 1948, volvió a considerarse en el Comité Político una recomendación del año anterior en sentido de que los países miembros de la ONU que tuviesen misiones diplomáticas en Madrid las retirasen. Costa du Rels, en vista de que no se trataba del caso concreto de aceptación o rechazo de España como miembro de la ONU, creyó que debía seguir lo que hicieran Estados Unidos e Inglaterra. Secundó a los delegados de estos países emitiendo su voto por la recomendación. El asunto tenía que volver a debatirse en una sesión de la Asamblea, dos días después. Costa du Rels, no estando muy seguro de lo que había hecho en el comité, cablegrafió a La Paz pidiendo que se le dijera cómo debía votar en la Asamblea. Como no le llegase respuesta oportuna, mantuvo el voto emitido en el comité.

El doctor Enrique Hertzog había dado seguridades al Encargado de Negocios en La Paz, señor José María Gallostra, que la actitud de la delegación boliviana en Nueva York sería favorable a su país. Así lo ordenó a la Cancillería. En esta repartición hubo demora en el despacho del mensaje, que llegó a manos de Costa du Rels algunas horas después de haber concluido la sesión sobre el caso español. Al conocerse en La Paz cuál había sido el voto de la delegación, Gallostra alzó el grito al cielo. Había informado ya a Madrid de la promesa del presidente. El doctor Hertzog dispuso que se pidiesen explicaciones a Costa du Rels. El cable debía haber sido: "Presidente de la República *solicita* información sobre voto emitido", pero alguien cambió ese texto por el de "Presidente de la República *desaprueba* información sobre voto emitido". Costa du Rels renunció a su puesto y envió una nota a La Paz explicando que su proceder había sido de estricto sometimiento a las instrucciones que tuvo en su poder en el momento dado.

Para sincerarse ante el gobierno de Madrid, el doctor Hertzog no encontró otra alternativa que sacrificar a Costa du Rels. Aceptó su renuncia. La opinión pública y el Encar-

gado de Negocios Gallostra, que no conocían los entrelones de lo sucedido, creyeron que Costa du Rels era el único responsable del voto contra España y que, por lo tanto, su retiro de la misión diplomática en Nueva York era justificada.

Costa du Rels, desilusionado por haber sido convertido en víctima propiciatoria, buscó consuelo haciendo un recorrido de varias ciudades de los Estados Unidos, en compañía de una amiga chilena, Magda Valdivia. Al término de la gira resolvió volver a Bolivia, para que su ausencia no siguiera siendo aprovechada por enemigos gratuitos, que venían comentando los motivos de su retiro de la misión ante las Naciones Unidas con marcada malevolencia.

Su intención era reanudar el manejo de la pluma. Varios versos de "Ameritudine" seguían necesitando correcciones. Continuaría "Crónicas Anacrónicas". Escribiría otra novela y también una pieza de teatro. Esta se llamaría "Simbad el Minero" y tendría por tema su experiencia personal de no haber querido aceptar la muerte de su padre cuando era colegial. Acabaría "Huanchaca", dando énfasis a la superstición de los mineros de que las mujeres no deben entrar a los socavones. Podría hacer después otra novela, de tono satírico, pintando el ambiente de Ginebra y de la Sociedad de las Naciones en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, con un capítulo sobre la historia personal del Padre Cestas Rzewusky.

Permaneció en La Paz pocos días, alojado en la casa de sus amigos Aramayo. Consideró inoportuno visitar al Presidente de la República y al canciller Tomás Manuel. Elío. Siguió viaje a Sucre a reunirse con su esposa y sus hijos Carlos y Nena. El avión hizo escala de 24 horas en Cochabamba. Costa du Rels paseó por la ciudad. Anotó en una libreta: "¡Oh, bellas ciudades de mi patria, coquetas y tristes! En la Plaza Colón me he inclinado reverente ante la estatua de Nataniel Aguirre. Quién sabe algún día, si mi obra crece, yo también, en una melancólica plazuela de mi

tierra natal, miraré con ojos de metal el paso de gentes diferentes y escucharé con orejas de metal la música del *ángelus*". Pasó una temporada feliz en Totacoa, dedicado a corregir versos de "Ameritudine". Puso especial cuidado en el poema "Elegie Marine": "El niño ha muerto en alta mar, en el esplendor encantado de una mañana verde... El niño soldado ha muerto sin galones de oro, sin casco y sin cruz..." Corrigió con empeño "La Borne", que describe la horfandad de un padre que ha perdido a su hijo: "Cadena rota, hogar sin calor, barco sin velas". Asimismo el dedicado a su amiga Justina Bluger, que había sido la última persona conocida que Fito vio antes de desaparecer, cuando el barco "Princesa" se detuvo varias horas en Montevideo. Ella, que lo quería mucho, lo acompañó todo el tiempo. El le obsequió un ramo de rosas en señal de agradecimiento. "Bajo la forma de un ramo de rosas rosadas, tú fuiste la última en recibir de él ese perfumado adiós, que desde el fondo de la noche dirigió en ti a todo lo más bello que hay en este mundo".

Alberto Ostría Gutiérrez, que a la caída del gobierno de Villaroel había reasumido las funciones de embajador en Chile, se encontraba en Sucre, asistiendo a los últimos días de vida de su anciana madre. La señora falleció. Costa du Rels fue a ver a su amigo "que lloró como un niño, apoyado en su hombro".

De regreso a Santiago, Ostría Gutiérrez se quedó unos días en La Paz trabajando por una reconciliación del Presidente Hertzog con Costa du Rels. Contó con la ayuda del Vicepresidente Mamerto Urriolagoitia. Entre ambos lograron que el primer mandatario hablara por teléfono con Costa du Rels: "Le ruego venir a La Paz. Necesito su colaboración. El malentendido que ha habido entre nosotros debe quedar olvidado". Costa du Rels agradeció el noble gesto del jefe del Estado, pero se excusó de ir a la sede del gobierno. Ostría Gutiérrez volvió a Sucre. Logró convencerlo de que viajara con él.

El doctor Hertzog le ofreció el Ministerio de Relaciones Exteriores: "Es la mejor manera de justificar a usted ante la opinión pública. El doctor Elío ha renunciado hace pocos días. La patria necesita de sus servicios en ese puesto". Costa du Rels aceptó la invitación como el más alto honor que había recibido en su vida y como un deber patriótico. Declaró que no creía ser, por temperamento, la persona adecuada para asumir responsabilidades que además de técnicas eran políticas, pero que pondría toda su voluntad en colaborar al gobierno, concretándose a lo que sabía, a lo diplomático.

Uno de sus primeros deberes protocolares fue recibir el saludo del Cuerpo Diplomático. Estaba informado que cuando perdió su puesto en Nueva York, el Encargado de Negocios de España, José María Gallostra, entró a su club, el "Círculo de la Unión", y exclamó lleno de júbilo en la rueda de sus amigos: "Les traigo la cabeza del Bautista. Costa du Rels ha dejado de ser representante de Bolivia en las Naciones Unidas". Al verlo delante de él, Costa du Rels le extendió la mano y le dijo: "Lo veo muy pálido. Parece que el clima de este país no le sienta. La cordillera es hembra y hay que cuidarse de ella. Yo le aconsejaría un cambio de ambiente". Gallostra comprendió la indirecta. Pidió a su gobierno ser trasladado a otro país. Antes de abandonar La Paz solicitó audiencia con el canciller para despedirse. No parecía afectado en lo más mínimo por lo sucedido, sino, más bien, satisfecho. Se mostró muy amable. En su afán de hacer resaltar su importancia hizo una confidencia imprudente. Explicó que iba a México pasando por Buenos Aires, donde tenía que cumplir una misión reservada. "Conocí a Evita Perón antes de que se casara con el actual presidente argentino -declaró-, cuando yo era cónsul en Bahía Blanca. La conocí íntimamente. Mujer bella, pero fría, cerebral, sin ningún corazón. Mi gobierno está aprovechando de esa antigua amistad y me ha encomendado hacerle entrega de una importante "coima" para conseguir su influencia a favor de un contrato de venta de trigo argentino a España". Y siguió con la cháchara en forma incontenible: "La gestión al

respecto la venía haciendo nuestro embajador allí, don José María de Areilza, Conde de Motrico, que se llevaba muy bien con Evita hasta que sucedió lo siguiente: Un día que él fue a entrevistarla en su oficina, oyó que ella le decía a la secretaria que entró a anunciarlo: "Ya está otra vez aquí ese gallego de mierda". Como usted sabrá, en la Argentina nos llaman gallegos a todos los españoles, usando ese calificativo como un insulto, como sinónimo de tonto e ignorante. El Conde de Motrico, que es un vasco muy orgulloso, no pudo contenerse. Entró al despacho de Evita y plantándose delante de ella le espetó: "¡El gallego se va, la mierda se queda!". Y salió taconeando fuerte. Desde entonces no se han visto más".

A los pocos días, el canciller boliviano vio en los diarios de Buenos Aires una fotografía de Gallostra al lado de Eva Perón.

Costa du Rels no quiso que su paso por el Ministerio de Relaciones Exteriores fuese anodino, sino que dejase alguna huella de provecho para el país, alguna realización de trascendencia. Ningún problema internacional era más grave para Bolivia que el de la mediterraneidad en que vivía desde 1879, cuando Chile le arrebató su litoral sobre el Océano Pacífico. Ningún anhelo era mayor en la población que el de volver al mar y librarse de la asfixia geográfica. Costa du Rels decidió dedicar especial atención a buscar una solución a ese problema. Discutió el asunto con Ostría Gutiérrez, quien, desde que estaba acreditado en Santiago, tenía la misma preocupación, pero tropezaba con el inconveniente de que los cancilleres bolivianos no se animaban a "tomar al toro por las astas". Costa du Rels recordó las conversaciones que tuvo con el actual Presidente de Chile, señor Gabriel González Videla, cuando hicieron amistad en La Bourboule. Pidió autorización al doctor Hertzog para iniciar una negociación. Ostría Gutiérrez destacó a La Paz al consejero de su misión, el señor Gustavo Medeiros Q., para explicar sus puntos de vista. Con la colaboración de Medeiros y del Subsecretario de Relaciones Exteriores, don

Julio Alvarado, Costa du Rels redactó las instrucciones pertinentes y las remitió a Santiago. Ostria Gutiérrez respondió: "Abril 30, de 1948. Se ha perdido un tiempo precioso desde noviembre de 1946, cuando González Videla inició su período presidencial contando con el apoyo masivo del pueblo. He recibido las instrucciones firmadas por el Presidente Hertzog y por usted. Me ha sido señalada ya una audiencia con el jefe del Estado chileno. No necesito decirle que tomaré muy en cuenta todas las recomendaciones oficiales, así como sus consejos personales, actuando, además, de acuerdo con lo que sugieran las circunstancias".

En el tiempo transcurrido desde el comienzo de su gobierno, el señor González Videla había perdido mucho de su popularidad por el viraje que hizo hacia la derecha y que le costó el apoyo de los socialistas y comunistas. Pidió que las negociaciones se aplazasen hasta marzo de 1949, en vista de que confiaba en reforzar su posición en las elecciones que tendría lugar entonces para la renovación parcial de los miembros de las Cámaras Legislativas. "Entre tanto le dije a Ostria Gutiérrez-, me gustaría mucho volver a encontrarme con mi amigo Costa du Rels, para ir cambiando puntos de vista sobre la mejor manera de llegar a un entendimiento completo entre nuestros dos países".

El gobierno francés otorgó a Costa du Rels la dignidad de Gran Oficial de la Legión de Honor. Un diario de París explicó la razón: "Bajo la ocupación alemana de 1941 tuvo el coraje de hacer editar en Lyon su ensayo "France, Terre Curtoise", que es un vibrante homenaje a nuestra nación y proclama lo que el mundo debe al genio francés. Un hijo suyo, alistado en las fuerzas de liberación, murió el 8 de marzo de 1944". El Ministro de Francia en La Paz, Conde Guy de Sieyes, de una de las familias más ilustres de su país, amigo personal del presidente De Gaulle, que perdió una de sus piernas y a un hijo en la Segunda Guerra Mundial, mandó organizar un banquete para hacer la entrega de la condecoración. Costa du Rels y los demás invitados, entre los que figuraban otros miembros del gobier-

no y plenipotenciarios extranjeros llegaron a la Legación Francesa a la hora señalada, vestidos de rigurosa etiqueta. Fueron recibidos por miembros subalternos de la misión. El anfitrión brillaba por su ausencia. Se sirvieron cocteles. Pasaron los minutos, pasó media hora y una hora, al mismo tiempo que crecía la ansiedad de los franceses y el desconcierto de los demás. El Conde de Sieyès fue ubicado jugando cartas y bebiendo en el "Círculo de la Unión". Fue traído de allí por uno de los empleados. Subió a sus habitaciones particulares para cambiarse de ropa y refrescarse. Se pasó al comedor cerca de las once de la noche. El conde siguió bebiendo cuanto vino se servía en su copa y aun en la de sus vecinos: el huésped de honor y el Nuncio Apostólico. Su conversación se hizo cada vez más desordenada. Mencionó la medalla de la Legión de Honor como "un pedazo de lata". A los postres se puso de pie y leyó con dificultad un discurso de circunstancias. Su estado de embriaguez se hizo evidente a todos. Al retomar su asiento perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Fue transportado a su dormitorio en vilo. Los comensales abandonaron la Legación comentando vivamente lo ocurrido.

El subsecretario Julio Alvarado opinó que debería hacerse una reclamación diplomática y declarar persona *no grata* al francés. Costa du Rels impuso su criterio. No valía la pena dar mayor importancia al incidente. Era mejor olvidarlo. El pobre hombre había sido víctima de alcohol. No sería humano convertir su falta en un escándalo internacional. El gobierno de París se enteró de lo sucedido por correspondencia de otros miembros de la Legación. Retiró a Sieyes del escalafón de servidores en el exterior y le ordenó salir de La Paz. Se perdió durante un año. Al cabo de éste, creyendo que todo estaba olvidado, se presentó en el Quai d'Orsay y solicitó su rehabilitación. Le fue negada rotundamente. Guy de Sieyes salió del ministerio, cruzó la calle y se arrojó al Sena. El peso de su pierna ortopédica lo hundió rápidamente hasta el fondo del río.

El gobierno de la Argentina estaba empeñado en la

subscripción de un nuevo tratado de comercio con Bolivia. El embajador boliviano en Buenos Aires, señor Gabriel Gosálvez, llegó a La Paz con un proyecto, fruto de sus discusiones con las autoridades de aquel país. El Presidente Hertzog se reunió varias veces con sus ministros para analizar el documento. Gosálvez lo defendió, asegurando que serviría para regular un beneficioso intercambio de materias primas de una república por productos industriales de la otra, vinculándolas estrechamente y sirviendo de base para una trascendental amistad política. Gosálvez estaba convencido de que el proyecto contenía cláusulas muy favorables a Bolivia. Las había obtenido gracias a las deferencias que le dispensaba el presidente argentino, General Domingo Perón. En círculos bien informados de La Paz se atribuía esto al siguiente hecho: En una comida íntima de diplomáticos sudamericanos acreditados en Buenos Aires, la conversación a la hora de los postres giró en torno a la esposa del presidente argentino, la Vicepresidente Eva Perón. Los diplomáticos hicieron eco a la chismografía de moda en los círculos de oposición al régimen. El que más y el que menos trajo a colación anécdotas de subido color contra el honor de la dama, basadas en la escandalosa vida que se le atribuía antes de su matrimonio con Domingo Perón. Gosálvez fue el único que no participó en el concurso. Se mantuvo callado y huraño. Un colega le preguntó cuál era el motivo de su silencio y lo invitó a intervenir. "No, gracias -repuso-. Desde niño aprendí de labios de mi padre que no se debe herir el honor de una mujer ni con el pétalo de una rosa". Algunos de los mozos que servían el ágape eran espías del gobierno. Su informe llegó a la Casa Rosada. El Presidente Perón hizo invitar a una entrevista al embajador boliviano. Lo felicitó por su hombría y su nobleza. Desde ese día le brindó su más cordial amistad.

Costa du Rels opinó en contra de la cláusula del proyecto de tratado que establecía un trueque de veinte mil toneladas de concentrados de estaño boliviano por productos manufacturados de la Argentina. No parecía lógico que un país que apenas consumía unos pocos de miles de

toneladas de ese metal al año, quisiese adquirir casi toda la producción de Bolivia. ¿Qué haría con el sobrante? ¿Acumularlo para lanzarlo más tarde a los mercados, influyendo en el precio? ¿Revenderlo periódicamente? ¿No era mejor que se siguiese vendiendo los concentrados estañíferos en Estados Unidos y Londres, por divisas fuertes, que cambiarlo por manufacturas argentinas de dudosa calidad? El Ministro de Hacienda, señor José Romero Loza, sostuvo objeciones similares a las del canciller. Los demás ministros apoyaron a Gosálvez. Era el candidato de su partido, la "Unión Socialista Republicana", para suceder al doctor Hertzog en la presidencia. El jefe del Estado se mantuvo indeciso. Aplazó su decisión para una reunión posterior.

Costa du Rels comprendió que su actitud resultaba un obstáculo a la orientación política de estrecho acercamiento a la Argentina que preconizaba Gosálvez y que contaba con el beneplácito de la mayoría de los miembros del gabinete. Solicitó al doctor Hertzog que lo relevara del compromiso de colaborar como Ministro de Relaciones Exteriores. "Deje que me vaya -le dijo. No podré poner mi firma a un tratado que contenga semejante cláusula. Puedo presentarle mi renuncia alegando motivos de salud". El mandatario le pidió que siguiera como titular de esa cartera: "No renuncie. Tome una licencia y a su retorno veremos lo que se puede hacer". "Muy bien -replicó Costa du Rels. Aprovecharé de su permiso para ir a Montevideo, donde mi hija Gladys ha dado a luz mi primera nieta, que todavía no conozco. Le ruego buscar mi reemplazante mientras mi ausencia".

En Montevideo, Costa du Rels pasó días muy gratos en la intimidad del hogar de su hija. Gladys era dichosa como esposa y como madre. Alfredo Costa, el yerno, un hombre bondadoso y trabajador. María Helena, la nieta, una preciosa criatura, llena de precocidades. Su hija Nena, que hizo el viaje con él, completaba el feliz conjunto familiar.

Aunque su estada en la Uruguay tenía carácter

privado, no pudo excusarse de aceptar la invitación a una comida que le hizo el Presidente de la República, señor Battle Ordoñez, y a un almuerzo el senador Buero. Personajes asistentes a uno y otro convite expresaron temores respecto a la megalomanía del presidente argentino y a la posibilidad de que el Uruguay fuese dominado por la Argentina si Perón llevaba adelante sus propósitos de extender la influencia de su país al ámbito de lo que fue el Virreinato de Buenos Aires. "El Uruguay está en peligro y lo están también el Paraguay y Bolivia" -dijeron. Primero se están tendiendo lazos comerciales, para procurar luego la absorción política".

Los gobiernos de la Casa Rosada y de La Moneda hicieron llegar invitaciones a Costa du Rels para que se detuviese unos días en Buenos Aires y Santiago, respectivamente, en su viaje de retorno a Bolivia. El no tenía ningún deseo de entrevistarse con el General Perón o sus colaboradores, en vista de su actitud respecto al tratado comercial en gestación. En cambio, le interesaba mucho tomar contacto personal con el señor González Videla, con objeto de reforzar las gestiones de Ostria Gutiérrez en la búsqueda de una salida al mar para Bolivia. Consultó cablegráficamente al doctor Hertzog. En la respuesta se le instruyó aceptar la invitación argentina y volver a La Paz antes de que las Cámaras Legislativas reanudasen sus labores. Existía mucha actividad de los opositores y el gabinete debía estar completo para enfrentar cualesquiera emergencias parlamentarias. El mensaje del mandatario decía además: "Espero que en un futuro cercano podría usted visitar Santiago, en condiciones de mayor estabilidad política en Bolivia. Ruégole agradecer vivamente al gobierno de Chile su invitación, expresándole que de no mediar la circunstancia anotada, el gobierno de Bolivia habría tenido mucho placer en autorizar a usted regresar por ese país".

Al ver entrar a su despacho a Costa du Rels, el General Perón puso de lado las reglas protocolares de rigor en el encuentro de un jefe de Estado con un canciller ex-

tranjero. "Venga a mis brazos, amigazo" -exclamó, al mismo tiempo que lo abrazaba con fuertes palmadas en la espalda. La conversación comenzó con el caso del Capitán Pujato, adjunto militar de la Embajada Argentina en La Paz, a quien se le descubrió complicidad con los trajines subversivos del Movimiento Nacionalista Revolucionario. "¿Qué tiene la política interna de ustedes, que envuelve hasta a los adjuntos militares extranjeros? -preguntó Perón. "No creo que la culpa sea de la política boliviana..." -repuso Costa du Rels. El general esquivó la alusión y dirigiéndose a su Ministro de Relaciones Exteriores, señor Bramuglia, que se hallaba presente junto con el embajador boliviano Gabriel Gosálvez, le dijo: "Hay que traerlo a Pujato inmediatamente, para que sea castigado".

Perón se refirió a las relaciones argentino-bolivianas. Hizo largas reminiscencias históricas. Habló de su gran afecto por Bolivia y de la importancia que el tratado de comercio tendría para consolidar la hermandad de los dos pueblos. Hizo llamar a su asesor económico, señor Miranda. Sin duda éste se encontraba listo en la habitación contigua, pues se presentó ese mismo instante. A pedido del presidente, el señor Miranda hizo una explicación de los alcances del acuerdo, con acopio de muchas cifras y otros detalles. Aseguró que merced al tratado Bolivia se uniría a la Argentina en su marcha hacia la prosperidad. En diez años podría ser una nación muy poderosa, "codo a codo con la Argentina". "Sabemos que usted no es partidario del pacto" -afirmó Miranda. "¿Cómo lo saben? -inquirió Costa du Rels. "El proyecto ha sido discutido exclusivamente en reuniones reservadas del Consejo de Ministros". Siguió un silencio embarazoso. Costa du Rels continuó: "No soy economista, pero creo tener algún sentido común. No me explico para que quieren ustedes comprarnos o canjearnos veinte mil toneladas de estaño cuando su consumo anual no pasa de mil setecientas". El General Perón declaró que sería para acumularlas y venderlas cuando fuese oportuno. "Yo creo que es mejor que nosotros las vendamos directamente, donde nos pagan con monedas fuertes, y sin las

pérdidas ocasionadas por un intermediario" -arguyó el canciller boliviano.

Al día siguiente el General Perón ofreció un banquete a su huésped, en el que se cambiaron breves discursos protocolares. Al término de la fiesta el señor Miranda acompañó a Costa du Rels hasta la puerta principal de la Casa Rosada. En el trayecto le habló de sus actividades particulares. Tenía una pequeña fundición de estaño que producía doscientas toneladas de metal al año. La política lo perjudicaba mucho. Su intención era renunciar próximamente a su puesto en el gobierno, para organizar una gran sociedad de pesca de ballenas en los mares del sur. Existía mucha demanda de grasas y aceites en todo el mundo. "Voy a lanzar acciones al mercado -le contó-. Si quiere hacer una buena inversión, compre todas las que pueda".

Costa du Rels hubiera querido volver a La Paz utilizando un avión comercial, pero el gobierno argentino insistió en que lo hiciera en la nave privada del General Perón. Como el aparato tenía más de veinte asientos hizo ofrecer campo a compatriotas bolivianos por medio de la embajada. Se presentaron tres estudiantes, dos obreros y el joven Jorge de Lanús. Los dos pilotos declararon "ser millonarios en horas de vuelo". Era la primera vez que iban a Bolivia. Se extraviaron después de la escala en Salta. Costa du Rels les aconsejó que bajaran de altura y buscaran la línea férrea que unía la Argentina con La Paz. Al poco rato uno de los pilotos entró a la cabina de pasajeros y se desplomó sobre un asiento exclamando: "Se me acabó la nafta". Al ver el terror pintado en el rostro de los circunstantes, explicó que no se refería al combustible del avión, sino a sus propias fuerzas. Se sentía muy enfermo con "mal de montaña".

En el aeropuerto de El Alto, los miembros del Cuerpo Diplomático y funcionarios de la Cancillería hacían comentarios cada vez más pesimistas sobre las causas del atraso del avión. Debía haber arribado a las cuatro de la tarde y eran las siete. Anochecía. La pista no tenía iluminación

para aterrizajes nocturnos. Fue con gran alivio que vieron aparecer la nave. Costa du Rels, que había sido el único de los pasajeros que no se indispuso durante el vuelo, tuvo un súbito mareo al pisar tierra. Cayó desvanecido en el momento en que los embajadores extranjeros se acercaban a saludarle. Se lo llevó a una de las oficinas. Recuperó con la ayuda de oxígeno.

Al día siguiente buscó al Presidente Hertzog en el Palacio de Gobierno. Le informó sobre su viaje y reiteró su renuncia. El mandatario comentó que el señor José Romero Loza, a su vez, deseaba salir del gobierno. Se convino en que, para evitar interpretaciones que pudieran agravar la tensión política, el jefe del Estado provocaría una renuncia general de sus ministros, como era costumbre al iniciarse cada período parlamentario.

Adolfo Costa du Rels dejó el Ministerio de Relaciones Exteriores con la impresión de que los cinco meses que ocupó el puesto de canciller habían sido los de mayor frustración en su vida.

CAPITULO XXI

EMBAJADOR EN FRANCIA

El presidente Enrique Hertzog ofreció a Costa du Rels la representación diplomática de Bolivia en Francia. Le dijo: "El país necesita seguir contando con sus servicios. Nadie reúne mejores aptitudes que usted para esa responsabilidad. Su aceptación demostrará a la opinión pública, tan proclive a las falsas interpretaciones, que su salida de la Cancillería no ha sido causada por desavenencias de orden político o personal entre nosotros". Costa du Rels aceptó con sincero agradecimiento. Siempre había alimentado una secreta ambición por ese puesto. Se le ofreció ya en 1936, por la Junta de Gobierno que presidía el General David Toro, como reconocimiento de su actuación en la Liga de las Naciones durante la guerra del Chaco. Influencias de don Simón I. Patiño se cruzaron de por medio. Costa du Rels no reclamó por delicadeza personal y por su amistad con Patiño. Este creía tener un derecho vitalicio al cargo. Le servía de mucho para elevar su condición social y evitar el pago de cuantiosos impuestos por los bienes que poseía en Francia. Tenía el cargo desde 1926. Lo mantuvo veinte años, hasta su muerte en 1946, aunque los últimos cinco, debido a la guerra mundial, estuvo ausente en Nueva York.

Antes de viajar a París Costa du Rels fue a Sucre.

Tuvo escenas penosas con su esposa. Ella se había hecho la ilusión de que el retorno de él al país era definitivo, que luego de su paso por el Ministerio de Relaciones Exteriores se reincorporaría al hogar para siempre y se consagraría exclusivamente a su obra literaria. El explicó: "Todavía no estoy en edad de archivarme. Puedo aún ser útil a mi patria en lo que el destino ha dispuesto que sea mi profesión. No puedo encerrarme en la pequeña Ciudad Blanca cuando el Presidente de la República me dice que se me necesita en Francia. Los miembros del Servicio Diplomático tenemos que someternos a una disciplina semejante a la de los soldados en un ejército y cumplir nuestro deber en la misión y en el lugar que nos señale el gobierno. Por otra parte, no creo que podría dar rienda suelta a mi vocación literaria en Sucre. En países amurallados como el nuestro, hay dos clases de escritores. Los unos, apasionadamente aferrados al suelo, como un trozo de metal o una mata de paja brava, hallan inspiración alimentados por las fuerzas telúricas del solar nativo. Son oficiales de un nacionalismo literario altivo, hurafío, que busca en su aislamiento andino formas originales de expresión. Los otros, suelen arrancar del terruño, del folklore, de sus diversos paisajes, costumbres y tradiciones, temas vernáculos que, adentrados en el alma, son llevados fuera para que maduren y se sublimen. Allí, lejos del país, de sus miserias, de sus pequeñeces provincianas, el recuerdo de la patria, purificado por la lejanía, incita su creación artística. No por elección, sino por naturaleza, yo no soy de aquéllos sino de éstos".

Blanca Urriolagoitia declaró que ella no iría a París. No estaba dispuesta a seguir otra vez el calvario de ver cómo él, día tras día, se dejaba envolver en las tentaciones mundanas y frívolas de esa ciudad, alejándose de Dios y de la vida familiar. Nunca más pondría los pies en la odiada metrópoli en la que se envenenó el cerebro de su hijo Fito para que sacrificase su vida en plena juventud, por una causa ajena a su verdadera patria. Nena se brindó a ir con su padre, a fin de ayudarlo en las tareas sociales de la embajada. Se decidió que Carlos se quedaría en Sucre acom-

pañando a su madre.

"¿Cuándo volverás?" -preguntó Blanca de Costa du Rels al despedir a su esposo. "Puede ser muy pronto. La carrera diplomática es muy aleatoria en Bolivia -contestó él. Ninguno de los dos presintió que era la última vez que se veían, que era su separación final.

Una vez en París, Costa du Rels no pudo presentar sus credenciales antes de que terminasen los trámites de elevación del rango de la Legación al de Embajada. Mientras tanto, la misión estuvo a cargo de Gustavo Medeiros Q., como Encargado de Negocios *ad interim*. Costa du Rels había pedido su nombramiento de consejero, a fin de contar con su eficiente colaboración como en Buenos Aires.

En el otoño de 1948, la Asamblea de las Naciones Unidas se reunió en la capital francesa. Costa du Rels tenía nuevamente el nombramiento de Presidente de la Delegación de Bolivia en dicho organismo, además del de plenipotenciario ante el gobierno del Eliseo. La incorporación de España volvió a figurar entre los principales puntos de la agenda. Costa du Rels fue uno de los delegados más activos a favor de tal medida, actuando en consonancia con la política francamente pro-española del Presidente Hertzog. Con ello deseaba, a la vez, corregir el equívoco de la delegación boliviana un año antes y actuar de acuerdo con sus sentimientos personales. Tenía afecto y admiración por España, por los valores de su raza, por su arte y por su historia. El gobierno del Generalísimo Franco quiso demostrarle su gratitud. Lo invitó a ser su huésped.

Costa du Rels escribió a Alfonso Querejazu: "París, 1 de marzo de 1949. Hermano del alma: ¡Nos veremos en pocos días más, después de ocho años de separación!. Para hacer más completo el encuentro llegaré con Nena y con dos de tus sobrinos, con quienes sé que te escribes. Los dejaste muy pequeños en Sucre. Son grandes admiradores tuyos. Quiero que los veas en su condición física y pro-

fesional actual. Son los nuevos diplomáticos de la familia: Gustavo Medeiros, Encargado de Negocios en París, y Bobby, Encargado de Negocios en Londres. Yo voy a buscarte como amigo, como hermano y como sacerdote, para que afervores la llama cansada de mi fe. También como crítico de mi obra literaria. Te mostraré el manuscrito de "Ameritudine" que está próximo a entrar en prensa".

Los ocho días de visita a la capital español transcurrieron llenos de invitaciones de las autoridades a almuerzos, paseos a Segovia, Avila, El Escorial, El Valle de los Caídos, el Alcázar de Toledo, museos, y contactos con intelectuales como Gregorio Marañón, Ramón y Cajal, Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors. El señor Martín Artajo, Ministro de Relaciones Exteriores, fue particularmente atento. Tenía amistad con Costa du Rels desde que su hijo Fito pasó unas semanas en su casa de Santander, en 1939. Habiendo sido condiscípulo de Alfonso Querejazu en Deusto, mantenía con él una íntima amistad. Hizo que el sacerdote estuviera invitado a todos los números del programa. De esta manera, Costa du Rels y Querejazu pudieron verse todos los días.

Cambiaron impresiones sobre "Ameritudine"

— Querejazu: "He tomado tu libro con emoción. Me parecía que mis manos, sólo por estar unguadas, tenían fuerzas para sostener todo el peso de su dolor. En una primera lectura, he ido furtivamente de una línea a otra, al azar, saboreando ese ajeno transfigurado por la poesía. El libro rezuma amargura. Si he de criticarlo, únicamente puedo hacerlo en tu uso de la palabra amor. Tienes que diferenciar el amor que es Amor, según expresaba Santa Teresa y otras pasioncillas ruines que han usurpado ese nombre y son mercancía barata".

— Costa du Rels: "Sí, "Ameritudine" es un grito de dolor para ser oído por almas sensibles como la tuya o por aquellas que están mutiladas como la mía".

Francisco Franco recibió a Costa du Rels en el Palacio del Pardo, con el ceremonial reservado a los huéspedes más ilustres. Le habló de su preocupación por la ola roja que iba avanzando sobre Hispanoamérica. Declaró su especial aprecio por Bolivia, Colombia y el Perú, por ser los países que con más lealtad conservan el acervo cultural que heredaron de la Madre Patria. Costa du Rels fue condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

En julio de 1949, presentó sus credenciales de embajador al Presidente de Francia, señor Vincent Auriol. Desde un principio procuró dar a su misión un carácter intelectual. Reanudó amistad con los principales escritores de Francia que conoció antes de la guerra: André Maurois, Francois Mauriac y Paul Claudel. Desgraciadamente, Paul Valery había muerto. Igualmente la poetisa rumana, Helena Vacarescu, que en su testamento declaró: "No he tenido marido, no he tenido amante, no he tenido hijos. He vivido consagrada al servicio de mi país".

En el orden sentimental sufrió una aguda crisis. La mujer de cuyos encantos estaba prendado desde hacía ocho años, decidió poner fin a su amor y substituirlo por una amistad platónica, a raíz de la muerte de su marido. La familia Bluger dejó Buenos Aires y tomó domicilio en París por las arbitrariedades del gobierno peronista contra los industriales y la particular hostilidad de Eva Perón contra la dama cuyo sitio de ser la más bella y elegante de la república quería ocupar. Fernando Bluger cayó víctima de cáncer a la sangre. Su agonía duró dos años y fue más penosa los últimos tres meses, en los que su vida fue prolongada artificialmente por la ciencia médica. Al ver sus sufrimientos, Justina de Bluger sintió un remordimiento profundo y se juró a sí misma que le tendría una fidelidad póstuma, que "le pertenecería en muerto, como no le perteneció en vivo". Costa du Rels creyó en un principio que se trataba de una más de las contradicciones de su carácter, uno más de los caprichos y súbitos cambios de humor que en el pasado habían provocado tan frecuentes

altibajos en sus relaciones. Pronto se convenció de que estaba equivocado. La decisión de ella era absoluta e irrevocable.

Se sintió profundamente herido en el corazón y en el orgullo. Redactó cartas reiterando su pasión y suplicando. No se atrevió a enviarlas. Primó en sus acciones un sentimiento de respeto a la voluntad de ella, a su remordimiento, a su duelo. Acalló su propio dolor y acató lo que ella había decidido. A partir de entonces, las relaciones entre ambos fueron de cordial y respetuosa amistad. Costa du Rels se convirtió en uno más, tal vez el predilecto, de los viejos y leales amigos de la viuda de Bluger, en el habitual convidado a las reuniones sociales en la lujosa mansión de la Avenida Foch o en el Castillo de Baylon.

Su vinculación con la Duquesa de Rochefort se mantuvo estrecha desde su regreso a París. Se reanudaron las visitas a los museos, la asistencia a las conferencias, los almuerzos en Bagatelle, las caminatas por el Bosque Bolonia, los fines de semana en el Castillo de Monteval. Empero, la duquesa había envejecido. Su bondad era la de siempre, más su temperamento dominador se había acentuado. Su conversación y su compañía seguían siendo "un deleite para el espíritu", pero Costa du Rels sentía nostalgia por la feminidad y coquetería de Justina Bluger. Había sido una fuente de ternura, muy rica en emociones, que satisfacía su sed de cariño. La duquesa, con su personalidad casi viril, proporcionaba alimento para el cerebro, pero no para el corazón. Sintió la necesidad de otra mujer que supliese el vacío dejado por la argentina. La encontró en la Princesa Desiré Winderst-Graetz, austríaca de 40 años, a cuyo lado le tocó estar sentado en un banquete diplomático. Ella también atravesaba una crisis sentimental. Un lord inglés, del que fue amante varios años, acababa de cortar relaciones con ella para volver al lado de su esposa.

El flirteo de París maduró en Nueva York, donde él fue a otra reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas.

Ella tenía intereses mercantiles en la misma ciudad. Hicieron un viaje juntos al Caribe, visitando Camagüey, Montego Bay y Cartagena. En Montego Bay fueron huéspedes de Lord Beaverbrook, el magnate inglés dueño del "Daily Express". Costa du Rels le encontró similitudes de carácter con lo que fue don Simón I. Patiño.

Apuntes de Costa du Rels en una libreta: "La princesa ejerce sobre mí un atractivo físico irresistible. Se mezclan en ella ingenuidad, pragmatismo, sentimentalismo y sensualidad. Es turbulenta y apasible, alegre y malhumorada, autoritaria y sumisa, apasionada y fría, todo cambiando de un momento a otro, sin razón, ni explicación. Tiene una afición desmedida por el dinero. Es calculadora, a la vez que preocupada. No le gusta pensar. Su ignorancia es total, pero encantadora. Tiene algo de animal, de salvaje. Ama el amor por el amor mismo, con un entusiasmo desbordante. ¡Es tan bonita!. Siento un placer de esteta al contemplarla. Su rostro tiene el defecto de unos pómulos muy salientes, pero su perfil es perfecto. Me recuerda los retratos de las mujeres italianas de Pollacollo y Pierro de la Francesca. Los días a su lado pasan llenos de alegría, como en una especie de Nirvana. Es también religiosa. Reza todas las noches antes de dormir, hace la señal de la cruz sobre mí frente y me pide que yo haga lo mismo sobre la de ella. Duerme con un pequeño crucifijo de metal sobre su almohada".

Las delicias del Caribe se repitieron al año siguiente en el balneario de Formentor de la isla de Mallorca. De otra libreta: "Nuestro hotel está perdido en medio del follaje. Los baños en el Mediterráneo tibio y tranquilo, el comer fruta tomada directamente de los árboles, me proporcionan goces panteistas. Daisy me rejuvenece con su alegría. A su lado no tengo 67 años sino la mitad. Coqueta incorregible, halaga mi vanidad diciéndome: "Eres el mejor amante, el mejor camarada, el mejor amigo". Hemos visitado en Valdemosa el Museo de Chopin. Siento antipatía por George Sand. Ha devorado celebridades y hombres mediocres con su sensualidad. Ha hecho literatura en la cama".

Algunas tardes, Costa du Rels gustaba de hacer largos paseos solo. Otra página de la misma libreta: "Al anochecer tengo una cita de amor con la luna. Iré a esperarla a la cima del promontorio que avanza sobre el mar. Veré aparecer lentamente su bello rostro precedido por un gran resplandor. Me tenderá un puente de plata sobre las aguas del Mediterráneo. "¿Eres un milagro?", le preguntaré. "Mucho más de lo que supones", me contestará. Lleno de emoción me alzaré sobre la punta de los pies para besarla... Esta tarde tengo una cita de amor con la luna".

En Formentor recibió la noticia de que su hija Gladys había dado a luz por segunda vez. El nuevo nieto era varón. Escribió: "*Welcome, boy*. Que tu destino sea muy interesante. Que puedas gozar de la vida con inteligencia. Pienso en ti, en esta perdida isla del Mediterráneo con emoción. Quiera el destino concederme el privilegio incomparable de asistir al despertar de tu razón. ¿Tu edad? Dos días. ¿La mía? Más de 60, pero no lo repitas. Nadie lo sabe. Soy joven todavía por mi estado físico y mental. No soy viejo sino en el papel. Ojalá tú seas tan sano como yo lo he sido, gracias a una existencia disciplinada e higiénica, muy poco alcohol y nada de cigarrillos. Te deseo una feliz travesía por la vida desde el fondo de mi corazón. Ojalá aprendas a apreciar las cosas de este mundo en todo lo que valen, como yo he sabido hacerlo siguiendo a Blake: Ver el Mundo en un grano de arena, un Cielo en una flor silvestre, tener el Infinito en la palma de la mano y la Eternidad en una hora".

Su hija Nena, en una vacación en el Cairo, conoció al joven norteamericano Dick Downar, que hacía estudios sobre los problemas árabes con una beca Fullbright. Se enamoraron. Nena volvió a París y a poco se presentó Downar a solicitar su mano en matrimonio. Hizo muy buena impresión a Costa du Rels. Era serio, culto, inteligente y bien parecido. La boda tuvo lugar pocos meses después, con la mayor sencillez, en una ceremonia a la que concurrieron sólo los amigos más íntimos. Los novios viajaron enseguida

a Beirut donde Downar tenía un contrato de trabajo.

Justina Bluger sabía de la Princesa Wenderst-Graetz. Llegó a enterarse de sus relaciones con Costa du Rels. Sintió celos. Reprochó a su amigo "que a su edad estuviera todavía en esas cosas". No pudo ocultar que su vanidad estaba herida al sentirse reemplazada en el corazón del hombre que creyó que nunca amaría a otra mujer como la amó a ella, que no tendría más sentimientos de esa naturaleza que el amor platónico, la respetuosa devoción que tan delicadamente seguía demostrando por ella. Sabía también de sus relaciones con la duquesa, pero no la consideraba competidora en las cosas del corazón, sino en las de la cabeza, y ésto no le importaba.

Aidé de Rochefort ignoraba la existencia de Desiré Winderst-Graetz o Justina Bluger, pues se movía en una esfera diferente. Sin embargo, su temperamento posesivo explotaba a veces en escenas de desconfianza. Conocía suficientemente a su amante para sospechar que podría incursionar a otros huertos para tomar la manzana de Eva. En cierta ocasión le dijo: "¿Qué buscas en otras mujeres? ¿Acaso yo no soy hermosa, inteligente y apasionada?" El le contestó con un "piadoso silencio".

En las Naciones Unidas surgió la posibilidad de que Costa du Rels fuese elegido Presidente de la Asamblea para las reuniones del año 1951. El gobierno boliviano pidió apoyo a las cancillerías de países amigos. Brasil, Colombia, Uruguay, Francia, Bélgica y Luxemburgo ofrecieron votar a su favor. Surgió al frente la candidatura del diplomático mexicano Padilla Nervo. Los Estados Unidos volcaron su influencia a favor de éste. Resultó elegido. En la campaña contra Costa du Rels se le criticó sus actitudes a favor de España, sus esfuerzos para que algunas reuniones de la ONU se celebrasen en París y, sobre todo, que fuera representante de un gobierno *de facto*.

Esto último era evidente desde pocos meses antes. El

doctor Enrique Hertzog, en mitad de su período presidencial, por agotamiento físico y moral, hizo abandono de su puesto. Su sucesor, el Vicepresidente Mamerto Urriolagoitia, logró mantener la continuidad del régimen venciendo en una corta guerra civil y develando varios intentos revolucionarios. A la terminación del período constitucional llamó a elecciones. Ante la sorpresa de todos, el candidato oficial, señor Gabriel Gosálvez, perdió frente a Víctor Paz Estenssoro, jefe del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Los comandantes del ejército se alarmaron ante la perspectiva de que este político, que había triunfado con el apoyo de todas las fuerzas de la izquierda, tomase las riendas del Estado. Presionaron a Urriolagoitia para que, en vez de reconocer el triunfo electoral de Paz y entregarle el gobierno, hiciera esto último a una Junta Militar. El MNR volvió a los trajines subversivos. En el exterior se comentó que la formación de un gobierno *de facto* en Bolivia había sido un atentado contra la democracia.

Costa du Rels siguió con inquietud ese acontecer, no tanto por el efecto desfavorable que tenía en su elección como Presidente de la Asamblea de las Naciones Unidas, en la que nunca tuvo muchas esperanzas, sino en la negociación diplomática con Chile, de cuyo curso venía siendo informado en la correspondencia de Alberto Ostría Gutiérrez:

“Santiago de Chile, 18 de agosto de 1949. Las gestiones que usted fue el único en alentar, asumiendo responsabilidades valientemente, quedaron paralizadas por falta de nuevas instrucciones de nuestra Cancillería. Nadie se atreve a encarar el asunto. Un ministro sigue a otro y todos dicen que lo estudiarán. Así vamos perdiendo una oportunidad histórica”.

Cinco meses más tarde: “Santiago, 6 de enero de 1950. Quiero ir a La Paz para hacer un plan definitivo acerca de la negociación con Chile para llegar a un resultado antes de que el Presidente González Videla viaje a los Estados Unidos. Cuando el ex-Presidente Hertzog pasó por

aquí rumbo a su embajada en España, lo acompañé a una entrevista con el mandatario chileno. Quedó asombrado de las posibilidades que existen para una solución favorable de nuestra mediterraneidad. Juntos mandamos una nota explicativa a la Cancillería, pero hasta ahora no me llega ningún eco. Sigue el silencio”.

“Santiago, 9 de marzo de 1950. He estado en Bolivia. En el canciller Pedro Zilveti Arce encontré muy buena disposición. Tuvo una actitud decidida, comparable a la suya. Tengo la certidumbre de que ahora voy a poder llevar las cosas adelante”.

En dos meses más de tesonero e inteligente esfuerzo Ostría Gutiérrez logró que Bolivia diese el primer paso de su retorno al mar. Cambió con el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Walker Larrain, notas reversales de fechas 1 y 20 de junio de 1950, por las que éste declaró que el gobierno de Chile “estaba llano a entrar formalmente en una negociación directa destinada a buscar la fórmula que pueda hacer posible dar a Bolivia una salida propia y soberana al Océano Pacífico y a Chile obtener compensaciones que no tengan carácter territorial”. Ostría Gutiérrez mandó copia de las notas a su amigo expresándole: “Creo que tales documentos corresponden al objetivo fundamental de las primeras instrucciones de usted, o sea, el reconocimiento que hace Chile de que Bolivia debe tener acceso propio y soberano al mar”.

Una sucesión de hechos impidió que Bolivia diese más pasos hacia el Pacífico partiendo de la feliz conyuntura creada por Ostría. La revista “Ercilla” afirmó que lo que iba a conseguir Chile en compensación del territorio que cedería a Bolivia eran aguas del Lago Titicaca para irrigar los desiertos del norte. Aunque nada de ello había discutido Ostría, en La Paz se escucharon voces tan sonoras como las de don Franz Tamayo, que dijeron que no se debía tocar las aguas del Lago Sagrado. Elementos del MNR hicieron campaña para desacreditar el triunfo diplomático de quien

consideraban su más poderoso enemigo. El Perú interpuso tercería recordando los derechos que tenía en el Titicaca y en las tierras que Chile quería negociar.

El golpe de gracia vino con la caída de la Junta Militar, en abril de 1952, por traición de uno de sus miembros y acción subversiva del MNR. Víctor Paz Estenssoro impuso una ideología diferente a la de los gobiernos anteriores en la política interna e internacional de la república.

Costa du Rels cablegrafió al Ministro de Relaciones Exteriores: "Para dejar en libertad al nuevo Jefe del Estado de elegir sus representantes en el exterior, formuló renuncia de los cargos que desempeño como embajador en Francia y Presidente de la Delegación de Bolivia ante las Naciones Unidas". La respuesta fue tan breve como descortés: "Aceptada. Minrelaciones".

CAPITULO XXII

"LOS CRUZADOS DE ALTA MAR" Y "LOS ESTANDARTES DEL REY"

Adolfo Costa du Rels volvió a sus papeles. Era fatalista. Recibía los cambios de circunstancias en su vida con filosófica conformidad. Le gustaba la diplomacia porque en ella servía a su patria en algo para lo que tenía habilidad innata. Le gustaba porque le abría puertas para contactos con las mejores gentes de cada país. Le gustaba por la vida social en la que su carácter expansivo encontraba amplio campo de acción. Mas, al mismo tiempo, le provocaba remordimiento, pues le quitaba tiempo y le privaba de la concentración necesaria para su verdadera vocación.

Para él la literatura tenía significado más permanente. Lo que creaba en ella podría sobrevivirlo. En cambio, en lo diplomático una vez muerto nadie se acordaría de lo que hizo en la Liga, en la ONU o en tal o cual embajada. Todos sus afanes se perdían en el cementerio de los archivos de la Cancillería. Sus libros tendrían perdurabilidad en algunas bibliotecas. Había la posibilidad de que, cuando él no existiese ya, algún curioso los sacase de los anaqueles. Reviviría entonces para narrarle sus cuentos o sus novelas. Recuperaría vigencia aunque sólo fuese momentánea e inter-

mitentemente.

El no podía ser como Paul Claudel, que combinaba literatura y diplomacia sin ninguna dificultad. En él los personajes que iba creando para sus obras se convertían en parte viviente de su ser. Absorbían todos sus pensamientos. Eran como hijos que se desarrollaban en su mente, exigiendo toda clase de cuidados, toda su atención. La creación literaria era en él una especie de trance que imposibilitaba toda otra actividad intelectual. Su defecto estaba en que, a veces, impulsado por la excitación creadora, emprendía una obra y antes de terminarla comenzaba otra.

En el fondo, le alegraban las interrupciones que sufría su carrera diplomática. Le permitían hacer literatura. Sufría un quebranto económico al perder los emolumentos de funcionario público, mas éstos nunca fueron su principal medio de subsistencia. Desde que ganó independencia económica con la venta de las concesiones petroleras la mantuvo especulando con el azar. Pero no ya como en las truculentas partidas de "pinta" frente a los miembros más pudientes del "Club de la Unión" de Sucre, y menos en aburridas partidas de bridge con cursis damas y caballeros de la sociedad bonaerense o parisién, sino con negociación de títulos en la Bolsa de Valores de Nueva York. Con la caída del precio en las acciones de la "Patiño Mines" tuvo algunos años de pobreza, pero la experiencia le enseñó cuán peligroso era "tener todos los huevos en una sola canasta". Desde entonces, diversificó sus inversiones en títulos de diferentes empresas, haciendo compras y ventas según le aconsejaban amigos entendidos o guiándose por su propio instinto.

Estando de embajador en Buenos Aires adquirió acciones de la empresa de su amigo Alberto Dodero, el más poderoso empresario dentro de la marina mercante de la Argentina. Se valorizaron mucho por la vinculación que Dodero cultivó con el Presidente Domingo Perón y sobre todo debido a la íntima amistad de la astuta Betty Sunmark

de Dodero con Eva Perón. Costa du Rels vendió estos títulos en vista de que los despilfarros del peronismo mostraban que toda la economía argentina iba camino de un colapso. Todavía hizo una inversión en ese país cuando el Ministro Miranda, virtual dictador de las finanzas públicas, le avisó que iba a dejar su puesto de asesor económico del Presidente Perón para organizar una empresa de grasas y aceites mediante la pesca de ballenas. Supuso que el hombre sabía a lo que se iba a meter y que tenía el terreno bien preparado. Compró una buena cantidad de títulos que le costaron 40 pesos por unidad. Estando de embajador en Francia supo que habían subido a 400. Los vendió obteniendo una ganancia de diez por uno.

Al dejar su cargo de representante diplomático en París hizo un balance de su situación. Constató que, además de algunos cuadros y muebles antiguos, que había comprado a precios de ocasión, tenía acciones en industrias de los Estados Unidos con un valor de 371.000 dólares, que le proporcionaban una renta confortable. Podía dedicarse a escribir sin preocupaciones pecuniarias y seguir ayudando a sus hijos en casos de necesidad.

Revisando los papeles acumulados en el departamento de la Avenida Kléber, a fin de encontrar un derrotero para su inmediata actividad literaria, tropezó con los que habían pertenecido a su hijo Fito. Libros de estudio y de lectura, cartas, cuadernos del colegio, libretas con registro de ideas e impresiones y algunos versos. Ojeó todo con mano trémula y corazón acongojado. Descubrió rincones íntimos de un espíritu que no conocía y otros que confirmaban la premonición que tenía de su trágico destino, su intensa religiosidad católica, su exagerado idealismo, su intransigencia granítica.

"Ameritudine" había sido un canto de adolorida recordación del hijo muerto. Una expresión del dolor del padre. "Ameritudine" era él y no Fito. Este merecía un libro aparte, un libro que contase a los demás cuán nobles

habían sido sus ideales, cuán definitivo su sacrificio. Un libro que sacara su muerte del anonimato, que protegiera su quiijotismo del olvido. Un libro que fuera modesto y piadoso monumento a su memoria. Un libro que sirviera de lápida para identificar su tumba en la inmensidad del océano.

La esencia del libro estaba en los propios papeles de Fito. Sólo era necesario ordenar, equilibrar, pulir, añadir comentarios marginales. Se puso en trabajo. Desde un comienzo se dio cuenta de cuán diferente era esta tarea literaria de las otras. Lo que en éstas era siempre una gravidez gozosa y un parto feliz, con "Los Cruzados de Alta Mar" resultó un cilicio que lo torturó de principio a fin. Volvió a vivir los sufrimientos de sentirse impotente para evitar que un hijo que tenía un cuerpo vigoroso, una inteligencia privilegiada y un corazón valiente, arriesgase todo en una aventura quiijotesca y desapareciese en el fondo del mar.

La obra estuvo concluída en pocos meses. La editorial "Plon" de París la estudió. Le pareció de mucho valor literario, pero de poco interés comercial. Exigió que el autor contribuyese con una mitad del costo de impresión.

Toda la crítica fue favorable.

Cristián Murceaux: "Esta intimidad de un padre y de un hijo, más estrecha y más vigilante que una amistad, avanza hasta el desdoblamiento. A través de algunos años cada uno contempla lo que ha sido, lo que podrá ser. Esa intimidad no puede afirmarse sino con la experiencia. La creación del padre se vuelve contra él. ¿Cómo retener un hijo que él ha armado tan bien para el combate? ¿Al que le ha dado como patrimonio que debe defenderse una cultura francesa que la invasión alemana pone en peligro de desaparición? ¿Cómo inculcar tardíamente en ese cruzado prudencia y egoísmo? Costa du Rels ha evocado, con una singular justeza de tono, con auténtica emoción, a uno de esos Edipos que no han tenido tiempo de descifrar el enigma del monstruo". Louis Chaigne: "Sus páginas son muy

bellas. Costa du Rels escribe en francés con una maestría excepcional". Andrés Rousseaux: "La publicación de un diario íntimo no deja de tener sus peligros. ¿Qué decir cuando un padre publica capítulos del diario de su hijo muerto? Este libro es el testimonio de una vida que entra triunfante en una eficaz inmortalidad". Gonzalo Zaldumbide: "Es un diálogo en contrapunto, entre padre e hijo, de ardor iluso y de experiencia agorera, en armonía supramusical". Juan Siles Guevara. "Una sabia mezcla de descripciones, fragmentos de diarios, reflexiones, recuerdos, documentos, logran el feliz resultado de una atmósfera de creación pura". Alfonso Querejazu: "La dramática vida de Fito se ha vuelto poesía".

El comentario que más conmovió al autor fue el de su hija Nena: "Gracias, Daddy, por haber convertido a mi hermano en el protagonista de una hermosa leyenda".

"Les Croisés de la Haute Mer" hizo acreedor a Costa du Rels al premio "Antoine de Rivarol", otorgado por un jurado que integraban Francois Mauriac, Gabriel Marcel, Jules Supervielle, Henri Trojat, Jules Romains, Jean Schlumberger y Emile Henriot, a la mejor obra escrita en francés por un autor extranjero, en 1953. El premio de 50.000 francos se lo entregó Francois Mauriac en un acto público.

De la correspondencia con Alfonso Querejazu:

— Costa du Rels: "Viajé a Italia para recuperar del trauma moral que me causó el reconstituir el drama de Fito. Te escribí de Padua. Te recordé mucho en Venecia. El paso de los años me vuelve aún más romántico. Hasta las piedras de las ruinas históricas me hacen llorar sobre sus desgracias. En París he dictado una conferencia sobre Bolívar y otra sobre "Las Mujeres del Segundo Imperio". Como ésta ha sido muy bien recibida, estoy haciendo una gira por Lille, Valenciennes, Turcoing, Bergues, Dieppe, San Quintín y Amiens, repitiéndola. Me pagan 25.000 francos por

cada función. No me interesa el dinero, sino el hacerme conocer para abrir campo a mi obra literaria”.

— Querejazu: “Hiciste bien en buscar la luz en el Mare Nostrum, su más depurado hontanar. Yo sigo sembrando. Dicté conferencias en la Universidad de Valencia. Una sobre “El Misterio de Cristo” y otra sobre “El Misterio de la Muerte”. Dicté también un cursillo de historia en Avila. A Dios gracias, mi salud se mantiene buena. Volé a Mallorca, invitado por el Obispo, que es buen amigo mío. Di otras dos conferencias a los seminaristas. De vuelta estuve en mi “Semana de Intelectuales” de Gredos, a 1.500 metros sobre el nivel del mar, hablando del Espíritu Santo. Nos venimos reuniendo desde hace dos años en el Parador Nacional de Turismo. Durante tres días dialogamos sobre temas esenciales. En la pequeña hermita contigua al parador tenemos los oficios religiosos con el telón de fondo proporcionado por los jóvenes seminaristas que traigo de Avila y que tienen a su cargo el servicio del altar y el canto gregoriano, en un ceremonial íntimo de profunda religiosidad en el que cada uno va al encuentro de su propia conciencia después de haber cambiado pensamientos e ideas con sus hermanos del intelecto”.

— Costa du Rels: “El gobierno francés me ha elevado a la dignidad de Gran Cruz de la Legión de Honor. Para no suceptibilizar al gobierno boliviano el Presidente Vincent Auriol no me entregó las insignias en una ceremonia oficial sino en un almuerzo íntimo en el Palacio Eliseo. Recibí el homenaje no por mí mismo sino por los míos que combatieron por Francia: mi bisabuelo con Napoleón, mi abuelo en Crimea, mi padre en 1870, mis primos en la Primera Guerra Mundial y por Fito. Ellos merecían la cinta roja, no yo. Después del ágape, el señor Auriol me llevó a mostrarme el despacho de los presidentes. Me señaló el sofá donde el Presidente Faure, al término de un opíparo almuerzo, se puso a fornicar con una dama y murió en el trance”.

— Querejazu: “Después de pasar unos días en La

Torre de los Satrústegui, en San Sebastián, me reuniré con un grupo de teólogos franceses. Luego intervendré en las “Conversaciones Católicas Internacionales” en el mismo balneario, como en años anteriores.

— Costa du Rels: “Mientras tú cada vez te elevas más de tejas arriba, yo prosigo mi devaneo de tejas abajo. Tú te alimentas en fuentes celestiales. Yo busco mi inspiración en dramas terrenales”.

— Querejazu: “Es muy posible que me tengas en París durante la primera semana de diciembre. El Instituto Católico de Francia debe celebrar el Cuarto Centenario de San Francisco Xavier y me ha invitado a participar como orador. Dictaré dos conferencias”.

— Costa du Rels: “Mis brazos están abiertos para recibirte. Mi prima Tita, que tiene las condiciones de una perfecta “gobernanta de cura”, se apresta ya a engrair al “tata” Alfonso con los manjares de su predilección”.

De una libreta de apuntes: “Diciembre, 1953. Ha llegado Alfonso, Sigue siendo un alma fresca, un niño, bajo la evoltura funeraria de la sotana. Con él ha entrado la alegría en el departamento. Sus dos conferencias han sido un suceso. ¡Qué lástima que no pudiera permanecer más tiempo a nuestro lado!”.

Correspondencia de Alberto Ostria Gutiérrez:

“Santiago, 4 de octubre de 1952. La situación en nuestra patria es cada día más sombría. Frente al tremendo drama que se desarrolla allí no podemos cruzarnos de brazos. La patria es una realidad y al mismo tiempo una idea, un ideal. Yo he asumido un puesto de lucha contra el oprobioso régimen. Estoy acumulando material para otro libro. Será la continuación o complemento de “Una revolución tras los Andes”. Terminado el libro polémico, trataré de dar forma a mis ambiciones literarias: un ensayo sobre la

diplomacia y la terminación de mis "Cuentos Quechuas". Mi deseo habría sido dejar para más tarde el libro polémico y comenzar por la obra de arte. Pero son tales las iniquidades que se van cometiendo en Bolivia y tal es la saña con la que se me ataca por los lebreles del totalitarismo, que me veo obligado a salir de mi silencio luchando por la democracia contra la tiranía. Yo no creo que el mundo pierda lo más mínimo si no escribo literatura. Pero procuraré hacerlo después, ya que la vida debe tener un objetivo, por pequeño e insignificante que sea. Bolivia está ahora de regocijo por la nacionalización de las minas. A mi juicio ha sido una medida necesaria que nada ni nadie debe contrarrestar. Si es un triunfo me alegraré como boliviano".

Carlos Costa du Rels Urriolagoitia tuvo que dejar Bolivia por la situación política. Llegó a París para buscar trabajo y vivir con su padre. De las libretas de apuntes: "Las conversaciones con mi hijo me dan la idea de ampliar "Laguna H 3" en una nueva edición. El ha conocido el Beni el año pasado y me cuenta cosas muy interesantes sobre la vida en la selva. Son detalles pintorescos que yo no conocí en el Chaco. Las tormentas torrenciales de noviembre, seguidas por días secos durante los cuales los mosquitos se multiplican en los "curiches". Es el período en el que los hombres enloquecen. Es también muy interesante lo del "árbol del palo santo", convertido en inmenso hormiguero cuyos insectos pueden devorar a quienes se apoyan en el tronco. El entusiasmo que me infunde Carlos me lo quita la duquesa. Ella hace objeciones a mi exceso de imaginación. Ella no tiene ninguna. También critica mi estilo. "Plon" ha vendido ya 600 ejemplares de "Les Croisés..." No está mal para un recién nacido. Estoy también incubando en la mente otra novela corta que haga pareja a "Laguna H 3". Tendrá por tema el conflicto entre diversas maneras de evangelización, según el temperamento de los ejecutores y la cultura de quienes la reciben. Será una novela de unas 150 páginas, con una base científica. Sus protagonistas serán los indios Urus del Lago Titicaca, cuya comunidad visité en 1948, cuando era Ministro de Relaciones Exteriores. Quedan

apenas unas veinte familias. Su idioma va desapareciendo. Pretenden descender de una raza pura creada por Tatitu al mismo tiempo que la luna y las estrellas. Creen tener sangre negra, que no pueden ahogarse y ser inmunes a la centella. Desdeñan a los aimaras por haberse cruzado con razas inferiores. También tengo en mente otra pieza de teatro. Se llamará la "Duquesa Roja", o mejor aún, "La gueule du loup" (La boca del lobo). Tengo ya imaginado el escenario y el carácter de los principales personajes".

La "Radiodifusión Francesa" contrató los servicios de Costa du Rels para seis audiciones sobre Literatura Hispanoamericana y para otras charlas en español, dedicadas a los oyentes de Latinoamérica, tituladas "Crónicas Callejeras de París". La Academia Diplomática Internacional le pidió una conferencia sobre "Los últimos días de la Sociedad de las Naciones". Estas actividades interrumpieron sus planes literarios. "La gueule du loup" fue lo único que tomó alguna forma, sin llegar a completarse.

Los funcionarios de la embajada y el consulado de Bolivia en París, por instrucciones de La Paz, le pusieron obstáculos para otorgarle un nuevo pasaporte a cambio del Pasaporte Diplomático que había quedado sin valor. Como le era indispensable un documento de indentificación personal para viajes y trámites de cualquier naturaleza, su amigo, el Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia le facilitó un salvoconducto provisional.

— "¿Por qué no adopta la nacionalidad francesa?" - le preguntó Maurice Schuman al entregarle el documento. Con ello se le facilitaría todo y se le abrirían fuentes de trabajo y quién sabe de fortuna".

— "Muchas gracias, querido amigo, por su sugerencia" - respondió Costa du Rels. Pero la nacionalidad es como el color de los ojos. No se la puede cambiar".

Pese a su gran amor por Francia, no quiso renegar de

su patria de origen. Allí nació él y todos sus hijos, menos Nena. De allí eran sus mejores amigos. Mucho de su obra literaria tenía inspiración boliviana. Había tenido el alto honor de representar a Bolivia ante gobiernos extranjeros y organismos internacionales. La sirvió con lealtad y devoción. Seguiría siéndole leal, aunque sus actuales gobernantes le quisiesen negar su nacionalidad, tachándolo de extranjero.

Una charla con su sobrino Carlos de Selva, que asesoraba a la Juventud Obrera Católica, le dio la idea de escribir una novela o una pieza de teatro sobre un tema que tenía palpitante actualidad: la decisión del Sumo Pontífice prohibiendo que continuasen las tareas de evangelización a cargo de los "sacerdotes obreros". El conflicto que surgía en la conciencia de éstos, de obedecer o revelarse contra esa medida, le interesó vivamente. Esa noche durmió apenas. Pasó horas imaginando las diferentes reacciones. Al día siguiente visitó librerías del Barrio Latino y adquirió libros relativos a cuestiones sociales y todos los que encontró sobre los "sacerdotes obreros". Se dio cuenta de que existía ya una novela sobre el tema: "Los santos se van al infierno", de Gilbert Cesbron. Decidió que él haría una pieza de teatro.

Los "sacerdotes obreros" nacieron durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los nazis reclutaron cientos de miles de trabajadores en Francia y los transportaron a las fábricas de pertrechos bélicos de Alemania. Como se opusieran a que los acompañasen curas, éstos se disfrazaron de obreros. Más de doscientos ejercieron su apostolado entre sus compatriotas desterrados, con autorización del Cardenal de París. El Papa Pío XII dio el espaldarazo a tal práctica en una carta a los Capuchinos: "Los tiempos actuales os reclaman en los talleres, en las fábricas, en los hospitales, en las prisiones, en medio de los trabajadores, para ganar a éstos al lado de Dios. Reúnanse los hermanos apostólicos a sus hermanos proletarios. Penetrad en medio de las masas para sembrar la palabra de Cristo". El peligro de que se contaminasen con las ideas sociales de sus



A los 70 años.

catecúmenes, se hizo evidente en mayo de 1952, un día en que el general norteamericano Rigdway llegó a París. Se produjo una manifestación comunista contra los Estados Unidos. Hubo represión policial. Entre los heridos recogidos por las autoridades se descubrió dos "sacerdotes obreros". Escándalo. Los que tenía la Orden de los Jesuitas fueron obligados a dejar ese rol y volver a las formas ortodoxas de catequización. Los arzobispos de París, Lyon y el obispo de Lille viajaron a Roma a defender a los "apostoles de choque". Fracasaron. Pío XII contradujo su mandato de un año antes y ordenó que todos reasumiesen la vida sacerdotal ordinaria, predicando los Evangelios desde el púlpito o los confesionarios. Unos pocos desobedecieron, prefiriendo seguir entre los trabajadores. Costa du Rels fue en su busca a la fábrica de automóviles Renault, en las afueras de París. Logró contacto con dos. Se mostraron desconfiados. Cuando explicó que era un escritor sudamericano, uno de ellos aceptó contar sus experiencias. Costa du Rels lo visitó cuatro veces en su modesta vivienda.

Empapado con el tema, se puso a escribir la pieza con más entusiasmo que cualesquiera de sus obras anteriores. Asistió a cuanta función teatral se daba en París para aprender trucos de escenificación y el movimiento de los personajes. Inicialmente pensó en el título "L'agonie des bergers" (La agonía de los pastores). Lo cambió al ver en un cuaderno de su hijo Fito, de cuando estaba en el Colegio de los Jesuitas, el cántico religioso "*Vexilla Regis prodeunt*" (Los Estandartes del Rey avanzan).

De una libreta de apuntes: "¡Eureka!, encontré un título que me gusta mucho. Escribo durante horas y más horas, con una excitación extraordinaria. Avanzó rápidamente, como si alguien me dictara. Discutimos con mi hijo Carlos la distribución del tema en dos o tres actos. El me hace comentarios muy pertinentes". Anotaciones de días después: "Trabajo todo el día. La pieza mejora. Sin embargo, tendré que revisarla una y otra vez. Leo libros de Teología sobre la obediencia. He rehecho el primer acto. Mi

entusiasmo no declina". Una semana más tarde: "Maravillosa mañana de primavera. Mi gabinete de trabajo está inundado de sol. Laboro en el tercer acto. Vamos al cine con Tita y Carlos".

Pasó el resto del año puliendo la pieza y buscando como ponerla en escena. En un medio en el que se presentaban obras de autores clásicos o de contemporáneos tan famosos como Paul Claudel, Henri de Montherland, Albert Camus, Jules Romains, Georges Bernanos y otros, las posibilidades de un desconocido, de origen sudamericano, que escribía en un idioma que no era el suyo y que había tenido la profesión de diplomático, eran muy escasas.

Para ser presentado a directores o actores había que ser conocido y para ser conocido había que ser presentado. El círculo vicioso lo rompió la Duquesa de Rochefort. Era miembro de la Academia de Ciencias y Letras de Bélgica. En esta institución tenía amistad con el famoso escritor Roger Beauford. Le prestó el manuscrito de "Los Estandartes del Rey". No se produjo ninguna reacción durante meses. Costa du Rels se sumió en el pesimismo. Pensó que no tenía ninguna habilidad como autor teatral. ¡Tanto esfuerzo, tanto entusiasmo, tantos sueños, convertidos en hojas muertas!

Una mañana sonó el teléfono en el departamento de la Avenida Kléber. Quien llamaba era Claude Etienne, director y actor del "Teatro Rideau" de Bruselas. Pidió a Costa du Rels que fuera a verlo. Viajó al día siguiente. Etienne le explicó: "El señor Beauford me dio su manuscrito. Por el título supuse que era una pieza de caballeros de la Edad Media. No me interesó en lo más mínimo. Lo arrojé a un lado. Un día cualquiera, mi esposa, no teniendo qué leer, lo recogió casualmente y lo hojeó. Llamó su atención el diálogo entre dos curas. Leyó la pieza de principio a fin y me la recomendó como algo muy original. Quiero ponerla en escena".

El señor Henri Spaak, Primer Ministro de Bélgica, era amigo de Costa du Rels desde que se conocieron en las Naciones Unidas. Le ofreció un banquete al que invitó a varios intelectuales y periodistas. El autor desconocido, el diplomático sudamericano, se convirtió en una persona de relieve. Los actores, que hasta entonces ensayaban con desgano, cambiaron de actitud.

Al estreno asistió el Primer Ministro Spaak. El autor estuvo acompañado de su hijo Carlos y sus primas Tita e Isabel. El público se sintió desconcertado con el tema. Aplaudió, pero con desconfianza.

"La Libre Belgique", vocero del ultramontanismo, comentó al día siguiente: "Un autor boliviano ha puesto en escena el problema de los sacerdotes obreros. Un Claudel, un Bernanos, habrían tenido derecho a escribir sobre una cuestión tan delicada. El señor Costa du Rels lo ha hecho con dedos de elefante, cometiendo una falta de respeto y cayendo en el ridículo". El resto de la crítica fue favorable. La pieza se mantuvo en el "Rideau" de Bruselas el período programado: 24 de febrero a 8 de marzo de 1955. Se mostró otras dos semanas en Amberes.

Jacques Hebertot, director francés, muy conocido, fue a verla. Decidió llevarla a París. Obtuvo del Ministerio de Cultura una subvención de dos millones y medio de francos dentro del presupuesto de "Ayuda a la primera pieza". Los ensayos duraron cinco semanas. Algunos se efectuaron en el domicilio del autor. Al comienzo del segundo acto se le añadieron las escenas finales de una misa.

Argumento: Dos sacerdotes obreros, Juan Pedro, de 26 años, romántico y cerebral, y Luque, de 38, pragmático y apasionado, operan en el norte de Francia. Aquél en una fábrica y éste en los puertos. Llega un mensajero de su Orden y les notifica que deben abandonar sus tareas entre los trabajadores y reintegrarse a la vida sacerdotal ordinaria, bajo pena de ser retirados y prohibidos de dar y recibir los

sacramentos. Ellos defienden lo que están haciendo. Luque: "El sacerdocio no puede ejercerse indefinidamente, invocando abstracciones celestes, un paraíso de cromo... Hoy el pueblo pide otra cosa... Para salvar al rebaño el pastor debe mezclarse con él, sufrir, trabajar, rebelarse con él... La Iglesia hasta ahora ha tenido una piedad llena de reservas. Las masas no sienten tanta necesidad del sacerdocio tradicional como el testimonio de la caridad y la fe. ¡Nosotros somos, gracias a Dios, ese testimonio vivo!". El mensajero: "El hombre que ha recibido de Cristo la misión de perdonar los pecados y de distribuir el pan de la Eucaristía, no puede, bajo pena de corromper la naturaleza de su misión, abandonar su puesto de mediador para convertirse en militante. Esta confusión de lo espiritual y de lo temporal, puede, al fin, ser peligrosa... El ejercicio de sus responsabilidades ha ido desgastando en ustedes el cilicio mental de la humildad, estimulando un individualismo exagerado". Juan Pedro: "No cesamos de poner de relieve por nuestra acción y nuestro ejemplo la magnificencia espiritual de la Iglesia". Luque: "No se puede ya interrumpir la lucha. No podemos ya plegar nuestros estandartes". Mensajero: "Hay en toda lucha repliegues estratégicos". Luque: "Si la Iglesia mantiene su poder en el mundo moderno, no será gracias a la Jerarquía, sino a la esperanza que haya podido despertar en las masas... No se conoce nuestra labor. Únicamente los que como nosotros han pasado años cerca de los trabajadores tienen derecho a juzgarnos, no la Superioridad. Venga usted al barco donde ahora vivo. Encontrará allí al patrón y a su hijo. Ambos renegaban de Dios. ¡Ahora rezan!. Venga padre. Iremos por los ríos hasta el mar. Interrogará usted a los ribereños indiferentes para juzgar la miseria de sus almas. Celebrará su misa cada mañana, sobre un altar improvisado. Y al alzar hacia el cielo la hostia consagrada, ofrecerá el pan de la Eucaristía a los paisajes de Francia, modelos de paz y de armonía, contemplados así por la mirada del Creador. Entonces todos, en una sola voz, entonaremos el cántico más adecuado, un cántico de victoria: *¡Vexilla Regis prodeunt!* ¡Los Estandartes del Rey avanzan!"

Al final, Juan Pedro se somete. Luque se rebela. Decide seguir con su apostolado, fuera de la Iglesia, sin recibir ni dar los sacramentos.

La noche del estreno en el teatro "Vieux Colombier", el autor vivió momentos de mucha emoción y nerviosismo. No pudo sentarse. Se desplazó silenciosamente por los pasillos para observar a los espectadores desde diferentes ángulos. Parecían interesados. La sala "estaba caliente", en la jerga del oficio. Durante las escenas de la misa se produjo un "silencio impresionante". En ese instante Costa du Rels comprendió que había triunfado. Tres años de trabajo, el borroneo de más de mil páginas de las que sólo sobrevivieron 160, todos los desvelos, esperas y desaires, bien valían la íntima satisfacción de ese instante. Según las estadísticas, cada año se escriben en Francia unas 2.000 piezas. De éstas apenas 30 llegan a los escenarios de París. De las 30, 20 fracasan, tres son aceptadas y únicamente dos triunfan. ¿Cuál sería el veredicto de la crítica sobre la suya?

Marc Blanquet en el vespertino "France Soir": "Aunque el autor apenas ha rozado el tema, ha escrito tres actos que le hacen honor". George Lerminier en "Le parisien Liberé": "El objetivo del autor es generoso y creo que hallará un enorme público". Jean Vignerón en "La Croix" (diario católico): "Hemos tenido la gran sorpresa de la noche del estreno de constatar que el público seguía ora con atención, ora con fervor, este ensayo grave de un problema difícil. Costa du Rels ha colocado su obra muy alto. La nobleza de su inspiración en una época favorable a espectáculos chocantes, provoca estimación y contribuirá a su éxito". Jean Jacques Gautier, del diario "El Fígaro": "¿Quieren ustedes saber todo lo que puede decirse en favor o en contra del retiro de los sacerdotes obreros? Vayan a ver la pieza de Costa du Rels. Es concienzuda y de una gran lealtad". Robert Kemp, de "Le Monde": "La patética pieza de Costa du Rels abre con garra, sobre la plaza pública, el debate de los sacerdotes obreros. Creo que ten-

drá mucho éxito. Esta pieza, pieza de ideas, es un chocar de pro y de contra. Su nobleza reside, precisamente, en situarse en las altas regiones del espíritu, como Port Royal de Montherland y el Diálogo de los Carmelitas de Bernanos. Anoche he visto al público atento y emocionado". Thierry Maulnier, de "Combat": "Es una pieza llena de vigor, patética, teatral, con una relación escénica perfecta y actores de primer orden". Gabriel Marcel, de "Les Nouvelles Littéraires": "El candente y temible problema de los sacerdotes obreros ha sido llevado al teatro por primera vez. Costa du Rels lo trata con inteligencia y probidad. Es una pieza profundamente conmovedora". Stephen Hecquet de "Aux Ecoutés": "Milagro. He visto y he oído uno de los más bellos debates que el teatro nos haya ofrecido. Después de la caída del telón, al final, un silencio sobrecogedor llenaba la sala. Parecía que un poco de cielo había bajado sobre la tierra. Un diálogo escrito en ese lenguaje, conducido con rigor y animado por incomparables intérpretes, lleva en sí la belleza, la sencillez y hasta los resortes de la tragedia".

El éxito que la pieza tuvo en París se repitió más tarde en otras ciudades de Francia y en los Estados Unidos, Holanda, Polonia, Canadá, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Argentina, Chile, Uruguay y Brasil. La Universidad de Columbia hizo una edición de 60.000 ejemplares de su texto, traducido al inglés. La editorial "Plon" de París sacó una impresión de 2.000, en francés. La obra no tuvo ingreso a España, ni a Italia, por oposición de las autoridades católicas.

A Costa du Rels le correspondía un 12 por ciento del producto de todas las representaciones y publicaciones. Gracias al control ejercido por la "Sociedad Internacional de Autores", en siete años recibió 50.000 dólares.

La pieza estuvo en el escenario del "Vieux Colombier" de París durante dos meses y luego, por otro período similar, en el del "Teatro Hebertot". En el público se mez-

claban obispos y damas de sociedad, curas y estudiantes, intelectuales y curiosos.

De una libreta de apuntes del autor: "(Noviembre, 1956). Volviendo esta noche del "Teatro Hebertot", al salir del "metro", en la estación de la plaza Víctor Hugo, en el vientre de una columna llamó súbitamente mi atención un gran afiche azul, con letras amarillas: "Los Estandartes del Rey de Adolfo Costa du Rels". Recibí un golpe en el corazón. ¿Vanidad? ¿Orgullo? Ni lo uno ni lo otro. Es el pasado que me paga una vieja deuda. Recuerdo a un adolescente pálido y débil que pasaba hace 50 años por ese mismo lugar, camino de la casa del Príncipe de la Glorieta. Ha sido necesario medio siglo para que realice un ideal. Escribir una obra de teatro y hacerla presentar en un escenario de París delante de miles de espectadores. Agradezco a Dios, desde el fondo del alma, que aunque sea después de muchos años de amarguras y tanteos, me conceda el privilegio de hacer algo que es reconocido por los demás. Ahora puedo ver llegar el crepúsculo sin temor. Su luz atenuada será propicia para mis próximas obras. Ojalá esa luz sea tan prolongada como en los crepúsculos del verano de París".

CAPITULO XXIII

"CLARIBELLE" Y "EL QUINTO JINETE DEL APOCALIPSIS"

A una encuesta del periodista Marcel Proust, para una revista, Costa du Rels dio las siguientes respuestas:

— ¿Cuál es para usted el colmo de la miseria? "No nacer".

— ¿Su ideal de bienestar terrestre? "Ser amado por una mujer y estimado por algunos hombres".

— ¿Para cuáles fallas humanas tiene indulgencia? "Para todas".

— ¿Su pintor favorito? "Renoir".

— ¿Su músico favorito? "Debussy".

— ¿Autores predilectos? "Bossuet, Saint Simon, Chateaubriand, Montherland, Malraux".

— ¿Poeta preferido? "Baudelaire".

— ¿Virtud preferida? "Sobriedad".

— ¿Cualidad que más admira en el hombre? "Audacia".

— ¿Cualidad que más admira en la mujer? "Inteligencia".

— ¿Principal característica suya? "Optimismo".

— ¿Principal defecto suyo? "Tomar mis deseos como realidades".

— ¿Cómo quisiera morir? "Propiamente".

Leyendo a Maurice Barrés encontró un pensamiento que se acomodaba a lo que quería : "Cuando la juventud se ha ido hay que reemplazarla con algo mejor". Para él ese algo mejor no podía ser sino consagrarse a su obra literaria, tan incompleta todavía. ¿A qué trabajo dedicaría su atención inmediata? Su mente estaba siempre llena de proyectos. Podría hacer una novela o una pieza de teatro en base a su cuento "Caballeros de los Andes". Ampliar "Laguna H 3", mejorando su estilo y cambiando su nombre a "Soif" (Sed). Su plan de una novela sobre el ambiente de Ginebra en vísperas de la Segunda Guerra Mundial podría convertirse más bien en una comedia dramática titulada "Compte-Point" (Contra-punto) o "L'amour a l'heure de Nicosie" (El amor a la hora de Nicosia), que satirizase a los estadistas que juegan con el destino de los hombres. ¿Y la novela sobre los indios Urus? ¿Y sus memorias? Vendrían después. ¡Había tanto que hacer! ¿Alcanzaría el tiempo? Cada cumpleaños no era ya un año más, sino un año menos. Por suerte, la mente se mantenía fresca, el espíritu enhiesto, el cuerpo ágil. Sin salud mental y física sería imposible crear.

Su grata experiencia con "Los Estandartes del Rey" le aconsejó dar prioridad al teatro sobre la novela. Una novela podía ser un trabajo más completo, tener vida más larga,

pero su público era anónimo. Pocas cosas en su vida podían compararse a la satisfacción que experimentó al ver a los espectadores reaccionando ante las acciones y palabras de los personajes a los que él dio vida en esa obra. Con una novela la cosecha del éxito se diluía en el espacio y el tiempo. Con el teatro, esa cosecha, aunque breve, era inmediata, palpitante, llena de variedad.

Tenía una pieza de teatro a medias: "La Duquesa Roja". Decidió terminarla. Discutió sus ideas con su hijo Carlos. Contó con la ayuda de Belita Selva, hija de su prima Isabel, inteligente y de gran sentido práctico. Sus opiniones eran francas y oportunas. La muchacha venía al departamento de la Avenida Kléber toda vez que él había avanzado algo en el texto y lo leía en voz alta. Era la mejor manera de detectar errores de composición.

Tema de la "Duquesa Roja": Pilar Romero, de origen humilde, que llegó a ser una famosa bailarina en Sevilla, es viuda del Conde de Claribel, el Primer Ministro del Rey Alfonso XIII de España, que fue asesinado en la Puerta del Sol. El pueblo le ha puesto el apodo de Claribella. La acción comienza en vísperas de la guerra civil. El primer acto muestra a la duquesa viviendo en su palacio, rodeada de sirvientes, conservando la etiqueta y el boato de los tiempos de la monarquía. El mayordomo es Rufino, antiguo amigo de la familia de Pilar, que cuida de ella con devoción. Es severo, conservador, intensamente religioso. Para darle ese carácter, Costa du Rels se inspiró en Fernando, el mayordomo andaluz de su amigo Carlos Víctor Aramayo. Otro sirviente es Manolo, joven, que ama secretamente a la duquesa. En el segundo acto ha comenzado la guerra civil. Manolo es jefe de un grupo de anarquistas. Hizo el papel de sirviente para espiar a la aristocracia española. Convierte al Palacio Claribel en su cuartel general. Tiene a Pilar Romero oculta en las habitaciones que antes eran de los criados. De esta manera la protege de ser fusilada como aristócrata. Ella se adapta a su nuevo género de vi-

da. Recupera el placer de ser libre, libre de los convencionalismos y etiquetas. Se enamora de Manolo. En el tercer acto, Rufino es tomado preso por comunistas al descubrirse que es miembro de una agrupación llamada "La Santa Agonía", que se encarga de hacer llegar la Sagrada Eucaristía a los moribundos de Madrid. Manolo por amor a Claribella y a pedido de ella, resuelve salvar a Rufino. Es sorprendido. Claribella, Manolo y Rufino son condenados a muerte.

Conforme avanzaba en la pieza, Costa du Rels dudó entre los nombres: "La gueule du loup" (La boca del lobo), "La duquesa roja" y "Claribelle". Se decidió por este último.

Presentó la pieza al director de la "Comedie Francaise". Siguió un silencio de varias semanas. Hizo una averiguación discreta. Se le dijo que el Comité de Selección aún no había decidido nada. Después de otro silencio de tres meses, se le devolvió "Claribelle", con la explicación de que el comité no recomendaba su escenificación porque, aunque tenía valor dramático y literario, adolecía de varios defectos, como el ser demasiado sumaria, con personajes no bien definidos y, por ser españoles, difícilmente comprensibles por el público francés.

Costa du Rels rehizo escenas y ahondó los caracteres. Laboró con dificultad. Belita Selva siguió ayudándole. Envío el nuevo manuscrito a su amigo Hebertot. Este quiso aprovechar de la coyuntura para obtener de Costa du Rels un préstamo personal de dos millones de francos. Se le negó. Devolvió la pieza con varias críticas. No estaba bien construída. Los caracteres eran débiles. El tema español no podía ser del gusto de los espectadores parisinos.

"Claribelle" fue reconstituida por cuarta vez. Sin entusiasmo. Penosamente. Fue rechazada por los directores de otros teatros, con los mismos comentarios. Su autor la relegó al fondo de una gaveta de su escritorio.

Los días del éxito de "Los Estandartes del Rey", Hebertot y el prestigioso autor teatral italiano Diego Fabbri, pidieron a Costa du Rels que tradujese al francés una pieza de Fabbri que estaba triunfando en Roma: "Viglie d'armi" (Vigilia de armas), relativa a la reunión clandestina, en un hotel de Berlín, a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, de cuatro jesuitas, procedentes de Francia, los Estados Unidos, Rusia y España, que discuten la mejor forma de ejercer su apostolado en la postguerra. Cada uno trae el carácter y los problemas de su país de origen. El diálogo es rico y profundo. Costa du Rels hizo el trabajo en pocos meses. Como una traducción al francés por un boliviano podía provocar desconfianza en el público, Hebertot pidió que también figurase como traductor el señor Paul Maunier, de la Academia Francesa. Costa du Rels aceptó para no perjudicar el éxito económico de la empresa. La pieza estuvo en escena durante tres meses, con el título de "El círculo de fuego". Tuvo menos aceptación que en Italia.

Si algo perjudicaba a Costa du Rels en su creación literaria era su exceso de imaginación y la dificultad de concentrar su atención en un solo trabajo. Mientras escribía "Los Estandartes del Rey" su mente se distraía también con los personajes y los diálogos de "Claribelle". El largo proceso de rehacer y corregir "Claribelle" se mezcló con la traducción del "Círculo de Fuego". Simultáneamente con las etapas finales de "Claribelle" y el "Círculo de Fuego" comenzó a pensar en una pieza de teatro para la radio, basada en su cuento "Caballeros de los Andes". Lo entusiasmó la idea del efecto dramático que podría tener por radio el ruido incesante del galopar de dos caballos. Pensó que esto podía atraer la atención de algún director de cine para una película. Concluyó la obra en muy poco tiempo. La "Radiodifusión Francesa" la aceptó sin titubeos y la propaló en uno de sus programas. No tuvo repercusión.

La ejecución de ese trabajo reavivó el recuerdo de los personajes que conoció en Pulacayo y Uyuni. ¿Era él el

único sobreviviente? En 1948 constató que don Gervasio Gómez estaba radicado en Cochabamba. ¿Qué había sido del "Posquito", la Pancha Hueso, la "Bicicleta", el Sub-prefecto, el cura, los hermanos Pereira y los Calvimontes? ¿No quedaba ningún vestigio de sus vidas? ¿Cómo podía desaparecer un ser humano sin dejar huella alguna? Costa du Rels apuntó en una libreta: "La vida es un juego de azar contra la banca, que es la muerte. En el balance final, como en la ruleta, la banca es la vencedora". Resolvió hacer una novela para rescatar a sus amigos del olvido. Escribió algunas docenas de páginas y luego cambió de intención.

El meditar sobre el tema del olvido lo entusiasmó para hacer más bien una pieza de teatro sobre un hecho que lo impresionó en 1923, cuando hizo una visita a Córcega. Su tía Francisca vivía con la seguridad de que su hijo Dominique, desaparecido en la batalla de Verdún, durante la Primera Guerra Mundial, volvería al hogar. Rechazaba airada toda sugerencia de que pudiese haber muerto. Cada mañana, al oír el silbato del tren que subía desde la costa, se asomaba a la ventana de su casita de Vivario, esperando ver la aparición del hijo amado por entre los viñedos. Al no verlo, repetía la misma frase: "Dominique ha debido perder el tren de hoy día. Ha de llegar mañana".

Costa du Rels se inspiró en ese drama de la vida real para escribir, en 1926, una pieza teatral que tituló "Deux femmes qui attendent" (Dos mujeres que esperan). Las dos mujeres eran la madre y la novia del soldado desaparecido. No se atrevió a mandar el trabajo a ninguna editorial o director por considerar que todavía necesitaba muchos arreglos. El manuscrito quedó archivado, pero el tema no dejó de agitarse en su mente de tiempo en tiempo. Lo hizo otra vez en 1958, cuando había comenzado una novela sobre Uyuni.

En esta misma época el gran dramaturgo francés Henri de Montherland estaba ensayando "El Cardenal de España".

Era amigo de Costa du Rels. Lo invitó a ver uno de los ensayos. Las escenas en las que Juana la Loca no quiere separarse del cadáver de su esposo, Felipe el Hermoso, recordaron a Costa du Rels el caso de la tía de su esposa, doña Isabel Urriolagoitia de Lazúrtegui. Contó a Montherland el voto de castidad que hizo y la costumbre que tenía de envolver la mano derecha con uno de los extremos del manto negro de lana que cubría sus espaldas, cuando daba la mano a una persona del sexo masculino. A Montherland le pareció que la anécdota tenía mucha gracia y originalidad. La adoptó para su pieza. El pudoroso gesto de la dueña del "Guereo" de Sucre se reprodujo noche tras noche en el escenario de un teatro de París.

El personaje principal de "El Cardenal de España" dio ánimo a Costa du Rels para profundizar la personalidad de la protagonista de la obra que tenía en formación. Existían similitudes entre una esposa que no se resigna a la pérdida del esposo y una madre que no acepta la muerte del hijo. Avanzó su trabajo con menos dificultades mentales que "Claribelle". Todo giraba alrededor del temperamento de una mujer cuyos modelos tenía en su tía Francisca, doña Isabel Urriolagoitia y Juan la Loca de Montherland.

Para el nombre dudó entre "Dernier Instance" (Última Instancia), y "Le Rechat" (La Redención). Acabó rechazando ambos para elegir "El Quinto Jinete del Apocalipsis", el olvido, el que no incluyó San Juan en su Evangelio, aún más temible que El Hambre, La Peste, La Guerra y La Muerte. A su juicio, el olvido era el peor castigo que podía sufrir un ser humano. Ser olvidado en vida o ser olvidado después de muerto. Los muertos pueden sobrevivir en el recuerdo de quienes siguen pensando en ellos. La verdadera muerte, el aniquilamiento total, ocurre cuando uno desaparece de la memoria de sus semejantes, de sus familiares, de sus descendientes. Por eso, él mantenía constante el recuerdo de los seres queridos que partieron al más allá: su madre, su padre, su hermano, sus

hijos René y Fito. Por eso se preocupaba de enseñar a Gladys, Carlos y Nena el culto a los muertos, para que ellos y sus descendientes no permitiesen que su tumba fuese borrada por el Quinto Jinete del Apocalipsis.

Cambiando un tanto la inspiración original recogida en *Córcega*, hizo que en la pieza el hijo desapareciese en la segunda Guerra Mundial. Colocó la acción en un pueblo de la Francia Metropolitana. En "Deux Femmes qui attendent" la madre no vuelve a ver nunca al hijo desaparecido, como ocurrió con su tía Francisca. En "El Quinto Jinete", Teresa Detrassy vive en una misma casa con Clara, la esposa del primogénito y Alain, un segundo hijo. Clara, vencido el lapso legal, ha supuesto que su esposo, André, está muerto, y se ha casado con Alain. Pero André vive. Fue muy mal herido por un obús en la guerra. Después de una curación de varios años, es dado de alta en el hospital con el rostro desfigurado. Vuelve a su pueblo con un nombre supuesto. Nadie lo reconoce. Se emplea de jardinero en la casa de su madre. Se da cuenta de que sigue amando a Clara y que su madre espera su retorno día a día. Se identifica. Reclama sus derechos de esposo y de hijo. Clara, colocada entre los dos hermanos, se suicida. Teresa Detrassy, al recuperar la presencia y el afecto de su primogénito, enloquece... de felicidad.

El único director que aceptó poner en escena el drama fue Jacques Hebertot. Exigió que el autor aportase el 85 por ciento del capital requerido para tal efecto: 30.000 dólares. No se obtuvo ningún éxito. La crítica fue adversa. La pieza tuvo que ser retirada del teatro en la tercera semana. El comentario menos desfavorable fue el de Raymond Ronze: "El tema es original, pero la actuación es pésima. El desarrollo es difícil. El autor ha supuesto que todos los espectadores son inteligentes, lo que es raramente cierto. Es más comercial escribir para los imbéciles, que son los que constituyen la mayoría. Del común de los mortales, incluyendo a los católicos, muy pocos saben cuáles son los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Mucho menos pueden com-

prender el significado del Quinto, inventado por Costa du Rels".

El anotó en una libreta: "Amarga experiencia. He perdido una fuerte suma de dinero. Estoy muy deprimido. ¿Habré perdido toda fuerza de creación? Mientras la pieza estuvo en escena he bebido, cada día, hasta las heces, el cáliz de la amargura".

Durante los años de trabajo de "Claribelle", "El Signo del Fuego", "Los Caballeros de los Andes" y "El Quinto Jinete del Apocalipsis", Costa du Rels tuvo que atender a las obligaciones de dos cargos que le fueron confiados desde que dejó de ser embajador de Bolivia en París: Presidente del Comité Internacional de Trabajadores Intelectuales (CITI) y representante en Francia de la orden de la Cruz de Malta. Viajó a conferencias del CITI en Stuttgart y Copenhague, y se reunió en Roma y Lourdes con los Caballeros de Malta.

En lo sentimental dividió sus atenciones entre la Duquesa de Rochefort y la Princesa Winderst-Graetz. De sus libretas:

(Noviembre, 1952). "Al leer el diario de Benjamín Constant he encontrado mucho parecido en sus relaciones con Madame de Stael a lo que me sucede a mí con la duquesa. Como Madame de Stael, la duquesa tiene inteligencia, sensualidad al frío, afán de dominación, exceso de ideas y carencia absoluta de imaginación, con un corazón de oro. Parece un personaje desprendido de un cuadro antiguo al que retornará para buscar la inmortalidad. Tiene un cerebro muy complicado. Ultimamente ha escrito un libro de versos titulado "Plus loin qui Betelgeuse" (Más allá de Betelgeuse) y una novela corta: "L'homme qui ne sait pas dire Au Revoir" (El hombre que no sabía decir Hasta la Vista). Me ha dicho que todos los poemas han sido hechos para mí, pero que los ha expulgado cuidadosamente para que

nadie se dé cuenta de ello. También que en la novela, Michelle es ella y Elo soy yo. Con una franqueza brutal me ha confesado que si la posteridad ha de comentar que tuvo un amante, quisiera que le atribuyan relaciones con Paul Valery y que nunca se sepa lo que existe entre nosotros”.

(Febrero, 1953). “He almorzado con la duquesa. Me ha pedido que le devuelva sus cartas. Me ha dicho que quiere destruir hasta la prueba más pequeña de nuestra “liason” de 18 años. Yo le he pedido las mías”.

(Febrero, 1953). “Hemos pasado unos días en Cannes con la duquesa. Sigue celosa. Esto ocurre toda vez que se da cuenta que Desiré está en París. Amo la juventud primaveral de Daisy y la inteligencia un poco austera de la duquesa. Pero no estoy obsesionado por la una o por la otra, como lo estuve por Justina Bluger. Ahora mis sentimientos para ésta son de tierna amistad. La duquesa rodea nuestros encuentros del mayor secreto, aunque estemos viviendo en el mismo hotel. Desiré hace lo contrario. Le gusta lucirse a mi lado con un cinismo alegre y desafiante. La duquesa me ha dicho que todo el apoyo que presta a mi labor literaria es para asegurarse de mi fidelidad por la gratitud. Debe haberla inspirado el pensamiento de Goethe: “No hay peor esclavitud que la del agradecimiento”. El mismo procedimiento de Madame de Stael con Benjamín Constant. Al finalizar nuestra estadía en Cannes se despidió con estas palabras: “Vine a este lugar para hartarme de ti y me voy todavía con hambre”.

(Diciembre, 1953). “La duquesa me ha dicho que hoy nadie la comprende y que recién dentro de medio siglo se apreciará todo el valor de sus libros. Con la sorna que utilizo a veces para desinflar su orgullo, yo le he contestado que hasta entonces habremos muerto y no podremos atestiguarlo. Me replicó muy seriamente: “Nos asomaremos juntos a una ventana del Cielo”.

(Junio, 1954). “Fin de semana en el Castillo de Mon-

teval. Una vez más la misma encantadora hospitalidad. Bridge. Música. Lectura de poemas. Paseos en el bosque”.

(Julio, 1954). “He recibido un simpático cablegrama de Desiré, desde Nueva York, agradeciéndome por las orquídeas que le hice llegar con motivo del feliz resultado de su operación. Por suerte el cáncer no ha resultado maligno”.

(Marzo, 1955). “La duquesa está de mal humor porque no ha sido aceptada en la Academia Francesa. Es su máxima aspiración. No hay duda que en la augusta entidad domina un criterio misógeno”.

(Febrero, 1956). “Hace veinte años que conocí a la duquesa en una comida del Comité France-Amerique. Le he enviado flores y un poema”.

(Noviembre, 1957). “Ahora la duquesa está celosa de mi dedicación a escribir piezas de teatro y a querer hacerlas representar. Me reprocha que estoy frío e indiferente con ella. No puedo confesarle cuán envejecida la veo”.

(Marzo, 1958). “He ido a Ginebra a ver al doctor Bickel, médico paternal que me cuida desde hace seis años. Me ha asegurado que mi salud no es la de un hombre de 70 años, sino de uno de 45. Mi peso en 1934 era 63 kilos y mi estatura 1.75. Hoy peso 73 kilos y mido 1.73. En 24 años he aumentado diez kilos y mi tamaño ha disminuido dos centímetros. He hecho un paseo al Monte Pelerin. Día delicioso. El olor del bosque fue como un licor que me emborrachaba”.

Anotaciones relativas a sus hijos en las libretas del mismo periodo:

“Nena y su esposo vivirán en Roma. Dick está dejando su puesto en Beirut para trabajar en la capital italiana. Podremos vernos en toda ocasión propicia”.

"He conversado largamente con Carlos. Una charla de corazón a corazón. Recordamos a Fito. Con frecuencia vamos juntos al teatro. Discutimos mis novelas y piezas de teatro. Muestra mucho buen sentido y con frecuencia sigo sus consejos. Vivimos en un clima de perfecto entendimiento. Me ha leído un poema que ha escrito dedicado a un estudiante boliviano, amigo suyo, que ha muerto torturado por los sicarios del actual gobierno. Está muy bien hecho".

"Doce años de la muerte de Fito. Hemos ido con Carlos y Tita a una misa en su memoria en la iglesia de Saint Honoré d'Eglau. Siento profunda tristeza. ¿Quién rezará por él cuando yo haya muerto?".

"Nena ha pasado tres semanas con nosotros. Como siempre, sus visitas traen la primavera y llena la casa de alegría. He invitado a Gladys a que venga a París con mis dos nietos".

"Estamos reunidos todos, después de varios años. Mi nieta María Helena y mi nieto Alfredo Junior me inspiran un gran afecto. Me llenan de felicidad con sus vivezas y su cariño. Dick, mi yerno, me gusta mucho. Es serio, estudioso y aficionado a la música. Me recuerda un poco a Fito. Es mi hijo espiritual. El departamento está lleno de bromas y de risas. La única que no participa del jolgorio es Tita. Está cansada y envejecida. Tiene caprichos seniles. Se molesta con las dos sirvientas por nimiedades".

"Mis hijos y mis nietos están jugando con naipes en la habitación vecina mientras yo escribo estas líneas. A veces hay que dejar sola a la juventud. Voy aprendiendo mi rol de viejo, de ausente. No siento tristeza, sino un gran desprendimiento".

"María Helena ha ido por primera vez al teatro. Estoy esperando su regreso con ansiedad. Tengo mucha curiosidad de conocer sus impresiones".

"Estamos pasando unos días inolvidables en Formentor, Mallorca. Yo ocupo mi habitación acostumbrada, número 73. Comentamos con Dick, Gladys, Nena y Carlos mis piezas de teatro. Con cuanta gratitud compruebo el interés de mis hijos en mis tareas literarias. Pienso en René y Fito".

"Ha llegado Cocó Lemaître de Arauco, amiga íntima de Gladys, con tres de sus hijas. Somos once en la mesa. Llenamos el hotel con nuestra alegría. Me encanta ver a mis hijos y nietos gozar de la vida sana, en medio de tanto azul y tanta belleza. ¡Tengo confianza en la vida y en el más allá! Sigo encontrando gran voluptuosidad al bañarme en el Mediterráneo. El agua tibia me acaricia como a un recién nacido. Satisfacción animal de nadar en el agua estimulante. Placer en los movimientos que el suave oleaje estimula. Ilusión de juventud. En la noche hay luna llena. Me inspira un poema y me pregunto a dónde lleva ese camino de luz abierto en la inmensidad. Aniversario de la muerte de mamá. He rezado por ella en una pequeña iglesia de Puerto Llorena y, como cada año, le he agradecido que siga velando por mí".

"Gladys y mis nietos han vuelto a Sucre después de acompañarme seis meses. Nena y Dick están en Roma. Con Tita y Carlos hemos quedado en una soledad de tres en compañía".

La animación sentimental provocada por la duquesa, la princesa y los hijos, se complementaba con las relaciones epistolares con los dos amigos predilectos.

Cartas de Alberto Ostria Gutiérrez:

"Santiago, septiembre 7, 1954. La vida del exilio tiene muchas complicaciones y tristezas. Por algo los griegos consideraban la proscripción una pena semejante a la muerte. Estoy trabajando en la "Editorial Zig-Zag" como asesor

literario. Gano 20.000 pesos chilenos al mes, menos de 80 dólares, que sólo me alcanzan para pagar el arriendo de la casa”.

“Santiago, febrero 15, 1955. Trabajo entre ocho y once horas al día. Leo y leo. Seleccione libros extranjeros para que sean reeditados, corrijo traducciones y pruebas de imprenta. Estoy con cansancio cerebral y agudos dolores a los ojos. Mi libro sobre la realidad boliviana duerme el sueño de los justos. El gobierno del MNR se vanagloria del ferrocarril de Corumbá a Santa Cruz y del camino de Cochabamba a Santa Cruz como si hubieran sido hechos por él, cuando la verdad es que se hicieron “a pesar” de la oposición de ese partido, que combatió esas obras con permanente mala fe”.

“Santiago, julio 21, 1955. Vivo rodeado de una montaña de libros. En un año, entre lecturas y revisión de traducciones, he despachado más de 300, o sea, ¡casi uno por día!. Entre tanto, nada he hecho de lo mío. Apenas tengo tiempo de ganar el pan de cada día a costa de mi vista, que disminuye constantemente. Gano un poco más que antes”.

“Santiago, diciembre 23, 1955. Este año tendré una de las navidades más tristes de mi vida. ¡Me han quitado Yotalilla, mi querido Costacol. Revocando la disposición del Juez Agrario de Sucre, que declaró Yotalilla propiedad pequeña y por tanto inexpropiable dentro de la Reforma Agraria. En La Paz han ordenado su incautación y se han apoderado de la casa y de la huerta, celebrando el hecho con explosiones de dinamita. Todo el trabajo de mi padre, los sacrificios de mi madre y 50 años míos dedicados a ese pedazo de tierra, me han sido arrebatados con un plumazo. Este es el pago que recibo en el atardecer de mi existencia por consagrar 30 años a servir a nuestra patria, a la que di todo lo que tenía en el cerebro y en el corazón. ¡Amaba tanto mi romántico Yotalilla!”.

“Santiago, marzo 24, 1956. He terminado mi libro. Es

una obra horrenda no sólo por lo que digo sino también por los hechos que narro. Quienes han leído el manuscrito, como Roberto Prudencio, Héctor Ormachea Zalles, Luis Fernando Guachalla, creen que contribuirá a derrocar la tiranía que impera en Bolivia. Se hará una edición de 8.000 a 10.000 ejemplares. Se llama: “Un pueblo en la Cruz. El drama de Bolivia”. Si mi “Revolución tras los Andes” me colocó en la lista de los sesenta que debían fusilarse durante el gobierno de Villarroel, ¿qué reacción provocaré ahora en el totalitarismo criollo y frenético? Todo lo espero, desde la calumnia hasta la bala o el puñal. Con esta obra sigo cumpliendo mi deber de boliviano. Tal vez sea mi último servicio a la patria”.

“Santiago, enero 8, 1958. Celebro mucho el progreso de sus proyectos literarios. ¡Cómo no quisiera seguir su ejemplo!. Usted conoce mis ambiciones: terminar mis cuentos quechuas, una obra anecdótica y de recuerdos sobre la diplomacia, una primera parte de la “Historia Internacional de Bolivia” (como antecedentes de la parte ya publicada), comprendiendo desde la fundación de la república hasta la Guerra del Chaco, unas memorias de la infancia con los personajes típicos de Sucre: “el Antiris”, “el Andabonito”, “El Ckolo Molina”, “el tuerto Mendieta”, Peñaranda, Solares Arroyo, etc, etc. Pero nada de eso es posible. No tengo tiempo para nada de lo mío. Trabajo para otros. Si no me hubiera sido robado lo único que tenía, ahora estaría en Yotalilla, dedicado a mi obra literaria. Pero he sido castigado por mi devoción a Bolivia. Gabriel Gonsálvez ha muerto en un hospital de esta ciudad. Antes de morir me rogó que no lo dejáramos en la morgue. Cuando agonizaba tuvimos que trasladarlo al pensionado del mismo hospital para que no nos arrebataran el cadáver. ¡Qué triste es todo esto!. Fue un gran ciudadano. Ejemplo de honestidad cívica”.

“Santiago, octubre 1, 1963. Lamento seguir con malas noticias mías. Como consecuencia del exceso de lectura, en la “Editorial Zig Zag”, se me ha producido un desprendimiento del vitrio en el ojo izquierdo. Esto puede provocar

un desprendimiento de la retina. Los oculistas me aconsejan leer poco, ¿pero qué puedo hacer si la lectura es lo único que me da el pan de cada día? Me han prohibido el golf. He comenzado a engordar y temo por mi salud”.

Cartas de Alfonso Querejazu:

“Avila, abril 28, 1954. Sigo trabajando con buena salud, aunque sin dar “la medida de Cristo”, como decía San Pablo. El mes pasado di unos ejercicios espirituales en Madrid. Entre las ejercitantes estuvo la Condesa Ratzwill, sobrina del padre Rzewusky. Me dijo que su tío está en un convento del mediodía de Francia, un tanto envejecido. Fui también a Córdoba, a dar cursos a unas maestras. Durante la Semana Santa me refugié en el monasterio de Segovia. Aquí, en Avila, he dado un cursillo de Liturgia. Actualmente estoy preparando la Reunión de Intelectuales en Gredos para junio... ¡Cada vez tengo más temor de no saber amar bastante, de ser indigno de amar a Dios!”.

“Avila, junio 16, 1954. La Semana de Intelectuales en Gredos transcurrió muy bien. Este año eramos unos veinte. Teólogos, filósofos, poetas y hombres simples tomando contacto espiritual e intelectual en busca de la verdad. Los más constantes son Leopoldo Calvo Sotelo, Ignacio Camuñas, Luis Diez del Corral, Antonio Garrigues, José Luis L. de Aranguren, Gregorio Marañón y Beltrán de Lis, Marcelino Oreja Aguirre, Luis Felipe Vivanco, Xavier Zubirí, Ignacio Satrústegui y Philippe Zutter. Luis del Corral, el que fue pretendiente de Gladys, presentó un trabajo muy bueno sobre la oración en San Agustín. Cada día escribe mejor y logra más prestigio. Este verano no iré a la Torre de mis amigos Satrústegui. Tengo ansias de silencio. De una soledad dura como el diamante, en la que todo sea luz y afán de cumbres. En el fondo soy un monje frustrado. La realidad de mi vida actual es vivir en el mundo sin pertenecer a él, a base de pura fe, guardando toda mi fortaleza para Dios”.

“Avila, enero 4, 1955. Cuánta alegría me dio ver a nuestra sobrina Lucía Medeiros de Vargas convertida en religiosa. Al contrario de tía Isabel, que buscó consuelo para su viudez en el misticismo, Lucía lo va haciendo como Sierva de María, dedicándose a ayudar al prójimo. Ahora es Sor Rosario, una encantadora monjita, valiente y alegre. Fui a prepararla, junto con sus quince compañeras. Las guí en unas meditaciones. Estuve a su lado el día que hizo sus votos. Pensé mucho en su madre, nuestra Amalita”.

“Avila, marzo 3, 1955. Pasaré la Semana Santa de este año con los Benedictinos... Nunca te he considerado con el temperamento apropiado para la fidelidad matrimonial, pero siempre he lamentado tus escapadas amorosas a huertos ajenos. Hubiera querido que seas como los fósforos, que sólo se encienden en su propia caja, y no como las cerillas, que dan fuego al frotarse en cualquier superficie”.

“Avila, Junio 17, 1955. Ha terminado nuestra Semana de Intelectuales de este año en Gredos. Puntual como una estrella acudió el Espíritu Santo. El 2 de mayo murió santamente la Baronesa Satrústegui. Sus últimas palabras fueron para Ignacio, su hijo ciego: “Te he de seguir ayudando a llevar tu cruz”. (Ignacio Satrústegui, era el mayor de siete hermanos, que enceguació por efectos de una bala que lo hirió en la cabeza cuando combatía en la guerra civil).

“Avila, enero 31, 1956. Sigo con mi vida de oración y de estudio. Tengo algunos libros en preparación, que no logran todavía la sazón que les quiero dar. Muchas gentes publican obras efímeras. Según Mentón, el hecho de que un tema sea importante no implica que lo que se escribe sobre él resulte también importante. En lo que sí no cejo es en preparar mi muerte como un triunfo. En nuestra reunión de Gredos de este año dialogaremos precisamente sobre la Muerte”.

“Avila, junio 19, 1956. Tus cartas son una presencia

en bondad. Un piadoso rocío que fecunda de alegría el erial de mi vida. En la reunión de Gredos, de fines de mayo, superamos el éxito de los años anteriores. Un diálogo sencillo y fecundo, un recogimiento llameante, una íntima comunión en el amor a la verdad. Gredos para los participantes no sólo es una cumbre orográfica, sino espiritual. El día en que nuestra existencia haya pasado como el agua, únicamente quedará de nosotros el bien que hayamos hecho. En este tu cumpleaños, como en todos he rezado por tí. Guántas veces le he dicho a Dios: ¡Si tú le dieras a él todas las gracias que me has dado a mí, con la inteligencia y el corazón que tiene, cuánto te querría!”.

“Avila, febrero 17, 1957. Nuestra amistad tiene por consigna el pensamiento de Barrés: poner en común lo que hay de mejor en cada uno”.

“Avila, septiembre 8, de 1957. Este año no he ido a San Sebastián. Quiero aprovechar bien mi tiempo preparando mis clases. Lo mejor de mis vacaciones han sido ocho días de encierro en el convento de los Trapistas, una auténtica iglesia del silencio. Un silencio que es una oración. Si queremos escuchar la voz de Dios es necesario crear zonas de silencio en el hondón del alma”.

“Avila, diciembre 16, 1959. Cuando dejamos de escribirnos nuestros silencios son como los del almendro en flor. Llenos de esperanza siempre alerta”.

“Avila, día de San Marcos, 1960. Mi paso por la tierra quedará sin huella. Mi muerte no reclamará una lágrima de nadie. No importa. Mi alegría es el boletín de mi victoria. Dios nos pedirá cuenta de la alegría que no supimos dar”.

“Avila, junio 9, 1961. Por fin publiqué “Misterio y Vida”, acerca de la teología de la misa. Espero que en el otoño podré sacar a luz “Historia de la Filosofía”. Este año nuestra semana de Intelectuales en Gredos fue magnífica”.

“Avila, septiembre 17, 1961. Estuve en la Torre de San Sebastián. Mis amigos Satrústegui me dicen que mi libro “Misterio y Vida” es autobiográfico. No es más que una humilde gloza de las palabras de la misa. La misa es toda la verdad y la poesía de mi vida. No quisiera dejar de celebrarla ni un solo día”.

“Avila, noviembre 5, 1962. ¡Qué alegría enorme fue pasar contigo esos dos días en Mallorca! La impresión que traje de tí es que vas cumpliendo el consejo de Goethe: “Cuando uno es viejo debe hacer más que cuando era joven”. Bien se ha dicho: “Nacemos viejos y debemos morir jóvenes”. No hay que ser como esos hombres que son cadáveres antes de morir. La mejor manera de mantenerse viviente es tener un interés superior a la vida misma... Vayamos juntando nuestras hojas secas cara a la luz, esperando el milagro de una nueva primavera... Alegrar la vida es amarla y amarla es la mejor manera de agradecerla a Dios. La lámpara de nuestra vida debe mantenerse encendida con el aceite de nuestras buenas obras”.

“Avila, junio 19, 1963. Nuestra amistad tiene mucho de luz y mucho de sal”.

“Navas del Marqués, diciembre 16, 1963. Estoy refugiado en esta ciudad ducal. Se me hacía cada vez más difícil continuar en Avila... Dentro de un inmenso pinar se agrupan unos cincuenta chalets rodeados de jardines con lilas, rosas y cedros. Vivo en la casa de las Misioneras Evangélicas. Las monjitas me cuidan con mucho cariño. Cada semana voy por dos días a Avila a dictar mis clases en el Seminario. Son necesidades espirituales y en parte apuros económicos los que me han traído aquí. Perdí todo lo que tenía en Bolivia a raíz de la desvalorización monetaria. A mediados de mes próximo iré a Portugal a dar unos ejercicios espirituales a un grupo de españoles.

“Navas del Marqués, mayo 15, 1964. El mes pasado fui a la Cartuja de Evora, a darle ejercicios espirituales a

don Juan Borbón, el hijo de tu amigo Alfonso XIII. Nueve generaciones lo separan en línea directa de Luis XIV. Me impresionó por su valía personal. Es inteligente y tiene un tacto exquisito”.

“Navas del Marqués, junio 17, 1964. En el precioso “Journal de Raissa” he encontrado esta nota de Maritain: “Fuimos a casa de Nicolas Nobokoff, a dar nuestro adiós a Alexandre Rzewusky (Cestas), que parte para el convento de Saint Maximin, en el más grande secreto. Pocos deben ser los corazones que se dan tan íntegramente a Dios. Diez años más tarde el padre Rzewusky se cruzó en mi camino para despertar en mí la capacidad del sufrimiento y de la alegría”.

En esos mismos años, Querejazu dijo en otras cartas:

“Tenemos la edad de nuestros pecados”.

“El valor de una vida se mide por su peso en amor”.

“La persona para ser ella misma necesita un éxodo, una generosidad. La persona sólo subsiste superándose”.

“La alegría está donde triunfa la vida. Los hombres son tristes. La carne y la codicia son tristes. Rezumando siempre la tristeza no sospechamos que existe el universo de la alegría. Nuestras vidas, como sombras de muerte, yacen apegadas a lo craso del pecado”.

“Vivo mi vocación de buen ladrón pidiéndole a Cristo, de cruz a cruz, que no me olvide”.

“No hacen falta muchas palabras para decir “aquí estoy”, para poner el corazón sobre ascuas de dolor y que vaya destilando toda la miel de su ternura, calladamente, con mucho sosiego”.

“A una amiga mía, la Duquesa de Osuna, que tiene

en su sangre media historia de España, le suelo decir: “A ver si usted es Duquesa de Osuna en el cielo”. Ella, inteligente y espiritual, comprende muy bien el sentido de mis palabras”.

“El español es un carácter recio, noble, pero ignorante de esas pequeñas virtudes que dan sabor y encanto a la vida. Constantemente predico el culto a los pequeños detalles. En realidad, para un cristiano no debe haber nada pequeño. Todo puede tener un trascendencia de eternidad”.

“Agua viva es la que sin solución de continuidad está unida a su manantial. A veces el “agua” de que disponemos (amor de Dios) la encierra nuestro orgullo en charcos de aguas estancadas en las que estallan nuestros pensamientos como burbujas envenenadas en la superficie de un pántano”.

“Cuando ya me llegan los rayos horizontales de mi atardecer, pienso y me afano en preparar mi futuro, es decir, mi encuentro con Dios”.

CAPITULO XXIV

"LOS ANDES NO CREEN EN DIOS"

De las impresiones recogidas por Costa du Rels a lo largo de su caleidoscópica existencia, las que dejaron más profunda huella en su espíritu fueron las de Pulacayo y Uyuni. Algunas de ellas tuvieron expresión en el cuento "La Misqui Simi" y en las novelas inéditas "La Montaña de Plata" y "Huanchaca". Las mismas y otras recobraron intensidad cuando hacía el cuento para la radio "Los Caballeros de los Andes". Comenzaron a ser motivo de una tercera novela, pero cedieron el campo a "El Quinto Jinete del Apocalipsis". El fracaso de esta pieza desalentó al autor para continuar con ese género de literatura. Su idea de hacer un libro reviviendo los personajes que conoció en la puna boliviana se adueñó de su mente una vez más.

De las libretas de apuntes: "Abril 29, 1960. Hoy he comenzado mi novela "Les Cavaliers..." (Los Caballeros...). Las primeras páginas de una novela son muy importantes para dar la tónica al resto y captar la atención del lector. La vida de los cateadores de minas en Bolivia. Recuerdos de mi juventud en Pulacayo y Uyuni. De todos los amigos que estuvimos allí tal vez soy el único sobreviviente. ¿Por qué me salvé de caer vencido como los demás? Creo que mi moral la sostuvieron los libros que llevé conmigo desde

Francia. Barrés, Pascal, Bossuet, Lamartine, Verlaine, Baudelaire, me ayudaron a mantener el espíritu enhiesto y darme cuenta de que la vida ofrecía algo mejor que los vicios de la Calle del Peligro".

"Junio 14, 1960. Me enfrasco en "Les Cavaliers" envalentonado por la lectura de "Clea", el último libro de mi homónimo inglés, Lawrence Durrell. ¿Podré describir el ambiente del altiplano boliviano como él lo hace con Alejandra? La materia que yo he elegido es más bella".

"Julio 13, 1960. ¿Por qué escribo teatro o novelas? Para animar los fantasmas que llevo en mi imaginación desde la infancia. Los fantasmas que vi desfilar por primera vez en los muros blancos de "San Rafael".

"Julio 31, 1960. El esquema de "Les Cavaliers" va perfilándose poco a poco. La vida miserable de un puñado de muchachos lanzados a la lucha por la vida en uno de los lugares más fríos e inhospitalarios del mundo. Sus existencias se entremezclan y se influyen cómicamente y dramáticamente. ¡Qué impresiones tan fuertes recibí en Pulacayo y Uyuni! ¡Son tantos los recuerdos! Tengo tema no sólo para una novela sino para tres. ¡Qué personas tan singulares encontré en ese rincón del mundo! Sin duda la más singular era Pancha Hueso, la cabrona de la casa de prostitución que cuidaba de la virginidad de los adolescentes y depositaba casi todas sus ganancias en la alcancía de la iglesia".

"Agosto 25, 1960. Imágenes que eran confusas en un principio van tomando fisonomía coherente. El tema dominante tiene que ser la influencia telúrica de la cordillera andina sobre el destino de los hombres. Influencia fatal. He avanzado bastante. Debo retocar el enlace entre los capítulos. Qué maravillosos instrumentos de trabajo son la memoria y la imaginación. ¡Cuánta emoción experimentar al rememorar la vida en el altiplano de mi patria! Creo que

terminaré de escribir el libro hasta fines de este año".

"Agosto 31, 1960. Idea para "Les Cavaliers". Joaco vuelve a caer en los brazos de la Misqui Simi. Está cambiado, envejecido, enfermo. La Misqui Simi lo ha devorado".

"Septiembre 11, 1960. En Formentor mi pluma se deslizaba raudamente. En el gris otoñal de París la tarea se me hace más difícil. Me siento paralizado delante de las páginas en blanco. Mas debo continuar. No tengo mejor camarada que mi estilógrafo".

Costa du Rels sufrió una caída al salir de una librería y se fracturó uno de los brazos. "Les Cavaliers" detuvieron su progreso por un tiempo largo.

"Junio 4, 1963. Tengo otros nombres para "Les Cavaliers": "La Casa de las Mal Amadas" o "La Casa de las Almas Perdidas". La acción gira alrededor del prostíbulo de la Pancha Hueso. Tengo tema para cuatro novelas: "La perdición", "Leo", "Peregrina" y "La Misqui Simi". Los recuerdos de mi juventud me están llevando más atrás, a los años de mi infancia. Creo que podré escribir otro libro titulado "Treinta cartas a mi madre" relatando episodios tales como San Rafael, los diálogos con mi sombra, viaje a Europa, Ajacio, el colegio, la muerte de papá, Lilline, el Príncipe de la Glorieta, Pulacayo, Uyuni, Oruro, Sucre, mi matrimonio, la aventura petrolera, la mina de antimonio, mi ingreso a la diplomacia, Santiago de Chile, etc, etc, etc".

"Agosto 16, 1963. En "La Casa de las Almas Perdidas" el tema del amor entre una de las prostitutas y el cura protestante puede servir también para una pieza de teatro hecha al estilo de Tennessee Williams. El que trae a Perkins al prostíbulo será el "Chaplito". Esto dará a las escenas un tinte cómico. Vivo interiormente uno de los períodos más bellos de mi vida, en plena euforia intelectual. La Pancha Hueso tendrá que llamarse Clotilde Esquivel para

que pueda hacerla figurar como ex-estudiante de la Universidad de Chile".

"Octubre 3, 1963. Mal día. Sin buena salud no se puede crear. Siento un malestar a la espalda. Me duelen los dientes. La catarata al ojo izquierdo está empeorando. Todo el barco cruje. Debo hacerlo calafatear. He leído mi testamento. Tengo que rehacerlo. De más de 300.000 dólares que poseía hace algunos años me quedan 100.000, más los pocos cuadros y muebles. Debo reducir los gastos si no quiero acabar en la pobreza".

La enfermedad y fallecimiento de Raimundo Escolier, un amigo francés al que apreciaba mucho, dejaron en suspenso los toques finales de "La Casa de las Almas Perdidas". Escolier estaba casado con una descendiente de Jacob, el ebanista que adquirió gran fama con los muebles que hizo para la reina María Antonieta. Al verlo agonizando en un enorme catre de caoba, Costa du Rels se inspiró para escribir una comedia ligera. La tituló "Le lit de Jacob" (El lecho de Jacob). Un camastro fabricado por el famoso mueblista es explotado por una mujer que le atribuye virtudes genésicas. Varias parejas, que no pueden tener hijos en su tálamo nupcial, acuden a él, creando una serie de escenas de farsa.

Sintiendo que su "Ingenio chuquisaqueño" no estaba agotado con "Le lit de Jacob", escribió a continuación otra pieza: "L'angora" o "La comédie du peur" (El angora o La Comedia del Miedo). En ella, un profesor de Biología tiene una clínica que atiende con ayuda de su esposa, enfermeras y mozos. Tiene también un gato de angora, mimado por todos. El profesor recibe una medalla de oro como premio de sus investigaciones. Para celebrar el acontecimiento, invita a una cena a varios personajes. Al final del ágape, la cocinera se da cuenta de que el gato está muerto, aparentemente envenenado por las sobras del pescado que se sirvió a los comensales. Da la voz de alarma. Todos se sien-

ten morir... de miedo. Se los somete a lavajes estomacales. Unos hacen sus testamentos. Otros confiesan sus pecados. Se descubre que el gato murió atropellado por un auto. Todos recuperan la salud y el buen humor. Cae el telón".

Temeroso de sufrir la misma suerte que con "Claribelle" y "El Quinto Jinete", Costa du Rels no se atrevió a enviar las dos comedias a los directores de teatro. Las guardó para revisarlas y mejorarlas después. Tuvieron el mismo destino que "La Montaña de Plata" y "Huanchaca".

Entre los fantasmas del pesado que estos años revivieron con fuerza en el recuerdo de Costa du Rels figuró Blanquita Errázuriz Vergara, la bella amiga que conoció en Santiago cuando iniciaba su carrera diplomática y que le contó su dramática historia: A los 19 años se enamoró del Ministro Consejero de la Legación de Estados Unidos en Chile, señor John Desol. Su madre, viuda, una de las más ilustres matronas de la sociedad santiaguina, se opuso al idilio. Desol fue promovido al cargo de jefe de la misión diplomática norteamericana en el Uruguay. Convenció a Blanquita que se escapara con él. La joven aceptó. Se casaron en Montevideo en cuanto ella cumplió la mayoría de edad. Tuvieron un hijo. La elección de un nuevo presidente en los Estados Unidos determinó que Desol perdiese su puesto. Buscó trabajo en un bufete de abogados de Nueva York. Su carácter se tornó áspero y hasta violento. Blanquita se separó de él. El juez dispuso que el hijo viviese por turno con uno y otro. Una sirvienta telefonó a Blanquita avisándole que Desol iba ir a radicarse en California llevando al niño consigo. Compró una pistola y fue a entrevistar a su ex-marido. Se produjo una discusión acalorada. Desol declaró que era evidente que al día siguiente viajaría al otro extremo del país con su hijo y que ella nunca volvería a verlo. Blanquita, desesperada, extrajo el arma del bolso e hizo cinco disparos sobre Desol, matándolo. La tragedia coincidió con brotes de chauvinismo norteamericano provocados por los triunfos de tropas de los Estados Unidos

en la Primera Guerra Mundial. La prensa atacó a la "chilean girl" que se había atrevido a matar a un ciudadano norteamericano que prestó importantes servicios en la diplomacia. El juez condenó a Blanquita a varios años de cárcel. Se libró de morir en la silla eléctrica porque, según las leyes del Estado, para sufrir tal castigo tenía que haber sido condenada por los doce miembros del jurado. Uno de ellos votó a su favor. La madre de Blanquita, llegada a Nueva York al enterarse de la situación de su hija, compró ese voto con una coima que le costó más de cien mil dólares.

Entre Costa du Rels y Blanquita Errázuriz se estableció una tierna e íntima amistad, puramente platónica, que duró hasta la muerte de ella. Se vieron en todas las visitas que hizo a París. Era muy aficionada a la música y tocaba muy bien el piano. Contagió a Costa du Rels su admiración por Debussy, Ravel y Rachmaninov.

En octubre de 1964, él anotó en una libreta: "Me ha ocurrido un fenómeno psíquico extraordinario. He sentido a mi lado la presencia de Blanquita Errázuriz Vergara. He recordado la última vez que escuché su voz. Yo estaba de embajador en Buenos Aires. Me llamó por teléfono desde Santiago. "Lito -me dijo con tono desgarrador-, bombas americanas han matado a mi hijo en Berlín. Estaba allí como miembro de la embajada chilena en esa ciudad. ¡Es una venganza de John Desol! ¡Mi vida no tiene ya razón de ser!". Más tarde me dieron la noticia de que se había suicidado. Hace un momento ha estado aquí. Su aparición ha sido casi física, mientras yo ordenaba algunos papeles en mi escritorio, cerca de la media noche. Siempre esbelta, elegante, con su rostro de expresión tan dulce. Sólo en los párpados vi unas líneas casi imperceptibles, como en las flores, en las que la marchitez comienza por los pétalos. Me ha repetido la frase de Shakespeare con la que se despidió cuando nos separamos en París, en el foyer del Hotel Crillon, el 31 de julio de 1939, al irse ella a Chile por la amenaza de guerra que se cernía sobre Europa: "If we meet

again, we shall smile" (Si nos encontramos otra vez, sonreiremos). ¿Qué significa esta breve visita de mi querida amiga y la repetición de esas palabras? ¿Es un aviso de que pronto me iré donde ella está? ¿O es más bien un mandato para que cuente su triste historia? Sí, escribiré un libro, para que quienes lo lean sepan que Blanquita Errázuriz Vergara era una mujer buena, angelical, la más buena y bella de todas las mujeres que he conocido".

Costa du Rels dejó el libro para más tarde. Escribió de inmediato un cuento relatando la aparición. Lo tituló "Amalita" y lo publicó en "La Revue de París". No quiso utilizar el verdadero nombre por consideración a la familia que ella tenía en Chile.

El régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que imperaba en Bolivia desde hacía doce años, llegó a un inesperado fin. El presidente, Víctor Paz Estenssoro, labró su propia caída. Por querer perpetuarse en el poder como la única personalidad política de su generación, fue anulando a los opositores y frustrando las ambiciones de sus colaboradores que querían sucederle. Uno de estos, General René Barrientos Ortuño, que fuera devoto admirador, se convirtió en su peor enemigo. En alianza con el comandante en jefe del ejército, General Alfredo Ovando, logró derrocarlo sin derramamiento de sangre.

En el gobierno bicéfalo de Barrientos y Ovando ocupó el puesto de Ministro de Relaciones Exteriores el Coronel Joaquín Zenteno Anaya. Conoció a Costa du Rels cuando éste fue embajador en Francia y él estuvo adjunto a la misión. No titubeó para nombrarlo representante de Bolivia ante la rama cultural de las Naciones Unidas, que tenía su sede en París: la UNESCO.

Costa du Rels recibió el nombramiento como un regalo del cielo. No lo esperaba. Sintió gran satisfacción al verse rehabilitado moralmente como boliviano, después de que intelectuales del MNR le negaron su nacionalidad

durante mucho tiempo. Lo halagó que se lo considerase todavía útil a su patria a los 78 años de edad.

Carta de Alberto Ostría Gutiérrez: "Santiago, 12 de noviembre de 1964. Los sucesos de Bolivia los veía venir. Como Shakespeare lo dijo: "Una noche tan sucia tenía que derivar en tormenta". Paz Estenssoro ha dejado el país en harapos. Su salida de Bolivia es como la extirpación de un tumor canceroso. La convalecencia de la república será larga y penosa. Por lo que toca a mí, mantengo mi dignidad en el retiro del trabajo. Nada espero del nuevo gobierno. Estoy catalogado entre los "viejos", como si fuera un aviador o un torero... Los indios se presentaron a mi hermana en Sucre y en un gesto espontáneo le devolvieron la casa y el huerto de Yotalilla. Explicaron que si no lo hicieron antes fue porque los amenazaban las ametralladoras. ¡Bien puede usted imaginar cuánto me ha emocionado esta noticia!".

Al aproximarse el centenario de la muerte del Mariscal don Andrés de Santa Cruz, ocurrida en Versailles, en 1865, el gobierno de La Paz gestionó la repatriación de sus restos. Costa du Rels desempeñó un rol principal en los actos consiguientes. Escribió una síntesis de la vida del prócer para "La Revue de París" y otra para "Nouvelles Littéraires". Dictó una conferencia sobre él en el Comité France-Amerique. Se incorporó a la delegación que llegó de Bolivia. Anotó en una libreta: "Noviembre 3, 1965. Hoy se hizo la exhumación del cadáver de don Andrés de Santa Cruz y del de su esposa. En el ataúd de la señora no encontramos nada más que un pedazo de encaje. El mariscal está íntegro. Rostro cetrino, severo, sin arrugas, como rejuvenecido por los años. Ojos abiertos. ¡Oh, esa mirada clavada en el cielo con una rigidez alucinante! ¿Ojos que buscan a Dios en la noche de la tierra? La boca entreabierta. Se le ve la lengua y los dientes. Vestido de frac. Cuello duro, volcado en las puntas sobre una corbata de un blanco immaculado. Se volvió a cerrar el férebri dejando el cadáver tal como lo encon-

tramos. Será llevado al mausoleo que se ha hecho en la Catedral de La Paz. Durante veinte minutos muy emotivos hemos retrocedido cien años".

Otra anotación en la misma libreta: "¡Gladys es viuda! ¡Su esposo ha muerto a los 42 años! Pienso en mi pobre hija y en mis nietos. ¡Señor, dame la fuerza que necesito para ayudarles!".

Más apuntes:

"He reasumido el trabajo de la novela "La Casa de las Almas Perdidas". Estoy dudando entre dos nuevos títulos: "Los Andes y el pecado" y "Los Andes y la pecadora".

"Estamos de vacaciones en Mallorca con Nena y Dick. He ido a Ibiza llevando el manuscrito a María Luisa Gefael, que fue enamorada de Fito. Es literata de prestigio y esposa del poeta Vivanco. Subí hasta su casa por un sendero, con el torso desnudo, recibiendo el tónico del sol. Mis piernas siguen fuertes".

"Encontré un título definitivo para mi obra: "Los Andes no creen en Dios". Los Andes no creen en Dios porque en el imperio telúrico de esas inmensidades los hombres forma su destino como en el vientre de su madre. Los atenienses decían de sus montañas: "Son tan serenas". Yo digo de las de nuestras cordillera: "Son tan poderosas que desafían a Dios".

"Hemos ido con la duquesa a los jardines de Bagatelle. Hace 29 años que estuvimos allí por primera vez. ¡Qué extraño cambio el de un amor pasional por una vinculación intelectual! Vinculación en la que se mezclan ternura y amistad. A ella no le gusta en lo más mínimo que mi novela tenga por centro de la acción una casa de prostitución. Esta vez no me desalentaré con sus críticas como me ocurrió con "L'angora" y "Le lit de Jacob".

"No dejo de ver un reloj sin una sonrisa y un cerramiento del corazón. Cuando muera quisiera que me entierren en el bello cementerio de mi ciudad natal con un epitafio que diga: "Yo he sufrido, yo he servido, yo he sembrado", o, simplemente: "Sufrí, sonreí, serví, sembré".

Alfonso Querejazu le escribió al respecto: "No me gusta tu necrofilia, esa tu preocupación por lo que quede de tí en un panteón. Debemos preparar nuestra muerte como un triunfo, siguiendo el consejo de Platón. Nuestra muerte debe ser una Pascua, es decir, "un paso" a más sereno asilo. Descartes tomó como divisa estos versos de Séneca: "Se prepara una triste muerte aquél que por hacerse conocer con los demás, permanece desconocido para sí mismo". Vivimos demasiado hacia afuera y por querer congratiamos con el mundo exterior traicionamos lo más valioso, nuestro mundo interior".

Libreta: "Diciembre 22, 1966. Ha muerto mi esposa en Sucre, después de un largo período de sufrimiento. Se rompió un fémur y vivió sobre una silla de ruedas. Primero, Gladys y su esposo y luego Gladys y sus hijos, fueron sus enfermeros durante seis años. Por suerte, Carlos, a quien quería tanto, volvió a Bolivia y estuvo a su lado los últimos meses. ¡Pobre Blanca! Su nobleza y gran corazón merecían mejor suerte que la de haberse casado conmigo. Nuestro matrimonio fue un error de ambos. El pequeño mundo dentro del cual vivíamos en Sucre nos empujó el uno hacia el otro. No supimos darnos cuenta de que nuestros caracteres eran muy distintos, incompatibles. Yo creí que ella se adaptaría a mi modo de ser, a mis aficiones, a mis gustos, a mi manera aventurera de encarar la vida. Ella debió pensar que viviríamos siempre en Sucre, en un ambiente familiar herético, que yo dejaría de ser un vagabundo y un romántico, que sería domesticado en una existencia hogareña. Los dos hemos pagado muy caro nuestro error, pero para ella el costo ha sido mucho mayor. La única bendición en nuestro matrimonio fueron nuestros seis hijos. Tal vez el

cielo nos castigó con la muerte de René y de Fito, para que corrigiéramos nuestros errores. El efecto fue contrario. Con cada una de estas tragedias el modo de ser de ella se volvió más severo, más retraído, menos compatible con el mío. Dos corazones que no pudieron congeniar en la juventud y la alegría, mucho menos pudieron hacerlo cargados de años y de dolor. Cada uno se radicó en la ciudad de sus sueños. Sus cartas y las mías tendieron un tenue lazo de afecto entre Sucre y París. He releído sus últimas cartas. Todavía llamándome "Chiquito querido", "Chiquito adorado". ¡Perdón Blanca, perdón "chiquita", te pido perdón desde el fondo de mi alma, por todo lo que te hice sufrir! Porque no pude ser en tu vida el esposo modelo que sin duda creiste haber encontrado cuando salíamos de la capilla de la Virgen de Guadalupe, después de la bendición de nuestro matrimonio".

Costa du Rels tuvo la suerte de inspirar sentimientos profundos y permanentes en las mujeres a las que se acercó en busca de cariño. Tal vez porque lo hizo en actitud de huérfano sentimental, como buscando protección, despertando en ellas un amor que se mezclaba con el instinto más fuerte en una mujer, el de la maternidad. Su esposa fue una de ellas. Lo amó toda su vida, a pesar de saber que él estaba con otras mujeres, a pesar de ver que su hogar estaba dividido, que los hijos se desorientaban al tener al padre en un extremo, dedicado a una vida de figuración y mundanismo, de éxitos sociales e intelectuales, y a ella en el extremo opuesto, retraída, resignada, herida en su orgullo, ocultando el fracaso de sus ilusiones.

Carta de Gladys: "Los últimos años mamá deseaba la muerte. Solía decir: "Ojalá Dios me llevara de una vez". La parálisis afectaba casi todo su cuerpo. Una tarde, cuando volví de la iglesia donde había ido a rezar por ella, noté que se persignaba con mucho esfuerzo. En ese momento llegaron Carlos y María Helena. Quiso persignarse otra vez. Tuvo dificultad. Me arrodillé a su lado y oré en voz alta.

Me hizo un gesto como de aprobación. Exclamó "¡Adolfo!" y expiró".

En su testamento, Blanca Urriolagoitia de Costa du Rels dejó todos sus bienes a su esposo.

Correspondencia de Alberto Ostria Gutiérrez:

"Santiago, agosto 16, 1965. Mi querido Costaco: Acabo de salir de una pulmonía muy grave. Tres semanas en cama. Horas crueles con la tos, el dolor de cabeza y la fiebre alta. He sentido la muerte muy próxima, con tranquilidad, casi con indiferencia. En las largas horas de inactividad rememoré mi pasado: Una infancia penosa, en la pobreza. Una juventud llena de responsabilidades, sosteniendo a mi madre y a mis hermanas. Una vida pública consagrada con fervor y apasionada devoción al servicio de Bolivia. Mis luchas, mi destierro, mis incertidumbres en estas horas del atardecer de mi existencia".

"Santiago, enero 10, 1967. Disculpe que no le haya escrito la última temporada. He tenido una molestia a la columna..."

"Santiago, abril 1, 1967. Mi enfermedad a la columna no cede aún. Estoy desesperado con tan larga permanencia en la cama".

"Santiago, mayo 12, 1967. Sigo enfermo, en cama todavía, con agudos dolores a la columna vertebral y al ciático. Cada día me siento más desesperado. El solo reposo no me sana y es lo único que aconsejan los médicos. Estoy en un túnel sin salida. Dios me dé valor".

"Santiago, mayo 15, 1967. Recibí su afectuosa carta. Le agradezco haber consultado mi caso a su médico Sabanés. Su interés en mi salud es nobilísimo. Desgraciadamente, no estoy mejor. Al contrario, me siento cada día

peor. Los dolores se han agudizado. He consultado a varios facultativos, diez en total. Mantienen la tesis del reposo que no me alivia. Casi no tengo dolores cuando estoy en cama. Lo tremendo es cuando me pongo de pie. Espero ansioso noticias de sus actividades. No soy más extenso porque apenas puedo dictar estas líneas desde mi lecho".

Carta del yerno, señor Carlos Camus: "La salud de don Alberto empeora día a día. Estamos desolados. Su esposa no se aparta de su cabecera. Han llegado de Sucre sus tres hermanas. El triste cuadro familiar lo completamos las tres hijas, su hijo Tito y los dos yernos".

Ultima carta de Alberto Ostria Gutiérrez a Adolfo Costa du Rels: "Santiago, junio 2, 1967. Mi querido Costaco: En este momento recibo su carta de 25 del mes próximo pasado. La he leído con emoción que enturbió mis ojos. Le agradezco con todo el alma no sólo los medicamentos que me envía, sino su aliento moral. Dios lo bendiga, mi querido Costaco. Mi enfermedad continua. Apenas puedo levantarme para ir al baño en medio de atroces dolores. Me alegra mucho saber que la Editorial Valencia publicará su "Miski Simi" y mi "Satuco" en su "Antología de Cuentos Hispano Americanos". Así estaremos juntos en las páginas de otro libro como en las del "Traje de Arlequín". Perdone que no sea más extenso. Le reitero mi más honda gratitud y mi fraternal afecto de toda la vida".

Libreta: "Mi amigo Alberto se muere poco a poco en Chile, siendo diez años menor que yo. Su agonía me obsesiona. Esta mañana he ido a comulgar a la iglesia de Chaillot y he pedido a Dios que lo ayude. Sufro al pensar que nuestra hermandad, que nunca tuvo mancilla ni recelos, esté próxima a terminar. No se cruzarán más nuestras cartas. Será el silencio. Quizás nuestros hijos leerán algún día la correspondencia y apreciarán cuánta afinidad hubo entre dos hombres que tenían igual afición a las letras y eligieron la misma profesión para servir a su patria".

A poco ocurrió el fallecimiento. Las últimas palabras de Ostria fueron: "¡Dios mío, hasta cuándo!". Sus restos se trasladaron hasta el cementerio de Sucre. Su esposa hizo gravar en la tumba un verso de Rubén Darío: "Era bueno, era noble, era lo que hay que ser cuando se lleva al hombre la piedra del deber. Y él la supo llevar, esa piedra de hierro, viendo hacia arriba al águila y a sus pies al perro".

Libreta: "Septiembre de 1967. He entrado en los ochentas en más o menos buen estado. Claro que hay algunas goteras como en toda casa vieja. Mi peor achaque es a los ojos por culpa de oculistas argentinos que hace años me curaron como a caballo, con cauterizaciones de nitrato de plata a la córnea, sin anestesia. Necesito seria atención. El doctor Barraguer de Barcelona dice que debo someterme a una operación de cataratas. El cristalino del ojo izquierdo está ligeramente nublado. Lo importante es mantener el espíritu incólume. Dedicaré lo que me queda de vida a hacer el bien y a ocuparme de lo bello. A hacer el bien para pagar la deuda de lo mucho que otros han hecho por mí. He vendido todas las acciones que tenía en Nueva York para poder contar con efectivo. He vendido también mi cuadro de La Tour en un remate de la casa Christies de Londres. Muy buena utilidad. ¡Lo que compré hace años por 3.000 dólares americanos lo he vendido en 49.640! Con esto puedo navegar otro trecho".

"Octubre, 1967. Fin de semana en el Castillo de Monteval. La misma habitación techo alto, al lado de la biblioteca en la que Napoleón, en 1814, planeó con sus mariscales una batalla que tuvo lugar en un lugar próximo. Por la ventana veo los bosques centenarios, los jardines cimétricos en los que Paul Valery hacía estudios peripatéticos. A lo lejos se escuchan las campanas de Saint Etienne. La exacta diferencia de edad entre la duquesa y yo es de siete años y diez meses. Yo no reconozco sino cuatro años en vista de mi buen estado físico. Pienso modificar "Claribelle". Tal vez sería mejor que a la muerte del marido

ella se vuelva loca. Los sirvientes le hacen creer que durante la República sigue en España la misma clase de vida que cuando la Monarquía y en la casa subsiste el boato de antes. Al ocurrir los sucesos de julio de 1936, con la invasión de su palacio por los comunistas, ella recobra la razón y vuelve a ser una mujer del pueblo. Se une a la defensa de Madrid contra los facistas".

"Abril 1968. Mi nieto Alfredo Junior está viviendo conmigo. Ha venido a Europa para completar su educación. Salimos juntos a hacer largas caminatas. Siento una gran satisfacción al avanzar al mismo ritmo que este adolescente tan robusto. Es afectuoso y noble. Tiene mucho sentido del humor. Me divierten sus comentarios tan francos y sinceros. Tita está muy avejentada. Hace lo que puede en el departamento, pero se ha vuelto muy desmemoriada. Yo tengo que hacer muchas de las compras de víveres porque la doncella vasca es lerda y no habla francés. Aprovecharé de la compañía y el soporte moral de mi nieto para ir a Barcelona y hacerme extirpar la catarata".

La intervención quirúrgica en el ojo izquierdo tuvo lugar en enero de 1969, con todo éxito. Sin embargo, en el examen general del estado del paciente se constató que adolecía de otro mal. El médico le dijo: "Tiene usted una próstata de cardenal. Habrá que operarla en un futuro no muy lejano". La enfermera añadió: "Por donde pecas, pagas".

De vuelta en París consultó con otros galenos. Todos confirmaron el diagnóstico de Barcelona y no ocultaron que una operación de esa naturaleza, pasados los 80 años, tenía muchos peligros, sobre todo el de una embolia cardíaca. Trató de aplazar la prueba, de ganar tiempo. Le horrorizó la idea de que su vida pudiese terminar en el quirófano de un hospital. Escribió a Alfonso Querejazu: "Hacia el atardecer las sombras se alargan y todo adquiere un aspecto irreal. De morir quisiera hacerlo con la pluma en la mano, pasando de un sueño *fini* a un sueño *infini*".

Nena y su esposo habían dejado Roma y a la sazón trabajaban ambos en Nueva York. Ella voló para estar con su padre los quince días de una vacación. El anotó en su libreta: "¡Tengo dos semanas de primavera!".

Poco después llegó Gladys para acompañarle en el trance de la operación. Al poner un poco de orden en el mar de papeles del escritorio descubrió el manuscrito de "Los Andes no creen en Dios", que desde tres años antes estaba confinado en el rincón de una gaveta. Su lectura la entusiasmó. Consideró que era lo mejor que como novela había producido la pluma de su padre. Podía ser la obra que determinase la consagración definitiva de su fama literaria. Costa du Rels se dejó contagiar del optimismo de su hija. Había archivado el manuscrito por el decaimiento moral que le produjo, primero, la erosión paulatina de su situación económica (como embajador ante la UNESCO sólo percibía 800 dólares mensuales para gastos de escritorio y de representación, y gastaba más de 2.000), segundo, por la catarata que tuvo a un ojo, y, últimamente, por la enfermedad de la prostatitis. Gladys fue de opinión de que la primera edición de la novela debía ser en español. El coincidió con ese criterio. ¿Pero cómo hacer la traducción en los tres meses que faltaban para ingresar al hospital?

Gastón Arduz Eguía, intelectual boliviano, que vivía en París y sentía gran afecto y admiración por el escritor, se brindó generosamente a hacer el trabajo en forma intensiva y rápida. Además de frecuentes contactos personales en los que fueron analizando los progresos de la traducción, intercambiaron correspondencia:

— Arduz Eguía: "La primera parte de "Los Andes..." es en sí una novela completa. Los tres elementos de este género literario están tratados con maestría. El fondo telúrico, las montañas, los salares, la recurrencia inexorable del viento y de la arena, cobran a lo largo de toda la obra una "presencia" obsesionante. Los caracteres, unos y otros (los de arriba, los "arcángeles", y los de abajo, los po-

bladores del humilde villorrio), tienen autenticidad y están descritos con lucidez, comprensión y amor. La acción es rica y compleja. En su perfecta síntesis, estos tres elementos bastarían para hacer la glosa del libro. Pero hay un cuarto elemento, que es a la vez principio, término e hilo conductor: la fe y la esperanza, el concepto de la redención del pecado... y por el pecado. Este principio da a la obra una especie de cuarta dimensión, un aliento fascinante y misterioso. Creo que ella será la culminación de su carrera como novelista boliviano. Espero, también, confiadamente, que será recibida como la mejor novela boliviana..."

— Costa du Rels: "Mil gracias por su carta. Ella no es tan sólo la manifestación de la amistad, sino la expresión de un criterio literario de gran lucidez que me ha revelado algunos aspectos, o mejor dicho, resonancias, que la falta de perspectiva que sufre un autor sobre su propia creación, me impedía descubrir. El aspecto de la intervención telúrica en el destino de los seres humanos me ha fascinado siempre..."

— Arduz Eguía: "Estoy avanzando con la traducción más rápido de lo que esperaba. El primer capítulo se lo envié a usted el 26 de febrero (1970). A la fecha, 21 de mayo, le devuelvo las páginas 211 a la 249. Al acometer el trabajo no estaba seguro de poder llevarlo a término. Ahora, al verlo casi terminado, me halaga mucho verme unido a una obra suya".

— Costa du Rels: "Le envié las dos páginas finales. Me ha parecido justificada su sugerencia de suprimir el episodio Rolkog-Cori. No añadía nada al libro. Era un elemento extraño. He conservado el incidente de "La Bicicleta" con Leo. Ojalá que los colores muy subidos de la escena, apañados ya por el autor, no escandalicen al traductor, que fue alumno de los jesuitas en el "Santa Mónica" de Sucre.

— Arduz Eguía: "Le adjunto el texto y la traducción

del último capítulo. He hecho toda la labor a marchas forzadas y la calidad ha podido sufrir a raíz de ello. Evidentemente, no soy un traductor profesional y sólo abordé esta laboriosa tarea por la estimación que usted me merece y el deseo de ayudarle a dar cima a una obra de indiscutible calidad. Vuelvo ahora a mi trabajo habitual, que me reclama”.

— Costa du Rels: “La pluma de oro con la que escribí muchas páginas de mi aún insipiente obra literaria, me es grato obsequiársela. Deseo que la conserve como un recuerdo de estos meses de labor común en el curso de los cuales usted me devolvió la confianza en una novela en la que había perdido la fe por los embates de la vida y la presión del reloj de arena”.

Con “Los Andes no creen en Dios” Costa du Rels sintió que había alcanzado lo que no pudo con “La Montaña de Plata”, ni “Huanchaca”. Al igual que éstas, dedicó la obra a la memoria de su padre: “Ingeniero de Minas, familiar de la Cordillera Real, cateador de espejismos, que murió viudo, joven y pobre”. Algunos de los personajes son auténticos, resucitados por el autor de entre los que conoció en Pulacayo y Uyuni: Pancha Hueso (con el nombre de Clotilde Esquivel), Rosa Pinto y las otras prostitutas, el Alcalde, los hermanos Ferreyra y el amor incestuoso por su hermana, los principales cateadores, el Chaplito, Sir Charles Henry, la Miski Simi, José Calvi (montes) y su drama conyugal. Los otros son imaginarios. El autor se retrató un poco en uno de los protagonistas: Leo. Describe su carácter como de mucha sensibilidad, con un corazón ardiente y, por lo mismo, vulnerable.

La trama: Clotilde Esquivel, universitaria chilena, cayó en la prostitución cuando su novio fue condenado a muerte por haber asesinado a su amigo más íntimo, por celos que ella provocó deliberadamente y para los que no existía un motivo real, creyendo que servirían para que su novio la amase más. Con la conciencia cargada de culpa, busca la

expiación en el vicio. Convence a otras cinco prostitutas valerse del placer carnal para ahogar al demonio, vendiéndolo en su propio terreno. Para que la abyección sea más completa, eligen como lugar de su calvario a Uyuni, en la gélida altiplanicie boliviana, “capital del viento y de la arena”, a fin de aprovechar la fuerza telúrica de la cordillera “como instrumento de desapego, de humildad y de redención”. Tina Tovar, esposa del juez, mujer santurróna, logra que una manifestación cívica a favor de los derechos de Bolivia para volver al mar, degenera en un asalto a la “casa de las chilenas”. Clotilde Esquivel muere en la acción. El lupanar deja de funcionar. Malvina, hija de Clotilde Esquivel, enamorada de Leo, fallece con un ataque de tisis al escapar hacia Chile, Rolkov, uno de los cateadores de minas (cuyo carácter pensaba Costa du Rels expandir en otra novela inspirándose en la personalidad del Padre Cestas Rzewusky), convence a Leo que se vaya con él y sus compañeros a la cordillera, en busca de fortuna. Originalmente el manuscrito terminaba aquí. Después de cambiar ideas con su hija Gladys, el autor dio a la marcha de Leo hacia las montañas un sentido social, similar al que atribuyó al protagonista de “Tierras Hechizadas”. Leo se va “en pos de pan, de justicia, de cultura y de amor”. Se va como obedeciendo a un mandato de la patria “al más desventurado de sus hijos, al que menos sonrió su madre y la suerte: el mandato de liberar al pueblo de la miseria, de la incultura y de la injusticia”.

CAPITULO XXV

LA ULTIMA AVENTURA SENTIMENTAL

Cuando Costa du Rels llegó a la edad octogenaria, una dama a la que conoció muchos años antes y con la que tuvo contactos ocasionales, pasó a ocupar un lugar importante en su existencia. Le brindó la gracia femenina, el calor afectivo, el romanticismo sentimental, que no encontraba en la Duquesa de Rochefort, y sin los cuales la vida para él no tenía sabor.

Una mañana, siendo embajador en Buenos Aires, recibió un llamado telefónico: "Soy Magda Valdivia. Su hija Gladys se alojó en casa de mis padres cuando fue al Congreso Eucarístico de Santiago. Vengo de los Estados Unidos y dentro de tres días paso a Chile. Quisiera conocerlo. ¿Cómo es usted?".

- El contestó: "Como todo boliviano".
- Ella: "Ah, entonces feo, pero simpático".
- El: "¿Y usted?".
- Ella: "Como toda chilena".
- El: "Ah, entonces, bella, pero pícaro".

Se dieron cita en el bar del Hotel Plaza.

— Ella: “¿Cómo podré identificarlo?”.

— El: “Llevaré un clavel rojo en el ojal”.

— Ella: “Yo estaré con un abrigo bellissimo, azul, con grandes botones dorados”.

Entablaron una cordial amistad. Volvieron a encontrarse en Nueva York, cuando él perdió su puesto en las Naciones Unidas a raíz del voto equivocado contra España. Desde el encuentro en Buenos Aires ella se había casado y separado del esposo por incompatibilidad de caracteres. Hicieron un paseo por varias ciudades de los Estados Unidos. Se vieron por tercera vez en París, en 1958, cuando ella llegó a conocer Europa en compañía de sus padres. Tenía entonces 46 años. Era de figura bien proporcionada y rostro muy atrayente. Temperamento ligero, alegre, bondadoso. Aficionada a todo tipo de diversión y en especial a la música. El le hizo bromas sobre la pérdida del litoral marítimo que sufrió Bolivia por la codicia territorial de Chile. Le preguntó: “¿Por qué no me ayudas a recuperar un pedazo de costa?”. Ella repuso: “Sí mi amor, te ayudaré a conseguir algo, aunque no sea nada más que una caletita”.

Párrafos de la correspondencia de él a ella:

(1956) “De todas las mujeres que se han cruzado en mi camino, eres tal vez la única cuyo rostro permanece nítido en mi recuerdo. Entre nosotros no hay reproches, ni mentiras, ni muecas, ni lágrimas. Eres una compañera ideal, amorosa, inteligente, comprensiva. Has traído luminosidad a mi atardecer”.

(1961) “Día a día veo alejarse la juventud o lo poco que me quedaba de ella. Mas si el pelo blanquea, el ánimo no decae. Mi invierno es época de cosechas. Sacaré un nuevo libro que tendrá por centro de acción una casa de

prostitución. Fue mi refugio vespertino en la helada altiplanicie boliviana”.

(1966) “Te dije un día que habrá otros hombres más jóvenes, más agresivos, más fuertes que yo, pero no más cuidadosos en tratar a una mujer”.

(1967) “A ratos se me cae el alma a los talones cuando constato los estragos de los años. Las manos con pecas, el pelo más albo que la nieve, la vista nublada. Desde que tuve una caída camino con la ayuda de un bastón”.

(1967) “Eres un celaje dorado en mi ocaso”.

(1968) “Ayer almorcé con una señora inglesa. Me dijo: El presidente Charles De Gaulle nos odia tanto que iré a Waterloo y haré pis sobre el campo de batalla para ratificar nuestra victoria sobre los franceses”.

(1968) “La atmósfera del departamento es triste. Tita vive delante de la televisión viendo cosas de París que no conoció personalmente. El otro día, al volver del teatro, la encontré en el suelo, de bruceas, desvanecida. Ayer, cuando volví de mi caminata vespertina, estaba dormida en un sillón, con las piernas abiertas, como si hubiera sido violada por el diablo”.

(1968) “Cada vez que empieza un nuevo día experimento una sensación de melancolía. La certeza de que todo se acelera. Tu sabes cuán grande es mi angustia frente al reloj. Se me muestra pertinaz, alevoso, cada día más prepotente. Me amenaza constantemente. Sólo mientras duermo escapo de sus asechanzas”.

(1968) “Ven a verme. Pagaré tus pasajes. Te ofrezco las últimas claridades de mi crepúsculo, mientras tú avanzas esplendorosa en la madurez de la vida”.

(1968) “Los veinte días que hemos estado juntos en

Madrid y Marbella se mantienen vivos en mi corazón. Experimento a tu lado una felicidad extraordinaria, tanto más profunda cuanto más breve. Otoño tú, invierno yo. ¡Qué verano hicimos al unir las dos estaciones!”.

(1969) “El urólogo francés me ha sentenciado. Nadie me libra de una operación y ésta es siempre un juego de azar en el que Dios y la ciencia manipulan los dados. Veronique, la cocinera, fabrica caldos de legumbres y muele semillas de calabaza. María hace los jugos de frutas. Tita se encarga de los mates. Toda la orquesta homeopática en sinfonía para aliviar la próstata del dueño de casa. Yo, en medio de estas Martas y Marías del Evangelio, mido mis posibilidades de salvación. Espero que la Providencia me mantenga en este mundo que yo encuentro encantador y a otros desespera”.

(1969) “Llegó Nena y su presencia fue una alegría en cada instante. Se va mañana dejando una estela luminosa”.

(1969) “Gladys ha venido a darme todo el apoyo que necesito en la operación. Nena es rocío refrescante. Gladys lluvia tonificante”.

Carta a Alfonso Querejazu: “Me operan dentro de pocos días. Dejo un testamento. Si ha llegado la hora de la partida estoy listo a comparecer ante Dios. Creo que mi saldo “Haber” es ligeramente mayor que el “Debe”. Si resultara al revés confío en que la diferencia quedará saldada con mi arrepentimiento”.

El testamento rezaba: “Dejo como mis herederos universales a mis tres hijos. Más que fortuna les dejo un nombre sin mancha, al que he procurado dar cierto lustre. Les ruego recordar cuán triste fue mi niñez y cuán grande el amparo de la Providencia. Dejo una obra literaria inconclusa, pues mucho de mi tiempo se consagró al servicio de mi patria en el campo diplomático. Cumpló 83 años sin

haber podido realizar lo que tanto soñé: dejar unos pocos libros que justifiquen los favores de la buena suerte y formen modesta porción del acervo cultural de Bolivia, al que, hombres menos afortunados que yo y con mucho más talento, no alcanzaron a contribuir”.

Para el caso de su muerte encargó por escrito: “Quiero que se embalsame mi cuerpo, para mi ulterior traslado a Bolivia. Deseo funerales muy sencillos. Sin pompa alguna. Sólo pido a mis amigos una oración y un grato recuerdo. Y leer de vez en cuando alguna página mía”.

La operación se hizo en el Hospital Americano de París. No se presentó ninguna complicación. El corazón del paciente llamó la atención de los médicos por su fortaleza. La convalecencia fue rápida. Una tarde tuvo una sorpresa muy grata. Su hija Gladys colocó una radio portátil en la mesa de noche e hizo que escuchara Radio Luxemburgo. Durante una hora y media siguió atentamente y emocionado una transmisión de los tres actos de “Los Estandartes del Rey”.

Viajó a Algeria para completar su recuperación. A las pocas semanas reanudó su actividad diplomática participando en la asamblea anual de la UNESCO.

Más cartas a Magda Valdivia:

(1969) “Todo salió muy bien en la operación. Mi convalecencia ha sido casi completa. El masajista me mantiene en forma. En Ginebra he comprado todas las medicinas que se recetan contra la senectud. Tú y Gladys se parecen mucho. Ambas tienen “ángel”. De lo que resulta que tú para mí eres como una hija envuelta en el manto carmesí de Afrodita”.

(1969) “Cuando perdí a mi madre ella tenía 32 años y yo 7. La habría servido de rodillas. Confieso que en muchas mujeres busco algo de ella, por lo menos su sonrisa.

Aunque por la diferencia de nuestras edades tú podías ser mi hija, he encontrado en ti mucho del afecto maternal que el destino me quitó tan temprano. Es por eso que mi cariño por ti es muy especial, hasta alcanzar una especie de dolor físico cuando alargo la mano y no te encuentro. He ingresado a un período de mi vida en que cada minuto tiene un valor inestimable. Me apena seguir envejeciendo con tu ausencia. Cada día que tengo es un regalo de Dios. No quiero malgatarlos sin tu compañía”.

El tono de las cartas de ella puede apreciarse por el siguiente modelo: “Tu retrato grande está en mi dormitorio. Como soy franca y auténtica, lo tengo a la vista de todos. Cuando me preguntan quien es ese hombre tan interesante, les repondo: “Un amigo boliviano muy querido”. Me gusta mirarte y decirte mil cosas que sólo tú y yo entendemos. Sé que nos volveremos a juntar algún día. No sé cuándo, pero nos encontraremos a la orilla de cualquier mar, en cualquier ciudad, en cualquier campiña, y besaré tu rostro con la misma ternura de siempre”.

Diálogo apistolar con Alfonso Querejazu:

— Costa du Rels: “La extirpación de la prostata me ha rejuvenecido, pero hay días en que golpean mi conciencia las terribles palabras de Rosetti: “Mi nombre es demasiado tarde”. ¿Es demasiado tarde para completar mi obra? Lucho contra el reloj. Veo a Cronos frunciéndome el ceño. ¡Tengo tantos proyectos!. Debo hacer una novela con la historia de Blanquita Errázuriz, ampliando mi cuento “Amalita”. Este nombre lo elegí en recuerdo de tu hermana, a cuya belleza y bondad siempre he rendido respetuoso culto. Hace algún tiempo, en una vacación que pasé en Mallorca junto con los dilectos amigos Alán Dartuys y su encantadora esposa María Teresa Herrera Argandoña, sobrina nieta del Príncipe de la Glorieta, les conté recuerdos de mi infancia. Me animaron mucho a hacer un libro ampliando “Crónicas Anacrónicas”. Desde entonces la idea ha estado dando vueltas en mi cabeza. Se llamará “La Aven-

tura Corsa”. He comenzado el texto francés. Mantengo el plan de la comedia “Contrapunto”. No escribiré ya mis memorias. Nuestro sobrino Bobby se ha propuesto hacer mi biografía. Mis memorias habrían tenido mucho de fantasía, pues mi temperamento imaginativo habría guiado mi pluma. Con Bobby, que tiene la honestidad y franqueza que hicieron famoso a tu padre y son también características tuyas, seré puesto al desnudo ante la opinión pública. Ojalá el veredicto de ésta, sobre lo que ha sido mi vida, sea indulgente. Bobby vendrá a convivir conmigo todos los períodos que le dejen libres sus ocupaciones en Londres. Será el heredero de mis recuerdos, que quiere gravar en cinta magnetofónica, y de mis papeles. Le entregaré todas las cartas tuyas, que he guardado cuidadosamente. Te ruego hacerle llegar las mías. Me alegra mucho que sea un miembro de nuestra propia familia el exégeta de lo que ha sido y sigue siendo el diálogo de nuestros corazones. He dictado una conferencia en la Academia Diplomática sobre protección a los monumentos históricos. El soporte moral me lo prestaron la duquesa y los esposos Aramayo”.

— Querejazu: “Con gran pesar he tenido que dejar la ciudad ducal, ese edén abierto a la presencia de Dios después de seis años. Ahora vivo en el Seminario de Avila, donde me han acogido con mucho cariño. Conservo mi habitación frente a la Catedral, donde guardo mis libros. Cuando entraba a los 70 años por la “puerta estrecha” se publicó mi “Historia de la Filosofía”, compendio de mis 25 años de enseñanza en el seminario. Tiene 550 páginas. Mi “Biografía del Cardenal Newman” será mucho más breve. Estoy preparando una “Historia del Hombre y su Cultura”, que tendrá otras 500 páginas. La última reunión de intelectuales en las bellas alturas de Gredos fue en 1965. Las dos ocasiones siguientes nos juntamos en una residencia particular, en Collado-Villalba, cerca de Madrid. Las finales han sido las de 1968 y 1969, aún más cerca de la capital, en la Casa de Ejercicios del Pinar de Chamartín. Sigo escribiéndome con los amigos, pero extraño nuestra comuni-

cación personal de mentes y corazones. No quieren los médicos que ande mucho ni permanezca de pie. Sólo me permiten un ejercicio moderado. Las pocas fuerzas con que cuento tengo que emplearlas en cumplir mis deberes en el Seminario. Mis clases de este año serán las últimas. Los médicos de Madrid confirman el diagnóstico de los de Avila. Al parecer todo es debido a una gran falta de cal en mis huesos. Padecer y no morir, es el santo y seña de mis días”.

— Costa du Rels: “Ha muerto el esposo de la duquesa. Una embolia. Tenía señorío, pero carecía de inteligencia. Era un tipo de noble antiintelectual. Las exequias serán en Monteval. Debo mudarme de departamento. Demolerán el edificio 27 de la Avenida Kléber para construir un banco moderno. Estoy vendiendo muebles y porcelanas para aliviar el traslado y arbitrar recursos. Mi situación económica se encoje cada vez más. María René de Aramayo y Georgette Eiken de Arduz, con santa paciencia e infinita bondad, me están ayudando a buscar otro acomodo. No pierdo de vista que he entrado al último período de mi vida. Me he repuesto de la operación en un 80 por ciento. Me voy enderezando como un árbol al que repugna la posición horizontal. Mi hijo Carlos ha ingresado a la carrera diplomática y está trabajando en la Cancillería. Se ha casado con una sobrina de mi amigo Alfredo Flores. Se llama Patricia Flores Kommert. Me dicen que tiene muchas cualidades. Entre ellas belleza e inteligencia. Gladys, que fue para mí una samaritana admirable, tuvo que volver a Sucre, donde tiene su trabajo. Hemos estado muy juntos. Comparte de mis ideas y se interesa en mi obra como si fuera de ella misma. Ahora me ha llegado mi nieta Maria Helena y la nieta de tu hermano Julio: Zulema Jaeger Querejazu. Un par de cascabeles. Las he llevado a almorzar a Bagatelle. Tulipanes, lilas y jacintos. Un regalo para los ojos. Las he acompañado al Museo del Louvre. Zulema se irá pronto. María Helena se quedará un año a estudiar. Me ayudará en el traslado. He obsequiado mi biblioteca de 2.000 volúmenes, reunidos en el curso de toda mi vida y leídos

devotamente, a la Biblioteca Nacional de Sucre. He tenido que interrumpir esta carta para atender a Tita. Acaba de tener un accidente. Se cayó en el comedor y se ha roto el cuello del fémur. La he hecho llevar al Hospital Americano”.

— Querejazu: “Dante Alighieri escribía “prima-vera”, o sea, “primera-verdad”. Esto es nuestra amistad en sus 60 años de duración: nuestra primera verdad y así perdurará en el más allá. Un día juntos “con su luz veremos la luz”. Ha muerto Azorín pidiendo agua. Goethe murió pidiendo luz. El alma es como un cuadrante que va marcando las horas de claridad”.

— Costa du Rels: “He encontrado un departamento pequeño y agradable en esta misma Avenida Kléber, en el séptimo piso del número 84. Allí me voy dentro de cuatro días. Este mi nido se va vaciando poco a poco, silla a silla, mesa por mesa. Voy vendiendo todo lo que puedo. El comedor se va al Hotel Drouet. Era considerado uno de los más bellos de París. Me ayudó mucho en mis responsabilidades diplomáticas. Un marco digno es indispensable a un embajador. Con Tita enyesada en el hospital, la ayuda de mi nieta María Helena es valiosísima, a la vez que su compañía muy agradable. Es fresca, espontánea, afectuosa”.

— Querejazu: “La hierba busca su muchedumbre en la tierra. El árbol su soledad en el cielo. No temas la soledad sino más bien cultívala. Para el corazón no debe haber nada pequeño. Todo lo engrandece el amor con el que hacemos las cosas, hasta las más mínimas. Los bienes que nos da la Providencia no debemos recibirlos como un privilegio, sino como una misión y esa misión es cuidar de las cosas y redimir las de su pequeñez, con amor, buscando su perfeccionamiento”.

— Costa du Rels: “Te agradezco por la forma como me alientas a seguir caminando con los ojos puestos más allá del horizonte, que en mis sueños de niño consideraba el umbral del Paraíso. Estoy ya en el 84 de la Avenida Kléber.

Dejé el departamento del 27, después de 23 años, sin lamentaciones. Tengo poco apego a las cosas materiales y menos a los inmuebles. Mi espíritu ha sido siempre el de un vagabundo. Por eso nunca compré una casa. Aunque ahora me hago pesar, pues habría tenido techo seguro en la vejez y algo sólido para dejar a mis hijos. Las habitaciones y pasillos del número 27 se convirtieron en una caja vacía. Allí, donde resonó tanto la alegría de mis hijos. Tita y yo circulábamos entre el polvo y la penumbra como dos fantasmas silenciosos. Este otro departamento es más alegre. Tiene mucha luz y desde uno de los balcones puedo seguir viendo el Aco del Triunfo y al otro lado la parte superior de la Torre Eiffel”.

En marzo de 1972 sufrió un síncope, provocado por una falla circulatoria. Jocelyne, una mucama francesa que lo atendía como cocinera y enfermera (había seguido algunos cursos en esta profesión), lo encontró sin conocimiento en su escritorio. Lo hizo llevar al Hospital Americano. El médico avisó a su nieta que el caso era grave y podría tener un desenlace fatal. María Helena cablegrafió la noticia a su madre. El anciano salió del trance victoriosamente. Cuando recuperó el conocimiento creyó que estaba soñando. Rodeaban su lecho sus tres hijos y sus dos nietos. Sus hijos habían volado a su lado venciendo las distancias y dificultades económicas. Bromeó con ellos sobre su excursión “hasta el umbral del más allá”.

La familia estuvo junta unos pocos días. Gladys y Carlos volvieron a sus ocupaciones en La Paz. Nena a las suyas en Nueva York. Alfredo Junior a sus estudios en Barcelona. María Helena, habiendo concluido los cursos que hacía en París, retornó también a Bolivia. Costa du Rels quedó al solo cuidado de Jocelyne.

La “Editorial Planeta” de Barcelona aceptó hacerse cargo de la impresión y distribución de “Los Andes no creen en Dios”. El afán perfeccionista indujo al autor a seguir haciendo correcciones en la novela, directamente en

el texto español, hasta el momento en que entró en prensa. Para cumplir con una exigencia de la censura española tuvo que reducir a una mínima expresión la escena de amor entre Leo y la “Bicicleta”, quitándole el “color subido” que tenía en el manuscrito original.

Distinguidos hombres de letras de Bolivia hicieron comentarios muy favorables:

Walter Montenegro dijo que Costa du Rels, en la edad avanzada, era “como los violines de gran calidad que con el paso de los años no hacen sino enriquecer la música que brota de sus nobles maderas”.

Oscar Cerruto: “El libro es un símbolo de la realidad boliviana... Es una interpretación mítica de nuestro proceso social, en cuyos actores todos nos conocemos, y en cuyos episodios vemos los sucesivos avatares de la vida del país. Las historias individuales se entremezclan en una trama vibrante en la que el lenguaje es también parte de la estructura del relato. Maestro en el conocimiento de la vida y con la aptitud de experimentado escritor para “presentarla”, Costa du Rels emplea lo grotesco para acentuar lo dramático.. No siendo una novela realista, no hay una descripción de Uyuni, y eso mismo contribuye a darle una apariencia fantasmal, de abandono, de soledad, de frío. No siendo una novela de estructura cerrada sino abierta, los personajes participan en la acción y vuelven a su clausura, cobrando también un vislumbre de misterio, de aislamiento, de nocturnidad”.

Guillermo Francovich: “La novela no es sólo una apasionada narración de aventuras. En el esplendor de su prosa, en la sorprendente orquestación de los temas que se entremezclan en su desarrollo, es libro de una profundidad y de una riqueza verbal que hacen acaso de él la más valiosa creación de Costa du Rels. El eufónico título no corresponde, en rigor, al contenido. Ese título plantea una oposición que no aparece en la novela. El conflicto se manifiesta en

torno a un burdel. Este es el protagonista de la obra... Por su composición, por su contenido, por sus intenciones, "Los Andes no creen en Dios" constituye una vigorosa expresión de las altas tradiciones de la novela universal. Es la revelación de un clima humano en toda su autenticidad. Es el libro más veraz que ha escrito Costa du Rels. Digno de figurar entre los mejores de la novelística contemporánea".

De las libretas de apuntes: "Henry de Montherland me invitó a almorzar a su casa. Vive en medio de un gran hacinamiento de bustos romanos: César, Pompeyo, Marco Aurelio, Cicerón, etc, etc. Tito Livio es su mentor. Traduce del latín a libro abierto, con una facilidad que envidio. Yo no he podido tener una educación sólida. Soy un autodidacto. Montherland está dominado por la idea de la muerte. Tiene dos hijos naturales. Me dijo que no llevarán su nombre. Declaró: "Dejo mi nombre a mis libros, que durarán, lo espero, más que los bastardos". Me ha llamado la atención su profunda amargura, casi rayana en la desesperación. Le hablé de Dios. Me miró asombrado y no me respondió. Hablamos de teatro, especialmente de su pieza "La Reina Muerta".

"Montherland se ha suicidado ante la inminencia de quedar ciego. Se ha disparado una pistola en la boca, igual que mi amigo mexicano Jaime Torres Bodet. La última vez que estuve con Montherland, refiriéndose al decaimiento de su vista, me dijo: "Ya casi no veo, el mundo se me escapa. Iré en su busca. Sólo la muerte me permitirá alcanzarlo otra vez. Moriré como romano, de pie". Alfonso Querejazu opina que los suicidas son los inquilinos de este mundo que salen por la ventana por no pagar el alquiler".

"Tengo otra pena muy honda. María René Aramayo, la fiel amiga de tantos años, la mujer bondadosa que me telefona cada día para interesarse por mi salud, por mi trabajo, por las personas que veo, por las comidas que me da Jocelyne, ha caído víctima de un ataque. La mitad in-

ferior de su cuerpo está paralizada. ¡Una mujer que ha sido tan activa y llena de vida, condenada a la inmovilidad!. Y el buen Carlos Víctor avejentado, con una sordera cada vez mayor. Dos seres engreídos por la fortuna tienen por delante un Calvario".

"Otra pena más ¡y qué pena! Lilline, mi prima de Ajacio, la mujer que me inspiró el primer amor, se enfermó gravemente. Me lo avisó su hija Lucienne, que vive en París. Volé a Córcega para decirle que nunca la olvidé. ¡Qué impresión ver a la que fuera la muchacha más linda de Ajacio convertida en una viejecita de 88 años, moribunda, con el rostro enjuto, arrugado, pálido. Pasé todo el día a su lado, tomándole de la mano. Ella no tenía fuerzas ni para sonreír. El patético cuadro que formábamos los dos los contemplaban los pájaros disecados que coleccionaba el marido, que murió años antes. Los hijos y los yernos parecían cuervos listos a disputarse la herencia. Junto a Lilline he enterrado los recuerdos agridulces de mi adolescencia. ¡Adiós, Lilline, adiós, Ajacio, adiós, Córcega! He vuelto de allí mucho más envejecido, con el corazón semejante a otro pájaro disecado".

"Cada vez me voy quedando más solo. El cáncer ha matado a la princesa Wendertz- Graetz en Nueva York, a los 56 años. ¡Amaba tanto la vida y todos sus bienes materiales! No hace mucho vino a París y almorzó conmigo para recoger las joyas que hace tiempo me pidió que se las guardara. Estaba ya atormentada por los dolores. Al enterarse que yo era viudo me propuso que nos casáramos. ¿Me creería millonario? Le expliqué mi deber de lealtad a lo que fue mi hogar y mi esperanza de seguir recibiendo el respeto y el cariño de mis hijos, que es lo que más valoro en la vida. Su última carta era un gemido".

De la correspondencia con Magda Valdivia: "El drama de mi carrera literaria ha sido escribir en un idioma que no es el de mi tierra natal sobre temas que no interesan en mi patria espiritual... El pasar del tiempo sigue castigándome.

Va marcando mi rostro con más surcos. ¿Trata de abrir cauce para nuevas lágrimas o moldear una sonrisa de filósofo?”.

Sin que Costa Du Rels lo supiera, la Duquesa de Rochefort presentó su candidatura a la Academia del Mundo Latino para el Premio Calixto Gulbenkian de Teatro. Obtuvo la mayoría de votos de los diez y siete directores, venciendo al dramaturgo español Buero Vallejo y al francés René de Obaldía. El título de “Doctor en Teatro” y un cheque de aproximadamente 5.000 dólares, le fueron entregados por el Rector de la Universidad de París, en una ceremonia pública que tuvo lugar en los salones de la Academia Francesa. Tenía una alocución de circunstancias, cuidadosamente preparada. Se guardó los apuntes en el bolsillo y con una improvisación de palabra fácil y elocuente, agradeció el honor que recibía. Cautivó la atención del selecto auditorio relatando cómo desde niño se sintió atraído por el teatro, su actuación de comparsa en “Edipo Rey” de Sófocles y de miembro de la “clac” en el “Renaissance”. Mencionó sus diferentes obras. Para finalizar la función actores del “Teatro de Versailles” pusieron en escena un acto de “Los Estandartes del Rey”.

Para la mayoría de los bolivianos Costa du Rels, a esta altura de su existencia, era una figura lejana, de la que cada vez se sabía menos y cuyos éxitos diplomáticos y literarios se consideraban cosa del pasado a pesar de la reciente publicación de “Los Andes no creen en Dios”. De tarde en tarde, alguna escritora o escritor que pasaba por París hacía un peregrinaje intelectual hasta su lado y publicaba una crónica en los diarios de La Paz. Esto ocurrió, por ejemplo, con Elsa Arana Freire, Rosa Melgar de Ipiña, Baltazar Rodo E., Walter Montenegro y Mariano Baptista Gumucio. Explicaron que era un hombre que tenía especial interés en recibir la visita de sus conciudadanos; que su conversación, en la que mezclaban modismos chuquisaqueños y expresiones quechuas, era una fuente inagotable de recuerdos, anécdotas y comentarios; que era cordial,

atento, modesto, la “imagen opuesta del personaje acartonado o solemne” que imaginaban los más.

La mayor consecuencia del Premio Gulbenkian fue concentrar sobre él la atención de Bolivia y hacer renacer el interés del público en su vida y en su obra. El director de “Presencia Literaria” de La Paz, Juan Quirós, dijo en un editorial: “La intelectualidad boliviana ha recibido con alborozada emoción la noticia de ese galardón. Hubo un tiempo en el que la mediocridad intelectual lugareña mordió con zaña envidiosa los talones del insigne escritor y hasta llegó a negársele la nacionalidad boliviana”. Juan Quirós dedicó un número completo de “Presencia Literaria” a exaltar la personalidad de Costa du Rels con contribuciones de Carlos Gregorio Taborga, Teodoro Imaña Castro, Nicolás Fernández Naranjo, Walter Montenegro, Carlos Castañón Barrientos, Juan Siles Guevara, Juan Quirós, Armando Soriano Badani, Oscar Cerruto, Alberto Crespo Rodas, Ramiro Condarco Morales, Gustavo Medeiros Querejazu, Oscar Rivera Rodas, Guillermo Céspedes Rivera, Job y Roberto Querejazu Calvo. Otro grupo de gentes de letras, en el que figuraban varios de los anteriores y además Fernando Diez de Medina, Luis Adolfo Siles, Roberto Prudencio, Moisés Alcázar, José Romero Loza, Carlos Dorado Chopitea, Jorge Siles Salinas, Renán Estenssoro, Yolanda Bedregal y Moisés Fuentes Ibáñez, le hizo llegar un conceptuoso cablegrama de felicitación. Recibió también congratulaciones de la Universidad de La Paz, Alcaldía de La Paz, PEN Club, Academia de Ciencias, Academia de la Historia, Los Amigos de la Ciudad, CONIF, Grupo Prisma, Asociación de Periodistas, Asociación Boliviana de Radiodifusión, Sociedad Geográfica de Sucre, Unión Cultural Francesa, Ateneo Femenino, Comité Femenino Pro-Cultura y Unión Nacional de Poetas.

Sus relaciones con la familia Patiño estaban enfriadas desde que ocupó el cargo de Embajador de Bolivia en Francia. Ninguno de sus miembros asistió jamás a las recepciones que ofreció en tal capacidad y a las que fueron in-

vitados como bolivianos. El atribuyó el hecho a que estaban resentidos porque su nombramiento cortó el derecho exclusivo que creían tener a esa misión. La amistad se reanudó más de veinte años después. Antenor Patiño asistió a la ceremonia de entrega del Premio Gulbenkian. En una de sus conversaciones avisó a Costa du Rels que estaba haciendo incinerar todos los archivos de las empresas que su padre tuvo en Bolivia. El autor de este libro, que conoció la noticia en una de sus visitas a Costa du Rels, obtuvo permiso del señor Patiño para salvar del fuego todo lo que pudiera ser de importancia para la historia de Bolivia. Con este motivo, discutió con Costa du Rels lo que iba encontrando en un sótano de la Avenida Foch, en el que estaba almacenada una inmensa cantidad de documentos de todo género. Esto reavivó los recuerdos de Costa du Rels sobre don Simón I. Patiño.

Era un hombre en el que conoció facetas de su carácter que ignoraron los demás, inclusive sus dos biógrafos: Manuel Carrasco y Charles Geddes. Concibió la idea de hacer una biografía novelada. El tema no podía ser más interesante. Una infancia humilde y pobre. Educación escolar incompleta. Audacia para invertir la totalidad de sus escasos ahorros en la compra de una mina en quiebra. Explotación inteligente con ayuda de su esposa. Hallazgo de una veta extraordinaria. Ingeniosa absorción de los vecinos, incluyendo una poderosa empresa chilena, para convertirse en único dueño de la montaña grávida de metal. Instalación en París, con castillos en Cannes y Biarritz. Unión matrimonial de sus hijos con nobles de Francia y de España. Dominio personal en la industria internacional del estaño. Hábil actuación en el peligroso y complejo terreno de las finanzas. Acumulación de una de las mayores fortunas del mundo. Y todo en función de autodidacto, a fuerza de voluntad, tesón y coraje, guiado por una inteligencia natural y un instinto zahorí para los negocios.

Además, había en la vida del hombre un pasaje que tal vez sólo él, Costa du Rels, conocía, y que, con su

imaginación tan inquieta, podría explotar al máximo, para que el libro sirviese también para revelar una intriga que buscó alterar el curso de la revolución bolchevique y, por lo tanto, el de la historia de la humanidad. Entre las confidencias que le hizo don Simón, cuando trabajaban juntos en la Legación de Bolivia en París, estaba la relativa a que, años antes, una duquesa rusa lo buscó para proponerle que invirtiese su fortuna en un plan de restauración de la monarquía en Moscú, con la promesa de que recibiría enormes ganancias. Hacía poco que el Gran Duque Cirilo, primo hermano del Zar Nicolás II, se había proclamado "Guardián del Trono y Jefe de la Casa Romanov". Patiño rechazó las proposiciones, tanto amorosas como políticas, de la señora. Esta no se desalentó. Buscó el apoyo del hijo mayor, René, cuyo afecto logró conquistar. La demencia que súbitamente aquejó a éste complicó la maniobra. El joven fue internado en una clínica de Alemania. La duquesa logró emplearse en el nosocomio. Planeó que René escapara con ella. Fueron sorprendidos. Desde entonces, Simón Patiño ocultó a su hijo en una mansión de Portugal, al cuidado de un médico especialista y guardias. Los Romanov y sus cómplices en la confabulación buscaron otras fuentes de recursos y, como no las encontraran, acabaron resignándose a vivir en el exilio y a la supervivencia del comunismo en su patria. Costa du Rels se entusiasmó con la idea de poder describir cómo el dinero generado con el sudor, la sangre y las lágrimas de humildes y paupérrimos indios bolivianos, arañando estaño en recónditas entrañas de una montaña de los Andes, se lo quiso hacer servir para hacer volver al trono de todas las Rusias la autocracia de los Romanov.

Antenor Patiño hubiera querido ligar la fama literaria de Costa du Rels a la fama industrial de su padre, pero temió que el escritor, arrastrado por su fantasía, se apartase de la línea severa y laudatoria seguida por los biógrafos Carrasco y Geddes, y tocase aspectos familiares y demasiado íntimos que prefería que quedasen sepultados en el olvido. El proyecto quedó abandonado.

De las cartas a Alfonso Querejazu:

“Mi actividad literaria está un tanto paralizada. La novela “Amalita” no toma forma todavía. Tampoco tengo nada hecho en el libro sobre don Simón Patiño. Mis recursos económicos han disminuído en forma alarmante. De los 800 dólares que recibo del Ministerio de Relaciones Exteriores empleo 600 en pagar el alquiler de este departamento y 200 en la sirvienta que me atiende. Los demás gastos, que no son sino de comida, algunas drogas y una chica boliviana que me ayuda como secretaria, trabajando dos horas al día con el papeleo de la UNESCO y mi correspondencia particular, tengo que atenderlos recurriendo a mi escaso capital, disminuyéndolo. He tenido que hacer un viaje a Londres para vender dos de mis pequeños cuadros. Por el Eugene Boudine obtuve 5.040 libras. Fui y volví en avión el mismo día. Resultó muy pesado. Por suerte, Bobby, su esposa y sus hijos Roy y Moira me acompañaron y ayudaron allí. Hice una rápida visita a las simpáticas amigas Blanca Bosacoma y María Bonel. Hablamos mucho de ti y de Mamerto Urriola”.

“Sufrí un resbalón en la calle y caí luxándome el hombro izquierdo. En el hospital me dieron de alta a las 24 horas. El médico encontró que a los 86 años mi corazón sigue en excelentes condiciones. Me recomendó cuidarme de problemas circulatorios. El espíritu de mi madre sigue protegiéndome”.

“Mi nieta María Helena se ha casado con el joven Carlos Iturralde Ballivián. ¡Qué Dios los protega y les dé un hogar feliz!. Tengo las mejores referencias sobre el novio: inteligente, trabajador y hombre de empresa. Fue Ministro-Secretario General de la Presidencia de la República. Es socio de una empresa minera floreciente”.

“Mi hijo Carlos está aquí como Ministro Consejero de la Embajada, con su esposa y su primogénito. El mocoso ha sido bautizado con mi nombre y el de su padre y será el



Adolfo Costa du Rels rememorando su pasado con el autor de este libro. París, 1974.

encargado de perpetuar el apellido Costa du Rels. Es bello, con ojos parecidos a los de Nena y muy vivaracho. He tenido mucha suerte en que los tres vengan a París. Su compañía me vivifica. Viven en un departamento aparte, pero nos vemos casi todos los días”.

“Nena vino a verme por una semana. Adoro a mi hija. Tita se ha vuelto a romper el cuello de un fémur. Vive con una de sus sobrinas”.

“Me han hecho otra operación. Me sacaron la catarata del ojo derecho que últimamente ponía un telón en mi vista. Diez días de oscuridad e inmovilidad total. Ahora tengo la vista equilibrada. Desde que me curaron la catarata del otro ojo, hace algunos años, tenía que usar lentes de contacto que me molestaban terriblemente. Actualmente uso anteojos ordinarios y puedo trabajar sin el martirio de los vidrios pegados a la córnea”.

“He pasado del año 1973 al 1974 con el corazón ligero, después de haber comido un plato de lentejas, símbolo de abundancia y bienestar. Está conmigo una amiga chilena, Magda Valdivia, mi última aventura sentimental. Vuelve a Santiago dentro de pocos días”.

“Nuestro sobrino Bobby sigue haciéndome visitas periódicas para recolectar mis recuerdos y papeles. Charlamos todo el día sin más interludio que mis siestas. Pasamos revista a las cosas de la patria y a los miembros de la familia, vivientes y muertos. No camino ya tanto como antes, pero apoyado en su brazo puedo recorrer toda la Avenida Kléber, de la Plaza de la Estrella a la Plaza Trocadero. Lo llamo “mi báculo”. Lo quiero como a un hijo. Le voy contando todos los pasajes de mi vida familiar, sentimental, diplomática y literaria, con la más absoluta sinceridad. Es como una confesión. Si fueras tú quien me escucha, podrías darme la absolución por mis muchos pecados. Bobby los pondrá en blanco y negro, para que mi confesión sea pública y merezca el juicio condenatorio o

piadoso de los lectores de su libro”.

Los primeros días de enero de 1974, Alfonso Quejazu tuvo que internarse en la Clínica Ruber de Madrid. Uno de sus amigos, el sacerdote Luis Rosales, que fuera su alumno en el Seminario de Avila, describió de esta manera la visita que le hizo: “No me daba cuenta de que le estaba hablando por última vez, pero la habitación del sanatorio se movía con un ligero balanceo y las paredes se doblaban con una ondulación prematura y final. Las paredes parecían acercarse y se adentraban en nosotros para incomunicarnos con el resto del mundo. Miré a su alrededor y vi la habitación destartalada, el Cristo agonizante, los muebles transitorios y desvividos, la soledad desuniéndolo todo, la ropa a la deriva y el andamiaje de esas camas en donde el cuerpo del enfermo acaba por perder su forma habitual. También unas flores, unos libros y una delicadeza de mujer en torno suyo. Don Alfonso se incorporó. Se encontraba en el lecho con el breviario en la mano, exangüe y demacrado, pero alegre. Al saludarme comenzó a hablar y en seguida comprendí que estaba hablando con aquella efusión para tranquilizarme. No lo logró del todo, pero es lo último que le debo y he de dejar constancia de ello. A don Alfonso le gustaban los versos y la misa, los piornos y las clases del Seminario, el canto gregoriano y la palabra Pentecostés. No decía esta palabra, la hablaba. A su lado se sentía, algunas veces, la presencia real del Espíritu Santo. Sobre todo de atardecida. Ese era su momento de plenitud. Mientras me hablaba... sus ojos grandes, pálidos y negros se desangrabán al mirar. Había una luz estática recortando su testimonio en la ventana. Recuerdo el blanco de las sábanas, de las paredes, de la frente. Allá en el lecho, hecho un garruño, con los huesos enfermos, imprecisos y deshelados, don Alfonso me hablaba para siempre... En la mesa del comedor del Seminario solía mirarnos con la cabeza un poco ladeada, la boca desfruncida y los ojos abiertos, muy abiertos, inextinguibles y vacilantes. Conocía nuestros pecados... En la penumbra del sanatorio me miraba desmoronándose, me miraba a los ojos como un espejo que se

va deshaciendo interiormente y en el que sólo quedan unas imágenes de ayer desazogadas, náufragas”.

Ultima carta de Alfonso Quejazu a Costa du Rels:

“Suelo decir yo que nacemos viejos y que tenemos que morir jóvenes. Nuestra tarea en la vida es la de la reconquista de la inocencia perdida. Realizar en el plano espiritual los rasgos característicos de la juventud corporal: agilidad, vigor, alegría, sin el peso de la rutina que adormece todo. Esto equivale a imprimir a nuestra existencia “un ritmo pascual”, de permanente “nueva creación”. Estuve en una clínica cuatro semanas, sometido a un régimen de corrientes eléctricas. Sin cal suficiente mis vértebras lumbares oprimían y comprimían intempestivamente un músculo y un nervio, haciendo que todos mis movimientos fuesen muy dolorosos. Salí airoso de esta prueba más. “Ya pasó el dolor. Ahora sé lo que es vivir”. En el otoño pasado vio la luz mi libro “Cultura, el hombre y su historia”, 460 páginas. Tema: somos herederos de la Gracia de Israel, del Logos de Grecia y de la Ley de Roma; unido todo en perfecta síntesis por el Cristianismo. Este año de 1974 debemos mantenernos llenos de esperanza y de alegría. Preparémonos al “Gaudium de ventate” de la Eternidad. Que Dios te bendiga en la plenitud de su Gracia y su Verdad”.

Al poco tiempo Costa du Rels recibió un sobre rotulado por el sacerdote. ¡Estaba vacío! Una carta de un amigo, venida en el mismo correo, explicó que en la mañana del 22 de abril, como no llegara a celebrar su misa, las religiosas del convento de las Carmelitas fueron en su busca. Lo encontraron muerto en su lecho. Esa noche, antes de acostarse, sin duda quiso escribir la carta, pero le faltaron las fuerzas. Dejó el sobre rotulado sobre su mesa de trabajo para acordarse de hacer la epístola al día siguiente. Mientras dormía, pasó de un sueño finito a un sueño infinito, de una alegría encadenada a los achaques de su cuerpo enfermo a una alegría que al fin era toda alas.

De las libretas de apuntes: "Con el sobre vacío en mis manos he llorado mucho rato, tanto como cuando la muerte de Fito. ¿Cuál iba a ser tu nuevo mensaje, querido hermano? ¿Qué significado tiene este sobre vacío? ¿Qué me has dicho ya todo y ahora sólo depende mi el ver la luz? ¡Adiós, Popocho! ¡Adiós, niño grande, niño santo, intercede por mí en ese reino en el que debes estar ocupando un lugar de privilegio!"

En ocasión posterior, Costa du Rels iba a leer con profunda emoción un libro titulado "Alfonso Querejazu. Conversaciones Católicas de Gredos" en el que los amigos intelectuales del muerto, sus selectos amigos españoles, daban testimonio de su aprecio y admiración por él con frases como estas:

"¿Quién era aquel hombre cuyo ataúd portaban a hombro desde la colina del Seminario al llano de la parroquia, jóvenes seminaristas, maduros intelectuales, viejos amigos de la ciudad cercana y amigos viejos venidos de lejos?... Era un hombre radicalmente bueno... Con la muerte de todo hombre bueno se oscurece el mundo y las cosas se cubren de tinieblas... ¿Quién era Alfonso Querejazu, a quien estaba dando tierra doloridamente la ciudad de Avila a la que él gozosamente había dado tanta alma? ¿Quién le había traído a él, ciudadano del mundo, desde tan lejos, hasta el recinto amurallado, para posarse como un águila sobre esa altura desolada, permaneciendo fiel a su universal ciudadanía del espíritu y no dejándose cerrar por las murallas ni, menos, encastillar en ninguna de sus torres?... Desde Sucre, en Bolivia, hasta Avila, en Castilla... Era un aristócrata del espíritu a quien su decidida renuncia a todo lo material no le había arrancado aquella dignidad y elegancia personales... Nada le irritaba tanto como el hombre derramado en la dispersión de las cosas, en el aturdimiento de las situaciones y en el olvido de sí mismo... Tenía igual amor admirativo por el texto de un salmo, un poema de Rilke, un atardecer dorado, un rostro de mujer hermosa, un vaso de buen vino, una vida santa o un paisaje de mon-

taña... Su obsesión era la claridad. En un mundo tan confuso, tan desorientado, resultaba un personaje excéntrico. Allí donde él estaba surgía automáticamente un imperativo de orden. De orden y sosiego..."

"Hay gentes, solía advertir, que nos quitan la soledad sin darnos compañía. No era su caso. El sabía cuán menesterosos de compañía andan en ocasiones los solitarios y acompañaba con una atención y una discreción exquisitas..."

"No he conocido hombre más austero, más ascético... ni acaso otro más apreciador de todo refinamiento, desde los manjares hasta los paisajes, desde la música hasta la filosofía, desde la liturgia hasta la conversación ingeniosa... ¿Quién ha vivido con tanta pobreza, con tanto decoro, con tal fruición ocasional de lo que le mantenía despiertos los sentidos y la sensibilidad?... Era un hombre votivo, perpetuo portador de ofrendas, animador de las ajenas, estimulador de sus hermanos... Su vida de pobreza fue un testimonio permanente de autenticidad, pobreza no incompatible con el gran señorío que supo mantener con humildad..."

"¿Qué de callados esfuerzos -porque era hombre como los demás- para llegar a ser lo que fue: diáfano y transparente como un cristal! Luz y verdad eran sus palabras preferidas... Verdad y luz en caridad ecuménica, sin monopolios ni proselitismos, como puro testimonio de amor..."

"Era un hombre que leía, en ediciones escogidas y en su texto original, a los clásicos, a los padres de la Iglesia y a los grandes pensadores medievales. Que leía a Rilke, Kant o Rahner, a Keats o Newman; a Valery, Descartes o Congar, en un cuarto frío y desnudo, en el desnudo y frío invierno abulense, apenas sostenido por el más parco yantar. Era un hombre pobre, rico sólo en cultura, en obras de amor, en oración y en esperanza. Era alto, desgarrado y

huesudo, cada vez más ahilado con los años y las abstinencias, grande y leptosomático en la vieja y limpia sotana, introvertido y tímido. Su nota más distintiva estaba en los ojos, vivos, oferentes, lúcidos, encendidos. Amaba la pulcritud y la armonía, gustaba del pan blanco y el agua clara, de las laderas cárdenas en el atardecer de Gredos y del piorno amarillo entre las rocas, de los buenos libros y la buena música, de todo lo bello, lo exacto y lo profundo. Era un lector insaciable, abierto a todos los vientos de la cultura. Buscaba la amistad de los poetas y de los filósofos... Era la suya la elegancia de un hombre de largas lecturas y meditaciones que, por la inteligencia y el amor, se hace sencillo, pobre y transparente como las noches heladas de su Avila dilecta en la que vivió 34 años y por la que seguía percibiendo la llama viva de San Juan de la Cruz y el donaire de Santa Teresa''.

Solía contar la anécdota de aquel niño al que preguntó qué era un santo y el niño le respondió: "Santos son esas figuras de colores en las ventanas de las iglesias por donde pasa la luz". Eso fue él, un santo con los colores vivos de su sencillez, su pobreza, su cultura, su bondad y su nobleza, traspasado por la luz de la fe, la esperanza y la alegría.

CAPITULO XXVI

EL RETORNO DEFINITIVO AL SOLAR PATRIO

El apasionado apego que Costa du Rels tenía a la vida hizo que siempre cuidara de su salud celosamente. Desde que en Pulacayo y Uyuni vio cómo el alcohol podía agotar física y moralmente a los seres, aun en plena juventud, lo consideró un enemigo. Aparte del ocasional cóctel en las reuniones sociales y una copa de vino en las comidas evitó las bebidas espirituosas. Le desagradaba el tabaco y compadecía a los fumadores que cortejan toda clase de males orgánicos con el más tonto de los vicios. En la mesa era parco. Tenía debilidad por los dulces. En una de las gavetas de su escritorio guardaba siempre caramelos o bombones. Su mayor antojo gastronómico era por la fruta. Nada le gustaba tanto que tomarla fresca, directamente de los árboles. Sus hijos se divirtieron mucho cuando en un verano, en Mallorca, lo vieron comprar todos los frutos de una higuera de una huertezuela apartada del camino principal. Iba a ella, furtivamente, día tras día, evitando la compañía de los demás, para cosechar y saborear a solas las brevas que iban madurando.

Aunque nunca fue un deportista, salvo unas partidas de tenis en su juventud y de golf más tarde, practicó la natación y el ciclismo en toda ocasión propicia. Tenía una

bicicleta activada eléctricamente en su dormitorio en la que hacía ejercicios todas las mañanas. El caminar diariamente, tanto como lo permitiesen sus fuerzas, generalmente 3 a 5 kilómetros, lo consideraba uno de los secretos de su buena salud. El ritual peripatético le servía, además, como estimulante para la creación literaria. Si no lo acompañaba un ser real, iban con él los personajes imaginarios de sus obras en gestación, dialogando con él o entre sí y planeando las situaciones que al retorno al escritorio buscarían perdurabilidad en el papel.

En las últimas décadas, se sometió a un examen médico anual. Su botiquín estaba lleno de una abundante colección de vitaminas y específicos que ingería según las fallas de su estado físico que los galenos o él mismo iban detectando.

En noviembre de 1974, cuando ingresaba al edificio del Comité France-Amérique para asistir a un almuerzo en honor del nuevo Embajador de Bolivia, general Joaquín Zeneno Anaya, cayó en los escalones. Sufrió una fractura del cuello del fémur izquierdo y algunas contusiones. Su hijo Carlos, que se encontraba allí, lo hizo trasladar al Hospital Americano. Pese al serio peligro que representaba hacer una operación en un paciente de 87 años, los médicos no tuvieron otra alternativa. El hueso roto fue soldado con la ayuda de un clavo de metal. El paciente soportó el trauma de la intervención quirúrgica sin desfallecimientos. Tuvo que permanecer cuatro semanas en el nosocomio. Como en la crisis anterior, el mejor tónico para su recuperación fue la presencia de sus hijos a su alrededor y el afecto con que lo atendieron. Al tener noticia del accidente, Gladys y Nena habían volado desde La Paz y Nueva York, respectivamente.

La familia se vio confrontada con dos problemas graves. El diagnóstico de los especialistas indicó que el anciano no podría ya caminar como antes y que lo más probable era que quedase condenado a moverse sobre una silla de ruedas. Los recursos económicos estaban com-

pletamente agotados. Se tenía deudas pendientes como el alquiler del departamento, los honorarios de los médicos y la permanencia de un mes en la costosa clínica.

Se resolvió el retorno del inválido a Bolivia para vivir al lado de su hija Gladys. Se dispuso la venta de todo lo que tenía algún valor: los últimos muebles firmados, los dos pequeños cuadros impresionistas de María Cassat y el flamenco de Bruyre, la platería y los adornos. Las semanas siguientes fueron febriles. Una firma especializada en la compraventa de mobiliario antiguo se llevó las sillas Jacob, las cómodas Luis XV, los muebles chinos, la sopera de plata, las dos estatuetas y el servicio de porcelana. Después llegaron los embaladores de otra firma para encajonar todo lo sobrante, que se iba a trasladar a Bolivia.

El autor de este libro fue llamado de Londres a fin de recibir el saldo de los papeles y recuerdos que no se le habían entregado antes. Así pudo ser testigo de los afanes familiares en los últimos días de Costa du Rels en París. Mientras Carlos y su esposa atendían los trámites de ventas, cancelación de deudas y obtención de un préstamo para los pasajes, Gladys, con la ayuda de la mucama Jocelyne hacía maletas, dirigía a los embaladores y cuidaba de su padre. Nena, por razones de su empleo, había tenido que volver a los Estados Unidos. En medio del general pandemónium el patriarca se refugiaba en su escritorio y trataba de distraer su pena y su nerviosismo revisando una traducción al francés de "Crónicas Anacrónicas" que quería dejar a una editorial con el título de "La Aventura Corsa".

Aumentaban la tristeza y la confusión los amigos bolivianos y franceses que llegaban a decir su adiós. La víspera de la partida, la Duquesa de Rochefort le trajo una caja de bombones como postrer gesto de su amabilidad.

Los embaladores vaciaron todo el departamento, menos el escritorio. Quedó éste como último refugio. La mañana del viaje, Costa du Rels pasó en él, todavía es-

cribiendo. Salió de allí en silla de ruedas hasta el taxi que lo llevó al aeropuerto. Su última visión de las calles de París que él quiso fijar nítidamente en la mente no pudo ser clara. Tenía los ojos nublados por las lágrimas.

El verse instalado en el avión lo reanimó. Gladys iba con él. Bebió champaña y bromeó con las azafatas. Hizo una grata escala de dos días en Nueva York, alojado en el departamento de Dick Downar y Nena.

El retorno de don Adolfo Costa du Rels a su patria, a principios de 1975, fue como el de un hijo pródigo de las letras bolivianas. Un escritor extranjero, Deambrosio Martins, dijo que quiso entrar de puntillas, para no molestar ni entristecer a sus compatriotas. Pero no ocurrió así. En La Paz se lo acogió con la mayor cordialidad. Desfiló por su residencia una romería de visitantes. Distinguidos escritores publicaron artículos sobre su personalidad y su obra literaria. Se le hicieron entrevistas para la prensa. El gobierno resolvió otorgarle una pensión mensual vitalicia. El propio Presidente de la República, general Hugo Bánzer Suárez, lo buscó en su domicilio, conversó animadamente con él por espacio de una hora y le entregó el primer cheque. El encuentro fue transmitido por televisión. La Embajada de Francia, la Asociación de Residentes Chuquisaqueños en La Paz y la Unión Boliviana de Escritores organizaron reuniones en su honor.

La Academia Boliviana de la Lengua lanzó la iniciativa de que se le concediese el Premio Nacional de Cultura correspondiente al año 1975. El Ministerio de Educación acogió favorablemente la sugerencia. Determinó que la entrega del galardón se efectuase en Sucre, como uno de los números del programa de festejos del Sesquicentenario de la Fundación de la República.

Carta de Costa du Rels al autor de esta biografía:

"La Paz, 22 de agosto de 1975. Aprovecho de una

mañana luminosa, en la que me he levantado muy temprano, para escribirte. Mi visita a Sucre ha sido un acontecimiento que me ha llenado de emoción. Mi salud no estaba del todo normal. Sigo en mi condición de inválido sobre una silla de ruedas. Pero Gladys fue mi sostén y nervio motor. Mi llegada no fue la de un hijo pródigo, sino, por mi edad, la de un tatarabuelo que, por un conmovedor favor de la Providencia, regresaba a la casa solariega. A las emociones intrínsecas de verme en la tierra natal se sumaron lo estético y lo personal. La ciudad, con motivo de la celebración del sesquicentenario, se había puesto un traje blanco nuevo. Parecía una novia. Mi nieto político, Carlos Iturralde Ballivián, me hizo pasear en un automóvil abierto que tuvo la gentileza de llevar desde La Paz especialmente para mi uso. Recorrimos calles y plazas en comunión con mis recuerdos. Hice el peregrinaje de rigor al cementerio, a depositar flores en las tumbas de los seres queridos. Inspeccioné el mausoleo donde tendré mi morada final. Tuve una larga charla con el administrador de la necrópolis respecto a un jardín que quisiera que se haga sobre mi tumba. El 6 de agosto, en un acto celebrado en el salón de la Corte Suprema de Justicia, el Presidente Bánzer me hizo entrega de la medalla de oro y el cheque que son el Premio Nacional de Cultura de este año. Fue muy generoso en sus elogios a mi obra diplomática y literaria. A los pocos días, la Universidad de Chuquisaca me obsequió otra medalla. En la casa de la calle San Alberto me rodearon muchos amigos y parientes. Sucre, como los jardines de la antigua Akademos, está hecha para el platicar de gentes de elegancia espiritual y corporal. La única nota triste fue el constatar que el floripondio que crecía en el atrio de Santo Domingo, que perfumaba todo el barrio y turbaba los corazones de la juventud al conjuro de los plenilunios, no estaba ya allí. He escrito una crónica al respecto que se ha publicado en el diario "Presencia". Te adjunto el recorte. Espero que no sea la última producción de mi pluma. Sigo perjeando la novela "Amalita". Estoy trasladando el centro de la acción de Santiago y Montevideo a La Paz, para darle sabor boliviano. Monseñor Juan Quirós, director de "Presencia

Literaria", con cristiana constancia está atizando ilusiones patrióticas para que el gobierno presente mi candidatura para el Premio Nobel de Literatura. Varios amigos lo están secundando. Yo agradezco desde el fondo del corazón este nuevo gesto de bondad, como todos los demás que se han tenido conmigo desde mi retorno a Bolivia. Pero nada ambiciono ya sino una muerte limpia".

La muerte rondaba cercana, pero el anciano supo mantenerla a raya por algunos años más. Fuertes dolores revelaron una infección en la herida aún no del todo cicatrizada de la operación de París. Se hizo urgente una nueva intervención quirúrgica. La avanzada edad del paciente y la altitud de La Paz hacían sumamente riesgoso el caso, pero no se podía dejar que los dolores siguiesen martirizando y que la infección se propagase. Una vez más, las resistencias física y moral de Costa du Rels soportaron estoicamente los riesgos del quirófano. Salió de la clínica sin la infección, mas defraudado en la gran esperanza con que ingresó en ella de que el distinguido galeno boliviano superaría al francés devolviendo a su extremidad impedida la normalidad de sus movimientos.

Su existencia ingresó en una rutina doméstica en el hogar que su hija Gladys tenía en el quinceavo piso de un edificio de la avenida Arce, donde convivían con ellos una sobrina, Amparo Estenssoro Urriolagoitia, la antigua cocinera Paulina y otra sirviente.

Cada mañana leía los diarios de La Paz siguiendo con profundo interés el curso de la inquieta política nacional. Su sobrina Belita de Selva le hacía llegar desde París el diario francés "Le Monde" y la revista literaria "Deux Mondes".

Se contrató un muchacho para que lo atendiera constantemente. Elio, de humilde origen campesino del villorrio de Siporo del departamento de Potosí, se encariñó con la familia, especialmente con el octogenario al que ayudaba a bañarse, afeitarse, vestirse, servía en la mesa, movía de una

habitación a otra en la silla de ruedas, sacaba en el mismo medio de locomoción a invitaciones sociales o actos públicos y le alcanzaba los libros o papeles que necesitaba en las horas del día que pasaba delante de su mesa de trabajo.

Se estableció una cordial amistad entre el anciano escritor y su juvenil factótum. Este, dotado de gran viveza y ansioso de superación personal, absorbía como una esponja todo lo que podía mejorar sus conocimientos y educación en el selecto ambiente en el que actuaba. El inválido, para quien la conversación seguía siendo una necesidad imprescindible, le narraba anécdotas de su vida de diplomático, incidencias de su ingreso al Chaco en busca de petróleo, detalles de sus cuentos y novelas. El muchacho lo escuchaba absorto, sintiendo un afecto y admiración cada vez mayores por su ilustre amo, tan dependiente de él en la mayoría de sus más elementales y prosaicas necesidades del diario vivir.

El anciano a veces se ponía terco y Elio, revestido de autoridad, como un estricto tutor con un pupilo caprichoso, lo reprendía y obligaba a la obediencia.

En cierta ocasión, por ejemplo, llegó a visitar a don Adolfo un amigo al que él deseaba ver vivamente. Quiso que Elio lo sacase a darle encuentro de inmediato. El joven exigió que previamente completase su indumentaria con una corbata y le dejase pasar el peine por la cabeza. El visitante escuchó voces alzadas provenientes del cuarto de baño.

— "Sácame de una vez, no puedo hacer esperar a ese señor" — dijo la voz del escritor.

— "¡Cómo, pues, vas a salir así "chascoso", tienes que estar bien peinado! — respondió una voz juvenil que en seguida añadió: "Y no me grites don Adolfo, porque yo te voy a gritar más fuerte".

El visitante quedó esperando un momento más. Al

cabo del mismo, vio aparecer a don Adolfo sobre su silla de ruedas con elegante corbata y las venerables canas muy bien alisadas, empujado por un mozalbete que sonreía con expresión de triunfo.

El 20 de junio de 1977, la Academia Boliviana de la Lengua incorporó a don Adolfo Costa du Rels en su seno como uno de sus miembros de número. La ceremonia se cumplió en el mismo domicilio del agraciado por una deferencia muy especial que él correspondió haciendo un gran esfuerzo al recibir de pie a los concurrentes al acto. En su emotivo discurso de ingreso recordó los inicios de su actividad literaria. La respuesta estuvo a cargo del eminente poeta y amigo suyo don Oscar Cerruto, que en sus palabras dio rienda suelta al afecto y admiración que sentía por él desde que trabajara a su lado en la Embajada de Bolivia en Buenos Aires.

Asistió emocionado a las ceremonias y festejo del matrimonio de su nieto Alfredo Junior con la bella muchacha de la sociedad paceña Verónica Ormachea Zalles. Sentía por el joven un cariño especial que se acrecentó en los periodos que convivieron juntos en París y en los que se estableció entre ellos una vinculación que más que de parentesco era de una amistad cordial, mutuamente comprensiva y plena de humor.

Desde su reciente y breve estada en Sucre, tenía un gran deseo de volver a su ciudad natal y quedarse allí por el resto del corto o largo tiempo que aún le quedaba de vida. Su existencia en el elevado departamento de la avenida Arce le hacía la impresión de estar encerrado en una torre de marfil. Desde las amplias ventanas podía apreciar la belleza soberbia del illimani y tener a vista de pájaro varias avenidas y calles de la urbe paceña, mas se sentía alejado de todo, aislado del palpitar humano de la población, prisionero de su invalidez. ¡Cuánto añoraba su perdida movilidad y la inveterada costumbre de París, Nueva York, Buenos Aires y otras ciudades, de caminar por las

calles durante horas enteras como rito obligado que tanto bien hacía a su salud física y mental y lo ponía en contacto inmediato con la abigarrada multitud de la que extraía inspiración para los personajes de sus cuentos, novelas y piezas de teatro.

Al realizarse el Cuarto Festival Departamental de Teatro en Cochabamba, a principios de noviembre de 1977, bajo los auspicios del Instituto Boliviano de Arte, que incluía en el programa la representación de los "Los Estandartes del Rey", su autor fue invitado a asistir a la primera función. Viajó a la capital de los valles centrales con su hija Gladys y Elio. Antes de la representación, fue sacado en su silla de ruedas al escenario donde el público que colmaba el coliseo le tributó una afectuosa ovación. El señor Fernando Cabrerizo, Director del Servicio de Extensión Cultural de la Alcaldía Municipal, prendió en su pecho la condecoración "Heroínas de la Coronilla" en cumplimiento de una ordenanza en la que se reconocía los eminentes servicios del galardonado "en pro de la cultura nacional".

La excelente escenificación de la obra por los artistas Oscar Cortés Valda, Nelson Peñaranda, Jamil Ismael, Fernanda Sanjinés de Quiroga, Martha Flores y Lessin Méndez causó íntima satisfacción al autor y llenó sus ojos de lágrimas de gratitud.

Al día siguiente, el Rector de la Universidad, doctor Augusto Morales Asua, le entregó un diploma al mérito y una medalla de oro. El Prefecto del Departamento le otorgó una Medalla de Honor.

Costa du Rels confiaba con optimismo en que aún viviría muchos años, pero, al mismo tiempo, no dejaba de reconocer la posibilidad de que la muerte lo sorprendiese en cualquier momento. En previsión de este caso redactó instrucciones para sus hijos, que más tarde repitió en Sucre dirigidas a su médico en la capital, doctor Gonzalo Virreira y al autor de este libro, y en tercer ejemplar entregó a su

nieto Alfredo Junior en La Paz poco antes de su fallecimiento. Tales instrucciones, originales en su redacción para los diferentes destinatarios, tenían el mismo fondo con pequeñas variantes de forma. Decían en su esencia: "Fallezca donde fallezca, se mandará embalsamar mi cuerpo por los métodos más modernos, para asegurar que su conservación, Dios mediante, se equipare a la que pueda tener mi obra literaria. Deseo ser enterrado en Sucre, mi ciudad natal, en el mausoleo que mandé construir hace muchos años. Quiero que la lápida tenga este epitafio: Aquí sigue soñando Adolfo Costa du Rels, novelista y dramaturgo".

CAPITULO XXVII

OCASO Y FIN

Los homenajes en Cochabamba fueron la culminación de los que se le rindieron desde su vuelta a Bolivia. Todos ellos constituyeron el más rotundo revés a los envidiosos y acomplejados sociales que décadas antes le quisieron negar su nacionalidad boliviana. Ningún otro intelectual del país recibió en vida, del gobierno, instituciones y personas particulares, tantas demostraciones de admiración y aprecio. Más tarde, todavía se produjo un gesto más en su honor. Un colegio mixto recién fundado en La Paz, en el camino de salida a los Yungas, decidió tomar su nombre y lo invitó al bautizo. No pudo concurrir por ser un día de lluvia torrencial. El acto se realizó pocas semanas después, cuando Costa du Rels había fallecido. Lo representaron sus hijos Gladys y Carlos.

Desde el regreso de Cochabamba su vida ingresó en un lento ocaso, todavía con luces crepusculares de su talento que si no se podían manifestar en creación literaria se mostraban en lo chispeante de su conversación.

El número de sus visitantes disminuyó. Siguieron llegando a su lado los amigos más fieles. Entre ellos don

Fernando Guachalla, el colega de la época de oro de la diplomacia boliviana, el poeta Oscar Cerruto, el periodista Guillermo Céspedes Rivera y otros. Los más asiduos eran Fernando Garrón, imbuido de un sincero afecto y una gran admiración por el famoso escritor que había tenido amistad con su abuelo y su padre y don Pablo de Rada, que todos los viernes, como obligación sagrada, llegaba a las cuatro de la tarde a tomar té con él y pasaba largas horas de amena charla. Don Pablo, hombre culto, muy leído y viajero impenitente, tenía inagotable repertorio de anécdotas y comentarios y escuchaba con interés renovado los que le transmitía su interlocutor aunque los repitiese una y otra vez.

La Fundación Universitaria Patiño, en una decisión tardía, basada seguramente en el ofrecimiento que Costa du Rels hizo años antes, le pidió que escribiese una biografía del "Rey del Estaño". Aceptó lleno de entusiasmo. Decidió probarse a sí mismo y a sus lectores que pese a haber pasado los 90 años de edad y a su invalidez física, su mente y su espíritu eran todavía capaces de producir como antes. La vida de don Simón I. Patiño, al que había conocido de cerca durante varios años, le ofrecía la oportunidad de hacer un estudio psicológico de un personaje boliviano singular y de filosofar sobre la suerte, la codicia y la fortuna a las que ya se refirió en los cuentos de "El Embrujo del Oro". Además, había otro personaje digno de ser conocido por el público lector, la esposa del magnate, doña Albina Rodríguez de Patiño, de quien muy pocos habían oído hablar, y que tanta importancia tuvo como compañera y colaboradora desde los comienzos de pobreza en Oruro y la cumbre de la montaña de Llallagua hasta las opulencias de la mansión de París y los castillos de Cannes y Biarritz.

Se puso al trabajo de inmediato. Cada mañana desde temprano se sentaba delante de su escritorio. Pasaba largas horas de meditación buscando material en el cofre de sus recuerdos. No quería rendirse ante la evidencia de que su imaginación y su memoria no podían tener en la senectud el mismo rendimiento que en la juventud y la madurez. La

imaginación tenía tendencia a rondar machaconamente sobre unos pocos tópicos y la memoria no atinaba sino a sacar a luz contados recuerdos, perdiendo en el olvido los más. Pese a ello el entusiasmo no decaía. Con notable esfuerzo el anciano fue tecleando una página tras otra. Las dificultades en el avance le recordaron cuán difícil había sido el comienzo de todas sus obras. Tenía plena confianza en que la inspiración vendría finalmente en su ayuda. La cuestión era insistir, aunque fuese destilando gota a gota lo que por ahora podía dar la mente. Las cuartillas se fueron sumando, pero sin contener nada más que superficiales anotaciones de lo que la memoria, requerida con pertinacia, iba trayendo a la mesa de trabajo como un primer aporte de lo que tendría que ser el abundante material requerido para el libro.

En noches de insomnio pensó en el nombre. Eligió el de "Estaño, amor y lágrimas". Su intención era hacer una historia novelada de lo que fue la acumulación de una fortuna colosal por un hombre intuitivo, tenaz y corajudo, el amor y soporte que recibió de su consorte y las lágrimas que provocaron la pérdida de la razón del hijo mayor y la temprana muerte de la hija predilecta, con más las tragedias que sufrieron descendientes de las generaciones inmediatas.

Fue tal la insistencia de Costa du Rels para volver a Sucre que Gladys tuvo que llevarlo a la capital por una temporada dejándolo al cuidado de Paulina y Elio, volviendo ella a La Paz a su empleo en la Universidad Católica.

La casa de la plaza principal había sido vendida. Se tomó residencia en el primer piso de la otra casa que poseía la familia en la esquina de las calles San Alberto y Bolívar. Casona amplia, alegre y soleada, con amplios corredores sobre un patio y un jardín.

El nonagenario, iluso toda su vida y aún más en estos últimos años, creía que al llegar a Sucre encontraría a varios de sus contemporáneos. Su visita anterior había sido

demasiado breve para darse cuenta de las circunstancias que existían al respecto. Nadie de su generación sobrevivía. Al preguntar por unos y otros la respuesta fue similar en cada caso: fulano ha muerto, sutano ha muerto, perengano ha muerto. Comentó en sus cartas: "Comprendo que mis amigos y conocidos han debido irse paulatinamente, pero para mí es como si los enterrase a todos juntos en mi corazón en un gran funeral colectivo".

Muchas personas acudían a acompañar al anciano en las tardes. Su hermana Blanche llegaba a su lado todos los días. En las tertulias se recordaban personas y sucesos del pasado chuquisaqueño haciendo transcurrir las horas rauda y placenteramente.

Cada mañana, ejecutadas las abluciones y vestido por Elio, salía don Adolfo en su silla de ruedas a una de los corredores del primer patio a tomar el sol, dedicarse a la lectura y aspirar el aroma de azahares de un viejo naranjo. En las tardes, después de la siesta, Esperanza Querejazu de Llobet lo ayudaba como secretaria durante dos horas recibiendo el dictado de sus cartas, anotando recuerdos, tratando de dar substancia a la biografía de Patiño y ordenando papeles.

Estos son párrafos de la correspondencia que dictó en estos meses: "Soy un anciano, pero el espíritu sigue alerta y la pluma pretenciosa... Llegar a mi edad es como haber escalado una muy alta montaña desde cuya cumbre se tiene una vasta perspectiva... He llegado a una edad de resignación e impasibilidad. Mi lema cotidiano es "Fiat voluntas tua"... Además de los visitantes humanos tan gratos, vivo acosado por dos damas fantasmales vestidas de negro, la soledad y la vejez, con una tercera, la muerte, atisbándome semioculta a no mucha distancia".

Pasaba muchas horas sentado cerca del balcón de su dormitorio, donde también tenía su mesa de trabajo. Desde allí se distraía viendo a los transeuntes de la calle San Al-

berto. Cerca funcionaban tres colegios de niñas, otro de muchachos y un instituto comercial. A las horas de entrada y salida de clases, el barrio se llenaba de colegiales y colegialas de diversas edades que alegraban el ambiente con la algarabía de sus gritos, juegos, bromas y risas. Transitaban también enfrente del balcón sirvientas volviendo del mercado con sus canastas rebosantes de frutas y verduras. Expresó en una carta: "Hasta las gentes más humildes de esta ciudad tienen algo de señorío". Dijo en otra: "La elegante cholita chuquisaqueña de antaño cree que mejora de condición social si deshecha la acampanada y colorida pollera de su madre y abuela y se pone a la moda del día ciñéndose el ajustado pantalón. La hija predilecta de Bolívar se viste de *blue jeans* hasta para ir a misa".

Con frecuencia, viendo a niños pasar saboreando helados mandaba a Elio a comprar la golosina para los dos.

Se sintió rejuvenecido en Sucre. Escribió personalmente o dictó muchas cartas a sus amigos de La Paz y Europa, a su hija Nena en Nueva York, a la Duquesa de Rochefort, Justina Bluger y Marta Baldivia, todas llenas de optimismo, comentando que pronto terminaría el libro sobre los Patiño, luego se dedicaría a relatar la vida de Blanquita Errázuriz Vergara y acabaría de pulir y traducir al español su novela "Huanchaca". Declaraba su intención de no morir sin antes volver a visitar la capital francesa, varias ciudades de Italia y Ajacio.

Bosquejó algunos opúsculos. Se refirió en uno al suicidio de su amigo mejicano, el embajador Jaime Torres Bodet, representante de su país ante la UNESCO. En otros recordó a George Rouma, André Malraux, Alcides Arguedas y Saturnino Medeiros.

La casa que enfrentaba al balcón que le servía de puesto de observación había sido en el siglo pasado la residencia de la Legación de Chile. Le trajo a la memoria la trágica muerte del ministro Juan Gonzalo Matta, a quien,

siendo niño, vio transportar malherido desde la plaza 25 de Mayo: "Yo seguí al moribundo agarrado de la mano de mi padre hasta la Legación donde vi con horror que dos mujeres salían de una habitación con algodones empapados en sangre. Toda la ciudad se conmovió hondamente. Se hablaba de la inminencia de una ruptura de relaciones con Chile, pero el diplomático tenorio falleció como un caballero, atribuyendo sus heridas a un accidente fortuito, sin mencionar al marido celoso que le descerrajó cinco tiros".

Tuvo una muy simpática sorpresa cuando lo buscó el párroco de Santo Domingo para avisarle que, de acuerdo con los deseos que expresó en un artículo de prensa, había hecho plantar un nuevo floripondio en el atrio del templo.

Habría querido quedarse definitivamente en Sucre, pero su hija mayor, no sin dificultad, le hizo comprender que debía volver a La Paz donde estaban sus hijos, nietos y bisnietos y donde ella podía vigilar su salud de cerca. Lo que lo decidió finalmente en tal sentido fue la noticia de que su segunda hija iba a hacerle otra visita, pero que debido a la brevedad de la licencia de su trabajo y a la poca frecuencia de combinaciones aéreas no podría llegar hasta Sucre.

El retorno del patriarca a La Paz, en marzo de 1979, después de una permanencia de cinco meses en la Capital de la República, coincidió con la vuelta a aquella ciudad de otros miembros de la familia. El hijo Carlos, que fuera promovido al cargo diplomático de Encargado de Negocios en Francia dejó ese puesto voluntariamente y se reincorporó a la Dirección de Protocolo de la Cancillería. Carlos Iturralde Ballivián, esposo de la nieta María Helena, que estaba desempeñando las funciones de Embajador en Washington, debido a los avatares de la política interna boliviana, muy agitada en este periodo, regresó también a La Paz.

Con la llegada de Nena por 10 días, don Adolfo Costa du Rels tuvo la inmensa alegría de verse rodeado de todos

los seres que le eran más queridos.

Le causaban especial satisfacción las frecuentes visitas de los miembros más jóvenes de la familia, los tres retoños de su hijo Carlos, a quienes llamaba los Tres Mosqueteros: Carlos Adolfo, Mauricio y Andrés, y sus tres bisnietos: Mónica, Rodrigo y Mariana Iturralde Costa, todos ellos en los primeros años de la infancia. Los infantes se encariñaron con el bondadoso anciano aprisionando en una silla de ruedas que siempre tenía una sonrisa acogedora a flor de labios y deliciosos caramelos al alcance de la mano. Los observaba con profunda ternura, anhelando secretamente que la vida fuese generosa con ellos y les despertase, entre otras, la inclinación por las letras. Los Tres Mosqueteros tenían la responsabilidad de perpetuar el apellido al que él había procurado dar lustre.

El verse nuevamente encerrado en un quinceavo piso de un rascacielo, por muy amplio y cómodo que era, afectó su moral. Se tornó algo más impaciente que de costumbre. Quienes cuidaban de él tuvieron que hacer acopio de más paciencia. Gladys pudo hacerlo gracias a su devoción filial. No así Elio a quien ella un día sorprendió samarroneando torpemente a su padre. Se enteró que no era la primera vez que tal ocurría. No tuvo otra solución que despedir al muchacho y contratar otro que ocupase su lugar. José, también de origen campesino, aunque con menos personalidad y ambiciones que su predecesor, cumplió sus obligaciones humildemente y sin tropiezos.

En agosto de 1979, la Sociedad Boliviana realizó una sesión en su sede social para rendir homenaje a las efemérides cívicas de Bolivia y el Ecuador y a los triunfos diplomáticos y literarios de Costa du Rels. El doctor Jorge Siles Salinas, con palabra galana y elocuente, hizo una reseña de sus méritos. El agradeció el honor del homenaje y los elogios en un discurso pronunciado de pie en el que no pudo ocultar la emoción que lo embargaba.

Concurrió muy animoso a una de las sesiones ordinarias de la Academia Boliviana de la Lengua realizada en el domicilio del Presidente de la institución, Monseñor Juan Quirós.

En la segunda quincena de diciembre, cayó víctima de una disentería que lo puso al borde de la muerte. No se creyó posible una reacción. Se le administraron los últimos ritos religiosos. A los pocos días, sorprendiendo a todos, estaba nuevamente en su silla de ruedas urgando papeles en su escritorio y participaba con excelente humor en la reunión familiar motivada por la Navidad.

A los pocos meses, la Academia Boliviana de la Lengua realizó otra de sus sesiones ordinarias en el departamento del anciano con un ágape organizado por Gladys. Lo rodearon solícitos los distinguidos académicos Juan Quirós, Yolanda Bedregal de Cónitzer, Jorge Siles Salinas, Alfredo Flores, Oscar Cerruto, Mariano Baptista Gumucio, Rodolfo Salamanca Lafuente, Huáscar Cajías K., Carlos Castañón Barrientos, Julio de la Vega, Mario Frías Infante y algunos más. Nadie presintió entonces que era el último contacto del viejo escritor con sus amigos intelectuales. Se fotografiaron a su alrededor.

La aproximación del invierno de 1980 hizo renacer en su ánimo el deseo de volver a Sucre, a las soleadas tibiezas del corredor de la casona de la calle San Alberto. Insistió ante su hija Gladys hasta obtener de ella una promesa afirmativa. El quería que el viaje se hiciese lo antes posible. Ella trató de convencerlo que fuese después de su cumpleaños (19 de junio), pues toda la familia quería festejarlo en esa ocasión como en los años precedentes.

A mediados de mayo escribió tres cartas que resultaron sus postreras manifestaciones de tal carácter. Una a su hermana Blanche: "Me siento mejor. Pronto estaré allí... Pienso en las flores rojas de los ceibos de la plaza y el parque. ¿Hay todavía buenas frutas?. Las saborearemos jun-



La última fotografía. Rodeado de los miembros de la Academia Boliviana de la Lengua

tos... Los hijos de Carlos y María Helena son encantadores y me llenan de alegría..."

Otra a Magda Valdivia en Santiago de Chile, que quedó inconclusa: "Alondra imperdible: Te extraño. Tu sonrisa ya no pone su adorable plumero sobre todo lo que me rodea... La vida pasada es todo lo que me queda y el recordarla mi mejor tónico... Me voy a Sucre en busca de perfumes de azahares y floripondios".

La tercera al autor de esta biografía que a la sazón se encontraba en la Capital de la República: "Pronto estaré allí y renovaremos nuestras pláticas de París... Con Gladys hemos fijado ya la fecha dos veces. Yo quiero que sea el 26 del corriente, al día siguiente del cumpleaños de ella en que nos reuniremos en familia. Gladys quiere que sea después de mi cumpleaños, dentro de más de un mes. De todos modos yo voy en mayo..."

A los pocos días, un resfrío lo obligó a guardar cama. No pudo levantarse para la celebración del onomástico de su hija. Todos los miembros de la familia entraron a su dormitorio a saludarle. Apenas tuvo ánimos para una leve sonrisa de salutación a cada uno.

Antes del amanecer del 26, Gladys se alarmó al constatar que respiraba fatigosamente. Al notar la presencia de ella a su lado quiso decir algo, pero no tuvo más fuerzas que para levantar apenas la mano derecha a manera de despedida de quien había sido devota hija toda su vida y abnegada samaritana en los últimos cinco años de su ancianidad.

Gladys y la fiel cocinera Paulina se arrodillaron a un costado del lecho y comenzaron a rezar. José, de pie en un rincón, contenía los sollozos, mas dejaba que el abundoso llanto corriese libremente por sus mejillas morenas.

El médico de cabecera, doctor Alvaro Carranza

Urriolagoitia, llamado urgentemente, constató que la vida del enfermo se escapaba. Todos los órganos parecían haber dejado de funcionar, con excepción del corazón que todavía latía valerosamente, tratando de reanimar el cansado organismo.

Es muy posible que, mientras la conciencia perdía contacto con las circunstancias inmediatas y se alejaba para siempre de ellas, la imaginación, la que había sido la más activa de las facultades mentales, de manera que le sirviera de despedida de la vida, le traía al moribundo un rápido y caleidoscópico desfile de las imágenes que más profundamente se gravaron en la memoria: las lágrimas de la madre tocando el piano; el gigante de Colquechaca con los bolsillos llenos de pedrería multicolor; las sombras interlocutoras de San Rafael; el colegial exótico y huérfano hostilizado por sus compañeros; las bondades de Lilline y el maestro Ricci; la generosa hospitalidad de los Príncipes de la Glorieta; Pulacayo, Uyuni y sus alrededores, con los mineros sepultados en vida en la profundidades de los socavones y los cateadores cabalgando mulas en busca de una quimera siempre esquiva; la Pancha Hueso, prostituta de sentimientos maternos y la Miski Simi, chola vampiresa; don Luis Calvo y las abstinencias a fuerza de pedaleo; Oruro y la sensualidad desenfrenada; Sucre, la familia adoptiva, la novia, el matrimonio, Totacoa, la expedición al Chaco y la fortuna; el ingreso a la diplomacia, Santiago de Chile, "Hacia el Atardecer" y Blanquita Errázuriz Vergara; la descalabrada mortal del hermano en el Carnaval y la muerte del primogénito; el traslado de la familia a París; Jean les Pins, Alfonso Querejazu, "El Embrujo del Oro", "Tierras Hechizadas" y "Huanchaca"; la guerra del Chaco, la Sociedad de las Naciones, "Laguna H 3" y la Duquesa de Rochefort; la misión diplomática en Buenos Aires y Justina Bluger; la desaparición de Fito en el mar; las frustraciones con las responsabilidades de Canciller; las embajadas en París y las Naciones Unidas; la Princesa Winderst-Graetz y Magda Valdivia; la consagración teatral con "Los Estandartes del Rey"; "Los Andes no creen en Dios"; el acciden-

te, la invalidez y la ancianidad con los coqueteos de la tercera dama vestida de negro, cada vez más próxima...

A las 10:30 de la mañana de ese 26 de mayo de 1980, casi a los 93 años (menos 24 días), se extinguió la vida apasionada, la pasión de vida de quien al nacer dio la impresión al médico y a sus padres que no sobreviviría más de 48 horas.

El gobierno decretó duelo nacional.

Con su muerte, Bolivia perdió a uno de sus intelectuales más brillantes, a un hombre que amó su patria desde lejos y de cerca y se ufano por defenderla en los estrados de la diplomacia y darle relieve en los campos de las letras.

Los restos mortales se embalsamaron. Esa noche se velaron en el departamento de la avenida Arce. A la mañana siguiente, se trasladaron al Ministerio de Relaciones Exteriores. El Nuncio Apostólico celebró una misa a la que concurren el Cuerpo Diplomático, autoridades y numeroso público. Pronunciaron discursos el Canciller, señor Gastón Araoz Levy, y los señores Federico Nielsen Reyes y Rafael Gómez Reyes.

A medio día, luego de un cortejo fúnebre en la primera cuadra de la calle Ingavi, los hijos y nietos trasladaron el féretro al aeropuerto y de allí a Sucre en un avión expreso.

La Capital de la República recibió acongojada al hijo que la honró y quiso tanto, que volvía a su seno para siempre, como había prometido en su última carta, en mayo, "de todos modos", ¡pero que volvía de qué modo!, dormido en el sueño eterno, sin poder aspirar nunca más el perfume de azahares, claveles, ni floripondios, ni oír el carrillón de las iglesias, ni decirle una oración a la Mamita Guadalupe.

Se velaron los restos una noche más en la capilla ar-

diente armada en el Salón de los Espejos de la Prefectura del Departamento.

En la mañana del 27, el Primado de la Iglesia Boliviana, Cardenal Clemente Maurer, ofició una misa de cuerpo presente en la Catedral Metropolitana, asistido por once sacerdotes. Pronunció palabras de condolencia. La oración fúnebre principal estuvo a cargo del Padre Teófilo Navarro, amigo de la familia. Terminado el oficio religioso, en el atrio del templo, pronunciaron discursos don Joaquín Gantier, Presidente de la Sociedad Geográfica e Histórica de Sucre, el doctor Jorge Zamora, Rector de la Universidad de San Francisco Xavier, el doctor Oscar Frerking Salas, Presidente del Comité de Desarrollo de Chuquisaca, en nombre y por encargo expreso de la Presidenta de la República, señora Lydia Gueiler, el señor Humberto Gorena, Alcalde Municipal, y el señor Julio del Val, Prefecto del Departamento.

El último recorrido del insigne chuquisaqueño por las calles de su ciudad natal hasta su morada final lo hizo acompañado de sus hijos, nietos y otros parientes, autoridades civiles y militares, una banda de música y numeroso público entre el que se distinguían profesoras de literatura de los colegios fiscales y se destacaba un grupo de campesinos de Totacoa. Estandartes de quince establecimientos educacionales marchaban a ambos costados del carro fúnebre dando mayor solemnidad a la procesión doliente.

El ataúd que contenía los restos mortales de don Adolfo Casta du Rels fue depositado en el mausoleo que él mismo mandó construir, en el nicho próximo al de su esposa, enfrente de los de sus padres, su hijo René y su hermano del mismo nombre.

Así terminó el paso por este mundo de un ser de quien una de las personas que más amó dijo en una carta días después de su muerte: "Era sin duda una persona extraordinaria. Brillante, ingenioso, galante, encantador, a la vez que difícil algunas veces y dramático otras, pero nunca

aburrido. Todos quienes lo conocimos íntimamente lo adorábamos".

Y aquí termina también esta biografía que habrá cumplido su propósito si logra alejar de la tumba de su protagonista lo que el temió más que la misma muerte, al Quinto Jinete del Apocalipsis, el olvido.

J. M. Alvarado

José María Alvarado

Lapaz. 20 febrero 1981

I N D I C E

	A manera de prólogo	i
I	Los antepasados	13
II	La cuna en los Andes	21
III	El despertar de la imaginación	31
IV	Prisionero en la Casa del Cardenal	37
V	Huésped del Príncipe de la Glorieta	55
VI	Cateador de caracteres humanos	65
VII	Matrimonio en la Ciudad de las Campanas	83
VIII	Inquietudes mercantiles e intelectuales	97
IX	Iniciación diplomática	113
X	"El Traje de Arlequín"	127
XI	Por el Chaco a la fortuna	135
XII	La muerte del primogénito	149
XIII	Tesoros ocultos sacados a luz	167
XIV	"Huanchaca", la novela inconclusa	181
XV	La Guerra del Chaco en Ginebra	167
XVI	"Coronel" y "Laguna H3"	221
XVII	Presidente del Consejo de la Liga de las Naciones	235
XVIII	Embajador en la República Argentina	251

XIX	El hijo perdido en el mar	271
XX	Ministro de Relaciones Exteriores	287
XXI	Embajador en Francia	309
XXII	“Los Cruzados de Alta Mar” y “Los Estandartes del Rey”	321
XXIII	“Claribelle” y “El Quinto Jinete del Apocalipsis”	341
XXIV	“Los Andes no creen en Dios”	363
XXV	La última aventura sentimental	383
XXVI	El retorno definitivo al solar patrio	409
XXVII	Ocaso y fin	419